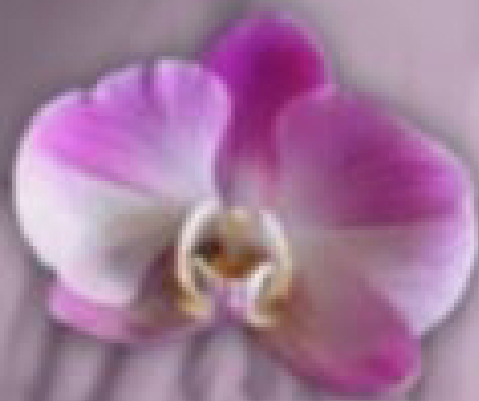
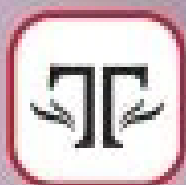


eTerciopelo

# Orquídeas para Sara



D.J.57



UNA NOVELA DE LA SERIE CAMBIOS INESPERADOS

MENCÍA YANO

# Orquídeas para Sara

Mencía Yano



# ORQUÍDEAS PARA SARA

Mencía Yano

**A veces el amor es capaz de superar todas las barreras.**

## ACERCA DE LA OBRA

Javier no tenía muy claro qué hacer con su vida. Un trabajo en otra ciudad le abría una puerta hacia el futuro, pero las circunstancias hacían que en ese futuro no hubiera cabida para Andrea, su novia.

Encontrar a Sara, una joven estudiante de arte, romperá totalmente sus esquemas y vapuleará su apacible vida.

Javier tendrá que cerrar una etapa de su vida para poder continuar, y Sara deberá enfrentarse a algo realmente oscuro y sórdido de su pasado para que, lo que estaba empezando a surgir entre ambos, llegue a funcionar. ¿Serán capaces de perdonarse uno al otro, y lo que es aún más difícil, perdonarse a sí mismos? No será fácil...

## ACERCA DE LA AUTORA

**Mencía Yano** es el pseudónimo de Ofir Enriquez, aunque ha trabajado en diferentes campos, desde impartir clases de solfeo hasta un taller de memoria y motricidad para mayores, desde que comenzó a escribir, es algo que no puede dejar y lo hace a tiempo completo. Se empezó a autopublicar en 2013 con *El invierno que nos cambió*, y desde entonces su producción ha sido bastante continuada. Vive en Petín, Ourense, con su marido, la que considera la tierra del vino por excelencia, la tierra del Mencía, de ahí su pseudónimo.

# Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Epígrafe

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Créditos

«Precisamente porque el destino es algo inmutable,  
la suerte depende de nosotros mismos.»

ANDRÉ MAUROIS

## Capítulo 1

Sara no pudo soportar la mirada acusadora de Javier ni sus insinuaciones. ¿Por qué no la había dejado hablar hasta el final, sin interrumpirla, sin aquellos comentarios sarcásticos? ¿Por qué tenía que haber salido en televisión? ¡Dios! Eso lo había complicado todo. ¿Por qué no se lo había contado antes? Tenía razón Héctor, el hecho de ocultarlo lo hacía parecer todo, cuando menos, oscuro y, aunque no era algo de lo que estar orgullosa, si la quería, tendría que asumirlo.

Se pasó el resto del día llorando y metida en la cama hasta que llegó Ana y la vio.

—¿Qué ha pasado, Sara? No me asustes.

—Nada, que soy idiota, pero de remate.

—No sé por qué, me da que esto tiene que ver con el género masculino,

—Algo así, pero ya se acabó.

—No me parece que se haya acabado, pero como me lo vas a explicar todo; ya veremos...

Sara empezó por el principio, le contó lo que había sucedido en Navidad, soltó todo aquel lastre entre hipidos y lloros desconsolados.

—¿Por qué no me ha escuchado, Ana?

—¡Sara, Sara, Sara! cuando viste que aquello iba en serio tenías que haberle hablado de la agencia y del trato que mantenías con Héctor.

»Supongo que verte por la televisión agarrada a otro tipo, después de haberte marchado haciendo mutis por el foro, sin dar explicaciones, no debe ser fácil de digerir. Sobre todo, si lo que surgió entre vosotros es tan fuerte como parece.

—Es muy fuerte, más de lo que imaginas; me he enamorado de él. Tendrías que conocerlo, Ana. No solo es buena gente, es que es guapísimo; debe medir uno noventa, rubio, con unos ojos verdes grandes y de mirada tan profunda

que traspasan. No te imaginas lo que fue hacer el amor con él, me hizo sentir especial y única. No sabía que el sexo podía ser algo tan maravilloso, por lo menos así lo sentí yo. Todavía me cuesta entender qué es lo que vio en mí.

—No sé por qué te cuesta entenderlo, está muy claro, eres un mujer muy guapa, inteligente y alegre; llevas la alegría tatuada en la piel y, por eso, no quiero verte así. Espero que lo arregléis por el bien de los dos.

—Eso ya no es posible. No podría soportar que me mirase como lo hizo hoy. Eso no va a volver a suceder.

»Haré lo que sea, lo que tenga que hacer. Haré “de tripas corazón” como dice mi abuela, pero te aseguro que nadie que se supone que es mi amigo, mi novio o mi... “alguien en mi vida” va a volver a mirarme como lo hizo hoy Javier.

Se echó a llorar de nuevo. Lloró de forma desconsolada hasta que se quedó dormida abrazada a Ana. Esta se levantó y la dejó tapada con el edredón. Cómo pillara al tipo ese, lo iba a poner a andar. ¿Qué coño les pasaba a los tíos que eran incapaces de distinguir a una joya de persona como Sara de una pilingui cualquiera?

Al día siguiente, Sara seguía llorando por los rincones. Cuando Ana volvió de la facultad, se la encontró en el baño vomitando, aterida de frío y con la frente hirviendo.

—Sara, voy a llamar a Nacho. Estás enferma, tienes mucha fiebre.

—No, a Nacho no. No le digas nada a Nacho, es amigo de Javier y no quiero que sepa nada de mí. ¡Por favor!

—Entonces llamaré a nuestro centro de salud para que nos manden a un médico

—No, espera un poco. Cómprame algo en la farmacia, se me irá pasando; debí coger frío.

—Vale, pero si sigues así, esta noche te llevaré a urgencias.

—Ana, tengo que terminar el trabajo de arte. Ya está todo, falta corregir los últimos quince folios y pasarlos al ordenador ¿Podrías ayudarme?

—¿Sabes las pulsaciones que doy por minuto? Va a flipar tu ordenador. Pero hoy descansarás y mañana por la mañana nos ponemos. ¿Tienes que imprimirlo?

—No, se lo enviaré por correo, en pdf.

—Entonces mejor. Ahora voy a hacer una sopita y asaré dos muslos de pollo con unas patatas y ensalada ¿A que te apetece? Dime que sí.



—No, no tengo hambre, pero te prometo que comeré un poco.

—Así ya nos vamos entendiendo. Y no llores, que se te caerán las pestañas ¿lo sabías?

—No sé de dónde sacas esas tonterías, pero siempre consigues hacerme reír.

—¿Tonterías? Esto no se lo dices tú a mi abuela y te quedas tan ancha, *te larga un sopapo que pa qué*. Quédate en la cama, te llevo una manzanilla y me acerco a la farmacia a por algo para bajarte esa fiebre. Ni se te ocurra coger el teléfono, hoy no.

—No tenía pensado, no te preocupes

—¡Bien!

Sara se fue recuperando físicamente, aunque la tristeza se había instalado en su alma, igual que cuando era niña y comprendió que su madre no volvería nunca más.

Terminó el trabajo con la ayuda de Ana y se lo envió al profesor. Por fin, lo había conseguido a pesar de todo.

El viernes por la noche la llamó Nacho, pero no lo cogió. Después la llamó Héctor, ¿Qué querría? Hablaría con él

—Hola Héctor —y, sin poder decir nada más, se echó a llorar. No era capaz de contarle nada, su llanto se había descontrolado. Y ella solo consiguió entender «Iré a por ti».

El sábado, a eso de las doce del mediodía, llamaron al timbre. Contestó Ana

—¿Quién es?

—Hola, Ana, soy Héctor. Abre.

Ana abrió y fue corriendo a la habitación de Sara.

—Sara, cielo, ha venido Héctor, está subiendo.

Ella ni se movió, le daba todo igual, como si venía el rey.

Héctor entró por la puerta de la habitación despacio, pensando que estaría dormida, hasta que la vio y comprendió lo que estaba pasando.

—¿Desde cuándo no come?

—Yo he venido el lunes y me la he encontrado vomitando, con fiebre y sin parar de llorar. He conseguido que comiera algo y se tomara un antitérmico.

La he ayudado a terminar su trabajo y, no sé qué decirte Héctor, no mejora mucho. La verdad, me tiene muy preocupada.

—Me la voy a llevar unos días. Toma mi teléfono y llámame cuando quieras, aunque cuando esté más tranquila ella misma te llamará. Puedes fiarte, toma mi tarjeta: este teléfono es de la oficina de Lyon y el móvil es el que llevo siempre encima. Estaremos en una casa que tengo en Cassis, un pueblecito de la costa azul. También puedes venir, estás invitada.

—Me gustaría, pero no puedo, he de estudiar, tengo exámenes en febrero. ¿Cuándo volveréis? A ella le quedan dos asignaturas, no tiene que examinarse hasta mayo, pero debería ir a clase, aunque desde el cuatro al veintitrés de febrero no hay clase.

—Tranquila, lo tengo todo controlado. Ella necesita salir de este bucle, la ayudaré. No le des mis teléfonos a nadie, ya llamará ella cuando quiera.

Ana la ayudó a vestirse y le preparó una bolsa con ropa.

—Cuídate, Sara. Y, por favor, llámame.

La abrazó, la besó y la llevó agarrada de la mano hacia dónde estaba Héctor, que hablaba por teléfono.

Él la sujetó con cariño de la cintura, con la otra mano cogió la pequeña maleta que Ana había preparado, y se metieron en el ascensor diciendo adiós a su preocupadísima amiga.

La ayudó a meterse en el coche y le colocó el cinturón de seguridad. Sara era como un autómatas, le daba lo mismo ir a la Costa Azul que al mismísimo infierno. Estaba en un estado de letargo en el que se había ido sumergiendo de forma inconsciente; era la única manera de soportar el dolor que sentía.

Héctor estaba cabreadísimo, no entendía que alguien pudiera hacerle tanto daño a una persona como Sara. Ella era todo bondad y alegría. ¡Ojalá se hubiera enamorado de él en vez de haberlo hecho de ese idiota! Ahora no estaría en este estado.

Pararon a comer en un pueblo una vez atravesados los Pirineos. Febrero no era el mejor momento para estar de vacaciones en Cassis, pero a Sara le vendría bien un poco de aire del Mediterráneo y poner distancia con los problemas.

A Héctor, esta situación le obligó a cambiar sus planes. Tendría que trabajar desde Cassis, llamaría a su hermano Olivier para que se hiciese cargo de la oficina. Ya era hora de que se pusiese las pilas en los negocios

familiares, y ésta era una buena ocasión. Él debía ocuparse de Sara, mejor dicho: quería ocuparse de ella e iba a hacerlo.

—¿Sara quieres contármelo? Si no quieres o no puedes, déjalo, no me importa, es solo que me gustaría ayudarte. No puedo verte así.

—¿Por qué te preocupas por mí? ¿Por qué has ido a buscarme? Sabes que no estoy interesada en ti como hombre, no estoy enamorada de ti. Ya me gustaría, pero no es así.

—Pero ¿me querrás como a un amigo o tampoco?

—Sabes que sí, eres el mejor de los amigos,

—Pues no pretendo otra cosa, ser tu amigo será suficiente para mí.

—Gracias, Héctor, ¿Cómo podré pagarte todo lo que haces por mí?

—Ya lo haces, siendo mi amiga y dejándome cuidarte.

Cuando llegaron a Cassis era de noche. Enseguida estuvieron delante de una gran verja que Héctor abrió con un mando. Condujo unos quinientos metros más, bajo un túnel formado por los árboles que bordeaban el camino, hasta llegar a la pequeña explanada en la que se encontraba la casa. Era espectacular, antigua pero rehabilitada con sumo gusto. Les abrió la puerta una mujer de unos cincuenta años. Héctor la saludó con un par de besos y se la presentó a Sara.

—Esta es Marie, la persona que se encarga de cuidar la propiedad junto con su marido Pierre.

Subió a Sara a la habitación y le señaló desde la ventana

—Mira, Sara, desde aquí se puede ver la bahía de Cassis y aquí abajo está la piscina, aunque en febrero no es muy recomendable. También tenemos *jacuzzi*, así que podremos disfrutarlo cuando te apetezca. Ahora, si quieres, puedes ducharte y cambiarte, mi habitación está aquí al lado, si me necesitas llámame, no importa la hora, lo digo en serio, Sara. Voy a ducharme, luego bajaremos a cenar lo que Marie nos haya preparado. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo,

—Ah, por cierto, tenías el teléfono sin batería, te he traído el cargador, puedes ponerlo a cargar. Tú decides a quien llamas y cuando, solo te pido que tengas informada a Ana, la pobre se ha quedado muy angustiada.

—Tienes razón, la llamaré ahora mismo.

Enchufó el móvil y empezaron a sonar las llamadas perdidas. Eran de Nacho, ya lo llamaría, lo primero era Ana.

—Hola, Ana... Sí, estoy bien, no te imaginas la mansión que tiene Héctor aquí, es un sitio precioso, en verano tiene que ser increíble.

—Espero que te recuperes pronto y, por favor, llámame todos los días.

—Sí, lo haré, y tú no le digas a Nacho ni a nadie en dónde estoy. Cuando me encuentre mejor volveré. Un Beso, Ana, ¡Gracias por todo, nena!

—¡Te quiero, guapa! Cuídate.

—Lo sé, yo a ti también te quiero, eres mi mejor amiga.

Después de aquella conversación, estaba un poco más tranquila. Se metió en la ducha y dejó que el agua corriera por su piel un buen rato hasta que, de pronto, le pareció sentir los brazos de Javier enjabonándola y acariciándola, nunca iba a poder olvidarlo..., era tan fuerte lo que se había iniciado entre ellos que toda la brisa de la Costa Azul no podría hacerlo desaparecer.

Bajó a cenar curioseando por la casa, Héctor la miraba desde el fondo del salón. Él la cuidaría y aliviaría su dolor. La ayudaría, pero... ¿quién lo ayudaría a él cuando la viese marchar de su vida? Bueno, ahora la tenía con él, eso era suficiente de momento.

Cuando se despertó aquella mañana estaba algo confusa, ¿dónde estaba? Ah, sí, empezaba a recordar el abatimiento en el que se había sumido la última semana y a Javier mirándola con aquel desprecio que tanto le dolió, alejándola de él. Ni siquiera podía soportar el recuerdo de su mirada. Esas imágenes se mezclaban con las de Héctor en su casa cogiéndola y metiéndola en el coche para traerla a la casona en la que se encontraba. También recordaba la cena en el salón, lo bien que se había portado él, cómo la había hecho reír. Luego le hizo tomar unas pastillas, —te harán bien, Sara, dormirás, lo necesitas— le había dicho; por eso tenía una especie de niebla que lo confundía todo en su mente.

Eran las diez de la mañana, se levantó y miró por la ventana. A pesar de estar en febrero, el cielo estaba despejado y lucía ese sol típico de invierno que alegre, pero no caliente.

Qué paisaje tan perfecto se divisaba desde la ventana. Con la bahía de Cassis al fondo, parecía una acuarela. Tendría que recuperar aquella afición por la pintura que comenzó de niña y que su madre alentaba con mimo. Desde que ella había fallecido, nunca más volvió a pintar. Quizás este sería un buen momento para retomarlo.

Era hora de bajar a desayunar ¿Dónde estaría Héctor? Seguro que él llevaba horas levantado. En el salón estaba Marie poniendo la mesa para el desayuno.

—*Bonjour, mademoiselle! Qu'est-ce que vous voulez pour le petit déjeuner?*

—*N'importe quoi*

—*Voulez-vous un café au lait et un croissant?*

—*Oh!, Oui, Marie. Merci! Vous êtes très aimable.*

Enseguida apareció Héctor recién duchado, estaba guapísimo, y se mostró tan cariñoso como siempre con ella.

—*Bonjour, ma petite! ¿Qué tal has dormido?*

—De maravilla, Héctor. Gracias. Creo que las pastillas que me diste contribuyeron a ello. ¿Sabes qué he estado pensando?

—Sara, no te he traído aquí para que te rompas la cabeza pensando, no lo hagas. Solo déjate llevar, disfruta del paisaje y de los cuidados que entre Marie y yo te daremos.

—Pero si no sabes lo que te iba a decir. Escucha, de pequeña me gustaba mucho pintar y parece que lo hacía bien, pero, desde que murió mi madre, no he vuelto a hacerlo y hoy, al mirar por la ventana y ver este maravilloso paisaje, ha regresado a mi mente la idea de volver a pintar. Eso es lo que estaba pensando..., retomar la pintura.

—Bien, esos pensamientos son los que te harán sanar. No se hable más, pintarás; así estarás entretenida mientras yo me conecto con mi despacho de Lyon.

—Me van a gustar estas vacaciones, las estaba necesitando, no sabía qué hacer para llamar tu atención...

—¡Vaya! Ya bromeamos, no pensé que los aires del Mediterráneo fueran tan curativos. Primero vamos a dar un paseo por el pueblo, verás que bonito, y compraremos alguna cosilla, seguro que Marie necesita que le traigamos algo. Vamos al mercado.

Aparcaron cerca del puerto, Héctor quería enseñarle aquel pequeño y encantador pueblo de la Costa Azul.

—Te gustará, es muy pintoresco, y de paso compraremos lo que Marie nos ha encargado.

Pasearon por una céntrica calle peatonal en la que había una gran variedad de tiendas. Sara recordó cuando estuvieron en San Juan de Luz y él quiso

comprarle cada cosa que ella miraba con interés, pero ella se negaba.

—Por favor, Héctor, no quiero que me compres nada, me harás sentir mal, no necesito nada y, si lo necesitase, tengo dinero ¿vale?

—¡No te enfades, *ma petite!* solo quiero hacerte un único y último regalo; eso sí, es un poco interesado, así que tendrás que pensártelo.

—A ver en qué estás pensando...

Entonces la metió en una tienda en la que vendían pinturas, pinceles, lienzos y todo lo que un pintor pudiera necesitar.

Él le preguntó qué prefería, óleos o acuarelas. Sara se decantó por las acuarelas porque era con lo que estaba más familiarizada. Compró de todo, ella solo observaba un poco abrumada.

—*S'il vous plaît mademoiselle, pourriez-vous nous donner aussi les autres toiles les plus petites?* —preguntó Sara a la dependienta

—*Sans problème, quelque chose d'autre?*

Se adelantó un poco y pensativa volvió a preguntarle:

—*Avez-vous un bloc pour dessiner, un crayon charbon et de peintures pastel?*

—*Oui, je vous les amène tout de suite.*

Mientras la amable chica fue en busca de lo que Sara le había solicitado, Héctor insistió en su petición

—Como te dije, este regalo es interesado, tendrás que pintar algo para mí.

—Pintaré lo que quieras, pero ahora céntrate en la señorita que nos está atendiendo, porque no te quita los ojos de encima

—¿Estás tonta o qué?

—O que...

Cuando la chica volvió con el pedido, Sara se adelantó y le preguntó por el autor de los cuadros que había expuestos en la tienda.

—*Et celui ci-mademoiselle...?*

—*Gabrielle, je m'appelle Gabrielle*

—*Gabrielle, qui c'est cet artiste?*

—*Moi même, j'aime peindre, quand ça me prend je m'en vais et je peins ce que je vois*

—Héctor, deberíamos invitar a Gabrielle a merendar para que pudiera admirar el paisaje que se ve desde tu casa,

—*Non, je vous en prie, mademoiselle! Ne vous dérangez pas, le monsieur et vous n'avez pas besoin d'une intruse.*

—¿Comprendes español?! ¡Qué bien! Primero, no me llames señorita, soy Sara, y para nada serías una intrusa, Gabrielle. Hemos venido a pasar unos días de vacaciones, y yo voy a aprovechar para dedicarme a esta afición que tengo un poco olvidada; me gustaría que me ayudaras a empezar, podrías explicarme algunas cosas y, de paso, tendría una amiga en Cassis.

Héctor hizo un gesto de simpática resignación y Gabrielle aceptó sonriendo

—Usted dirá señori... *pardon!* Sara. Yo trabajo aquí todas las mañanas, pero por las tardes atiende mi madre. Se trata de un negocio familiar, y así yo puedo dedicarme a estudiar y a pintar.

—Qué bien, pues como mañana es domingo ¿Qué te parece si lo dejamos para la semana que viene? El lunes por la tarde, por ejemplo. Podemos quedar en algún sitio y te recogemos. —Sara pidió una tarjeta a Héctor y por detrás apuntó su nombre con su número de móvil y se la dio a la chica—. Puedes llamarme cuando quieras o si cambias de plan, pero, por fa, no lo cambies.

—Porfa? *Qu'es que c'est?*

Héctor soltó una carcajada y le explicó en francés que era una expresión abreviada y familiar de «por favor». Se despidieron y salieron del establecimiento. Cuando estaban en la calle, Héctor la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué ha sido esto, Sara? —le preguntó.

—¿Has visto cómo te miraba Gabrielle? —replicó ella.

—Pues no y, además, no la conocemos de nada y la invitas a casa a ver el paisaje. No me lo puedo creer. Ya veo que te estás recuperando, de lo cual me alegro, aunque espero que eso no signifique que tengamos que meternos en líos.

—Verás, he pensado que tú estás haciendo un montón de cosas por mí, y yo no podré agradecértelas nada más que con mi amistad. Sabes que, como amigos que somos, te quiero muchísimo y me gustaría que tú también me quisieras muchísimo «como amiga»; de lo contrario, no podré verte tanto como me gustaría. Y te aseguro que quiero estar presente en tu vida, como si fueras de mi familia, como el hermano que no tengo. No sabes lo que daría porque pudieses verme de este modo.

»Por eso, cuando me vaya, no quiero que te quedes con esa sensación de soledad como la que yo tengo desde que dejé a Javier, quiero que te enamores.

—¿Y es por esto por lo que has ejercido de alcahueta?

—Se trata de conocer chicas, no puede ser que sigas contratando acompañantes porque no tienes el valor o el tiempo necesario para seducir a una mujer.

—Así que, según tú, la tal Gabrielle me miraba mucho.

—No solo eso, te comía con los ojos, estaba tan nerviosa que se tropezaba con las cosas...

—Yo creí que era un poco torpe.

Al llegar a casa, Sara miró el móvil, tenía más llamadas de Nacho y un mensaje en el contestador:

Por favor, Sara, tienes que coger el teléfono, no hace falta que me digas dónde estás, pero tengo que saber que estás bien. Si piensas que llamo para contarle a Javier de ti, te equivocas. Es verdad que me pidió que te llamara porque cree que a él no le cogerás el teléfono y está preocupadísimo por ti. Pero yo también lo estoy, nadie sabe dónde estás. Así que llámame porque si sigues desaparecida, pondré una denuncia en la policía.

¿Estaba loco? Tendría que llamarlo.

—Hola, Nacho.

—¡Por dios, Sara! ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, me he tomado unos días de vacaciones...

—¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estás? Javier está preocupadísimo

—La verdad es que he estado tan mal que..., bueno... no quiero hablar de ello, y no, no te voy a decir en donde estoy. No quiero ver a nadie y menos a Javier

—No sé qué os ha pasado, pero el chico está hecho polvo y no levanta cabeza.

—Bueno, yo... Nacho, le quiero tanto que me duele, pero no creo que podamos estar juntos, no quiero hablar de eso, eso es lo que me trajo hasta aquí y no creo que haya vuelta atrás.

—Vale, pero irte así no es la solución.

—Ya hablaremos Nacho, ahora voy a dejarte. Diles a todos que estoy de vacaciones, y punto

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en dónde quiera que estés? Al menos, dime eso.

—Quizás quince días; ya veremos, tengo que recuperarme.



Después, Sara llamó a Ana, Héctor le había pedido que lo hiciera. Volvió a decirle que viniera una semana a Cassis y le contó que iba a empezar a pintar de nuevo. Ana se alegró por ella y le comentó que Javier había estado preguntando adónde se había ido. Sara le pidió que, si volvía a preguntar, no le dijera nada. Ya hablaría con él cuando lo considerara oportuno.

## Capítulo 2

*J*avier no se podía creer lo que le estaba pasando, después de todo un año mandando currículos a todos los sitios imaginables, de haber contestado a todos los anuncios de periódicos en los que pedían personal de sus características y de esperar que, quizás, algún amigo de su padre pudiera colocarlo, aunque fuera con un contrato basura, había perdido ya las esperanzas de empezar a trabajar.

En casa todos lo apoyaban. Su padre le decía que, tal como estaban las cosas en el país, un universitario tardaba cinco años en encontrar trabajo al terminar la carrera, lo que suponía un desfase laboral, porque, de esta forma, siempre habría otros con conocimientos más actualizados.

¿De dónde sacaba su padre las estadísticas? Siempre tenía una para cada tema. Así que, según él, lo mejor era seguir estudiando, hacer un máster o algo así.

Su madre, como era su fan número uno, lo animaba diciendo que, si fueran listos los de recursos humanos de cualquiera de esas empresas a las que había enviado currículos, no dejarían escapar a un tipo tan inteligente, tan bien preparado y tan guapo como él. Desde luego, si lo llamaban para alguna entrevista, tendría que llevar a su madre para que les hiciese ver sus muchas ventajas si lo contrataban y, sobre todo, el grandísimo error en el que incurrirían si no le daban el empleo.

Como no tenía pensado pasarse el año sin hacer nada, decidió matricularse en un máster que impartían, a partir de enero, en la Complutense; claro, que tendría que irse a Madrid, pero ya había hablado con Andrea, su novia, y ella se estaba pensando lo de irse con él. Había terminado enfermería y tenía más posibilidades de trabajar que un Licenciado en historia del arte, y entre los dos podrían ayudarse con los gastos.

Pero como la vida es todo un misterio, justo aquel lunes quince de diciembre de 2012, le llegó una carta. ¡La carta! Era del ayuntamiento de Logroño. En ella le pedían la documentación para el puesto de ayudante de bibliotecario que había solicitado y que se complementaba con el del archivo, del que también tendría que ocuparse. Le urgían a remitir los documentos cuanto antes porque en enero se jubilaba el titular. Querían hacerle una entrevista el veintiocho, para así poder abrir la biblioteca después de las vacaciones de Navidad. Desde luego, si no fuera porque era día quince, hubiera pensado que se trataba de una inocentada.

Parece que, por fin, las estadísticas de su padre tenían un error y las alabanzas de su madre no iban desencaminadas. A ver qué le parecía a Andrea, ya se había hecho a la idea de irse a Madrid.

La invitaría a comer y les contaría a todos juntos la buena noticia. Seguro que cada uno opinaba lo contrario, menos mal que no les iba a pedir consejo. Solo les daría la buena la noticia y les dejaría con el suspense sobre la decisión que había tomado.

No se equivocó, conocía muy bien a su familia, eran geniales.

—¡Qué bien huele! ¿Estás haciendo lasaña mamá? Le diré a Andrea que venga a comer

—Vale, entonces haré también la tarta de manzana que a ella le gusta tanto

—Se pondrá contenta. Bueno, hoy creo que todos os alegraréis, tengo una sorpresa que os va a encantar.

La madre dejó lo que estaba haciendo para preguntarle.

— ¡Eh! ¿No pensarás soltarme esto y largarte dejándome así?

—Mamá, es una sorpresa, si te lo digo ya no lo es.

—Seguirá siéndolo, solo lo sabré yo.

—Pero, por favor..., si no eres capaz de callarte ni debajo del agua. Un secreto para ti es algo que cuentas a los más allegados: o sea, a unas doscientas personas.

—Este es el defecto que tienes hijo, que eres un exagerado y que no confías en tu madre, ya te arrepentirás... ¿Vas a decírmelo o no?

—¡No!

—Pero... ¿es bueno?

—No sé, según se mire.

—¿No estará Andrea embarazada?

—¿Eso sería bueno o malo?

Laura volvió a dejar lo que estaba haciendo y se asomó por la puerta de la cocina para mirar la cara de su hijo que ya se iba por el pasillo

—¡Contéstame!

—¡Mamá, por favor! Tienes un peligro... Olvídalo, porque no pienso decirte nada, hablaremos a la hora de comer.

—Qué buena te ha salido la lasaña, Laura. Un día vendré a ver cómo la haces, quiero aprender para que tu hijo no eche de menos tus comidas cuando nos vayamos —dijo Andrea.

—Por cierto, Javier, dijiste que tenías una sorpresa, vete soltándola porque ya no puedo más.

—Mamá, mamá, mamá..., lo tuyo es demasiado, si te lo llevo a contar ya lo sabrían hasta en Logroño.

—¿Tienes una sorpresa? ¿Y cuándo pensabas contarla? —preguntó Andrea.

—Pues cuando estemos todos, y todavía falta Xulia.

—Esa hermana tuya y el teléfono, Juan dile algo —dijo la madre mirando a su marido—. Se pasa el día hablando o dándole al dedito, *tacatacataca* con los mensajes, por favor... ¿Cuánto se gasta esta niña en el móvil?

—Ya voy, ya voy, y me gasto menos que tú mamá, que utilizo el WhatsApp y es gratis.

¿Qué os pasa? Tenéis cara de... no sé, como si fuese a pasar algo.

—Es que va a pasar, tu hermano tiene que contarnos algo, ha dicho que era una sorpresa y que nos lo dirá cuando estuviésemos todos —dijo Laura.

—Andrea, estás embarazada, ¡Ay! ¡Qué bien! ¡Voy a ser tía!

—Pero qué dices Xulia, ¿Estás loca? Además, la sorpresa es de Javier, no mía —replicó Andrea.

—Vale, vale, no te pongas así, era una broma, pero tampoco era tan descabellado, digo yo ¿no?

—Bueno, ya está bien, callad vosotras y que Javier nos cuente de una vez —instó el padre

Estaban todos a la expectativa y escucharon con atención la lectura de la carta que Javier había recibido.

—¿Qué vas a hacer? Yo no me lo pensaba, me iba a Logroño, pero ¡ya! — soltó su hermana.

—Xulia, hija, así lo haces tú todo, a la buena de Dios —intervino la madre—, y las cosas hay que meditarlas un poco. En este caso quizás sea mejor hacer el máster que habías pensado, ya tenéis todo preparado para ir a Madrid y dejarlo ahora para no se sabe muy bien qué trabajo, ni por cuanto tiempo será...

Andrea asintió con la cabeza y añadió:

—Yo tenía pensado irme contigo, ya sabes que envié currículos a unas clínicas privadas, pues me han contestado de una aceptándome. He hablado por teléfono y tendría que empezar en enero. El sueldo no es espectacular, pero para empezar no está mal, me han insinuado mil quinientos euros y las noches aparte, las pagan bien.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —preguntó Javier.

—No te enfades, Javier, me ha llegado la carta el viernes y no he podido hablar con ellos hasta esta mañana, así que aún no he tenido tiempo.

—No os enfadéis, creo que tenéis que hablar los dos y meditar bien lo que vais a hacer. Yo solo os diré que penséis en lo que queréis de verdad y que no dejéis de hacerlo por querer agradar al otro, eso siempre os pasará factura como pareja.

—Ay, mamá, tú siempre en todo —sentenció Xulia—. Hacedle caso, siempre acierta.

No se volvió a tocar el tema durante la comida. Andrea estaba seria y Javier enfadado. Los padres trataron de sacar conversaciones para aligerar el ambiente, pero, aun así, la atmósfera del comedor se había enrarecido; menos mal que con Xulia siempre había de qué reírse. Cuando Laura sirvió el café y la tarta de manzana, el nubarrón parecía haberse despejado un poco. De seguro, la tarta se había encargado de dulcificar el ambiente.

—Bueno, gente, me voy que he quedado con Marta, vamos al cine a ver, ¡por fin!, Lo Imposible.

—¡Cuidado con el coche!, ¡no corráis!

—No, solo nos tomaremos unos vinos, unos cubatas y algún *whisky*... Que sí, mamá, que vamos despacio, que no bebemos; vamos al cine, no de marcha, y no nos liaremos con ningún descerebrado. ¡Vale!

—Nosotros nos vamos arriba, tenemos que hablar—dijo Javier, y cogió a su novia de la mano— ¿Vienes...?

Andrea se tumbó en la cama de Javier, no dijo nada, esperaba que fuera él el que empezara a hablar. Estuvieron un buen rato en un tenso silencio, en el que los dos parecían meditar las palabras que se dirían. Andrea pensaba en lo mucho que había cambiado Javier desde que empezaron a salir.

Claro, que entonces tenían veintiún años y en seis años habían pasado muchas cosas: habían terminado la carrera en la que, sobre todo, él había puesto todo su empeño. Había trabajado mucho en el departamento de arte de la facultad y sin remuneración, solo por «amor al arte», nunca mejor dicho. Iba a ser un gran profesional en cuanto tuviera ocasión, quizás este era el siguiente paso de los muchos que ya había dado para conseguirlo. No debía rechazar esa oferta, ella lo sabía, y sabía también que no la rechazaría. Toda su trayectoria le había hecho madurar y se había convertido en un gran tipo. Andrea había empezado a darse cuenta de que su relación tenía los días contados. Él ya no era aquel chico del que se enamoró hacía años, ahora era un hombre hecho, con una fuerte personalidad y mucha determinación. Claro, que ella tampoco era la misma, bueno... Habría que dejar que las cosas pasasen y luego ya se vería.

De pronto, Javier le preguntó sacándola de sus pensamientos:

—¿Has aceptado el trabajo de Madrid?

—Si, esperaba darte hoy una agradable sorpresa, pero ya veo que...

— Y ¿qué te gustaría que hiciese yo ahora?

—Mira, si me preguntas qué me gustaría, tendría que decirte que lo que me apetece es estar contigo, por eso decidí irme a Madrid; espero que tengas claro que yo te quiero y deseo vivir contigo. Pero, tal vez, no sea esa la pregunta, ni sea a mí a quién debas hacérsela. Mejor pregúntate a ti mismo qué quieres tú o qué deberías hacer

—Sé lo que debería hacer, pero eso supone tener que separarme de ti. Por si no lo recuerdas, yo también te quiero y no sé cómo sería tener que vivir tan lejos de... ¡Mierda, joder! ¿Por qué se complica todo tanto?

—Bueno, creo que está bastante claro lo que tenemos que hacer; yo por mi parte me iré a Madrid. Hablaré con Pablo, a ver si tiene sitio en su piso y acepta compartirlo conmigo, y tú te irás a Logroño y aceptarás el trabajo.

Porque te diré, aunque tú ya lo sabes, que ese es el tipo de trabajo para el que estás cualificado y que trabajar, al poco tiempo de haber terminado la carrera, supone un máster más interesante que cualquier otro que pudieras hacer. Lo nuestro va a pasar en estos momentos a un segundo plano, podremos vernos los fines de semana, puentes, vacaciones..., ya lo iremos viendo a medida que pase el tiempo.

—Lo tienes todo solucionado ¿Verdad? Y ¿por qué tendrías que vivir en casa del gilipollas de Pablo?

—¡Por favor! ¿Vamos a empezar ahora con eso? Primero, Pablo no es ningún gilipollas, es un informático muy valorado al que conocemos desde el instituto...

—Sí, pero...

—Déjame terminar de hablar. No voy a recordarte que el gran problema de vivir en Madrid es el precio de la vivienda, así que sabes que tendré que compartir piso ¿Quién mejor que un amigo? Cuando conozca a más gente, igual me apetece o tengo la posibilidad de cambiarme, pero para empezar es una magnífica opción.

—Claro, siempre que no tengamos en cuenta que está enamorado de ti..., incluso salisteis juntos, y...

—No vayas por ahí, aquello fue una tontería de adolescentes, y te recuerdo que tu salías con Chus, la listilla que se reía del «acento tan gallego» que teníamos.

—Sí, pero con la «listilla», como tú la llamas, salí en ocasiones, y desapareció de nuestras vidas igual que entró, sin pena ni gloria. Creo que, si me la encontrara por la calle, ni la reconocería, mientras que Pablo... sigue enamorado de ti.

—Pero que tonterías dices. Y esto tú lo sabes porque....

—Porque se lo veo en la cara cada vez que viene y nos lo encontramos por ahí. Veo cómo te mira y cómo afirma todo lo que dices. Me pongo malo cada vez que estamos juntos, yo no podría soportar esa situación, y ahora vas tú y te metes en su casa, ¡hala! ¡Como si nada! Y yo, ¿qué tengo que hacer? ¿Quedarme también como si nada?

—Creo que me voy a marchar. Cuando tengas mejor humor o me hayas encontrado un alojamiento más adecuado en Madrid, podemos volver a hablar ¿Te parece?

Andrea se dirigió a la puerta para irse, pero él atrapó su mano y la atrajo hacia sí, necesitaba besarla, acariciarla....

—Por favor, perdona, no quiero que te vayas así, se me fue de las manos, olvida lo que dije. Te quiero, solo quiero que estés bien, que estemos bien. Ya lo solucionaremos, no podemos dedicar el tiempo que nos queda antes de irnos a discutir. No quiero pelearme contigo ¡Por favor, perdona!

—Sabes que con el primer perdón ya me habías derrumbado, lo único que quiero ahora es... Tú ya sabes lo que yo quiero, ¡eh! Cierra con llave, no vaya a venir tu madre a traernos un cafecito...

Javier empezó a besarla, primero muy despacio, como haciéndose perdonar por el mal rollo que se había generado entre ambos, hasta que el beso se fue haciendo más intenso y las manos se liaron con la ropa. Las de Andrea subiéndole la camiseta a Javier y agarrándose con ansiedad a sus brazos. «Está cachas mi novio, pensó, lo del gimnasio no fue mala idea». Él metiendo las suyas por debajo del sujetador, intentando desabrocharlo; siempre se liaba con esos cierres, no era la primera vez que se lo rompía. En un momento los dos estuvieron semidesnudos, comiéndose a besos y haciendo el amor.

— Te...(beso). Quiero...(beso) Andrea..., lo...sabes..., no sé cómo...voy a poder estar... tanto...tiempo sin hacer esto... —Y así, intercalando besos entre cada palabra, fue recorriéndola desde la comisura de la boca, bajando por el cuello y la garganta, hasta llegar al pecho dónde se recreó con los pezones dándole mordisquitos y chupándose los cada vez con más intensidad.

— ¡Hum...! Yo también te quiero, no hables ahora de eso. Sigue chupando... ¡Hum!

Al final, los nubarrones que habían surgido a la hora de comer, se disiparon por completo y, sin volver a hablar sobre el tema, quedó claro cómo iban a ser las cosas a partir de enero.

Al parecer, esta vez sí que se cumpliría aquello de año nuevo, vida nueva...



## Capítulo 3

*E*l viejo Mercedes de su padre siempre era la mejor opción cuando había que hacer un viaje un poco largo. Su Golf no es que fuera de segunda mano, es que no se sabía ya muy bien por cuántas manos había pasado; para moverse por la zona servía, pero para el viaje que tenía por delante iba a ser que no.

Andrea no lo acompañaría a la entrevista. Tenía que ir a Santiago a recoger su título en la escuela de enfermería y preparar la documentación que le requería la clínica en la que iba a trabajar. Era Navidad y en los organismos oficiales estaban al cincuenta por ciento de personal, había festivos por el medio y no podía dejar las cosas para última hora.

Javier se sentía un poco raro, tal vez era la incertidumbre de lo desconocido y el trabajar por primera vez, aunque esto no era cierto del todo, ya había trabajado durante varios veranos de camarero y, de forma reciente, en una papelería ayudando por las mañanas, siempre trabajos precarios. Este iba a ser el primer trabajo en serio al que se enfrentaría. No tenía miedo, ya se hacía una idea de en qué consistía, porque en el departamento de la facultad trabajó en algo muy similar, y era lo que de verdad le gustaba: vivir rodeado de libros era lo suyo; manosearlos, clasificarlos... Ese olor tan característico de los libros al ojearlos... No ganaría mucho, pero tenía la corazonada de que le iba a encantar.

El coche de su padre tendría muy buen motor, pero no disponía de conexión USB en el que enchufar el pen para escuchar su música, así que puso la radio. Sonaba la canción de Malú *Amigo*, era del último disco en el que hacía duetos con diferentes artistas; este era con Melendi. No estaba mal la canción, seguro que a Andrea le encantaba.

Si todo iba bien, llegaría a Logroño sobre las seis de la tarde. La entrevista sería al día siguiente a las diez de la mañana, en un despacho de la misma biblioteca.

Al llegar tendría tiempo de dar un paseo por la ciudad y, de paso, ubicar la biblioteca para no perder el tiempo al día siguiente.

Lo primero de todo sería encontrar un *parking* cerca del centro. Había encontrado un hostel por internet y había localizado un aparcamiento en la calle de Los Portales, justo en el casco antiguo de la ciudad y, por lo visto, una de las más emblemáticas. En ella se celebran encierros en el mes de septiembre; además, era peatonal, todo un lujo. Por lo que había visto en Google, la biblioteca no estaba lejos.

Se instaló sin problemas. El hostel era sencillo, sin lujos, pero con todo lo necesario. Después llamó a casa, su madre no descansaría hasta saber que había llegado bien. A Andrea le había mandado un whatsapp cuando paró a comer en un área de servicio cerca de León, pero le había prometido que la llamaría para charlar un ratito antes de cenar.

—¡Hola, Andy!

—¿Qué tal ha ido el viaje? ¿Ya te has instalado?—le contestó Andrea

—Bien, sí, estoy en el hotel. ¿Sabes? Creo que te gustaría esta ciudad, es muy bonita

—Seguro, y estando contigo más. ¿Ya sabes dónde tienes que ir a hacer la entrevista?

—Sí, lo tengo todo controlado, he estado paseando por delante de la biblioteca, y ahora voy hacia la calle del Laurel, me han dicho en el hostel que es la zona de vinos más interesante, así que me voy a estrenar.

—Pórtate bien...

—Pues claro, aunque me he tropezado con una pelirroja preciosa que no me quita los ojos de encima...

—Oye, listillo. ¡No te pases!

—No seas tonta, sabes que te quiero. Venga, un *biquiño*, preciosa, pasado mañana nos vemos.

Llevaba tanto tiempo con Andrea que se le hacía raro pasear e ir solo de vinos, tendría que acostumbrarse. El caso es que, a pesar de que la echaba de menos, tenía una extraña sensación de libertad.

—Un vino, por favor y un pincho de esos... Sí, ese. ¡Gracias! —Le indicó, señalando el que quería al camarero.

—Has elegido bien, ese pincho es uno de mis favoritos. Hola me llamo Sara ¿Estás solo? Perdona, no quería molestarte, ya sé que llevo «charlatana» tatuado en la frente —le soltó de repente una chica que se acababa de sentar a su lado, en la barra.

Javier un poco extrañado con la desenvoltura de la chica, contestó siguiendo la broma

—Bueno, no me molestas y ahora que me fijo, ya veo tu tatuaje... —Rieron los dos—. Me llamo Javier y me alegro de hablar con alguien, estaba empezando a sentirme un poco solo dentro de este mogollón.

—Yo he quedado aquí con una amiga, pero no parece que vaya a venir. Seguro que ha tenido que ir con su novio a algún sitio y, como he perdido el móvil otra vez, no me puede avisar. Siempre me pasa lo mismo, cada dos por tres lo pierdo, soy un desastre. No pareces de aquí, por el acento digo. ¡Ay, perdona! No paro de largar.

— Sara, ¿no? Eres una ametralladora; es broma. no, no soy de aquí, soy de Ourense, pero si no se tuerce nada me instalaré aquí pronto —contestó Javier.

—¿Vienes a estudiar? Yo estoy terminando historia del arte

—Pues fíjate, esa es la carrera que yo hice y he venido porque me han llamado para trabajar en la biblioteca. Un trabajo para el que mandé una solicitud hace varios meses y ya no contaba con él.

—¡Qué suerte! Aceptarás el trabajo, supongo. Acéptalo, porfa, te echaré de menos si te vas

—¡Estás loca tía! Si me acabas de conocer...

—Claro, pero ya parece como si nos conociéramos de siempre, ¿a que sí?

Dijo esto último mirando al camarero, y este participó de la broma sonriendo a la vez que negaba con la cabeza.

—De verdad, eres increíble.

—Ya lo sé. Oye, por cierto, ¿querrás cenar?, en plan barato, digo.

—Pues sí, por supuesto, en plan barato ¿Tienes alguna idea?

—¿Lo dudas? Mira, tengo ahora mismo, así de repente dos ideas: una seguir tomando vinos y pinchos y nos damos por cenados o podemos ir a esa

tasca de enfrente, sentarnos y tomar una tortilla de patata súper «riquísima» que preparan. ¿Cómo lo ves?

—Pues lo veo bien, cualquiera de las dos opciones me vale, así que te dejo decidir.

—¡¡A por la tortilla, pues!!

Se sentaron en el único sitio libre que quedaba, se veía muy buen ambiente, mucho rollito guay de vinos y tapas. Javier empezó a pensar iba a ser un buen sitio para vivir.

Otra vez sonaba *Amigo*, estaba de moda.

—Me encanta esta canción, tengo que fijarme bien en la letra, creo que será nuestra canción, ¿qué te parece? —comentó Sara.

—Vas a tener razón, cuando venía de camino, puse la radio y era esta la que estaba sonando, ahora me siento a cenar y otra vez...

—Ves, ¡lo sabía!, es una premonición. Seremos grandes amigos.

Qué suerte haber encontrado a una chica como Sara. Era alegre, charlatana y, también, muy divertida. Seguro que con ella no había tiempo de aburrirse. ¿Tendría novio? Era guapísima, tenía un aire a esa actriz, ¿cómo se llamaba...? Meg Ryan, sí, esa era: no muy alta, menudita, no estaba mal. «¿Pero, qué coño estoy pensando?». No hacía ni veinticuatro horas que había hecho el amor con su novia y ya estaba fijándose en una total desconocida, observándola y pensando que estaba buena.

«Para el carro Javier, que te vas a atragantar», se dijo a sí mismo.

—Te has quedado muy pensativo ¿Se puede contar? —preguntó Sara

—Perdón, si se puede contar ¿el qué?

—Ves cómo estabas en otro sitio; qué si se puede saber lo que estás pensando

—Lo siento, observaba el ambiente y pensaba que me va a gustar vivir aquí

—Seguro que hay algo más, — Sara se rio—, pero no tienes que contarlo; a mí qué me importa, ¿verdad? Es que soy un poco entrometida... ¡Madre mía! No hago más que contarte mis defectos. Si sigo así, cuando terminemos de cenar, ya te habrás hecho una idea de lo loquísima que estoy y hasta te habrás arrepentido de haber aceptado cenar conmigo. ¡Dios! Tengo que aprender a callar un poco.

—No me voy a arrepentir de pasar este rato contigo. Todo apuntaba a que me aburriría un montón, porque estoy solo en esta ciudad, no conozco a nadie, y resulta que me lo estoy pasando genial con una chica superguapa, divertidísima y, eso sí, que no para de hablar!

Sara se puso un poco colorada cuando le oyó decir lo de superguapa, ya solo faltaba que dijera...

—¿Sabes qué estaba pensando?

—A ver, suéltalo.

—Que te pareces muchísimo a Meg Ryan

—¡Lo sabía!, sabía que no tardarías en decirlo

—Claro, ya te lo habrán dicho más veces, siento no ser original, pero puedo compensarlo diciéndote que es mi actriz preferida, físicamente hablando.

—Eso se lo dirás a todas...

—No a todas, solo a las que se parecen a ella.

—¿Quieres saber lo que pensé cuando te vi en la barra tomándote un vino tan solo?

—No me lo puedo imaginar, pero seguro que me lo vas a contar, ¿a que sí?

—Javier la miraba sonriendo expectante.

—Pues pensé..., «este no es de aquí, tampoco un estudiante, estamos en vacaciones de Navidad, sería raro...».

—Sin embargo, tú eres estudiante y estás ¿Eres de aquí? ¿Vives con tu familia?

—No y no; pero estaba hablando yo. —Continuó Sara—. Así que pensé, será un turista y estará esperando a alguien, pero luego, mirándote un poco más, me dije: Échale un cable, Sara. Está más solo y más aburrido que un pulpo en un garaje. Y decidí que te daría una oportunidad. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo que me hayas dado una oportunidad, no sabes lo afortunado que me siento, estaba ya a punto de morirme de aburrimiento cuando apareciste, no dejo de dar gracias a la divina Providencia, ¡Dios mío! ¿Qué hubiera sido de mí?

—Tampoco hace falta que seas tan sarcástico, ya sé que soy una entrometida y que a veces me paso dando y tomando confianza, pero...

—No te enfades, Sara, solo bromeaba y me alegra mucho que hayas entablado conversación conmigo. La verdad es que estaba un poco aburrido,

comiéndome el coco pensando en la entrevista de mañana.

—Es cierto, dijiste que venías por un trabajo. Seguro que vas a tener suerte, tienes pinta de buena gente y eso es muy importante. De poco te valdría ser un genio; si parecieses un huracán cascarrabias o un quinqui, no te darían el trabajo, ya sabes la imagen es lo que prima.

—Espero que tengas razón, y que se me dé bien el asunto. Bueno, es un poco tarde, tendría que irme a dormir para estar mañana en condiciones.

—Todavía son las once y media, tomamos un café y nos vamos, ¿te parece?

—Vale, tú dirás donde, eres mi cicerone...

—Vamos hacia la calle de los Portales, allí hay varios sitios en los que podemos sentarnos a tomar algo.

—En esa calle está el hostel en el que me alojo.

—Yo vivo por la zona de Las Gaunas, comparto un apartamento con otra estudiante; cogeré el búho para irme después.

—Podemos coger un taxi y te acompaño.

—¡Qué dices! De ninguna manera. Normalmente vamos juntas mi compañera de piso y yo, pero ella es de León y está pasando las fiestas con su familia y mi otra amiga, con la que suelo salir, se ha echado un novio y la tiene muy ocupada, así que hoy también yo estaba un poco descolgada.

—Y si no eres de aquí y no trabajas ¿De dónde eres? ¿Por qué no estás pasando estos días con tu familia?

—Eres muy preguntón... Soy de Cuenca y bueno..., no importa, ya te contaré mi vida otro día, porque ahora que ya nos conocemos podemos volver a quedar para salir, si te parece.

—Estás dando por supuesto muchas cosas: que me darán el trabajo, que aceptaré las condiciones y que me vendré a vivir aquí.

Javier se levantó y fue a pagar a la barra, ella recogió el bolso, se puso el abrigo y fue saliendo. Ya en la calle se dirigieron hacia el hostel y allí se despidieron.

—Quizás podríamos darnos los teléfonos... si te parece —dijo Javier.

—Pensé que no me lo pedirías nunca. Tengo un problema: he perdido el teléfono, así que lo que puedo darte es mi mail, ¿te vale?

Javier entró en el hostel, pidió papel y bolígrafo y le escribió su correo electrónico, ella arrancó un trozo del papel que le dio Javier e hizo lo mismo.

—De todas formas, seguro que nos vemos mañana. Yo estudio todos los días en la biblioteca, voy tres horas por las mañanas y por las tardes. Tengo que terminar un trabajo de arte que, si es lo bastante bueno, me evitará un examen final.

—Vale, cuando acabe mi entrevista me daré una vuelta por el edificio y quizás nos encontremos.

Sara se acercó a él y se despidió dándole un par de besos, a los que él respondió un poco sorprendido.

—Hasta mañana Sara.

—¡Chao, guapo! ¡Nos vemos!

Javier la miró mientras se alejaba a paso rápido hacia la parada del bus, cuando la perdió de vista entró en el hostel y se metió en el ascensor mirando el móvil del que se había olvidado por completo mientras estuvo con Sara.

Tenía varios mensajes de Andrea, también de su hermana. Al pensar en Xulia, volvió a acordarse de Sara, tenían un carácter parecido, las dos eran risueñas, divertidas y charlatanas. ¡Qué diferentes de Andrea! Tan seria y responsable siempre; se ocupaba de todo, lo razonaba todo y siempre con precisión. Era demasiado perfeccionista, este era su hándicap ¿Cuánto tiempo llevaban juntos? Cuatro años más o menos. Seguro que a ella detalles como este no se le escapaban, es más, se enfadaría con él por no recordarlo.

Contestó los mensajes y se acostó. Era importante estar descansado y despejado al día siguiente.

## Capítulo 4

*E*staba feliz, la entrevista resultó más que bien. Sin pensárselo demasiado, se encontró aceptando el trabajo, «Ayudante de biblioteca». Tendría que clasificar los libros que iban llegando y gestionar los préstamos, también se ocuparía del archivo; por lo visto había muchísimos documentos y libros antiguos todavía sin catalogar. El contrato era por tres años prorrogables y el sueldo al principio serían unos mil seiscientos euros, para empezar, no estaba mal. Tendría que encontrar un piso céntrico, no muy caro, y cuanto antes. Empezaría a trabajar a trabajar el lunes, siete de enero. Parecía que, contra todo pronóstico, ese iba a ser su año.

Trataría de encontrar a Sara, ella podría ayudarlo con lo del piso. Se dio una vuelta por la biblioteca, eran las doce y media, intentaría verla. Sí, allí estaba, situada en una mesa del fondo, rodeada de libros, folios, el portátil... Se paró a observarla un momento, estaba enfrascada en su trabajo; le gustaba mucho aquella chica, pero se sentía raro. ¿Culpable, quizás? Era una amiga, nada más. Él quería a Andrea.

Se dirigió a una mesa en la que había un ordenador libre y le mandó un mensaje:

*De:* Javier Pazo  
*Para:* Meg Ryan  
*Fecha:* 28 diciembre 2012, 12:50  
*Asunto:* ¡¡¡Necesito piso!!!

Hola, preciosa:  
Tendrás que ayudarme a encontrar piso.

Le dio a la tecla de enviar y, mientras esperaba su respuesta, la observó. Vio como se le iluminó la cara con una sonrisa, le gustaba cada vez más esta chica. En seguida llegó la respuesta.

*De:* Meg Ryan



*Para:* Brad Pitt

*Fecha:* 28 diciembre 2012, 12:53

*Asunto:* ¿Necesitas piso? ¡¡¡Guau!!!

Eso es que ha salido todo bien. ¡Felicidades! Nos ponemos a ello cuando quieras, estoy en la *biblio*. Dame quince minutos para recoger y dime dónde estás, podemos comer juntos.

A Javier le dio la risa al leer la respuesta y le contestó:

*De:* Brad Pitt

*Para:* Meg Ryan

*Fecha:* 28 diciembre 2012, 12:58

*Asunto:* ¡Se te están cayendo los folios!

No tengas prisa, preciosa, si miras hacia el fondo me verás, ya te ayudo yo, voy hacia ti.

Cerró la sesión y miró hacia dónde estaba Sara. Al momento la vio levantarse buscándolo con la mirada y una sonrisa que le alegró la vista no solo a él, sino a todos los que en ese momento observaban la escena.

Cuando llegó junto a ella, la saludó con un beso en la mejilla, parecían viejos amigos. Ella se lo devolvió y terminó de recoger sus cosas, metió todo en su mochila, junto con el portátil, y salieron sin hacer ruido.

Cuando estuvieron fuera, Sara le dio un abrazo y un beso. No paraba de reír y gritaba:

—¡Felicidades! Lo sabía, estaba segura.

—Vale, vale. Casi te alegras más que yo. Ahora tengo que encontrar un piso y dejarlo ya alquilado. El día siete empiezo a trabajar.

—¡Qué regalo de Reyes tan bueno!

—Sí, es verdad. No se puede pedir más. Y ahora ¿Qué te parece si tomamos algo, cogemos un periódico y miramos la oferta inmobiliaria? Me gustaría que estuviera cerca y que no fuera muy caro, no me apetece compartir, eso ya lo hice cuando era estudiante —dijo Javier.

—Sí, te entiendo. Nos pondremos a ello, aunque debería dejar mi mochila en casa, pesa muchísimo. Luego dirán que el saber no ocupa lugar, pues ocupa y pesa y... es caro, ¡muy caro!

Javier no pudo evitar echarse a reír ante el comentario de Sara.

—Si quieres lo dejamos en el hostel, está aquí al lado, así empezamos ya. Y, como parece que hoy es mi día de suerte, con toda la tarde por delante para buscar, seguro que encontraremos algo.

Mientras Javier subió a la habitación a dejar las cosas de Sara, ella esperó en recepción y, como parecía tener grandes dificultades para estar callada, enseguida se puso a conversar con el recepcionista. Este, por casualidad, tenía un amigo que alquilaba un piso en la calle Duquesa de la Victoria, le dio su teléfono y le dijo que preguntaran por Esteban.

Cuando bajó Javier, ella llamó su atención agitando la mano con la nota que le había dado el chico del hotel. Él la miró expectante mientras ella le explicaba lo sucedido.

—Llamaré e iremos a verlo —decidió Javier.

Quedó con el dueño del piso a las cuatro de la tarde, delante del portal en el que estaba el piso, y se fue a comer con Sara.

—Podemos ir hacia la zona de vinos, ya viste ayer que por allí hay muchas tascas y se come bien —comentó ella.

Javier estaba entusiasmado: había encontrado trabajo, tenía una amiga, se lo estaba pasando genial y, si tenía suerte, pronto tendría piso. Por fin iba a poder vivir solo, nada de pisos compartidos con estudiantes y, sobre todo, nada de depender de sus padres, a los que llamó para contarles que ya tenía trabajo y que se quedaría hasta el domingo para buscar piso. Se había comprometido a empezar el siete de enero.

Aprovechó el momento en que Sara se levantó al servicio para llamar a Andrea, no es que quisiera ocultar nada, pero... Ya pensaría en eso. Le explicó lo mismo que a sus padres y el porqué de quedarse más tiempo del previsto. Andrea le pidió que no se retrasara mucho más, porque si no, ya no se verían; se marchaba a Madrid el martes día uno, ya había hablado con Pablo y este había aceptado compartir su piso.

Javier hizo un gesto de fastidio, aunque tenía que reconocer que ya no le molestaba tanto como la primera vez que lo mencionó. Quedaron en llamarse por la noche y colgó.

Sara ya había vuelto y le observaba en silencio.

—¿Te has quedado muda? No me lo puedo creer

—No, solo te miraba, de repente parecías tan serio que pensé que pasaba algo grave —le contestó ella.

—¡Qué exagerada!, no creo que me haya puesto tan serio. Tenía que contar las novedades a mi familia —le explicó Javier.

—Pues tus novedades son muy buenas, tendrías que contarlas con más alegría.

Él cambió de tema y, sin darle tiempo a replicar, se levantó

—Voy a pedir café, ¿Tú cómo lo quieres? —preguntó a Sara

—Solo y largo de agua.

Se dirigió hacia la barra y le pidió al camarero dos cafés solos largos. Cuando volvió a sentarse Sara ya estaba pensando en otra cosa.

—Sería fantástico que el piso este estuviese bien; vivirías cerca de la *biblio* y cerca de todo, no necesitarías coche, ni autobús. ¡Jo!, sería una suerte.

—Pues prepárate para celebrarlo conmigo, creo que hoy es mi día de suerte —dijo él.

—Ya sé por qué, hoy es el día de los inocentes Sin duda, tu día.

Javier miró la hora

—Son las cuatro menos cuarto, podemos ir caminando hacia allí, es mejor que esperemos nosotros.

Hacía frío, pero cómo no llovía, daba gusto pasear. Por el camino, Sara le fue explicando cosas de la ciudad. Le habló de los encierros que se celebraban en el mes de septiembre y de lo bien que lo había pasado el año anterior con unas amigas que vinieron a pasar las fiestas con ella.

Llegaron al portal casi al mismo tiempo que otra persona. Era un hombre de unos sesenta años que les preguntó si eran ellos los que buscaban piso; Javier le dijo que sí, que era para él. El hombre le ofreció la mano y se presentó:

—Soy Esteban, el propietario del piso.

—Yo soy Javier y necesito un piso para ya. Empiezo a trabajar en enero y tengo que instalarme rápido.

—Es antiguo, pero está reformado. La cocina es nueva, y terminaron de pintarlo la semana pasada. El techo de una de las habitaciones es abuhardillado. —Mientras subían por la escalera, no había ascensor, el hombre les iba explicando las características del piso—. Ya llegamos, es el tercero. Esta es la pega que tiene, un tercero sin ascensor..., no es para cualquiera, pero usted es joven y no creo que le asusten unas pocas escaleras

—No, las escaleras no me asustan, lo que podría asustarme sería el precio —contestó Javier.

—Primero véanlo, luego hablamos.

Sara, que hasta ese momento había estado callada, cosa rara, empezó a

abrir puertas y a ir de habitación en habitación y dijo:

—Bueno, no está mal. Aunque una de las habitaciones está abuhardillada, la otra está bien y tiene un armario empotrado grandísimo. La cocina es muy chula, da a un patio, ven a ver.

Javier se acercó a ella, que le susurró al oído:

—Está fenomenal. ¿Cuánto quieres pagar?

—No sé, desde luego, no más de cuatrocientos y si es menos, mejor.

El dueño del piso esperaba en la sala mientras ellos curioseaban.

—Bueno ¿Qué les parece? —preguntó.

—A mí, el piso me gusta, no tiene muchos muebles, pero para empezar serán suficientes. Ahora viene lo peor. ¿Cuánto cuesta? —contestó Javier.

—Lo alquilo en trescientos. Por cierto, ¿es usted gallego?

—Sí, soy de Ourense.

—Pues si le gusta el piso, es suyo —afirmó Esteban y continuó—: Es usted de la tierra de mi mujer, ella es de Valdeorras. ¿Conoce usted el Valle?

—Por supuesto, ahí están los mejores vinos de Galicia. ¿Sabe qué? Me quedo el piso, usted me dirá como hacemos.

—Tendrás que dejarme tu DNI y en la agencia me lo arreglarán todo. Suelo pedir dos meses de fianza, pero con uno será suficiente.

—Bien, llevo aquí una fotocopia del carné. Tenga, vaya usted haciendo el papeleo y si me da un número de cuenta, le ingreso el dinero. ¿Le parece bien? —dijo Javier.

—Muy bien, te daré mi teléfono, mi dirección. Para cualquier cosa, me llamas. ¡Ah!, tengo unos sofás, una mesa y un mueble para poner la tele, son del piso de mi hijo que se ha marchado a estudiar a Praga con una beca de esas... Erasmus creo. Te los podría traer este fin de semana, si quieres —añadió el propietario de la vivienda.

—Sería estupendo, se lo agradezco mucho.

—Mira te voy a dejar unas llaves para que te vayas instalando y, en cuanto traiga los muebles, te doy las otras.

Javier le dio las gracias y, con un apretón de manos se despidieron y sellaron el acuerdo. El hombre se fue y Sara empezó a dar saltitos con la risa colgada en su cara, como si le hubiese tocado la lotería. En un segundo se le lanzó al cuello para darle un abrazo y, sin querer, sus labios se rozaron. Se apartaron de inmediato, como si se hubieran quemado, se miraron y quedaron ambos atrapados en la intimidad que había surgido. De repente, Javier se la

acercó y comenzó a besarla; primero, muy suave, luego el beso se convirtió en algo tórrido. Ella respondió mordiéndole el labio, juguetona, y él continuó metiéndole la lengua, saboreándola y buscando la de ella para iniciar un baile que los fue excitando cada vez más.

Enseguida su mano se deslizó por debajo del jersey de Sara, buscando su piel, ella hizo lo mismo y se acariciaron con ansia. Sin dejar de besarla le dijo:

—Tendríamos que parar esto, pero no sé si puedo, y, además, no quiero. Tú qué quieres, Sara, ¿paramos?

Ella no dijo nada, entonces Javier se apartó un poco para mirarla, pero Sara se pegó a él metiéndose en su boca. Solo fue capaz de decir

—¡No pares!

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan excitado, le daban ganas de hacerle cosas que nunca había hecho con Andrea, y se las iba a hacer... ¡Oh, sí! Desde luego que sí.

Sara vestía una falda larga. Le bajó la cremallera y la falda cayó al suelo; ella le dio con el pie para apartarla, llevaba medias de liga. Javier la cogió en brazos y la llevó a la única habitación en la que había una cama, —menos mal que el colchón era nuevo—. Le acarició las piernas sin quitarle las medias. Sara le ayudó a quitarse el jersey y a desabrochar el cinturón, se quedó con el bóxer mientras seguía comiéndole la boca y bajando, con sus besos, por el cuello hasta llegar a los pezones.

—Tienes unos pechos..., ¡me encantan! Te voy a comer todo... ¿Me dejarás?

—Si, por favor. Yo también quiero comerte...

—Eso después, me lo pedí yo primero, preciosa... Te voy a arrancar ese tanga que llevas, me está impidiendo tocarte y, ahora mismo, sentir como palpita tu sexo es de lo más excitante.

Se lo quitó y le acarició el clítoris muy suavemente mientras le introducía dos dedos en la vagina, ahora ya empapada. Jugó un poco, entrando y saliendo con los dedos; luego los paseó en una suave caricia desde el clítoris hasta el ano, al llegar ahí ella se estremeció y jadeó inquieta, esto hizo que Javier se excitase todavía más. Sara le tocó el pene, durísimo a través del bóxer, y quiso liberarlo, pero él no la dejó

—Espera, preciosa, todavía no, o esto se acabará demasiado pronto.

Continuó mordiéndole los pezones con dureza y lamiéndoselos después.

Luego bajó por su vientre hasta tocar con la lengua su inflamado clítoris. Estaba totalmente depilada, comerla iba a ser un gustazo—pensó—. Despegó los labios de la vulva con los dedos, disfrutando de aquella visión, y empezó a lamerla desde atrás hacia adelante, primero suave, incrementado la intensidad a cada pasada. Se recreaba en aquel botón del placer mordisqueándolo, luego volvía hacia el ano y, entonces, ella se estremecía con más fuerza, pero él no cedía, al contrario, acrecentaba el ardor del momento metiéndole la lengua en la vagina. Entraba y salía proporcionándole un placer indescriptible. En ese momento, Sara le agarró del pelo y trató de pararlo.

—Javi, si no paras, me voy a correr en tu boca.

—Córrete, Sara, nada me gustaría más.

En cuanto le oyó pronunciar esa frase, surgieron los primeros espasmos de su orgasmo. Él se quitó el bóxer y liberó por fin su miembro increíblemente duro. Buscó en el bolsillo del pantalón un condón, se lo colocó y comenzó a introducirse en ella poco a poco. Su vagina lo fue engullendo hasta acogerlo entero; tras ello, él salió de su interior para embestirla de nuevo, pero ahora fuerte y sin tregua. El orgasmo de ella se alargó hasta que él también llegó a la cima con un sordo gruñido.

Se apartó hacia un lado para no aplastarla con su peso, se quedaron callados, pensativos, pero relajados. A Javier nunca le había pasado nada igual, Sara era una desconocida, ¡Dios! Esto no podía volver a pasar, ella fue la primera en hablar.

—Di algo, por favor, o me sentiré horrible. Yo nunca hago esto, de verdad, no sé qué me ha pasado, me he vuelto loca contigo.

—Aunque no te lo creas, yo tampoco hago esto nunca. Además, tengo novia y la quiero. Jamás pensé que sería capaz de ponerle los cuernos. Pero tú no te sientas mal, Sara. Si lo hemos hecho, ha sido porque hemos querido. Nadie ha engañado a nadie; hemos podido parar y no lo hicimos.

Sara tenía lágrimas en los ojos, le daba miedo perderlo como amigo. Javier la miró y, al ver sus ojos aguados, la abrazó y la besó en el pelo.

—No llores preciosa, no pasa nada. A mí me ha encantado, espero que a ti también.

—Claro que me ha gustado, ¡Muchísimo!, pero no me gustaría que esto se convirtiera en un obstáculo para seguir con la amistad que estábamos empezando.

—Eso es imposible, ya sabes que eres mi única amiga aquí, no puedo prescindir de ti.

Ella sonrió y se acurrucó a su lado, él la abrazó fuerte y la besó en la frente, luego en la mejilla y, sin darse cuenta, estaba otra vez en su boca y con el pene como si llevara meses sin echar un polvo ¡Por Dios! ¿Qué le estaba pasando con esta mujer?

—Mira yo no voy a parar, me apetece muchísimo esto, así que Javier te paso la pelota: haremos lo que tú digas, tú eres el que tiene una novia.

Javier sintió un atisbo de remordimiento, pero el deseo que sentía por Sara era mayor, así que continuó besándola.

—Yo digo que me gusta tu boca. —La besaba metiéndole la lengua hasta encontrar la de ella—. Que me gusta morderte estos pezones tan ricos ¡Humm! —Se los mordía suavemente—. Que me gusta comerte y que te corras en mi boca, tanto que si no vuelvo a hacerlo, me volveré loco.

Le metió los dedos moviéndolos despacio, dentro, fuera, dentro... Ella jadeaba mientras su vagina se licuaba. Consiguió apartarse un poco para cogerle el pene, empujó a Javier para que quedara acostado de espaldas y se lo metió en la boca, lo lamió con mimo y cuando él pretendía que lo dejara, intensificó la fuerza de sus lametadas y lo introdujo casi todo, a pesar de que tenía un tamaño considerable. Chupó como si lo exprimiera, él dejó de controlarse, la agarraba del pelo y la empujaba hacia su miembro para que se lo metiese entero.

—Sara, cariño, si no te apartas me correré en... ya no puedo... ¡Dios! ¿Qué me estás haciendo?

Ella tragó su semen sin dificultad, era la primera vez que hacía semejante cosa. Javier no se lo podía creer, el orgasmo que le había proporcionado Sara había sido único. Se incorporó, la recostó en la cama y empezó a comerla como si fuera su cometido en la vida. Ella estaba a punto de correrse.

—Sara, me encanta tu coño, no sé si voy a poder mantenerme alejado de él... ¡Humm! ¡Córrete, preciosa! ¡Vamos! Córrete en mi boca.

Ella no necesitó más, con sus palabras, su boca y sus dedos, tuvo el orgasmo de su vida.

—Eres preciosa, Meg Ryan, me encantas, no quiero perderte —dijo Javier—. Además, el sentimiento de culpa se ha evaporado, espero que a ti te pase lo mismo. Es más, o nos levantamos y vamos a cenar o, si seguimos aquí, te lo volveré a hacer.

—Gracias por tu cariño y por tus palabras, los sentimientos son mutuos. Pero ¿crees que podríamos ir a tu hostel y asearnos un poco? Aquí no hay agua caliente ni toallas ni nada...

—Venga hecho. Vístete, nos vamos ¿Dónde están las llaves?

—Creo que Esteban te las ha dejado en la encimera de la cocina.

Se vistieron, cerraron el piso y bajaron. Cuando salieron a la calle era de noche, se les había ido la tarde sin darse cuenta, eran ya las ocho cuando entraron en el hostel.

—Métete en la ducha, Sara. Mientras llamaré a casa —dijo Javier y llamó a su madre— Mamá, hola. Sí, estoy muy contento, ya he encontrado piso, si..., me pateé toda la ciudad, estoy matado. Dile a Andrea que la llamo por la mañana, dejaré el móvil cargando mientras voy a cenar algo y luego me acostaré, que estoy muerto. Un beso... Sí, mamá. No..., no llegaré a comer... Claro, depende de a qué hora salga. Vale ¡Chao!

Apagó el teléfono y se fue disparado a la ducha, Sara estaba saliendo, pero él la metió debajo del agua otra vez.

—No te vayas, me gusta verte desnuda y acariciarte ¡Eres tan suave! Creo que va a ser genial vivir aquí, me has traído suerte, no te voy a dejar escapar.

La besaba por todas partes, ella volvió a sentir el latido en sus entrañas y el sexo se le convirtió en gelatina. Otra vez iban a hacerlo. Nunca se había corrido tantas veces en tan poco tiempo ¡Dios! ¡Este hombre era increíble!

—Sara, esta vez va a ser rápido cielo...

La empujó contra la pared alicatada de la ducha, ella se agarró a su cuello y levantó una pierna enroscándosela en la cintura para facilitarle la entrada.

—Me gustas, Sara, y me estoy aficionando a tu cuerpo y a tu boca, no sé si podré vivir sin esto de ahora en adelante.

Le mordía el labio tirando de él, luego se introdujo dentro de ella con movimientos suaves y acompasados hasta que estuvo a punto de correrse.

—Sara, me correré fuera, olvidé el condón ¡Joder!, contigo pierdo el sentido.

Pero ella ya no lo escuchaba, estaba teniendo un orgasmo alucinante. Si Javier no la hubiese tenido agarrada, se habría escurrido por la pared, sus piernas se habían quedado sin fuerza, ¿Dónde estaban sus músculos?

Se quedaron abrazados bajo la ducha y dejaron correr el agua por sus cuerpos unos minutos mientras sus corazones recuperaban el ritmo normal.



Por fin estaban vestidos y, de momento, saciados. Bajarían a cenar algo y hablarían..., o no. Se tomaron unos vinos y cenaron un churrasco, un poco silenciosos al principio, pero el vino los fue animando y empezaron a soltarse. Por fin, ella le contó algo de su vida.

Era de Cuenca, su madre había muerto cuando ella tenía diez años y su padre volvió a casarse con una mujer horrible con la que nunca pudo llevarse bien. Por eso, cuando terminó el instituto, solicitó una beca y se vino a estudiar historia del arte a Logroño. En verano y vacaciones se quedaba para trabajar, porque con lo de la beca no era suficiente. Este era su último año, pero necesitaba dinero, así que seguía haciendo trabajos esporádicos como cuidar niños, servir copas en un pub cuando la llamaban o, incluso, de dependienta en alguna tienda. Ese lunes empezaría en una juguetería hasta después de Reyes.

Javier ya le había contado que vivía en Ourense en casa de sus padres y aunque le había dicho que tenía una novia, no mencionó el hecho de que ésta era ya como de la familia. Le dijo que había estudiado en Salamanca, que había trabajado de camarero alguna vez, entre otras cosas. Poco a poco fueron confesándose trozos de sus vidas, compenetrándose cada vez mejor. Al abandonar el local, él no pudo resistir la tentación de cogerla de la mano, era una locura ¿Qué le estaba pasando con Sara?

Cuando llegaron al hostel le dijo:

—Duerme conmigo, Sara. Me voy mañana y no volveré hasta finales de la semana que viene.

—Yo no puedo decirte cuándo nos volveremos a ver. Estaré trabajando hasta bastante tarde y, además, tendré que terminar el trabajo de arte, he de entregarlo antes del once de enero.

—Pero, aunque trabajes, siempre podremos vernos al salir de trabajar. Puedo, además, echarte una mano con el trabajo, aprovéchate de mí, soy muy bueno en arte.

—Gracias. De todas formas, estaremos en contacto a través del correo. Y ¡Si! Me apetece muchísimo quedarme contigo esta noche.

—Preciosa, no te arrepentirás...

Sara no estaba muy segura de eso, pero... se quedó. Volvieron a hacer el amor, después él se durmió envolviéndola en sus brazos. Sara lloró de emoción cuando Javier se hubo dormido, no se había sentido tan apreciada por nadie desde la muerte de su madre y, de eso, hacía ya catorce años.

Nunca conseguía que la abandonara esa sensación de soledad que se le metió dentro después de su muerte. Desde luego, tampoco con aquel novio que se echó en primero, al que no le interesaba más que el sexo y, cuando por fin se acostó con él, solo sintió dolor. No había vuelto a enrollarse con nadie. Excepto... ¡Dios!, eso no contaba. Y hoy, esta noche, con Javier, la sensación de soledad se había ido. ¿Y si eso pudiera ser una realidad en su vida? ¡Ojalá!

## Capítulo 5

Sara no podía dormir, los acontecimientos de ese día la habían sobrepasado. Miraba el reloj cada dos segundos, hasta que decidió levantarse y esperar a que amaneciera para irse antes de que él se despertara. Cuando quiso hacerlo, tuvo que apartar el brazo y la pierna de Javier que la envolvían apesándola; le gustaba esa sensación de pertenencia, pero le daba un poco de vértigo, no podía permitirse el lujo de recrearse en esos sentimientos. Sabía que Javier tenía novia, no un ligue sin importancia, sino una novia, que ,como él mismo había terminado reconociendo, era casi de la familia.

Y además estaba también aquello... ¡Dios! «Su secreto inconfesable». Si pudiera borrar esa parte de su vida..., pero eso no iba a pasar. Nadie puede borrar de su vida lo que no le gusta. Tendría que afrontarlo y asumir que jamás podría tener una pareja estable, que un hombre como Javier no sería nunca para ella.

Pensaba todo esto sentada en la butaca de la habitación, vestida y observando al hombre maravilloso que dormía ante ella como si fuera un bebé. No, no lo despertaría, ya hablarían cuando volviese, si es que no se arrepentía de lo que había pasado entre ellos. ¡Joder! Tenía novia. Ella por lo menos no engañaba a nadie... Bueno sí, se engañaba a sí misma que, a fin de cuentas, era peor.

Cogió su bolso y salió de la habitación sin hacer ruido.

Miró por enésima vez la hora, eran las siete y media, apuró el paso hasta la parada del bus. Mientras se acercaba a su casa pensó en Ana, su compañera de piso. Ella era la única persona que sabía a qué se dedicaba cuando desaparecía algún fin de semana. Había tenido que contárselo porque cuando se iba apagaba el teléfono y nadie podía localizarla.

Aquel había sido un día duro para ella, tener que contar «su pesadilla» a Ana le había resultado súper difícil, aunque no menos difícil lo fue para su

amiga, sobre todo, porque no estaba en su mano poder ayudarla. De todas formas, siempre le agradecería que la dejara vivir en su apartamento. No le cobraba alquiler, solo le permitía pagar la luz y eso porque, de otro modo, ella no hubiera aceptado vivir allí.

Si hoy estuviera en casa se extrañaría al oírla llegar tan temprano. Los fines de semana que se iba no solía regresar hasta el domingo por la tarde. No sabía si contarle esta aventura maravillosa que estaba empezando a vivir. Casi seguro que Ana le haría poner los pies en el suelo y le diría lo que no quería escuchar, aunque sabía muy bien que su amiga tenía razón.

Javier al despertar recorrió la habitación con la vista intentando localizar a Sara, comprendió que ya se había ido y no le gustó. Hubiera preferido despedirse de ella, aunque quizás era mejor así, de lo contrario estarían haciendo el amor otra vez y no saldría para Ourense hasta la tarde.

Le mandaría un mensaje, pero primero debía ducharse y recoger todo. Tenía más de seiscientos kilómetros por delante.

De camino al parking entró en un bar a desayunar y, mientras lo hacía, le escribió un mensaje a Sara.

*De:* Brad Pitt

*Para:* Meg Ryan

*Fecha:* 30 diciembre 2012, 9:30

*Asunto:* ¡Desayunando solo!

Hola, princesa: Me has abandonado muy temprano. ¿Ni un beso de despedida?

No te será fácil deshacerte de mí, vuelvo en una semana. *Biquiños*.

Luego le envió un whatsapp a Andrea, no quería llamarla, aún era temprano.

Hola, Andy: no te llamé ayer porque después de patearme la ciudad buscando piso no podía con las pestañas. Más tarde te llamo, ahora es demasiado temprano. *Biquiños*.

Empezaba a sentirse como un auténtico cabrón, Andrea no se merecía lo que le estaba haciendo. Tendría que hablar con ella. Por supuesto, no le iba a decir nada de esto, la destrozaría. La voz de su conciencia lo martilleó, «no seas hipócrita Javier, no le vas a decir nada porque no tienes cojones». Esa era la auténtica verdad.

Estaba llegando a León y seguía pensando en cómo enfrentarse a Andrea, le daba la impresión de que se le notaba en la cara lo sucedido en Logroño.

Paró a comer en un área de servicio cerca de Astorga y sacó el teléfono para llamarla.

—Hola Andrea. ¿Leíste el mensaje? No quería despertarte.

—No me hubieras despertado, me levanté temprano Estoy preparando las maletas.

—Pues te has dado mucha prisa, ¿no?

—Oye, yo me voy el martes, así que ya me dirás.

—Tienes razón, perdona. Bueno, si te vas el martes, yo me volveré para Logroño el jueves.

—Te noto raro, ¿Te pasa algo?

—¿Qué me va a pasar? Qué tengo ganas de verte, no sé por qué dices eso, te quiero Andrea

—Lo sé, yo también te quiero

—¿Me esperarás en mi casa? Llegaré sobre las cuatro.

—De acuerdo allí estaré. *Biquiños*, cari.

Cuando colgó, vio que tenía mensajes en el correo, se le iluminó la cara con una sonrisa de oreja a oreja al ver de quien era.

*De:* Meg Ryan

*Para:* Brad Pitt

*Fecha:* 30 diciembre 2012, 13:45

*Asunto:* ¡Comiendo sola!

Espero que estés llegando a tu casa. No corras mucho, no necesitas alejarte de mí tan de prisa. Yo he dormido toda la mañana, de noche no he podido hacerlo. Estaba demasiado emocionada disfrutando de tu calorcito, sobre todo con tu pierna y tu brazo enrollados a mi cuerpo. No era muy cómodo, pero me encantó. Me sentí muy bien, aunque parezca una tontería, hasta me sentí querida. Bueno guaperas, ya nos veremos y, como dices tú siempre: ¡*Biquiños!*

Sonrió embobado mientras lo leía y lo contestaba.

*De:* Brad Pitt

*Para:* Meg Ryan

*Fecha:* 30 diciembre 2012, 14:30

*Asunto:* ¡Comiendo solo!

Preciosa: siento no haberte dejado dormir. No sabía que se me daba también proteger mis posesiones.

Si te has sentido querida, no fue un espejismo porque, aunque parezca imposible, he empezado a quererte desde que he visto el tatuaje de tu frente. Ya sabes, ese que dice «soy una charlatana», que sepas que he sentido lo mismo. ¿A que me quieres un poquito?

*Biquiños*, charlatana

Estaba pagando cuando sintió el pitido, entraba otro mensaje, al llegar al coche lo miró.

*De:* Meg Ryan  
*Para:* Brad Pitt  
*Fecha:* 30 diciembre 2012, 14:50  
*Asunto:* El postre y un café

No se pueden tener conversaciones tan profundas a la hora del café. De momento lo pasamos muy bien, tuvimos un sexo alucinante y hasta compartimos ducha y cama. *Amore*, ya hablaremos cuando vuelvas. *Biquiños*.

Contestaría y se pondría en camino.

*De:* Brad Pitt  
*Para:* Meg Ryan  
*Fecha:* 30 diciembre 2012, 15:02  
*Asunto:* ¿Te manejas en italiano, *amore*?

¿Sexo alucinante? Tengo algún amigo al que debería enseñarle tu último mensaje para darle un poco de envidia... Qué no, tonta, no se lo enseñaré a nadie, no soy tan gilipollas.

Por favor, dime que has encontrado el móvil, quiero llamarte, dame el número. ¿Puedo llamarte? No quiero esperar a la semana que viene para oír tu voz.

*Biquiños, biquiños...* Mira, te los voy sembrando desde la nuca, rodeando el cuello. Luego subo hacia tu boca y la como a mordiscos, sigo viajando por tu cuello iniciando el descenso por el canal que forman tus pechos hasta alcanzar los pezones... ¡Buf! Menos mal que estoy dentro del coche, no sabes cómo me he puesto...

Le dio a enviar, ¡Dios! Tenía que centrarse, todavía le quedaban algo más de doscientos kilómetros. Pondría la radio, eso le haría pensar en otra cosa. Puso el coche en marcha y cuando estaba buscando una emisora de música sonó el móvil. Pensó que sería su madre, ella no enviaba mensajes, ni wasaps, Llamaba y punto, como solía decir siempre: «hablando se entiende la gente». Pero no, no era su madre. Se le dibujó una sonrisa en la boca cuando vio un número desconocido, sospechando de quién se trataba.

Contestó con sorpresa y entusiasmo.

—Sara, preciosa. ¡Qué alegría escucharte! Menos mal que me llamas, estaba a punto de darte la vuelta e ir a por ti.

—No exageres, no creo que fueras a darte la vuelta.

—No me doy la vuelta porque estoy en León y bueno... pero dime ¿Tú qué vas a hacer?

—Nada en particular.

—¿Ya ha vuelto tu compañera de piso?

—No, creo que llegará esta tarde.

—Vale, me alegro, así no estarás sola ¿Se lo vas a contar?

—Le contaré hasta donde se puede contar.

—Ya ¿Y se puede saber, según tú, cuál es la parte que no se puede contar?

—La misma que tú no le contarás a tu novia...

—Vale, eso es un golpe bajo, pero reconozco que me lo merezco.

—Perdona, un golpe bajo ¿por qué?, es la verdad.

—Perdonada, tienes razón, la parte que no le contaré a Andrea es la que no se puede contar.

—¡Lo ves!

—Ya, bueno, no te agobies. Todo se solucionará, aún no sé cómo, pero desde luego tu eres parte de la solución. Cuando te dije que no voy a poder prescindir de ti, no hablaba por hablar. No te sientas culpable preciosa, el único culpable en esto soy yo. No quisiera lastimar a Andrea, pero va a ser inevitable.

—Habla con ella.

—No sé cuándo podré hablar con ella, se va el martes para Madrid.

—Tienes que hacerlo antes de que se vaya.

—Lo sé, lo sé. Ahora te voy a dejar, debería llegar a Ourense antes de Fin de Año. Esta noche te llamaré así que no vuelvas a perder el móvil. Ahora es muy importante. *Biquiños*.

—Un beso, de esos, de comerse la boca.

—¡No me tientes! O no llegaré nunca. Pero esta noche no te libras, volveré a sembrar tu cuerpo de besos. Creo que tendremos sexo virtual ¿Cómo lo ves? —le dijo entre risas.

Se despidieron asegurándole él, de nuevo, que la llamaría por la noche.

Le encantaba esta chica. ¿Cómo podía surgir una atracción tan fuerte en solo dos días? Era increíble, ya vería cómo se desarrollaban los acontecimientos. Un poco de miedo sí tenía, pero, a la vez, lo sucedido lo inundaba de alegría. Era todo muy raro.

Puso la radio para distraerse, la mejor emisora que se podía escuchar era Radio 3, solían poner buena música. Ahora sonaba «Lágrimas negras» de Buena Vista Social Club, le encantaban estos músicos cubanos. Se sentía relajado, la música lo ayudó a centrarse en la carretera.

Menos mal que ya no tenía que meterse en la ciudad, sus padres habían comprado una casita en la zona de San Cibrao y así se evitaban el mogollón

del centro, los semáforos, etc. Al llegar vio a su madre en el porche regando las plantas. Javier sabía que lo de las plantas era para disimular, en realidad estaba impaciente por verlo llegar. Las madres a veces podían ser un engorro, pero daba mucha seguridad saber que, hicieras lo que hicieras, ellas siempre estarían ahí. Aun cuando todos te dieran la espalda, una madre seguiría ahí. Es lo mejor que tienen, te quieren de forma incondicional, seas bueno o malo, guapo o feo, tonto o listo... así hagas la burrada más grande del mundo o una como la que él estaba a punto de cometer, aunque de momento no diría nada. ¿Estaba siendo cobarde?, seguro, pero ya llegaría «la hora de los valientes».

La madre entró en casa nerviosa anunciando la llegada del hijo

—¡Andrea, Andrea! Javier ya ha llegado.

Javier se acercó a ella para besarla con cariño

—Mamá, ¿se ha muerto el pregonero?

—Hijo, dices cada cosa, desembucha ¿Cómo fue todo?

— Al menos déjame entrar, llevo ocho horas de viaje solo, que es muy aburrido ¡Estoy agotado!

En ese momento apareció Andrea en la puerta se acercó a él y lo besó en la boca. Él se dejó besar sin mucho interés. Fue un beso rápido, rutinario, como si se lo hubiera dado en la mano o en la mejilla. La llevó hacia adentro de la casa pasándole un brazo por la cintura a la vez que le preguntaba

—¿Qué tal, ya lo tienes todo preparado?

—Más o menos, ya te dije que me voy el martes después de comer.

—Es el día de Año Nuevo.

—Ya, pero el jueves día tres empiezo a trabajar, y cómo Pablo también se va ese día, me voy con él.

—Parece que por fin va a tener suerte ese cabrón, podrá disfrutar de tu compañía para él solito.

—Mira qué eres gilipollas, olvídате de Pablo, imagínate que voy a vivir con... yo que sé, con «María», para mí va a ser así, espero que para ti también. Y ahora cuenta tú.

Se sentaron en el salón en el que también estaban sus padres y les contó cómo fue todo en la entrevista. Lo mucho que le había gustado la biblioteca. Les habló del director, un buen tipo, llamado Antonio, de unos cuarenta años, que le había caído muy bien. También les contó la suerte que había tenido al encontrar un piso tan céntrico y a muy buen precio, a pesar de ser un tercero abuhardillado y sin ascensor, pero, para compensar, estaba muy bien



restaurado y contaba con buena ventilación. Desde luego, se trataba de una vivienda más que suficiente para él.

Al saber que Andrea se iría el martes a Madrid, decidió que él lo haría el jueves, así podría poner el piso a punto y empezar a trabajar de forma más relajada.

—Llévate mi coche, yo me moveré por aquí con esa tartana que tienes —le dijo su padre.

—No papá, me iré en tren

—Pero, hijo —intervino la madre—, tendrás que llevar sábanas, toallas, alguna manta, la ropa...

—Tiene razón tu madre —dijo Andrea—, por eso yo acepté el ofrecimiento de Pablo y eso que el piso es suyo y no tendré que llevar tantas cosas, como mantas o cacharros, por ejemplo. Tú, sin embargo, sí.

—Ya, pero he pensado meter todo en cajas y mandarlo por paquetería. El coche te hace falta a ti, papá, quizás me hagáis alguna visita. Yo, si todo va bien, me compraré uno decente en cuanto pueda.

—No es mala idea. Lo que haré entonces será deshacerme de tu carraca, solo da gastos.

—Eso sí, hazlo cuanto antes.

Andrea se acercó mimosa a su oído.

—¿Quieres salir o prefieres descansar? Aunque casi mejor dejar lo de salir para mañana, es Fin de Año y tenemos que celebrarlo como nunca.

—Tienes razón, Andrea. Por cierto, ¿te quedarás a dormir?

—No puedo, han venido mis abuelos, tengo que cenar y dormir en casa, más que nada porque no los veré en bastante tiempo y quiero darles un poco de cariño antes de irme. ¿No te importa verdad?

—¿Cómo va a importarme, tonta? Siento no estar contigo, pero mañana habrá tiempo. —Le dio un beso en la boca y, cuando intentó terminarlo, fue ella la que lo profundizó mordiéndole el labio y metiéndole la lengua. Se dejó llevar otra vez sin entusiasmo y ella se dio cuenta

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Por?

—No sé, es como si te diera alergia besarme.

—¡Qué tonterías dices! Es solo que están ahí mis padres y...

—¿Desde cuándo te importa que tus padres puedan verte besándome?

—No me importa, pero tampoco me apetece que vean cómo te como la

boca, no seas tonta.

La volvió a besar poniendo un poco más de interés para dejarla tranquila. Pero enseguida abandonó la boca de Andrea o eso le pareció a ella.

—Está bien Javi, me voy, llámame mañana para decidir lo de la noche.

Fue hacia el salón y se despidió de los padres de Javier.

—Juan, Laura, ¡hasta mañana!

—Hasta mañana, reina —contestó la madre.

## Capítulo 6

—Mamá, subo a mi habitación. Tengo que mirar unas cosas en el ordenador.

—Vale, ya te avisaré para cenar.

Javier se metió en su habitación cerrando la puerta. Le faltó tiempo para abrir el ordenador y mandarle un mensaje a Sara.

*De:* Brad Pitt

*Para:* Meg Ryan

*Fecha:* 30 diciembre 2012, 20:22

*Asunto:* ¡Por fin en casa!

He llegado a eso de las cinco de la tarde y me he sometido a la «entrevista» familiar, parece que los he dejado conformes porque ya me han liberado.

Tú, ¿qué tal? ¿ha llegado tu amiga? Contéstame, si no quemaré tu móvil a llamadas.

Estaba impaciente, si ella estuviese conectada le contestaría enseguida. «¡Si, bien, ahí estaba!», pensó.

*De:* Meg Ryan

*Para:* Brad Pitt

*Fecha:* 30 diciembre 2012, 20:28

*Asunto:* ¡No quemar móvil o lo volveré a perder!

Gracias por avisarme de que has llegado bien, aunque no lo creas estaba preocupada. Ya te estoy echando de menos ¿Cuándo vuelves? ¿Qué harás en Fin de Año? Yo cenaré en casa y luego me iré a trabajar en un pub, me pagarán muy bien y así no estaré sola. Me comeré las uvas con el resto de camareros. Pero antes de irme te mandaré un whatsapp con un *biquiño* muy especial de Fin de Año.

Al leer el mensaje le entró una especie de malestar que le hizo dar un golpe en la mesa con el puño, ¿por qué estaba tan sola? Si pudiera, iría a buscarla para que cenara en su casa, con el calor de su familia. Casi nunca nos damos cuenta de la suerte que tenemos cuando podemos contar con una familia que nos apoya.

*De:* Brad Pitt

*Para:* Meg Ryan

*Fecha:* 30 diciembre 2012, 20:33

*Asunto:* ¡No me gusta tu plan de fin de año!

Si estuvieras conmigo, cenarías en mi casa con mi familia, que son muy pesaditos, muy «metomentodo», y muy... en fin, pero no podría vivir sin ellos, son geniales, estoy muy orgulloso de ellos, les gustarías, seguro. Siento de verdad que pases esa noche tu sola, no volverá a ocurrir. Me aseguraré de ello.

Ahora te explicaré «nuestro plan» para esta noche: cenaremos en casa cualquier cosita, luego nos sentaremos en el sofá a ver algo en la tele. Tú te estirarás y descansarás la cabeza en mis piernas, y a mí se me escapará la mano por debajo de tu blusa buscando tus pechos. Te acomodará para facilitarme la tarea, y comenzaré a besarte. Te comeré esa preciosa boca que tienes y se desatará una tormenta que nos enloquecerá de placer. Descubriré al meterme dentro de tu vestido que no llevas nada debajo y eso... Solo pensarlo y ya me he puesto duro... ¡Buf!

Le dio a enviar y enseguida entró la respuesta.

*De:* Meg Ryan

*Para:* Brad Pitt

*Fecha:* 30 diciembre 2012, 20:40

*Asunto:* ¿No te irás a largar ahora...?

Como ya sabía que te quedarías a cenar, me puse ese vestidito corto que tanto te gusta, sin nada por debajo, para que no te liaras con el enganche del sujetador ni con la tira del tanga. Mientras cenábamos se me hizo la boca agua (no solo la boca, estuve mojada toda la cena) pensando en el momento en que empezaras a acariciarme y descubrieras que tenías libre acceso a cualquier parte de mi...

Cuando llegó este último mensaje, Javier resoplaba y, sin parar de sudar, tuvo que ir al baño a mojarse la nuca, necesitaba un poco de agua fría. Mientras se estaba refrescando llegó Xulia, que entró a saludarlo y, al no encontrarlo allí, se sentó en su silla. Sin querer vio los mensajes de la pantalla.

No daba crédito a lo que estaba leyendo. Su hermano, que tenía una novia con la que hasta hace dos días había pensado irse a vivir a Madrid... ¿Era el mismo que el que estaba intercambiando mensajes pornográficos con una tipa de alias Meg Ryan? ¿Y ella le llama a él Brad Pitt? Aquello no podía ser. Pero ¿Qué le estaba pasando a su hermano?

Cuando Javier volvió del baño, se encontró a su hermana delante del portátil, pálida y alucinada. Bajó la pantalla de inmediato, pero ella continuaba sin reaccionar, mirando como si todavía siguiesen ahí aquellos alucinantes mensajes.

—Xulia, Xulia, por favor, mírame y escucha. No lo entiendes, no es lo...

—¿No me irás a decir aquello de «esto no es lo que parece»? ¡Venga, hombre! Qué no estamos en un serial de televisión. — Xulia recuperó la voz y no lo dejó terminar la frase.

—Te pido, por favor, que no digas nada.

—No hace falta que me lo pidas, sabes que jamás lo diría, pero tienes que explicarme qué pasa. ¿Quién es la tal Meg Ryan? ¡Por Dios! Pero ¿qué te ha pasado? Tú no puedes ser mi hermano. Mi hermano es un tipo serio, con novia formal, no un pervertido que tiene sexo virtual con una individua que se hace llamar Meg Ryan. Claro, que tú no te quedas atrás, ¡Brad Pitt! Nunca me había fijado, pero mira... tienes un aire, ojos azules y esa barbita rubia... Menos mal que eres mi hermano, si no, yo misma te hubiera tirado los tejos. Habla, cuéntame de qué va esto. En serio, estoy muy preocupada.

—No sé cómo explicarlo, es raro e increíble, pero ha ocurrido.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me he enrollado con una chica que conocí en Logroño, se llama Sara, lo de Meg Ryan es una broma que le hice porque tiene un parecido bastante evidente con ella.

—No puedes tener el nivel de intimidad que he leído en vuestros mensajes. Sin querer, por cierto. Te fuiste el viernes y has vuelto hoy, domingo. Por favor, Javier, esto no hay quién se lo crea.

—A veces pasan cosas que no tienen mucho sentido ni tampoco una explicación. Pero te aseguro que pasan, a mí me ha ocurrido.

—Pero vamos a ver ¿tú no estás enamorado de Andrea?

—Pues eso creía, pero después de lo que me ha pasado, he llegado a la conclusión de que a Andrea la quiero muchísimo, pero lo nuestro se ha convertido en algo demasiado rutinario. Lo que siento por ella se parece más a lo que siento por ti, que a lo que en realidad un hombre debe sentir por una mujer.

—Pero...

—No, ¡déjame acabar! Lo que me ha pasado con Sara ha sido maravilloso. Lo que hay entre Andrea y yo no está en su mejor momento, aunque no queramos hablar de ello. De lo contrario, esto no me habría ocurrido.

—¿Y ella se ha involucrado contigo en un día? Es muy raro ¿No será una pilingui?

—Pues no, está en el último curso de historia del arte y a la vez trabaja en lo que puede. Se ha costeado ella la carrera, con becas y trabajando en lo que

le sale. Todos no tienen la suerte de tener una familia que les apoye y les proporcione la seguridad que nosotros hemos tenido gracias a la nuestra. Fíjate que, la pobre, en Fin de Año cenará sola y luego se irá a un pub a servir copas toda la noche.

—Todo eso está muy bien, solo espero que esta chica sea lo que en realidad crees que es y no te destruya la vida...

—Eso no ocurrirá, Sara es una chica sencilla y muy alegre. Por cierto, me recuerda mucho a ti.

—Y Andrea, ¿cómo encaja ella en esta situación?

—Pues no encaja. Tenemos que hablar, pero aún no puedo. Y lo peor es que ella se va el martes, y yo el jueves. No sé cómo voy a resolver esta situación. Lo que tengo claro es que mi historia con Sara va a continuar. Ahora mismo, por muy inverosímil que parezca, no podría prescindir de ella.

—Estoy preocupadísima, no sé qué te ha pasado en Logroño, esto no es normal.

—Por favor, Xulia, te pido que no digas nada ¡A nadie!

—No voy a decir nada, Javier, pero estoy muy preocupada.

—Te propongo una cosa: vente conmigo a pasar esta semana, les decimos a papá y mamá que vienes a ayudarme con la mudanza y después de Reyes te vuelves. Te presento a Sara y ves cómo es la relación que hemos empezado.

—Tenía otros planes, pero voy a ir contigo, puedes estar seguro.

—Pues nada, esta noche en la cena lo comentamos. Tú ofrécete para ayudarme a limpiar y colocar el piso, a mamá seguro que le encanta la idea, y yo aceptaré «resignado».

Xulia se echó en brazos de Javier y le dio un montón de besos.

—Hermanito eres demasiado especial y valioso para mí, no permitiré que nadie te haga daño.

—¡Yo sí que te quiero, y mucho!

Javier la abrazó y la dejó besuquearlo por toda la cara hasta que empezó a hacerle cosquillas y las carcajadas de Xulia se escucharon en la cocina.

—Javier ¿Qué le haces a tu hermana? —gritó la madre desde abajo—. Bajad a poner la mesa, vamos a cenar.

Se hicieron cosquillas mutuamente como cuando eran pequeños, y la madre desde la cocina escuchaba sus carcajadas con una sonrisa en la boca y negando con la cabeza, pero feliz, al ver lo bien que se llevaban sus hijos.

Javier abrazó a su hermana y besándola en el pelo la giró poniéndola de

cara a la puerta

—Venga, vete bajando, yo voy enseguida.

—¡Tendrás cara! No creas que no sé qué vas a seguir con esa interesante conversación que tenías con Meg Ryan...

—Xulia, Xulia, por lo que más quieras...

—Soy una tumba, no te preocupes.

Cuando su hermana salió de la habitación, levantó la tapa del portátil y miró en mensajes recibidos

*De:* Meg Ryan

*Para:* Brad Pitt

*Fecha:* 30 diciembre 2012, 20:44

*Asunto:* ¿Me vas a dejar colgada?

¿Estás ahí?

*De:* Meg Ryan

*Para:* Brad Pitt

*Fecha:* 30 diciembre 2012, 20:48

*Asunto:* ¡Me vas a dejar colgada!

No sé qué te ha pasado, dime algo.

*De:* Meg Ryan

*Para:* Brad Pitt

*Fecha:* 30 diciembre 2012, 20:53

*Asunto:* ¿Hay alguien ahí?

Creo que me iré a cenar, no parece que vayas a volver de momento.

Javier torció el gesto pensando que la había dejado colgada sin más. Se dispuso a enviarle una explicación y a disculparse. Pero decidió que con el móvil sería mejor. Escribió un whatsapp:

Lo siento, preciosa. Con la conversación tan interesante y excitante que teníamos, tuve que cortarla porque apareció mi hermana de repente y leyó alguno de los mensajes. He tenido que contarle todo, y ha decidido que irá el jueves conmigo a pasar una semana, así podrá conocerte. Cree que podrías hacerme daño y va, más que nada, para protegerme de tus «artimañas...». No te preocupes, te gustará, apuesto a que os haréis muy buenas amigas.

Ahora voy a cenar, luego te llamaré, tengo ganas de oír tu voz. *Biquiños, biquiños...* más *biquiños*, y algún mordisquito también.

Sara se apresuró a contestar.

Espero caerle bien a tu hermana, si no, me matará.

Yo también voy a cenar, esperaré tu llamada, ¡Te extraño!

Javier leyó el mensaje y, con una sonrisa en la boca, bajó a cenar.

—¿Qué hay de cena? —preguntó.

—Trucha al horno con puré de patatas y guisantes —contestó su madre.

—Ya sabes, ese puré de color verde pistacho que parece radiactivo —dijo Xulia.

—No quiero oír tonterías —increpó la madre—. ¡Está buenísimo!

—Eso es verdad, pero tiene un color... rarillo —comento Javier.

—Rarillo o no, nos lo vamos a comer —volvió a decir la madre.

Durante la cena, Xulia desplegó su estrategia para irse con Javier.

—Oye mamá, qué te parece si me voy con mi hermano y me quedo una semana con él ayudándolo con la mudanza. Este pobre, nunca ha vivido solo, no sabrá ni como colocar los muebles ni ordenar cacharros en la cocina y un montón de cosas más. Además, fíjate, pasarse el día de Reyes allí solo y abandonado...

—¡Hija, Xulia! No lo pongas tan feo, no creo que sea para tanto, aunque no me disgusta la idea.

—Bien, ¿y ahora puedo yo decir algo? —preguntó Javier.

—Puedes, otra cosa es que tengamos en cuenta lo que vayas a decir —replicó Xulia.

—Solo iba a decir que me encanta la idea de que me acompañes. Te gustará la ciudad y te encantará ordenar y decorar mi buhardilla.

—No se hable más, aprobada la moción por mayoría.—afirmó Xulia y añadió— Quizás por unanimidad, ¿tú que dices, papá?

—¡Ah! ¿También puedo opinar? Pues nada, lo que ustedes quieran, señores.

Terminaron de cenar entre risas y bromas de Xulia acerca de lo buen «amo de casa» que iba a ser su hermano.

Por fin, su madre sirvió el café y Javier con la taza en la mano se fue a su habitación.

—Perdonad, tengo que hacer una llamada. — Por fin, su madre sirvió el café y Javier, con la taza en la mano, se fue a su habitación.

—Pero hijo, si ha estado aquí esta tarde... Me gustaría saber de qué habláis tanto por teléfono Andrea y tú, y esto va para todos.



—Mamá, no quieras saberlo, te morirías y, además, ¿quién te dijo que llamaría a Andrea? —dijo Xulia.

—Me lo imagino, ¿a quién si no a estas horas?

—Son las diez, es una hora cómo cualquier otra.

—¡Vale! Es igual, déjalo.

Se encerró en su habitación, se tumbó en la cama y marcó el número de Sara. Estaba impaciente y, como tardó más de tres tonos en cogerlo, se puso nervioso.

—¿Si...? —contestó Sara.

—¡Hola preciosa! Pensé que habías perdido el teléfono.

—No lo encontraba, como lo voy dejando por cualquier sitio... Por cierto, ¿qué fue eso de tu hermana?

—Pues que cuando estábamos en «lo mejor» de nuestra conversación, entre ida y vuelta de mensajes, me levanté al baño para refrescarme y en ese momento entró ella a saludarme. Se sentó en mi silla y, como la pantalla estaba abierta y los mensajes también, sin querer miró; al leerlos se quedó un poco noqueada. Me pidió explicaciones, y le conté por encima lo que nos había ocurrido.

»Quiere conocerte, piensa que igual eres una “devorahombres”.

—No me extraña, yo también lo pensaría.

—Claro, si es que os parecéis bastante...

—Bueno, así nos entenderemos mejor.

—Ya está bien de hablar de mi familia, ahora vamos a lo nuestro.

—¿Y qué es lo nuestro?

—Pues, lo nuestro es: ¿Qué tal estás tú? ¿Cómo te sientes con respecto a lo que está pasando entre nosotros? Si te ha gustado que pasara o si te he decepcionado por algo; necesito que me digas todas estas cosas.

—Yo también quiero saber todo eso de ti.

—Preciosa, pregunté yo primero.

—Ya, pues verás, estoy bien, y «lo-que-está-pasando-entre-nosotros» me gusta. No solo eso, me encanta, nunca pensé que podría surgir algo tan fuerte entre dos personas en tan poco tiempo. Y sí, me ha gustado que pasara, no lo estaba buscando, pero me ha gustado; me ha emocionado, me ha llevado a la luna y me ha dejado dando una vuelta por el espacio interestelar. ¿Contesta esto todas tus dudas, sobre todo, lo de decepcionar? Ahora te toca a ti.

—Sara, ¡eres increíble! «Lo-que-está-pasando-entre-nosotros» me gusta

muchísimo, supera todas mis expectativas. Tampoco estaba buscando nada de esto y el que ocurriera rompió mis esquemas, pero me alegro. He sentido cosas que nunca había sentido y has conseguido llevarme contigo al «espacio interestelar» como tú dices.

—Muy bien y ¿En dónde nos sitúa esto? ¿Qué vamos a hacer con esta historia?

—¿Cómo dices? ¿No estarás retrocediendo?

—No es eso, pero te recuerdo que tú tienes una novia «formal» y yo también tengo mi vida..., y de repente no se puede romper con todo como si nunca hubiera pasado.

—Cariño, me estás empezando a preocupar, no quiero que te comas el coco ahora con eso. Lo de mi novia es lo más difícil y lo voy a arreglar. Lo demás lo iremos solucionando según vaya surgiendo.

—Estás dando por supuesto, que solo tú tienes una vida y un pasado, yo también lo tengo y...

—¿Qué pasa? ¿Eres una asesina en serie o una «devorahombres» como cree mi hermana? ¿Qué? De todas formas, no creo que tengamos que arreglar nuestro futuro esta noche y menos por teléfono. No rompas el hilo, ahora no ¡Por favor, Sara!

—Bueno, si hubiera que romperlo, mejor cuanto antes.

—¡Vale ya, Sara! ¿Te has enfadado? ¿He dicho algo que te ha molestado?

—No, perdona, es que me está entrando un poco de eso que los gallegos llamáis morriña...

—¡Joder! No me extraña, pasar todas las Navidades sola y trabajar en Fin de Año para tener a alguien con quien tomarse las uvas es... ¡Joder!

—¡Para el carro! Mi vida es así ¿La tuya es maravillosa? ¡Pues mejor! Pero eso no quiere decir que yo sea una desgraciada de la que tengas que sentir lástima. Acaso ¿cuándo me conociste el otro día te di la impresión de serlo? ¿Te parecí, tal vez, una chica triste, desvalida y sola?

—No, claro que no, pero...

—Pero nada..., y ahora voy a colgar que tengo cosas que hacer.

—Sara, no cuelgues por favor... No te enfades, perdona.

—No te disculpes, ya estás perdonado, pero va a ser mejor que las cosas entre nosotros sean diferentes.

—¿A qué te refieres?

—De verdad, Javier, vamos a dejar este tema, es demasiado denso para

estas fechas y para tratarlo por teléfono.

—Vale, lo dejaremos ahora, pero no hemos terminado esta conversación. Sara, me gustas muchísimo, he sentido muchas cosas y tú también. No voy a abandonar así como así.

—No tienes todos los datos, no puedes valorar con objetividad.

—Me estás liando, no sé qué quieres decir, pero has de saber que no habrá nada que pueda apartarme de ti. Lo que estoy sintiendo desde que te conozco es demasiado fuerte e intenso, por favor, no te alejes de mí, Sara... no lo voy a permitir.

—Javier, voy a colgar ahora, ya hablaremos.

—Vale, ya hablaremos, sigue pegada al móvil. Mañana te llamaré.

—*Un biquiño.*

—Uno no, muchos, en cada parte de tu cuerpo, en cada poro de tu piel....

Javier empezó a dar vueltas a la conversación nada más colgar, pensando qué había hecho mal. Ella reconoció que se lo había pasado bien, que no le había decepcionado. Entonces, ¿qué? Quizá a Sara no le había gustado que sintiera lástima de ella por estar sola, y sus palabras la hicieron sentir como una mierda al mencionar el hecho de que trabajaría en Nochevieja para no comer las uvas sola. Aunque fuera cierto, no tenía que haberlo dicho. Le escribiría un mensaje, tenía que hacer desaparecer el nubarrón como fuera.

Buscó su iPod para escuchar música y relajarse un poco, necesitaba centrarse para escribir a Sara. Empezó a sonar *Let it be*. Pues no, él no pensaba «dejarlo así» como decía la canción.

He repasado nuestra conversación telefónica palabra por palabra y he me he dado cuenta de lo gilipollas que he podido llegar a ser. ¿Quién soy yo para decir que trabajarás en Fin de Año para no tener que comer las uvas sola? Ha sido horrible, si pudiera borrarlo lo haría. Tenías razón, por un momento he sentido lástima. Quizás he tenido una vida muy cómoda y me he permitido un punto de soberbia dando por hecho que mi vida era mejor que la tuya. Nunca me arrepentiré bastante de haber dicho esa frase porque, al decirlo, he olvidado la persona feliz que eres y lo bien que me has hecho sentir. He olvidado que cada persona es única y las circunstancias de sus vidas son solo eso, circunstancias que enriquecen sus vidas, y que ninguna es mejor ni peor que las demás.

Espero que ese carácter tuyo: amable, risueño, cariñoso..., te permita perdonar mi estupidez.

Al principio de nuestra conversación te pregunté si te había decepcionado en algo y me hiciste ver que no, ¡me alegró tanto! Sin embargo, ahora me siento muy triste, no solo por haberte decepcionado a ti, sino también a mí mismo, por haber sido tan simple y superficial en mi valoración.

Es verdad que nuestra relación es muy breve en el tiempo, pero también muy intensa. Han aflorado sentimientos y sensaciones que estaban latentes en mi interior. Me gustaría que tú también

sintieras lo mismo. Si así fuera, tendrías la necesidad, como yo, de seguir adelante y profundizar en ello.

Ahora iré a dormir y quizás mañana pueda decirte muchas más cosas. Creo que ya sabes lo mucho que me gusta hablar contigo, estar contigo, y... pensar en ti. De repente, ocupas todos mis pensamientos.

Si estuvieses aquí, me haría perdonar comiéndote a besos.

Le dio a enviar y se acostó escuchando música. Ahora sonaba «Tristeza de amor», de Hilario Camacho; no recordaba cuándo había metido esa canción en el iPod, tal vez un día que la estaba escuchando su madre. Él no conocía a ese cantautor y su madre le habló de él, le gustó bastante y guardó esa canción en su aparato.

Necesitaba dormir, tenía muchas cosas que organizar si quería irse el jueves. Y todavía quedaba lo peor, pasar el Fin de Año con Andrea. No tenía claro si contarle lo que estaba pasando o dejar pasar las fiestas para hacerlo. Podría viajar un fin de semana a Madrid y tener allí esa difícil conversación, es posible que fuera lo mejor. Lo peor era pasar la noche de fiesta fingiendo estar encantado y enamorado cuando la realidad era bien distinta, y Andrea no era tonta.

## Capítulo 7

*E*ran las diez y media de la mañana cuando se levantó. El enfado de Sara lo había trastornado un poco, esperaba que el último mensaje que le había enviado fuera suficientemente esclarecedor. De todas formas, lo primero era hablar con Andrea, tenían que decidir cómo y dónde pasarían la Nochevieja. Le escribió un mensaje:

¡Hola, Andy! Supongo que te habrás pasado toda la mañana recogiendo y empaquetando, yo también.

¿Cómo tienes la tarde? ¿A qué hora quedamos?

Mi madre dice que cuenta contigo para cenar, ya le he dicho que quizás no puedas venir. Qué te parece si te recojo en tu casa sobre la una y media, después de las uvas, tienes tiempo suficiente para arreglarte y tomar una copa con la familia.

**Andrea no tardó en contestar.**

Buf... demasiado equipaje.

Tendrías que ver esto, Pablo se va a asustar, no querrá llevarme cuando vea el mogollón que tengo aquí.

Sí, cenaré con mi familia. No me recojas, iré yo a tu casa y me tomaré las uvas con vosotros, dormiré contigo, será nuestra despedida ¿Te parece bien?

Cuando Javier leyó el mensaje, se quedó un poco pensativo, no había forma de evitar hacer el amor con Andrea, iba a ser un Fin de Año «inolvidable». Estaría engañando a Andrea, pero también a Sara, se estaba sintiendo como un auténtico cabrón. Al fin, respondió:

Pensé que no querías despedirte...

Bien, me gusta el plan, que lo paséis bien en la cena, saluda a tus padres y a tus abuelos de mi parte. *Biquiños*.

Estaba en el garaje, sentado en una de las cajas en las que había empaquetado todos los enseres que se llevaría. Había llamado a una empresa

de transportes para que vinieran a recoger el envío. Su ropa personal, viajaría con él, un par de maletas serían suficientes.

Pensativo, Javier repasaba una vez más lo que había ocurrido en Fin de Año.

Había sido una noche rara. Lo habían pasado bien, pero él estaba incómodo, con sentimientos encontrados. Y, para más inri, tuvo que soportar a Pablo que estaba eufórico, haciendo bromas y siempre pendiente de Andrea.

Habían salido de casa de sus padres a eso de las dos de la mañana, después de tomarse las uvas y despedirse. Andrea estaba espectacular con aquel vestido lila de lamé, súper corto y con la espalda entera al aire; daban ganas de arrancárselo, pero a otros, porque él tenía su mente ocupada con otra persona.

Ella, sin embargo, estuvo toda la noche pendiente de él, a pesar de que Pablo no dejaba de mirarla. Aprovechaba cualquier ocasión para acercarse y charlar con ella, incluso la sacó a bailar un montón de veces. Pero Andrea solo tenía ojos para Javier.

—Qué guapísimo estás cariño y qué bien te queda el traje. Deberías usarlo más a menudo. Pero lo que me apetece es quitártelo...

Si le hubiera dicho eso mismo la semana anterior, se la habría llevado de allí y no hubieran llegado a casa, el coche hubiera servido. Pero todo había cambiado, hasta se alegró de que Pablo la tuviera entretenida. Ella se sintió un poco abandonada, presentía que algo iba mal. Pablo se dio cuenta de que les pasaba algo, varias veces lo miró reprochándole su actitud y no dudó en decírselo aprovechando una ocasión en la que Andrea fue al aseo.

—Si no la quieres díselo, pero no le hagas esto.

—¿Se puede saber de qué hablas? No te consiento que te metas en nuestras vidas.

—Me da igual lo que me consientas o no, Andrea es una tía estupenda, guapísima y estás pasando de ella como de la mierda. Creo que no estás enamorado de ella y deberías decírselo antes de que se vaya. déjale el camino libre —le espetó Pablo.

—Querrás decir que te deje el camino libre a ti.

—Yo ya lo tengo libre y, después de lo que estoy viendo esta noche, también en lo que respecta a ella. Te seré sincero, no pensaba entrometerme

en vuestras vidas, pero después de ver cómo te estás comportando con ella esta noche, lo siento Javier, pero voy a ir a por todas con Andrea.

Javier se molestó y hasta estuvo a punto de atizarle, pero al ver aparecer a Andrea se contuvo. Ella los miró, primero a Javier, después a Pablo.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó.

—Nada —contestaron a la vez.

Ella los volvió a mirar y negó con la cabeza.

Eran casi las seis de la mañana cuando Andrea dijo que quería irse, ya no aguantaba más los tacones. Se despidió de Pablo con el que quedó para el día siguiente sobre las cuatro y media, hora a la que tenían previsto emprender el viaje a Madrid. Javier le dijo un adiós seco, sin mirarlo. Se despidieron también del resto de amigos, y ya en el coche Andrea le preguntó enfadada.

—¿Qué os pasó a ti y a Pablo? Si no llego en ese momento, os hubierais liado a golpes, ¿crees que no me he dado cuenta? —Javier no contestó y ella siguió hablando—. Igual que me doy cuenta de que algo te pasa desde que llegaste de Logroño, no sé qué es, pero no estás igual. Y hoy, bueno, es que ni me has mirado.

—Eso no es verdad, ¿crees que no me he dado cuenta de lo guapísima que estás? Pues sí Andrea, lo he visto: yo y todo el mundo, sobre todo Pablo, que no te ha quitado los ojos de encima, y las manos, porque no ha parado de sacarte a bailar y de tontear contigo.

—¿Tú crees? y eso, ¿cómo lo sabes? Porque te has dedicado a hablar con Toño de chorradas toda la noche como si yo no existiera. Creí que te gustaba mi vestido. Cuando me lo puse, pensé que tendría que estar apartando tus manos todo el rato, incluso imaginé que me llevarías a los aseos y me harías el amor allí mismo.

Esto último se lo dijo ya con lágrimas en los ojos, Javier agachó la cabeza sin saber cómo abordar el asunto, sabía muy bien que era cierto. Le cogió la mano y trató de consolarla.

—¡No llores Andrea, por favor! Sabes que te quiero, quizás sea la ansiedad ante los cambios que se van a producir en nuestras vidas, no sé... Perdóname, he sido un auténtico cretino.

—Llévame a mi casa —rogó ella.

—¿Es lo que quieres? ¿Estás segura? —le preguntó.

—Sí, Javier, estoy segura. Ya sé que mañana me voy y que hoy sería nuestra despedida, pero no quiero que lo nuestro se complique todavía más y

te aseguro que si voy a tu casa, esto terminará muy mal. Tenemos que hablar, pero no va a ser hoy.

Cuando llegaron a casa de Andrea se miraron, entonces Javier se acercó a ella, le cogió la cara entre sus manos y la besó en la boca. Fue un beso cariñoso, pero no apasionado. Los dos se dieron cuenta, y la sombra que llevaba días planeando sobre ellos quedó se hizo evidente.

—Vendré mañana a despedirte —dijo Javier.

—Como quieras, a las cuatro y media me viene a recoger Pablo —le contestó ella.

Fue la peor Nochevieja de sus vidas.

Al llegar a casa, Javier escribió un mensaje a Sara:

¡Hola, preciosa! Espero que a pesar de trabajar te lo hayas pasado bien, yo lo he pasado fatal. No recuerdo una noche de Fin de Año como esta. Fue rara, tensa y difícil, ya te contaré cuando llegue.

Me gustaría estar contigo, te daría un masaje en los pies para relajarte después de estar toda la noche en pie de un lado para otro. Luego en las cervicales y, poco a poco, iría acariciando todo tu cuerpo hasta que te derritieras de placer. No voy a seguir, porque son las siete de la mañana y tengo que dormir. No te imaginas cuánto te necesito en este momento.

Le dio a enviar y se fue a la cama, estaba rendido y se durmió enseguida.

El tren hotel tardaba ocho horas y media desde Ourense a Logroño. Salió puntual, a las siete y media de la tarde. Su padre a la estación los llevo a la estación. Javier estaba como un niño con zapatos nuevos, camino de su nueva vida, y su hermana feliz de acompañarlo.

—Xulia, cenaremos en el vagón restaurante, ¿te apetece?

—Me apetece lo que tú quieras hermanito. Por cierto, empiezo a verte más animado. Ayer estabas primero insoportable y después taciturno; a mamá, que no se le escapa una, dijo: «Menos mal que te vas con él estos primeros días, si no se hundiría allí tan solo y sin Andrea». ¡Ay, qué inocente, la pobre!

—¡Mira qué eres! Pues no, no ha sido fácil. No soy buen actor y no he sabido disimular. Andrea se dio cuenta de que algo iba mal y, por mucho que quise, no fui capaz de disimularlo. Ni quiso dormir en casa, así que apenas nos despedimos, es decir, nos despedimos, pero... ya me entiendes.

—Vamos, que no hicisteis el amor.

—Pues eso.



—Mejor, después de lo que vi en los mensajes que te escribiste con esa chica, no sé, hubieras tenido que esforzarte mucho para parecer interesado en Andrea, y eso que los tíos a la hora de mojar os da un poco igual.

—Eso no es verdad Xulia, a mí no me da igual.

—Pues serás el único, a los que yo conozco te aseguro que les importa bien poco con quién, lo que quieren es mojar.

— A saber con qué gente andarás...

—Pues con gente como tú, que en cuanto conoces a alguien te metes en sus bragas ¡No te digo!

—Las cosas no son así Xulia.

—Bien, pues ya me dirás cómo son ¡Ilústrame!

—Cuando te enamores, hablamos.

—Pues fíjate, ya me sacas de dudas.

Javier soltó una carcajada y pensó que con su hermana ni se aburriría ni se le haría tan largo el viaje.

Siguieron hablando durante la cena, mejor dicho, su hermana siguió hablando, él solo contestaba asintiendo con la cabeza o con monosílabos.

Ya en su departamento, Xulia se quedó dormida y él también cabeceó un par de horas. No le importaba dormirse, había pedido que les despertasen al llegar.

Alrededor de las cinco de la mañana, tocaron con los nudillos en la puerta. Javier abrió los ojos y se encontró al revisor diciéndole:

—Señores, en diez minutos estaremos en Logroño.

—¡Gracias!

Javier se levantó y miró por la ventanilla. Demasiado oscuro, las nubes no dejaban que la luna iluminara la noche.

—¡Despierta, nena! Estamos llegando. — Se acercó a su hermana y la movió con cariño.

—¡Dios!, esto de madrugar no puede ser bueno — Xulia protestó un poco, bostezó y se puso de pie trastabillando.

Un taxi los dejó delante del portal de la buhardilla que Javier había alquilado.

—¡Jopé, tío! Vas a vivir en el cogollito del asunto.

—Sí, el piso tiene sus pros y sus contras, ahora lo verás. Tú ve subiendo lo que puedas, cosas que no pesen mucho.

—Ya veo, ya. No hay ascensor y vives en el último, esto es uno de los

contras, claro.

—Pues eso, ¡Venga, vete subiendo!

Xulia cogió su pequeña maleta y el neceser y Javier su mochila y la maleta grande. Después bajaría a por la otra maleta y una caja con sábanas, toallas y algunas cosas más de primera necesidad, por si los del transporte tardaban más de la cuenta.

Esteban había cumplido su palabra: le había llevado los sofás, una mesita de centro y un mueble tipo aparador que le serviría, entre otras cosas, para colocar la tele. Por la mañana irían a comprar una, su padre le había dado dinero para empezar. Casi lo hace llorar cuando le dio aquel sobre y le dijo que era un regalo de Reyes. Cuando miró dentro se quedó mudo, ¡tres mil eurazos!

—Papá, no necesito tanto, con la mitad es suficiente, y te lo iré devolviendo.

—No, tu madre y yo decidimos que sería nuestro regalo de Reyes para ti, ahora te hace falta, pues ahora es el momento.

—Gracias papá, sois los mejores. Le dio un abrazo a su padre con las lágrimas a punto de desbordársele. Luego fue a buscar a su madre la cogió en brazos y dio vueltas con ella por toda la cocina.

—¡Sois grandes, mamá! No se cómo voy a vivir sin vosotros —.Y la llenó de besos.

Cada vez que recordaba esos momentos se le iluminaba el rostro. Sabía que habían estado juntando aquel dinero para hacer un viaje y celebrar su aniversario. Treinta años casados, además de los que habían sido novios, era mucho tiempo. Se lo habían ganado a pulso y, sin embargo, prefirieron dárselo a él para que empezase su nueva vida, feliz y cómodo. Eso era generosidad con letras mayúsculas. Eran increíbles, ¡Cuánto les quería y cuánto los iba a echar de menos!

Volvió a la realidad al escuchar la voz de su hermana.

—¡Javier! ¿Te has quedado dormido o has entrado en coma? —le grito Xulia.

—¿Qué pasa? ¿Por qué chillas? Son las siete de la mañana, y los vecinos estarán durmiendo.

—Échame una mano, vamos a hacer la cama. Por cierto, solo hay una, tendrás que dormir en el sofá.

—¿Yo? ¿Estás de coña?

—Pues no voy a ser yo que soy tu invitada.

—Tranquila, vamos a ir de compras y, además de una tele, compraré un somier y un colchón y lo pondremos en la otra habitación. Así podrás venir más veces, ¿qué te parece?

—Me encanta la idea, ¿Y si me vengo a estudiar aquí?

—Xulia, Xulia..., tengamos la fiesta en paz.

Ella, riéndose a carcajadas, le dijo:

—Ya quisieras bonito. Tenerme aquí haciéndote compañía y aliviando tu soledad —esto último se lo dijo con retintín.

Se les pasó la mañana volando. Primero bajaron a desayunar a una cafetería, luego se fueron de compras, menos mal que estaban ya de rebajas, porque su hermana se volvió loca comprando.

Lo primero era una cama y, de paso, también una mesa de despacho para poner el ordenador y trabajar en casa. Por supuesto, un plasma decente, de veintiocho pulgadas sería suficiente. Quedaron en llevarle todo por la tarde. Luego Xulia se empeñó en comprar sábanas para la nueva cama, porque era de noventa y las que se había traído eran de uno cincuenta; después que si un edredón y una telita haciendo juego para unas cortinas y no sé qué más. Vamos que, si la hubiera dejado, lo habría arruinado.

Más tarde se metieron en un supermercado.

—Hay que llenar la nevera hermanito. Vivir solo es genial, pero tendrás que hacer todas las labores domésticas que en casa hace mamá, incluido ir a la compra.

En ese momento agradeció que su hermana estuviese con él.

Al llegar a casa, mientras Xulia guardaba la comida en la nevera, él llamó por teléfono a Sara y ésta descolgó enseguida.

—Hola, Javi. ¿Dónde estás?

—En mi casa, ¿dónde si no?

—Pensé que ya estarías aquí, como dijiste que llegarías el jueves...—le contestó Sara con un punto de decepción en la voz.

—¡Claro, preciosa! Hoy es jueves y ya estoy aquí, en mi casa —subrayó.

Ella sonrió y se le notó en la voz.

—¡Qué bien! Pues mira, ahora estoy trabajando, saldré a las tres y podemos comer juntos, si quieres. Por la tarde tengo que volver a trabajar de cinco a ocho.

—Estupendo, ya sabes que está mi hermana, vendrá a comer con nosotros.

No te importa ¿verdad?

—Pues claro que no, me encantará conocerla.

—Bien, pues quedamos a las tres dónde tú me digas.

—¿Te acuerdas dónde cenamos la tortilla de patata el otro día? Pues ahí ¿Vale?

—De acuerdo, preciosa. Un *biquiño*.

Se fue hacia la cocina para contárselo a su hermana.

—Xulia, he hablado con Sara, vendrá a comer con nosotros, pero no podrá hasta las tres, está trabajando.

—¿En dónde trabaja?

—Pues no sé, en una juguetería creo, pero es eventual. La han contratado para la campaña de Reyes.

—Tengo ganas de conocer a la chica que te ha descolocado en tiempo record —respondió Xulia.

—¡Miedo me das! A ver qué le vas a decir.

—¡Nada, hombre! ¿Qué podría decirle? Qué tienes una novia desde hace casi cinco años con la que, hasta la semana pasada, pensabas irte a vivir a Madrid. O quizá que papá y mamá la tratan como a una hija más, ya que dan por hecho que os casaréis y que, por culpa de una tal Sara, todo esto se ha venido abajo estrepitosamente.

—No te pases, además, todo eso ya lo sabe *grosso modo*.

—No me digas, y ¿qué le parece?

—Lo que me parece a mí es que estás muy susceptible con respecto a Sara. Te diré que el culpable, en este caso, soy yo, puesto que soy el que tiene un compromiso y el que no tendría que haberse involucrado en ninguna historia. Pero «a lo hecho pecho», y creo que nada ocurre porque sí.

—Perdona Javier, pero resulta difícil de entender que en dos días uno pueda romper un compromiso de tantos años por algo que... —Xulia dejó en el aire las palabras.

—Tienes razón, es difícil de entender, pero estas cosas ocurren y te ponen el mundo del revés. Todo esto me hizo reflexionar sobre la relación que tengo con Andrea. La realidad es que no estábamos tan enamorados como creíamos, te aseguro que, de haberlo estado, esto no habría ocurrido. Quizá necesitábamos algo así para darnos cuenta de ello.

—¡Ay, dios! Después dirán que las mujeres somos complicadas.

Javier la miró pensativo, pero no dijo nada.

—Por cierto ¿Habrá agua caliente? Quería ducharme —le preguntó su hermana.

—Espera voy a llamar a Esteban para que me diga cómo va lo del agua y la calefacción.

Mientras Javier hablaba con el casero, Xulia se asomó a la ventana de la habitación. Se trataba de una tronera en el techo abuhardillado. No se veía la calle, solo los tejados de los edificios de enfrente. A pesar de eso, el piso le encantaba, era luminoso, y si fuera suyo, lo dejaría súper acogedor.

—Xulia, ¿dónde estás? Si te quieres duchar ya puedes, me ha dicho Esteban que el gas ciudad está dado de alta a su nombre, al igual que la luz. Él me pasará los recibos, así que mejor.

—Pues mira, como son las dos y tu amiga no vendrá hasta las tres, creo que sí, me ducharé.

—Déjame a mi primero que soy más rápido.

—Vale, así me calientas el baño con el vapor.

—No te preocupes, me ha explicado también lo de la calefacción y la encenderé ahora mismo —continuó hablando, pero cambiando de tema—. Tendremos que venirnos pronto al terminar de comer, los de los muebles quedaron en traérnoslos sobre las cinco y el de la tele también vendrá por la tarde.

—Sí, además, has dicho que Sara trabaja de cinco a ocho.

Javier asintió al comentario de su hermana y se metió en la ducha. Se relajó debajo del chorro de agua caliente. «¡Qué gustazo!», pensó, al tiempo que venían a su mente imágenes del sábado pasado duchándose con Sara en el hostel y follando como locos. Ese pensamiento lo puso tan duro que estuvo a punto de masturbarse. ¿Qué le estaba pasando? Desde que la conoció no pensaba en otra cosa. Lo sacó de su ensoñación la voz de su hermana.

—Javier, o sales o me meto ahí contigo, ¿te has dormido debajo del agua?

—Ya voy, ya voy...

Iba a tener que acabar la ducha con agua fría, no podía dejar que su hermana lo viera así.

## Capítulo 8

*J*avier y Xulia caminaron hacia el bar en el que habían quedado con Sara. La esperaron tomándose un Rioja en la barra mientras un camarero les preparaba una mesa. Cuando por fin se sentaron, Javier no hacía más que mirar hacia la puerta. Xulia se dio cuenta de lo nervioso que estaba cuando notó el movimiento de su pierna, un tic que no podía evitar cuando estaba ansioso. Le puso una mano encima tratando de parar su temblor.

—¡Por Dios, Javier, relájate! Nunca te había visto tan impaciente, seguro que no estabas tan nervioso cuando fuiste a hacer la entrevista.

—Tienes razón, no puedo evitarlo, perd... —se quedó callado de repente.

Xulia giró la mirada en la misma dirección que él, hacia la puerta. Entraba en aquel momento una chica menuda, con el pelo rubio, corto y despuntado. No se podía decir que fuera espectacular, pero sí muy guapa. Tenía razón su hermano, el parecido con Meg Ryan era evidente.

—Javier, cierra la boca o se creerá que te has vuelto idiota.

Javier se levantó y fue hacia ella, en cuanto la tuvo al lado no pudo contenerse y, antes de decirle hola, se lanzó a su boca como un desesperado. Ella le rodeó el cuello con los brazos y respondió a su beso con la misma necesidad. Ahora la que tenía la boca abierta era Xulia, que no se podía creer lo que estaba viendo.

—Ven preciosa, te presentaré a mi hermana —. Se dirigieron hacia la mesa dónde ella esperaba e hizo las presentaciones.

—Xulia, esta es Sara.

—Hola, Sara, encantada de conocerte —dijo Xulia.

—Lo mismo digo —respondió Sara.

Había un poco de tensión en el ambiente, pero enseguida se fue aligerando. Tanto Xulia como Sara eran charlatanas por naturaleza y pronto se pusieron a

hablar de todo un poco. Javier las escuchaba mirando a una y a otra con una sonrisa en la boca. Disfrutaba al ver que las dos se caían bien. En ningún momento soltó la mano de Sara, algo que no pasó desapercibido a Xulia.

Terminaron de comer y su hermana les recordó que tenían que irse, pues los de los muebles y los del transporte con los paquetes venían esa tarde.

Sara los acompañó porque hasta las cinco no empezaba a trabajar, y la juguetería no estaba lejos del piso de Javier.

—Os haré un café en ese nidito que ha alquilado mi hermano.

—Te va a gustar cómo lo está dejando Xulia —dijo Javier.

—Pues menos mal que ha venido tu hermana a echarte una mano, porque si no, seguro que lo dejarías todo «provisional» —afirmó Sara.

Las dos chicas se echaron a reír y Sara, con un toque gracioso, comentó...

—Seguro que tu hermano es de los que lo van dejando todo por ahí: «esto se queda aquí de momento, aquello de momento lo dejo ahí, esto de aquí es provisional... etc».

—No puedo creer que sepas tanto sobre él, si os acabáis de conocer, ¡por Dios!

—Bueno, los tíos son un poco así, en general. Al novio de mi amiga Ana le llamamos «el Provisional» porque no hay manera de que deje nada en su sitio, todo lo deja por ahí «provisionalmente».

—Sí, tienes razón, me cuidaré de no vivir con nadie del género masculino.

—¡Ja!, eso habrá que verlo —soltó Javier.

Cuando llegaron al piso, Sara pudo apreciar los cambios. Se fijó en los sofás, pasó una mano por el respaldo pensando en el propietario.

—Esteban ha cumplido su palabra, y no están nada mal, me gustan.

—Hemos comprado esas cortinitas para la sala, ¿qué te parece? —intervino Xulia.

Sara asintió con la cabeza.

—Me gusta todo.

Se tomaron el café y, antes de que Sara se marchara, llegaron los de la mueblería.

—Es poca cosa: un somier, un colchón y una mesa para trabajar. Ya sabes, para el ordenador— al oído de Sara continuó Javier—:he pensado que necesitarías un sitio en el que estudiar y terminar tu trabajo.

Sara lo miró, más que sorprendida, alucinada.

—Javier, yo tengo casa, y mesa para estudiar.

—Lo sé, pero así no tendrás disculpa para quedarte conmigo.

—No me voy a venir a vivir aquí, espero que lo entiendas.

—No he dicho que fueras a vivir aquí.

—Entonces, ¿qué me estás diciendo?

La conversación se volvió demasiado tensa, pero el ruido de los operarios subiendo los bártulos y Xulia diciéndoles en dónde colocarlos los hizo callar. Sara miró el reloj y se disculpó:

—Tengo que irme, ya hablaremos.

Xulia que la escuchó, se acercó a ellos y la invitó a cenar.

—Voy a preparar algo rico para inaugurar la casa ¿Te apetece algo especial?

—¡Muchas gracias, Xulia! Lo que prepares estará bien, yo traeré el vino.

Javier la acompañó hasta el portal, la apretó contra él y comenzó a besarla. Primero en la frente, luego el pelo, después deslizó sus labios hasta alcanzar el lóbulo de la oreja, con pequeños besos que más parecían una caricia. Continuó bajando por el cuello, recreándose en él, para terminar comiéndole la boca. No pudo evitar meterle la mano por debajo del jersey y acariciarle los pechos, ella se apartó con dificultad.

—Javi... tengo que irme... por favor, para o no llegaré a tiempo.

—Lo sé, lo sé ¿A qué hora vendrás? —mientras hablaba seguía besándola.

—A las ocho y media estaré aquí.

—Vale, ni te imaginas lo feliz que soy en este momento.

Sara se deshizo del abrazo de Javier, se colocó bien la ropa y salió disparada. Eran las cinco menos cuarto, si no se daba prisa, llegaría tarde.

Xulia y Javier se dedicaron a terminar de colocar la casa, porque desde que habían llegado los paquetes, aquello se había convertido en una leonera.

—Bueno, pues creo que ya está todo —dijo Xulia con los brazos en jarras y mirando a su alrededor—. Ahora me pondré con la cena.

Mientras su hermana se dedicaba a cocinar, Javier se entretuvo en sintonizar el plasma. Después colocó la mesa al lado de una de las dos troneras de la sala para así disponer de luz natural. Seguía pensando en lo bien que podría trabajar Sara allí y ese pensamiento le producía un placer indescriptible. Se estaba enamorando de Sara demasiado deprisa quizás. Pero era algo inevitable. Las cosas ocurrían de una manera y había que afrontarlas.

La cena que preparó Xulia fue un éxito, les encantó. Sara había llevado una botella de un Rioja crianza que estaba buenísimo y se la bebieron entera, eso



ayudó a que se sintieran alegres y relajados. Xulia contó cosas de sus padres y de Javier cuando era pequeño, aunque no mencionó a Andrea para nada y Sara también contó algo de su familia, poco, no se sentía bien hablando de ellos. Xulia le hizo algunas preguntas, pero enseguida vio que la incomodaba y no insistió.

Javier las escuchaba feliz, sin dejar de tocar a Sara; cuando no le cogía la mano, le retiraba un mechón de pelo de la cara o le hacía, como al descuido, una caricia con la yema de los dedos. Xulia no se perdía ningún detalle y comprendió que sobraba.

—Son casi las doce, me voy a la cama, hoy ha sido un día muy largo y estoy muerta.

—Yo también tendría que irme, mañana trabajo temprano —dijo Sara.

—Quédate a dormir, es demasiado tarde para andar por ahí —respondió Javier.

—No puedo quedarme, no tengo ropa para mañana.

Javier llamó a su hermana que caminaba hacia su habitación, tratando de mantenerse al margen de aquella conversación

—Xulia, ¿podrías dejarle algo de ropa a Sara? —le preguntó.

—Sí, no he traído mucho, pero sí —afirmó ella.

—Javier, ya te vale. Al menos podías preguntarme, además igual no me sirve —dijo Sara enfadada.

—Seguro que sí, Xulia solo es un poco más alta que tú, creo que tenéis la misma talla.

En ese momento, Xulia volvió a la sala con ropa.

—¿Qué te parece este vestido de lana? Es muy calentito y creo que te sentará bien. Es corto, pero te lo pones con estos leotardos y ya verás que bien queda; te dejo también un tanga y un *suje*.

—Gracias, es que Javier se ha empeñado en que me quede, pero mañana iré a casa y te devuelvo todo —dijo Sara.

—Yo también creo que es mejor que te quedes, es muy tarde. Bueno chicos, hasta mañana, que durmáis bien y ¡sed buenos!

Se fue hacia su habitación haciéndoles un guiño.

—Javier, no puedes organizarme la vida, no te voy a dejar hacerlo. Ten esto muy en cuenta porque si no, nuestra relación no va a funcionar —Sara

parecía enfadada.

—Perdona, tienes razón, no sé qué me pasa contigo. Me he vuelto demasiado posesivo, no puedo mantenerme alejado de ti. Espero que a ti te pase lo mismo.

—A mí me encanta estar contigo, estaba deseando que volvieras, pero...

—Ven, vamos a la cama.

Se metieron en el dormitorio. Sara miró a su alrededor admirando el trabajo que habían hecho entre Xulia y Javier para dejar la habitación tan bonita.

—¡No me lo puedo creer!, parece otra. Os lo habéis currado.

—Todo el mérito es de Sara —dijo Javier que aún no había visto la habitación.

Lo cierto es que su hermana había hecho un gran trabajo. Incluso había colocado unas flores en una mesita redonda tipo camilla, que puso al lado de la ventana. Montó en un panel de corcho un cuadro precioso con fotos de toda su familia, había tenido la delicadeza de no poner ninguna de Andrea. Sin decir nada, Javier soltó la mano de Sara y se dirigió a la habitación de su Xulia; estaba acurrucada, casi empezando a dormir, cuando Javier se le echó encima y la comió a besos.

—¡Gracias, pichurriña! ¡Eres la mejor!

Xulia se sorprendió, pero en seguida se dio cuenta de a qué se debía aquello.

—Haría cualquier cosa por ti, eres mi hermano preferido, tontorrón, lo sabes.

—Lo sé, y es recíproco. No lo olvides nunca.

—Por cierto, me gusta tu Sara, creo que necesita a un tipo como tú, pero tienes que solucionar lo de Andrea y pronto.

—Lo voy a hacer, dame tiempo.

Ya desde la puerta le lanzó un beso y le dijo:

—A descansar, Xulia. Te lo mereces.

Cuando volvió a la habitación, Sara ya se había metido en la cama.

—¿No te irás a dormir sin un beso de buenas noches?

—Te estaba esperando, me he puesto una camiseta tuya, espero que no te importe —dijo Sara.

—Claro que me importa ¿Para qué necesitas una camiseta?

—¿Para no tener frío...? —respondió ella con su risa traviesa.

Él se desnudó dejándose el bóxer y se metió en la cama, levantó el edredón

hasta que quedaron los dos sumergidos entre las sábanas. La abrazó tan fuerte que ella tuvo que empujarlo.

—¡Estás loco! ¿Me quieres matar?

—No sabes las ganas que tenía de tocarte, de...

—¿De tocarme? Pero si no has dejado de hacerlo durante toda la cena, tu hermana estaba alucinada.

—Bueno, pues sí, de tocarte, de abrazarte, de besarte..., de comerte a bocados.

A la vez que le decía todo aquello, le quitaba la camiseta y la besaba por todas partes. Sara respondía entregándose sin reservas, ofreciéndole sus pechos para que los degustara.

Acarició su piel recorriendo con sus manos cada recodo, desde el cuello hasta la punta de los pies, evitando aquella zona que sabía que anhelaba sus caricias, impaciente. Ella arqueaba las caderas hacia él recordándole los lugares olvidados, Javier sonreía e iniciaba de nuevo el camino, ahora con la boca. Sara jadeaba y respondía acariciándolo, intentando llegar hasta su potente erección, pero él se lo impidió sujetándole las manos por encima de su cabeza.

—Espera un poco preciosa. Si me tocas ahora, esto se acabará demasiado pronto y lo que quiero es darte placer y verte disfrutar.

Le mordisqueó los pezones hasta que estuvieron duros y casi doloridos. Continuó su incursión bajando hacia el ombligo, marcando un camino de besos húmedos. Hizo una pausa en el pocito que Sara llevaba adornado con un piercing.

—El otro día no lo vi.

Sara lo miró interrogándolo.

—¿El qué? ¡Ah!, el piercing. Es que no lo llevaba, hoy me lo puse para sorprenderte ¿Te gusta?

—Me encanta Sara, toda tú me encantas. Ahora me voy a zambullir igual que este pececillo que llevas en el ombligo, pero incluso más abajo, ¿te parece?

— ¡Humm, sí...!

—¡Déjame mirarte! Me gusta ver estos labios entreabiertos desprendiendo la humedad de tu interior y sabiendo que soy yo quien lo está haciendo posible. Me voy a volver loco contigo —dijo Javier.

La acarició extendiendo por todo su sexo aquella humedad que fluía de su

interior. Separó los labios para introducirle dos dedos, pero antes jugueteó con ellos en la entrada. Luego continuó con su implacable asedio pellizcando su clítoris. Se colocó bien entre los muslos de ella. Le levantó las piernas colocándolas alrededor de su cuello y se sumergió en su vagina lamiéndola y chupándola sin tregua.

—Te voy a follar con la lengua —le dijo sin apartar la boca de allí.

Ella supo que si seguía así no duraría mucho, pero ya no le importaba. Su vulva se estaba convirtiendo en gelatina y los espasmos del orgasmo llegaron arrasando cualquier resquicio de temor que pudiera albergar en su interior. Javier notó como ella se deshacía en su boca y sintió la imperiosa necesidad de meterse dentro. Volvieron a invadirla de nuevo las oleadas de placer en otro orgasmo abrasador ¿O era el mismo? Daba igual, Javier la investía cada vez más rápido y más fuerte, hasta que su propio orgasmo lo estremeció emitiendo un grito sordo que no pudo evitar y que ahogó en el cuello de Sara. Dejándose caer a un lado de la cama, la abrazó con mimo mientras ambos recuperaban el aliento y sus corazones se ralentizaban.

—Sara...

—No digas nada.

—Tengo que decirlo cariño, tengo que decirte que me estoy enamorando de ti.

—No sé si eso es posible.

—¿Por qué? ¿Porque a ti no te está pasando lo mismo?

—No es eso, es que no sé si se le puede llamar amor a esto. Yo nunca he estado enamorada, bueno, ya te conté como fue mi historia con un chico con el que salí algún tiempo, sé que aquello nunca fue amor, por lo menos por su parte. Por la mía, fue como una ilusión que pronto se rompió, pero esto es... tan diferente y tan bonito a la vez, que me da hasta miedo —susurró Sara.

—No tengas miedo, preciosa, voy a poner todo mi empeño para que estés bien, para que te sientas bien contigo misma y con lo nuestro. Me aseguraré de que no te arrepientas.

—Me asustas Javier, me asusta esa seguridad tuya. A veces las cosas se tuercen y...

—Sí, a veces se tuercen, pero otras salen bien, y lo nuestro saldrá bien, lo sé.

—Aún no me conoces, te siguen faltando datos, quizás cuando tengas toda la información, «lo nuestro» ya no te parecerá tan estupendo.

—El otro día también me dijiste lo de que no tengo todos los datos. Dámelos si quieres, pero no los necesito. Todos tenemos pasado y en él hay cosas bonitas y feas, y esto es para ambos.

—Sí, lo sé, pero no es tan fácil...

—¿Qué no es fácil, Sara? Dime.

—Pues... no sé, todo. Mira, lo poco que tengo me ha costado mucho conseguirlo. Ya sabes que no cuento con mi familia. Ha sido muy difícil y, de repente, que todo parezca sencillo y aparezca un «príncipe azul», me suba a su caballo y cabalgemos abrazados hasta su castillo, ¿qué quieres que te diga? Como que no...

—Vale, entiendo lo que dices, pero eso se llama miedo y, si no lo aparcas, no te dejará vivir; porque si ahora rechazas esto, más adelante te surgirá otra historia y volverá a desencadenarse el miedo que llevas dentro. Deja que sea yo, deja que sea conmigo. Quiero ser tu príncipe azul, tu Brad Pitt, quiero ser todo para ti.

Los ojos de Sara se anegaron de lágrimas que una vez que empezaron a salir ya no hubo forma de parar. Él la abrazaba con fuerza, le besaba el pelo, la cara, se bebía sus lágrimas, le decía palabras cariñosas. Necesitaba borrar la tristeza que ella llevaba impresa en el alma.

¿Qué le había pasado? ¿Quién le había hecho tanto daño? ¿Qué ocultaba? No pararía hasta verla feliz, hasta que se le borrara aquella infinita melancolía de sus ojos grises. La acunó entre los brazos, acariciándola, hasta que se fue calmando.

—¿Estás mejor?

—Sí, perdona. Parece que termino llorando siempre que hacemos el amor, y no me gustaría que pensases que tú tienes algo que ver, porque no es así.

—Explica eso.

—Quiero decir que, hacer el amor contigo, es algo maravilloso. Nunca me había sentido tan bien, ni había tenido tantos orgasmos en tan poco tiempo. ¡Ojalá pudieras sentir lo que yo siento! No tendrías dudas de lo que te estoy diciendo.

—Sara cariño, sé cómo te sientes y lo que disfrutas. Sé cómo son tus orgasmos porque estoy ahí dentro sintiéndolos contigo y, además, me encanta ser el culpable de todos y cada uno de ellos, pero debes saber que tú eres la bruja culpable de los míos.

Estas palabras de Javier y sus inagotables besos calentaron el ánimo de

Sara, él lo supo y siguió recorriéndola con sus caricias. Volvieron a hacer el amor, ahora más lento, más suave, recreándose en el placer de cada movimiento.

Eran ya más de las dos de la madrugada cuando, al fin, agotados, se durmieron.

Sonó la alarma del móvil de Sara, Javier ya no estaba en la cama. Se levantó y se fue directa a la ducha. Se vistió con la ropa que Xulia le había prestado. No le quedaba nada mal el vestido aquel de punto color malva combinado con las medias en lila, seguro que a Javier le encantaba. Se calzó las botas altas y sin tacón del día anterior. El resultado no podía ser mejor, estaba estupenda de verdad.

Fue hacia la cocina en dónde Javier trasteaba con los cacharros del desayuno, ya lo había preparado: zumo de naranja natural, tostadas con mantequilla y mermelada y un café con leche.

—¡Estás guapísima! Te queda muy bien el vestido de Xulia, ya lo sabía yo. Y lo de dentro, ¿qué tal te queda?

—Pues ya no lo puedes ver, tenías que haber estado en la habitación, aunque me alegro que no haya sido así pues no estaría preparado este riquísimo desayuno y, casi seguro, llegaría tarde a trabajar. «Querido», la visión de lo que llevo dentro entorpecería todos tus sentidos.

—No puedo creer que estés diciéndome esto y te vayas a ir así... Déjame admirarlo por lo menos

—Tendrás que esperar hasta la noche.

—No sé si podré, pero quizá cuándo vengas a comer...

—¡Ni lo sueñes! Hasta la noche nada.

—Te tomo la palabra, pero esta noche prepárate... Ahora termínate el desayuno y te acompaño.

—No hace falta, puedo ir sola, de hecho, siempre voy sola a todos los sitios.

—Lo sé, pero hoy puedo acompañarte y de paso compraré el periódico.

Hacía una mañana muy fría. La cogió de la mano y caminaron deprisa hasta la tienda de juguetes, allí Javier la despidió con un beso que les supo a poco, pero que encerraba la promesa del después.

Javier volvió a casa andando despacio, no tenía prisa y le apetecía pasear por la ciudad observando el ir y venir de la gente. Se paró a comprar el periódico y cogió un programa del Festival «Actual» que se celebraba justo en la primera semana de enero. Ya estaba acabando, pero aún tenían la oportunidad de ver algunos actos. Tal vez a Sara le apeteciera ir al concierto de Los Secretos programado para el domingo. Xulia seguro que se apuntaba, querría aprovechar al máximo su último día, pues el lunes regresaba a Ourense. La echaría de menos, había sido genial tenerla aquellos días con él.

De pronto se encontró pensando en las palabras de Sara y otra vez notó la sombra que planeaba sobre ellos y que no conseguía descifrar. Tendría que ser paciente, ya le iría contando lo que tuviera que contar, ya llegaría el momento. Pero, por otra parte, le daba un poco de miedo que se encerrara en sí misma, no fuera capaz de contárselo, y eso terminara por separarlos.

Tenían mucho que hablar, pero era normal, pues acababan de conocerse, solo necesitaban tiempo. Y él tenía todo el tiempo del mundo para Sara, haría lo que fuese para no perderla. Estaba claro, se había enamorado de ella como un loco.

Cuando llegó a casa, Xulia se había levantado y estaba desayunando en la cocina.

—Buenos días, hermanito. Me imagino que has desayunado con Sara, pero tómate un cafecito conmigo y charlamos.

—¡Uy, uy, uy! ¡Qué miedo me das! ¿De qué quieres hablar?

—De nada en concreto y de todo un poco.

—Bien, pues empieza.

—Me cae bien tu Sara, ¿ya te lo había dicho?

—Sí, me lo dijiste ayer.

—Me parece un chica estupenda, alegre, divertida y sensata.

—¿Pero...?

—Bueno, no iba a decirlo, aunque sí, hay un «pero» y estoy segura que tú ya te habrás dado cuenta.

—¿De qué tendría que darme cuenta?

—Hay algo en su mirada, a pesar de ser alegre y dicharachera, hay un no sé qué... Como una sombra de tristeza alojada en el fondo de sus ojos. Tú que haces el amor con ella tienes que haberlo notado.

—Eres demasiado joven pero muy suspicaz para haber percibido eso. Aunque tienes razón, hay algo que oculta. No sé si por miedo, por vergüenza

o por qué, pero lo averiguaré y lo solucionaremos.

»Me he enamorado de ella, Xulia. No puedo perderla, no quiero perderla. No me canso de hacer el amor con ella, no te imaginas. Y..., no me puedo creer que esté hablando contigo de esto.

—¿Qué pasa, que como soy tu hermana pequeña no puedes contarme tus cosas? Pues yo te cuento las mías.

—Eso no es cierto, nunca me cuentas nada. No sé ni si estás enamorada, ni... nada en realidad. Ahora que lo pienso, vivimos en la misma casa y no sé nada de ti.

—Eso te pasa porque nunca me preguntas. Pensaba que no te interesaba la vida de esta cría mocosa que tienes por hermana.

—Nunca te llamé cría ni mocosa...

—Pero seguro que lo pensaste.

—Quizá alguna vez porque me hayas enfadado, pero te aseguro que nunca más lo volveré a pensar. Has demostrado una madurez que te aseguro que no tenía yo a los diecinueve.

—Bueno, ya sabes que las mujeres maduramos antes que los hombres.

—Debe ser cierto, tú eres el ejemplo más palpable. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido! Te echaré de menos preciosa, mucho.

—Sabes que me estoy pensando lo de venir a estudiar aquí, claro, que tendría que ser con tu beneplácito, porque viviría aquí contigo, y si Sara termina rindiéndose a tus pies, también se vendrá a vivir contigo. Entre las dos te volveríamos loco ¿Podrías resistirlo?

—Nada me haría más feliz que tener a las chicas más guapas y divertidas del mundo viviendo en mi casa, y disfrutarlas yo solo.

—Tampoco te hagas ilusiones, ya me buscaría yo un riojano maravilloso para mí.

—Tendría que darle el visto bueno, así que cuidadito, pero ¿tú no salías con un tal Jaime que era... a ver si me acuerdo, ...creo que era de Verín?

—Tú lo has dicho colega, salía, pero ya no ¿Y tú no salías con una tal Andrea? Sí, hombre, una que estudiaba enfermería...

—Eres muy puñetera. ¿Lo sabías?

—Solo un poco, pero te recuerdo que, a día de hoy, tienes una novia formal que se ha ido a vivir a Madrid. Y, por otra parte, tienes una..., no sé cómo llamarla, porque novia ya no debe ser, pero de la que estás perdidamente



enamorado. Una situación muy complicada que deberías resolver cuanto antes.

—Lo sé, y he pensado que a mediados de enero viajaré a Madrid y hablaré con Andrea. Es muy difícil, no sé cómo decírselo, pero le debo la verdad y una buena explicación.

—Sí, y después a mamá, porque se está ya mirando el traje para ir de madrina en vuestra boda.

—Bueno, si todo el problema fuera ese, te aseguro que estaría bien tranquilo. Cambiando de tema, ¿sabes que aquí se celebra en esta primera semana de enero un festival muy interesante? Se llama Actual y hay un montón de actividades en varios puntos de la ciudad; si quieres, podemos ver algo mientras Sara está trabajando. Con ella pensé que podríamos ir al concierto de Los Secretos. Es el domingo en el Teatro Bretón.

—Me encantan, quiero ir. Ya sabes que no me marcho hasta el lunes,

—Contaba contigo, preciosa.

## Capítulo 9

Sara salió de trabajar ese viernes un poco tarde. Le habían ofrecido hacer unas horas también el sábado y el domingo, pero tuvo que rechazar la oferta porque había recibido una llamada de Marga en que le indicaba que la necesitarían ese fin de semana, desde el sábado al mediodía hasta el domingo por la noche o, si se retrasaba el asunto, el lunes por la mañana. Qué rápido se daba de bruces con la aplastante realidad. ¿Qué le diría a Javier? ¿Cómo se lo tomaría? Pero qué tonterías estaba pensando, no podía decírselo.

Eran las ocho, el jefe la llamó y le pagó los días. Se despidió de él agradeciéndole que hubiese contado con ella para la campaña de Navidad. Cuando salió a la calle, allí estaba Javier esperándola. «¡Qué guapo es!», pensó. «Tiene ese color de pelo entre castaño y rubio que parece que se hubiera hecho mechas, los ojos verdes y esa barba de tres días que le queda tan bien. ¡Y lo alto que es! ¿Cuánto medirá? Uno noventa por lo menos, imposible pasar desapercibido».

Se acercó a ella y la saludó con un besazo en la boca que casi la derrite a pesar del intenso frío que hacía.

—Tengo que ir a mi casa, he de cambiarme de ropa para devolverle a tu hermana la que me prestó esta mañana. Por cierto, me encanta el vestido, es comodísimo.

—Y te queda muy bien, todo te queda bien. ¡Eres guapísima, Sara!

—¿Qué quieres Javier?

—¿Por qué habría de querer algo?

—Me estás adulando demasiado.

—Te quiero a ti, mucho. Te quiero conmigo, te quiero en mi cama, te quiero...

—Vale, no sigas, lo he pillado, pero tengo que ir a mi casa de todos modos.

—De acuerdo, te acompaño. Coge lo que necesites, pero no te quites ese vestido, ya te lo quitaré yo esta noche.

Caminaron hacia la parada del bus para dirigirse a Las Gaunas.

—Sara, tenemos que hablar de algo... Verás, anoche no usé condón, ni se me pasó por la cabeza, para que veas como pierdo los papeles contigo. Estoy preocupado por ello, tendríamos que solucionar este punto cuanto antes.

—¿Crees que no me di cuenta? Pero no te preocupes, me estoy tomando la píldora por culpa de un problema hormonal que me descontrolaba la regla.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—No me lo preguntaste y, además, pensé que los usabas por precaución, nos acabamos de conocer, y tanto tú como yo podríamos tener alguna enfermedad.

—Para tu seguridad te diré que yo estoy sano.

—Yo también, no te preocupes, me hice una analítica hace un mes.

La agencia le exigía análisis cada seis meses. Se bajaron del bus y caminaron de la mano hacia la casa de Sara. Al subir en el ascensor, Javier la miraba de forma insistente. Había algo que se le escapaba, pero ¿qué?

El piso era acogedor y estaba muy bien amueblado. Javier lo recorrió con la vista mientras ella le explicaba:

— Es de Ana, sus padres se lo compraron cuando se vino a estudiar aquí. Tienen mucha pasta, el padre es un alto cargo en la Junta de Castilla-León. Lo amueblaron y, como ves, con todas las comodidades, pero tenían miedo dejarla sola, así que su madre se presentaba aquí día sí, día también, hasta que Ana decidió buscarse una compañera de piso.

»Ella y yo nos conocimos nada más llegar, teníamos clases juntas y empezamos a quedar para estudiar en la biblioteca y para tomar café, congeniamos bien, y después de las primeras Navidades me propuso venirme a vivir aquí.

—¿Desde entonces vivís juntas?

—Sí, a mí me vino fenomenal porque vivía en una pensión en la que disponía de una habitación muy pequeña, además de compartir el baño con otra inquilina. Era un poco incómodo, pero era lo que me podía permitir, las becas no dan para muchos lujos. Y a Ana le venía bien. Por fin, sus padres se quedaron tranquilos y la dejaron respirar un poco. Nos hemos hecho íntimas, es como una hermana para mí, y creo que yo para ella también.

—¿Cuánto te cuesta vivir aquí?

—¡Eres muy curioso! Pues no pago alquiler, Ana jamás me lo ha permitido, aunque los gastos de luz, gas y calefacción los pagamos a medias.

O era así o jamás hubiese aceptado vivir aquí.

—¿Cuándo volverá tu amiga?

—Casi seguro el lunes, también tiene que entregar su trabajo. Me insistió mucho para que me fuese con ella a León a pasar la Navidad, pero yo tenía que trabajar. Me hace falta el dinero, este año han recortado las becas y lo que me han dado no me llega para terminar el curso.

—Pues ya ves, «no hay mal que por bien no venga»; Quiero decir que, si te hubieras ido, no nos habríamos conocido.

Sara preparó una bolsa con ropa y un neceser con lo necesario para pasar algunas noches fuera.

Javier observaba como se movía por la habitación y se fijó en la ropa colgada en el armario que Sara había dejado abierto: vestidos largos, como para ir a fiestas de noche, abrigos caros y zapatos con tacones de vértigo. ¿De quién era aquella ropa? Conocía a Sara desde hacía poco tiempo, pero no le parecía el tipo de persona que usara aquello.

—¿Y esa ropa? —preguntó Javier.

Sara, un poco incómoda, le quitó importancia.

—¿Qué ropa? ¡Ah, eso! Es de Ana, lo deja en mi armario porque en el suyo ya no le cabe nada. Podría usarla si quisiera, pero yo no voy a eventos en los que haya que vestirse así. —Le salió de corrido. No sabía que pudiera ser tan mentirosa. Tuvo que mirar para otro lado, cerró la puerta del armario y salió en dirección al baño para meter cosas en el neceser.

—Te he comprado un cepillo de dientes y otro para el pelo, así que no hace falta que lleves.

—Estás en todo, Javi! —le dijo aquello sin mirarlo y continuó con lo que estaba haciendo—. Voy a dejar la calefacción al mínimo para que cuando llegue Ana no esté la casa congelada.

Cerraron el piso y se fueron. Estaba empezando a nevar, Javier la cogió por los hombros y la apretó a su costado.

—Vamos a coger un taxi, hace demasiado frío para esperar el autobús.

Nada más abrir la puerta de la buhardilla, les llegó el olor de algo que estaba cocinando Xulia.

—¡Qué bien huele! ¿Qué estás haciendo? —preguntó Javier dirigiéndose a la cocina.

—¿Huele bien?

—Huele genial

—Pues más rico sabrá.

Sara fue hacia la habitación para dejar sus cosas y, desde allí le dijo dónde estaba colocando su ropa.

—Javier, he ocupado un cajón y una estantería de tu armario para colocar mis cosas ¿Te parece?

—No tienes que preguntarme, Sara, quiero que te sientas como en tu casa.

—Tengo que hacer unas cosas en el ordenador, ¿te importa que me ponga ahí, en tu mesa?

—Estás haciendo que me sienta mal, no tienes que pedirme permiso, siéntete como en tu casa.

Acercándose a ella por detrás, la abrazó, la besó y le susurró al oído

—Te dije que la mesa era para que pudieras trabajar a gusto. Todo lo que hay aquí es lo primero que es solo mío y deseo disfrutarlo contigo. Lo digo en serio Sara, lo juro.

—Me abrumas Javier y no quiero que me agobies

—¿Lo hago, te agobio?

—Pues sí, a veces sí, y me das miedo. No me presiones

—Vale, lo he captado, solo que a veces no puedo controlar esto que siento y... Pero está bien, no lo haré y si lo hago, me lo vuelves a recordar. Regáñame, pero no alejes de mí.

—Por cierto ¿Tienes internet?

—Sí, han venido hoy a conectar el *router*, espera. —Buscó en un cajón de la mesa y, enseguida, encontró el papel en el que había anotado la clave —. Toma, esta es la clave.

Cogió la nota que le dio Javier y colocó su ordenador en la mesa que había dispuesto para ella. Tenía que ponerse en contacto con Marga, necesitaba el horario del fin de semana.

*De:* Sara Ayón

*Para:* Marga Ripoll

*Fecha:* 4 enero , 21:30

*Asunto:* horario fin de semana

Hola Marga: dime el horario y de qué tipo de evento se trata.

Le dio a enviar y esperó un poco, sabía que Marga estaba esperando noticias suyas y no tardaría en contestarle. Así fue, en dos minutos tenía la tenía en la bandeja de entrada.

*De:* Marga Ripoll

*Para:* Sara Ayon

*Fecha:* 4 enero , 21:36

*Asunto:* Sábado de lujo.

Sara, cielo: lo de mañana es de lujo del bueno. Te recogerá en tu casa una limusina sobre las doce y media, en ella estará Héctor Mathieu esperándote. Deberás ir vestida para una comida con empresarios vasco-franceses que se celebrará en Bilbao. Tú serás, como siempre, su acompañante.

Lo demás es cosa tuya. No sé dónde dormiréis, parece que Héctor quiere ir a San Juan de Luz y esto creo que será más íntimo. Por lo demás, ya sabes, asistirán representantes del Gobierno Vasco e importantes empresarios vascos y franceses, algunos seguro que los conoces de anteriores ocasiones.

Te traerá de vuelta Héctor el domingo por la noche. Creo que podrás estar en casa para cenar.

Los honorarios, como siempre. Te descontaremos la parte de la agencia y lo de Hacienda. Lo tuyo lo tendrás en tu cuenta el lunes a primera hora de la mañana. Espero que todo esté bien, si tienes alguna duda, me lo dices y lo resolvemos.

Un saludo. Marga.

Bueno ahora quedaba lo más difícil, cómo decirle esto a Javier.

—Cuando queráis, cenamos —dijo Xulia.

Javier se levantó del sofá en el que estaba haciendo el crucigrama del periódico. Sara borró los mensajes, cerró el ordenador y le contestó:

—¡Vale! Nosotros pondremos la mesa —y, dirigiéndose a Javier, le ordenó —: venga, a poner la mesa, no te hagas el remolón.

En un momento estaban los tres sentados degustando una *vichyssoise* que Xulia había preparado según una receta de su madre. De segundo, les puso escalopes de lomo y de postre, manzanas asadas.

—Está todo buenísimo Xulia, eres una cocinera magnífica, espero que Javier haya aprendido algo.

—No te creas, de la cocina solo le interesa comer, directamente.

—No habléis como si yo no estuviera aquí, reconozco que no se cocinar, pero veréis lo rápido que aprendo. Por cierto, cambiando de tema, el domingo en el Teatro Bretón actúan Los Secretos ¿Os apetece?

—A mí, sí. Como despedida sería genial, me voy el lunes —respondió Xulia.

—A mí también me gustaría...

—Pues no se hable más, es el domingo a las ocho —afirmó Javier.

Sara se quedó pensativa, no sabía si estaría de vuelta para esa hora.

—¿Qué te pasa Sara, no te gusta el plan?

—Sí, sí, me encanta ese grupo.

Continuaron hablando mientras entre los tres recogían los restos de la cena. Xulia propuso salir a tomar un café.

—¡Venga!, yo invito —dijo Sara.

—He invitado yo, guapa. Lo siento —repuso Xulia.

—No lo sientas, vosotros me habéis invitado a cenar, y yo invito al café, no creo que haya nada más que objetar.

—Está bien, presiento que entre las dos me vais a poner las cosas bastantes difíciles. Tendré que armarme de paciencia... Abrigaos bien, hace muchísimo frío, creo que esta noche volverá a nevar —intervino Javier.

Se pusieron anoraks, bufandas y guantes y salieron a la fría noche de la capital riojana. Javier cogió de la mano a Sara y le pasó un brazo por los hombros a su hermana. Estaba feliz y se notaba.

—No os podéis imaginar lo feliz qué me siento en este momento.

—¿Y eso?—preguntó Sara

—Voy escoltado por dos de las mujeres más importantes de mi vida y a las que quiero con locura.

—¿Y cuáles son las otras, si puede saberse? — insistió Xulia.

—Mira qué eres, pues solo hay otra, y tú, hermanita, deberías saber de quién se trata.

—¿De mamá, quizás?

—Pues claro, ¿de quién, si no?

A Sara se le escapó un suspiro de alivio. Por un momento se le pasó por la mente que entre las otras mujeres de la vida de Javier estuviese su novia, porque de momento aún era su novia. ¡Ay, Dios! ¡Cómo iba a terminar aquello!

Se tomaron el café, dieron un paseo corto y a las once y media estaban entrando en casa.

—Voy a ver si ponen alguna peli en la televisión.

A Sara también le apetecía, pero antes fue a la habitación a ponerse el pijama; Xulia hizo lo mismo, y Javier disfrutó mirándolas a las dos acomodadas, una en el sillón y la otra en el sofá, ambas en pijama y tapadas con una manta. Se las quedó observando con una sonrisa de felicidad a la vez que les preguntaba bromeando:

—¿Queréis que os traiga los ositos de peluche?

—A mí sí, porfa —dijo su hermana riendo y añadió—: a ella contigo le bastará, seguro.

—¡Ay, Xulia! ¡Cómo eres! —le dijo Sara ruborizada por su comentario.

—Hija, la verdad ante todo.

Javier decidió que él también se pondría un pijama.

—Esperadme, me pondré mi «traje de noche», como mis niñas, y me meteré debajo de esa manta, ¿Qué me dices Sara?

—Te haré un sitio.

—Espero que no os pongáis a hacer guarradas que estoy yo delante y soy pequeña...

—Antes voy a ver el correo, id mirando qué peli queréis ver.

Javier se fue a la habitación, abrió el portátil y mientras esperaba que cargara, se puso un pijama. No se sorprendió cuando encontró varios correos de Andrea y uno de Pablo, ¿qué querría ahora ese idiota?

Miró primero los de Andrea

*De:* Andrea Docasal

*Para:* Javier Pazo

*Fecha:* 3 enero , 20:38

*Asunto:* ¿Estás desaparecido?

Ni me has llamado, ni contestas mis wasaps. Supongo que habrás estado muy ocupado. Cuando leas este correo ya estarás en Logroño, espero que todo te haya ido bien. Hoy ha sido mi primer día de trabajo, he estado nerviosa, pero creo que me gustará y que seré buena en esto. Tenía miedo de dar este paso, pero era necesario para ambos. Necesitamos evolucionar, estábamos estancados y esto será bueno para los dos.

Te quiero. Andrea.

P.D. ¡¡¡Habla conmigo!!!

Siguiente mensaje

*De:* Andrea Docasal

*Para:* Javier Pazo

*Fecha:* 4 enero , 21:10

*Asunto:* ¿No vas a hablar conmigo?

No me puedo creer que todavía no te hayas puesto en contacto conmigo, ni una llamada ni un whatsapp ni un correo. ¿Se puede saber qué te pasa?

No voy a llamarte, ya lo harás tú si te apetece. Me parece que, pase lo que pase, llevamos juntos casi cinco años y creo que me merezco por lo menos una explicación.

A pesar de todo te quiero

Andrea.



## Aún había otro mensaje más de Andrea

*De:* Andrea Docal  
*Para:* Javier Pazo  
*Fecha:* 4 enero , 23:50  
*Asunto:* último mensaje

¿Se puede saber qué te pasa? Esto no es normal. Sé que sigues vivo porque tu familia me habría avisado de lo contrario, así que deben ser otras cosas que no puedo ni quiero imaginar. No te voy a molestar más, ya me dirás algo, pero no tardes mucho, igual dejo de esperar tu respuesta.

Todavía te quiero (a mi pesar).

## A continuación, abrió el de Pablo

*De:* Pablo Andrade  
*Para:* Javier Pazo  
*Fecha:* 4 enero , 11:10  
*Asunto:* ¿De qué vas Javier?

Eres el gilipollas más grande que he conocido. Tenías a la mejor tía a tu lado, la más inteligente y la más guapa, la más... ¿Qué coño haces? ¿Es que ya no te importa? Desde que nos hemos venido el martes, no has tenido un momento para llamarla ni siquiera para escribirle un mensaje.

Yo creo que has perdido el interés, es más, creo que tienes a otra en tu vida y seguro que no me equivoco, pero eso me da igual. Tienes que hablar con Andrea, se merece que le expliques lo que sea que debas explicar. Te lo voy a pedir por favor, no puedo soportar oírla llorar por las noches y verla marchar a trabajar con unas ojeras horribles. Sabes que siempre me gustó. Hubo un tiempo que hasta estuve enamorado de ella, por eso me fui de Ourense, y ahora que lo tenía superado, me encuentro con que la tengo viviendo en mi casa, destrozada porque tú pasas de ella como de la mierda. Te dije que iba a ir a por todas con ella y lo voy a hacer, pero necesito, y ella también lo necesita, que cierres esto. Por favor hazlo, demuestra que eres la persona que siempre pensé que eras.

Un amigo, a pesar de todo. Pablo.

## Tenía que contestar a ambos,

*De:* Javier Pazo  
*Para:* Pablo Andrade  
*Fecha:* 5 enero , 00:35  
*Asunto:* Sí, tienes razón, soy un gilipollas.

Primero quiero pedirte disculpas por lo que ocurrió el día de Fin de Año, sobre todo porque tú tenías razón y la sigues teniendo ahora.

Es verdad que me he enamorado de una persona que conocí hace una semana. Puedes seguir llamándome gilipollas porque debo serlo. No sé qué me pasó. Sabes, porque me conoces, que jamás he ido buscando ningún rollo, estaba con Andrea y para mí era suficiente. Sé, por supuesto, no hace falta que me lo digas, que es una tía estupenda ¿Por qué crees que me enamoré de ella? Pero lo que me ha ocurrido y los sentimientos que esta otra persona ha despertado en mí, han puesto mi mundo del revés. He sentido cosas y he hecho cosas que jamás había hecho ni sentido con Andrea. Sé que le

debo algo más que una explicación por teléfono y he decidido ir a Madrid el fin de semana que viene. Necesito hablar personalmente con ella, no sé cómo voy a decirle esto. Creo que no mencionaré que me he enamorado de otra, será menos doloroso para ella, así que te agradecería que no se lo dijeras. Ni siquiera deberías hablarle de estos correos, yo no lo haré.

Me alegro de que estés a su lado para ayudarla y no dejar que se hunda.

Espero que todo esto no impida que sigamos siendo amigos, aunque entiendo que ahora mismo no es fácil, pero con el tiempo quizás lo superemos.

Un amigo, por encima de todo. Javier.

La dio a enviar y se dispuso a contestarle a Andrea.

*De:* Javier Pazo

*Para:* Andrea Docasal

*Fecha:* 5 enero , 01:10

*Asunto:* ¡¡¡Perdón, perdón, perdón!!!

Andrea: no sé cómo disculparme por mi falta total de interés. Es verdad que he estado muy ocupado entre comprar algunos muebles y preparar el piso para que el lunes, cuando empiece a trabajar, esté todo listo; pero eso no es disculpa para no haberte enviado, aunque solo fuera, un mensaje. Tenemos una conversación pendiente, pero no creo que ni el teléfono ni este correo sean la forma ideal para tenerla y decirnos lo que sea que tengamos que decir.

Por eso he decidido que el próximo fin de semana iré a verte y hablaremos. Cogeré el primer tren que salga el sábado por la mañana, dormiré ahí y volveré el domingo por la noche. Dame la dirección de la casa de Pablo, para reservar un hotel lo más cerca posible.

Te quiero. Javier.

Envió y se fue al baño

—Ya vuelvo, chicas —gritó.

—Ha empezado la peli, date prisa. —gritó su hermana

Volvió a la habitación para cerrar el ordenador y vio que había un correo en la bandeja, lo abrió, era de Andrea.

*De:* Andrea Docasal

*Para:* Javier Pazo

*Fecha:* 5 enero , 01:25

*Asunto:* ¡Menos mal!

¡Vaya! Menos mal que te dignas a hablarme, ya pensé que te habían abducido en alguna secta.

Me dice Pablo que no necesitas irte a ningún hotel, que esta es ahora mi casa y puedo invitar a quien quiera y tú siempre serás bien venido, también por su parte. Dice además que él no estará, viaja a Barcelona por asuntos laborales. La dirección te la pongo abajo. Es un apartamento precioso, grandísimo, de superlujo, en el mismísimo centro de Madrid. (Creo que Pablo gana muchísima pasta). Ya lo verás con tus propios ojos.

Nos vemos, pues, el sábado.

Todavía te quiero. Andrea.

Bien, el haber despejado un poco ese asunto lo hacía sentirse mejor. Ahora, ya de buen humor, apagó el portátil y se fue a ver la peli con «sus chicas».

Se sentó en el sofá al lado de Sara, ella le hizo sitio y se taparon con la manta. La atrajo hacia sí y la hizo recostarse apoyando la cabeza en su regazo. Desprendía un calorcito muy agradable y olía tan bien... Solo con eso ya se había puesto duro, ella lo notó e hizo ademán de levantarse, pero él no la dejó, al contrario, comenzó a acariciarle los pechos por debajo del pijama, ella empezó a respirar de forma entrecortada. No quería que Xulia se diera cuenta de lo que estaban haciendo. Pero Javier seguía bajando implacable con su mano acercando sus caricias poco a poco a su centro. Ella se movió para facilitarle la tarea. La acariciaba muy levemente, rodeaba el clítoris con el pulgar, mientras le introducía otros dos dedos moviéndolos despacio. Luego los sacaba y la acariciaba abriéndole los labios engrosados por el placer y extendiendo toda aquella humedad. Javier no pudo evitar un ligero jadeo que solo Sara pudo escuchar.

— ¡Humm, como me gusta! —. Y se acercó a su boca para besarla y lamerle los labios.

Menos mal que Xulia estaba entusiasmada con la película y no se daba cuenta de lo que estaban haciendo. Pero a Sara le estaba costando estarse quieta y callada; él seguía su incursión entrando en ella con dos dedos y moviéndolos con suavidad, buscando aquel punto que la hacía perder el control. Volvió a acercarse a su boca, ella lo cogió de la nuca y le susurró al oído

—Por favor, Javi, si sigues, me correré aquí.

—No lo hagas preciosa, todavía no, solo disfruta, después te correrás conmigo.

—¿Ya os estáis besuqueando? Tenéis mucho peligro vosotros dos. Voy al baño. —Xulia los miró y movió la cabeza negando.

Sara aprovechó para moverse y que los dedos de Javier le dieran lo que estaba necesitando.

—Voy a correrme, Javi; o paras tú o yo no podré parar

—Está bien, córrete cariño. — Le acarició el clítoris con más intensidad.

Sacó los dedos de su interior con la protesta de ella, pero antes de que volviera a quejarse, llevó su humedad hasta el ano y le introdujo allí el dedo índice. Sara se sorprendió ante esa caricia novedosa y se excitó todavía más. Javier dejó el dedo llenando aquella parte a la vez que con el pulgar seguía

acariciando el clítoris e introduciéndolo en la vagina hasta que surgieron los primeros espasmos del orgasmo. Continuó moviendo los dedos sin parar, mientras indagaba con la lengua dentro de su boca recorriéndola y jugando con la suya, tratando de absorber sus gemidos. Para cuando volvió su hermana, el orgasmo de Sara estaba descendiendo, pero Javier seguía besándola.

—Sois muy empalagosos, ¿lo sabéis?

—Tienes razón, pero cuando estoy al lado de Sara... no sé qué me pasa.

—Vale, vale, no me expliques nada, dejadme terminar de ver la peli.

Sara tenía esa cara de felicidad que se le ponía cada vez que Javier la llevaba al orgasmo. Decidió jugar también ella, se incorporó y le pidió que se recostara en sus piernas, igual que antes había estado ella en las de él. Javier la miró con picardía y accedió. Se taparon y, con el mismo disimulo y la misma decisión con la que él la había provocado, ahora era ella la que le metía mano bajo su pijama. Se alegró mucho cuando notó que no tenía puesto el bóxer, solo el pijama. «Muy bien», pensó, «mucho más fácil». Se encontró con el pene en pie de guerra, tan duro que ya empezaba a lagrimear. Lo agarró con decisión, comenzó a moverlo y a tocarle la punta para extender aquellas gotitas de esencia por todo el tronco, le gustaba mirarlo mientras lo masturbaba; lo peor es que ella se estaba volviendo a excitar.

—¡Para! Vamos a la cama — le susurró él mientras le agarraba la mano.

Sara se levantó del sofá, se despidió de Xulia y se fue a la cama. A continuación, se levantó Javier, le dio un beso en la frente a su hermana y se largó antes de que ella pudiera ver su enorme erección.

Cuando llegó a la cama, le faltó tiempo para deshacerse del pijama y quitárselo a Sara. Se metió entre sus piernas y le introdujo el pene sin esperar nada, a los preliminares ya se habían dedicado en el sofá, ahora necesitaban sentirse piel con piel. Se acunaron en rítmicos movimientos, pero, antes de alcanzar el orgasmo, abandonó su caliente humedad a pesar de las quejas de ella.

— ¡Shh, preciosa, déjame saborearte! — Y acto seguido metió la cabeza entre sus muslos para lamerla.

Cada vez le gustaba más su sabor y cómo se volvía de gelatina cuando estaba a punto de correrse. Se deleitó libando e introduciendo la lengua en

sus profundidades, recreándose en cada pliegue, en cada recóndito lugar, hasta que ella llegó a la cima y el placer se precipitó recorriéndole todo el cuerpo en espasmos incontrolados.

—Cariño, no me has esperado —dijo él, sonriendo, y se introdujo de nuevo en ella.

Se movió deprisa, con fuerza, lo que llevó a Sara de nuevo a la cima, incrementándose los espasmos del orgasmo al sentir el caliente semen disparándose en su interior.

Se quedaron exhaustos, sobre todo Sara; había tenido tres orgasmos y sus músculos la habían abandonado, menos mal que estaba acostada.

—¿Esto es normal? —susurró ella.

—¿El qué cariño?

—Pues esto: he tenido tres orgasmos esta noche y cada vez que lo hemos hecho ha sido delirante e increíble . No sé si esto es normal para todo el mundo, yo no tengo experiencia, no sé qué pensar...

—Bueno, no siempre es así, pero nosotros hemos tenido suerte de encontrarnos. Yo no me canso de hacerlo y tú respondes siempre. He tenido una novia durante cinco años y hemos tenido mucho sexo, pero te aseguro que jamás fue como esto. Tal vez, porque al principio, éramos muy jóvenes y la falta de experiencia de ambos fue un hándicap. Luego fuimos aprendiendo; para cuando ya teníamos la suficiente experiencia y madurez, nos faltó el deseo. Este deseo que nos consume a ti y a mí.

—Me da un poco de miedo, quizás esto nos ocurra al principio, y luego nos pase lo que os pasó a ti y a Andrea.

—No lo creo. Ahora tanto tú, como yo, somos adultos y sentimos de forma diferente. Y no sé tú, pero yo necesito sentirte a cada momento, tocarte y que me toques, necesito saber que estás bien, cuidarte... Te deseo tanto que a veces me asusta. Sara, estoy siendo sincero, te quiero y quiero ser transparente para ti, no quiero que haya nada que pueda enturbiar nuestra relación.

—Pero tú todavía tienes una novia, ¿qué vas a hacer?

—Le he mandado un mensaje y he quedado en ir el sábado que viene a Madrid para hablar con ella. Creo que se merece una explicación cara a cara después de cinco años. Me gustaría que siguiéramos siendo amigos, aunque soy consciente de que eso ahora mismo va a ser difícil. Pero, si soy sincero y

legal con ella, quizás más adelante, cuando pase su dolor, podrá reconocermelo como a un amigo, eso me gustaría.

Sara lo abrazó y lo besó con mimo.

—Javier eres una persona muy especial, no hago más que decirte la suerte que he tenido al encontrarte y, al mismo tiempo, siento que no te merezco. Espero algún día ser todo lo digna que te mereces, porque te quiero y será difícil para mí tener que dejarte ir.

—Qué tonterías estás diciendo, ya eres lo suficiente digna. No vas a dejarme ir porque no me voy a ir a ningún sitio, así que vete pensando que eres parte de mí, de mi vida, eres todo lo que deseo. No me voy a ir ni te voy a dejar marchar.

Semejante declaración de amor por ambas partes los dejó abrumados. En aquel silencio, abrazados, se fueron quedando dormidos.

Cuando despertaron eran las diez de la mañana, seguían enredados el uno en el otro. Él la besó en la punta de la nariz, en la frente, en la boca...

—Te comería a besos, preciosa.

—Y yo te dejaría que lo hicieras, pero no ahora.

—¿Por qué? ¿Tienes algo mejor que hacer?

—Levantarme, desayunar y prepararte a ti el desayuno, hoy me toca a mí. Y luego me iré de compras.

—Te acompañaré.

—No lo creo, hoy es la noche de Reyes y voy a comprar un regalo para «mi amor» y para su hermana, y como quiero que sea una sorpresa, no consentiré que me acompañes, ¿te ha quedado claro?

—Vale, me encantan las sorpresas.

Sara se levantó y se dirigió a la ducha con la tristeza instalada en el alma ¿Cómo le contaría aquello? Estaba aún bajo el agua cuando se metió Javier.

—Déjame ducharme contigo, es uno de mis mayores placeres.

Le enjabonó todo el cuerpo recreándose en los pechos y entre las piernas, primero con la esponja, pero luego empezó a acariciarla con las manos muy despacio, de forma suave, hasta que ella empezó a gemir, entonces la cogió sujetándola por las nalgas y separándoselas le dijo:

—Cógete de mi cuello y rodéame con las piernas.

De esta forma su pene quedó a la entrada de su vagina y con él la acarició desde el clítoris hasta el ano, haciendo presión, pero sin entrar.

—Algún día te la meteré aquí detrás ¿Me dejarás cariño? A ella sus

palabras le encendían el deseo.

—Te dejaré hacerme lo que quieras, ya lo sabes, pero ahora necesito...

—¿Que necesitas cariño? Dímelo...

—Necesito correrme. ¡Entra ya, por favor!

—Me gusta cuando me pides que me meta en ti como si de ello dependiera tu vida.

En cuanto estuvo dentro empezó a moverse, ella lo ayudaba empujando hasta que los alcanzó el orgasmo y su sexo se licuó al igual que sus músculos.

—No me sueltes Javi, me tiemblan las piernas.

—No tenía pensado soltarte cariño, esto es por la adrenalina, enseguida estarás bien. Y la sostuvo en un abrazo mimoso bajo el agua, sin dejar de besarla.

Salieron de la ducha, la envolvió en una toalla y la frotó con energía para secarla. Perdieron la noción del tiempo hasta que sintieron tocar en la puerta, era Xulia.

—Me tenéis un poco preocupada, ¿es que no vais a parar? Estáis muy salidos, ¡eh!

Javier tuvo que reírse ante las palabras de su hermana.

—Tienes razón, estamos muy salidos y ¿sabes qué?, nos encanta.

—¡Vaya dos!, ya os vale. Venga, a desayunar, que van a ser las once.

Se vistieron y fueron a la cocina.

—No os quejaréis parejita, os he preparado un buen desayuno, os hará falta reponer fuerzas....

—Gracias, preciosa ¡Tú sí que vales! —dijo Javier.

—Ya lo sé, pero el lunes me voy y, aunque estáis deseando que me vaya, me vais a echar de menos..., lo sé.

—Claro que te echaremos de menos, yo, sobre todo. No sé cómo voy a vivir sin ti. — Javier la cogió en su regazo y la llenó de besos.

Sara se reía y, de pronto, se sintió parte de ellos, eso le dio miedo. Era nuevo para ella ser parte de..., pero le gustaba.

## Capítulo 10

*L*e costó convencer a Javier para que no la acompañara. Le urgía pensar y necesitaba estar sola. Además, quería comprar los regalos de Reyes. Entró en una tienda de antigüedades en la que había visto hacía unos días. en el escaparate, una lamparita que pensó que le iría bien a la habitación de Javier. Era una lámpara Tiffany, muy pequeña pero preciosa, le encantaría. A Xulia le compró unos pendientes de plata envejecida, con mucha filigrana, parecían una auténtica antigüedad. Pidió que se lo envolvieran para regalo en paquetes separados y que lo entregaran aquella tarde a última hora, en la dirección que les apuntó en una nota.

Apresuró el paso, Héctor no tardaría en llegar y aún tenía que «disfrazarse», así le llamaba ella a tener que vestirse con la ropa que él le compraba para que lo acompañara a sus eventos.

A Héctor lo conoció cuando empezó a trabajar en aquella agencia de «modelos», que en realidad era una agencia de contactos. Buscaban chicas para acompañar a señores a diferentes eventos en los que, por imagen o lo que fuera, necesitaban ir acompañados. Se requería buena presencia y un nivel cultural aceptable. Preferían universitarias, por lo que la mayoría de las chicas que trabajaban, o por lo menos las que ella conocía, eran estudiantes que no tenían recursos y esta era una buena forma de conseguirlos. Sara había decidido trabajar solo un fin de semana al mes, eso le suponía mil euros por estar a disposición del cliente en cuestión todo el fin de semana. Lo peor era la parte en la que el cliente la quería también en su cama: podía rechazarlo, pero se arriesgaba a que no volvieran a llamarla. Las primeras veces lo pasó tan mal, que hasta enfermó. Pidió que constara en el contrato que jamás accedería a favores sexuales, pero Marga le explicó que así sería imposible conseguirle trabajos. En general, todos los clientes esperaban poder acostarse con las *escorts*, así llamaban en la agencia a las chicas. Y, aunque el trato



sexual no se especificaba en el contrato, se daba por supuesto. Así que la agencia gestionaba el contrato en el que solo hablaba de acompañar, lo que hubiera después entre la chica y el cliente, era cosa de la chica en cuestión.

Al principio, la llamaban para acompañar a cualquier cliente, hasta que un día se cruzó con Héctor y este pidió que fuera ella la que lo acompañase cada vez que viniese a España. Ella aceptó con la condición de no tener sexo. Lo habló con la agencia y, desde entonces era el único cliente que tenía. Por eso pasó a ser casi como un amigo, hasta que a Sara empezaron a preocuparle las demasiadas atenciones que tenía con ella; le daba la impresión de que quería algo más. Llamó a Marga y se lo contó.

—Sabía que ocurriría esto, cuando un cliente quiere a una chica en exclusividad es porque siente algo especial por ella —le explicó.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque sabía el sacrificio que suponía para ti hacer este tipo de trabajo y pensé que de este modo te sería más cómodo. Además, conozco a Héctor desde hace años y sé que es un tío legal, jamás se aprovecharía de ti. Pensé, incluso, que, dado que es bastante joven, tú también llegarías a sentir algo por él.

Pero Sara, aunque llegó a apreciarlo muchísimo porque la cuidaba y se sentía segura con él, nunca llegó a enamorarse. Hubo un momento en el que se sintió un poco atraída, pero reprimió aquel sentimiento por temor a perder el trabajo y, al final, aquello se quedó en un atontamiento de tipo adolescente. Desde entonces mantenía con él una buena amistad. Aunque Marga insistía en que Héctor estaba «coladísimo» por Sara.

Después de aquella conversación con Marga, tuvo especial cuidado en demostrarle a Héctor que lo que ella sentía hacia él, jamás sería lo que él anhelaba. Pero Héctor no se rendía.

En fin, ahora que se había enamorado de verdad, tenía que dejar ese trabajo. No quería arriesgar lo que estaba empezando con Javier.

Se vistió con un traje Chanel que él le había regalado el mes anterior. Preparó, además, una pequeña maleta con varios trajes y zapatos para los diferentes eventos a los que asistirían.

Mientras esperaba, le escribió un mensaje a Javier. Tenía que decirle que no volvería hasta el domingo por la noche y darle alguna explicación. No se

podía largar así, sin más ¿Qué clase de persona haría eso? Le dio a enviar justo cuando sonaba el timbre,

—¿Señorita Ayón?

—Ya bajo. — No reconoció la voz, sería el chófer.

Cuando salió del portal, se encontró con una impresionante limusina blanca y un chófer abriéndole la puerta. Se metió dentro y allí estaba él, vestido como siempre de Armani. Apabullaba ese hombre, pero ella ya se había acostumbrado a su presencia y a sus ademanes elegantes. Lo saludó con un beso en cada mejilla.

—Hola, Héctor ¿Qué tal todo?

—*Bonjour, chère Sara! Tout va bien! Et toi comment va ta vie?*

—Como siempre, he estado trabajando hasta ayer en una juguetería y a partir del lunes, a hincar los codos. Necesito terminar las asignaturas que me quedan en junio y ponerme a trabajar ¡ya!

—Sabes que sigue en pie mi ofrecimiento. Sería un trabajo a tu medida con un sueldo inmejorable, aunque tendrías que trabajar en Lion, pero te aseguro que merecería la pena.

—Bueno, lo tendré en cuenta.

—Por la forma en la que lo dices, sé que ni te pararás a pensarlo. Mira, he planteado este viaje en coche porque necesito tener una conversación contigo sin interrupciones.

—Vale, entonces espera.

Sara cogió su móvil, le envió un mensaje a Javier, «Lee el correo», y lo desconectó.

—¿Para quién es el mensaje?

—Para un amigo.

—¿Un amigo especial?

—Sí, muy especial, ¡Muchísimo...! —Y cerró los ojos con una sonrisa.

—*Bon, je vois! Peut être que cette conversation avec toi arrive trop tard.*

Ella lo miró, aunque sin sorprenderse, y le hizo un gesto como animándolo a que continuase

—Sabes que al poco tiempo de solicitar una chica en la agencia y, después de contactar con varias, me enviaron por fin a la definitiva, que resultaste ser tú. En cuanto te vi, supe que eras la chica perfecta para mis intereses. Guapa,

pero sin ser exuberante; discreta, aunque alegre y divertida, y con un saber estar y un nivel cultural bastante elevado. Por eso pedí que fueras siempre tú mi acompañante en España. En realidad, pedí que también me acompañases por Francia y por otros lugares del mundo a los que me veo obligado a viajar, pero me explicaron que solo trabajabas en España y un fin de semana al mes, a no ser que fuera estrictamente necesario. Aun así, quise que fueras tú.

»Lo que más me gustó fue que Marga me especificó de forma taxativa que no aceptabas relaciones sexuales. Me puse a pensar entonces que eras una chica diferente y singular. Que haces esto porque de verdad necesitas el dinero, pero el sentimiento de culpa por hacerlo no te permite enriquecerte ni vivir como una reina, que es como vivirías si trabajases todos los fines de semana y si aceptase mantener relaciones sexuales con los clientes.

—Verás, Héctor, cuando empecé a trabajar en la agencia, tuve que acceder al trato sexual, pero me sentí tan mal y tan sucia que hasta enfermé. Les llamé y les dije que lo dejaba. Marga fue la que me dijo que si encontraba algún cliente que accediera a mis condiciones me volvería a llamar. Sabía que necesitaba el dinero, pero ese mundo no es para mí.

—Eso no me lo habías dicho nunca.

—Porque nunca tuvimos esta clase de conversaciones.

—Cierto, pero ¿y si te hubiese propuesto sexo?

—No habría aceptado. Como te dije, lo hice al principio y me pagaron bien, pero te aseguro que lo mal que me sentí no me compensó jamás. Siento que he quedado marcada para toda la vida. Muchas noches tengo pesadillas; veo a aquellos tipos, tan elegantes como tú mismo, y con tantísimo dinero, encima de mí, tocándome y revolcándose conmigo en un colchón lleno de billetes y me despierto llorando y con arcadas.

Héctor la miraba y no salía de su asombro, «Pobre chica, ¡qué mal lo había pasado!», pensó. Ella siguió hablando:

—Además, no estoy estudiando una carrera para terminar ejerciendo la prostitución. No he tenido la suerte de contar con una familia que pudiera costearme los estudios, así que he tenido que vivir de las becas y de trabajos esporádicos como servir copas en un pub, o como estas Navidades, en una juguetería. Si acepté este trabajo, es porque han recortado la cuantía de las becas y, además, quiero ahorrar para hacer un máster que me cuesta doce mil euros. No estoy orgullosa, pero es lo que hay, espero que algún día me compense.

—Me hablaste de un amigo especial ¿Qué piensa de esto?

Sara bajó la mirada y se le ensombreció el semblante

—No lo sabe.

—Entonces no será tan especial ¿Cuánto tiempo llevas con él?

—Pues muy poco, pero... no sé, ha sido un auténtico flechazo.

—No seas ingenua, eso no existe.

—¿Cuántos años tienes, Héctor?

—Treinta y cinco, te pareceré ya un abuelo —le contestó.

—Pues no, yo tengo veinticuatro, pero si ser ingenua es vivir y sentir lo que yo he sentido en esta última semana, dime dónde hay que firmar. Si tú con tu edad me dices que soy ingenua por haberme dejado llevar por este «flechazo», entonces siento lástima por ti, porque te has perdido lo mejor de la vida. Creo que todo el dinero que hubiera ganado vendiendo mi cuerpo en este negocio de alto standing, no lo cambiaría jamás por esta última semana con Javier.

—Así que Javier, ya... Sin embargo, y a pesar de lo que me estás contando, voy a decirte lo que llevo pensando casi desde que te conocí. Hoy no vengo a trabajar, solo tengo una reunión en Bilbao esta tarde, pero lo había podido resolver por teléfono. Mi razón, hoy, eres tú. Me gustaste desde el principio, pensé que era una tontería y que se me pasaría enseguida. Estoy acostumbrado a relacionarme con mujeres muy sofisticadas, a las que les interesa mucho más mi cuenta corriente que todo lo demás que pueda ofrecerles. Tú, sin embargo, eres diferente. Tal vez por eso te has ido incrustando cada vez más en mis pensamientos.

—Héctor, eres un hombre guapísimo, muy interesante e inteligente, no creo que solo deseen tu dinero, Hay que ser muy gilipollas para no darse cuenta del gran hombre que eres...

—¿Tú crees?

—No es que lo crea, estoy segura. Puedo verlo.

—Entonces ¿puedo saber porque no te has fijado en mí, ni te has insinuado una sola vez?

—Sí me he fijado, pero eras un cliente de la agencia y yo debía respetarte como tal, y comportarme de forma adecuada. ¿Qué hubieras pensado si me hubiera insinuado? Seguro que no me hubieras valorado igual, ni me tendrías en el pedestal en el que parece que me has colocado

Él se quedó pensativo y reconoció que no le habría gustado que ella se

insinuase.

—Hubo un momento, en esta extraña relación que mantenemos, en el que me sentí profundamente atraída por ti y estuve a punto de dejar el trabajo, pero no lo hice porque eso supondría no volver a verte, ya era bastante difícil hacerlo solo una vez al mes. Me faltó «el canto de un duro» para meterme en tu cama en el mes de septiembre, cuando tuvimos que ir a Sevilla, pero sería como hacer aquello a lo que me había negado, así que me reprimí. ¡Dios! ¡Cuánto lloré aquella noche! Sobre todo, cuando te vi tomando una copa con aquella rubia de tetas impresionantes que luego subiste a tu habitación.

Él le cogió la mano y se la llevó a los labios acariciándola con ellos antes de besársela.

—No sabía que me habías visto en el bar. Después de dejarte en tu habitación, yo también me fui a la mía y me sentí como un gato enjaulado. Me hubiera gustado decirte todo lo que sentía por ti, pero tuve miedo de tu rechazo y de perderte para siempre. Preferí callar y poder seguir viéndote, aunque solo fuera una vez al mes. Bajé a tomar una copa para distraerme y dejar de pensar en tirar el tabique que separaba mi habitación de la tuya. Entonces apareció aquella mujer que viste, que ni recuerdo su nombre.

—La rubia tetona...

—Sí, esa... Pero todavía estamos a tiempo. Sara estoy loco por ti, mi vida gira entorno a ti, no puedo soportar pasarme un mes entero sin verte.

—Héctor, por favor, no sigas por ahí, no digas nada más. Ahora me he enamorado de Javier y ni imaginas cómo. Lo quiero locamente, es joven, alto, guapo, inteligente y también es bueno, cariñoso y, sobre todo, me quiere muchísimo.

—*Mon Dieu! Tout cela est... et alors où est l'erreur?*

—No seas cáustico, Héctor. ¿Por qué tendría que haber un error? ¿Me estás diciendo que tú también tienes uno? Porque también eres alto guapo e inteligente... ¡ah!, y rico

—Creo que mi fallo es que soy prudente en exceso y eso me hace perder oportunidades.

—Pues eso en los negocios no es muy bueno.

—Es que solo lo soy en lo que se refiere a la vida privada, en los negocios soy un hacha.

Me gustaría que pasaras conmigo un fin de semana de relax absoluto, incluso venía decidido a hacer el amor contigo. No sabes la de cosas que

había pensado hacerte, solo para que disfrutases.

Sara se puso colorada, le entró una especie de cosquilleo que se irradia desde la mano que él le tenía cogida a todo el cuerpo.

—De verdad que lo siento, podemos pasar un fin de semana de relax, como bien dices. Podemos hablar, pasear y divertirnos como amigos, pero no haría el amor contigo porque entonces me convertiría en aquello que he estado evitando desde que me metí en esto. No sería justo contigo, porque ahora mismo estoy enamorada de Javier, ni lo sería con él porque también está enamorado de mí, y por mí renunció a la seguridad de un amor de años.

»Seguro que no querrías hacer el amor con una mujer que está pensando en otro.

—Me has roto el corazón, pero tengo que aceptar tu decisión, aunque quiero que sepas que te ayudaré en lo que necesites, siempre. Te daré mi dirección y mis teléfonos y por favor te pido que acudas a mí cuando lo necesites. *Ce que tu veux, Sara, ce que tu veux!* Aunque me haya casado y esté súper enamorado, si me necesitas llámame. Por encima de todo, te considero una amiga.

—Por mi parte, también será así. Sabía que eras especial. —Se acercó a él y le dio un abrazo y un montón de besos en las mejillas, él la apartó sonriendo.

—Me besas como besarías a tu padre.

—No, a mi padre jamás lo besaría ni lo abrazaría, no merece mi cariño, ¡Vaya, me costó mucho poder decir estas palabras en alto! —dijo con un gesto de extrañeza, luego movió la cabeza hacia ambos lados como tratando de volver en sí, y continuó—. Pero sí, te quiero como al hermano que no tuve.

Héctor le devolvió el abrazo besándola en el pelo.

—*Tu seras toujours, ma petite espagnole!*

Llegaron a Bilbao y la limusina les dejó en el Silken Gran Hotel Domine Bilbao, justo frente al Guggenheim. Le diría a Héctor que la llevase.

—Tenemos habitación, aunque será solo para asearnos y cambiarnos para la comida con empresarios y miembros del gobierno vasco. Todos vienen acompañados.

—Podríamos visitar el Guggenheim ya que lo tenemos aquí, ¡porfa!

—Quizás después de la comida y mientras se celebra la reunión de trabajo, pero tendrás que ir tu sola.

—Bien, iré.

Eran las dos del mediodía y Sara sin aparecer. No la había llamado en toda la mañana porque no quería agobiarla, pero ya no podía aguantar más, fue a buscar el teléfono a la habitación y se encontró con un mensaje de ella. Lo abrió y leyó «Lee el correo». Se sentó delante del portátil y esperó impaciente a que cargara, abrió la bandeja y ahí estaba, el correo de Sara.

*De:* Meg Ryan

*Para:* Brad Pitt

*Fecha:* 5 enero , 12:30

*Asunto:* ¡Desaparecida!

Queridísimo Javier: hoy tengo que ausentarme y hasta mañana por la noche no regresaré. No te lo dije porque no supe que tendría que irme hasta ayer por la tarde y, la verdad, no encontré la forma de decírtelo.

Lo que ha surgido entre nosotros es algo tan inmenso que me resulta difícil de digerir, pero es al mismo tiempo, maravilloso, dulce, intenso, increíble... y se me ha metido muy adentro, tanto que ya no sabría vivir sin ti. Te dije que no lo sabías todo de mí, y es cierto. Me da miedo contártelo porque estoy casi segura que no querrás verme más. Podría ocultarlo, pero si tiene que haber algo entre nosotros, ha de estar basado en la verdad, lo contrario sería para mí un fracaso. Prefiero perderte que basar mi vida futura en una mentira, ya bastante sórdido es el pasado.

No voy a contarte ahora esa parte de mí que te he ocultado, ni tampoco te diré en dónde estoy. No te será posible localizarme porque he desconectado el móvil, pero no estés preocupado, yo estoy bien, aunque te echo de menos y lo haré más esta noche cuando te recuerde acariciando mi cuerpo, haciéndome el amor.

El domingo por la noche en cuanto llegue te llamo y, si quieres, me voy directamente a tu casa y hablamos. No olvides que te quiero con locura, que eres ahora mismo lo mejor de mi vida, que no quiero perderte, pero, si al final decides que no quieres seguir conmigo, lo entenderé, aunque se me romperá el corazón para siempre.

Javier estaba atónito, no entendía nada, ¿dónde estaba Sara? ¿qué ocultaba?  
Leyó y releyó el mensaje y cada vez entendía menos.

Decidió contestarle, aunque no sabía si lo leería.

*De:* Javier Pazo

*Para:* Sara Ayón

*Fecha:* 5 enero , 14:23

*Asunto:* ¿Desaparecida, de qué vas?

Queridísima Sara: te habrás dado cuenta de que he empezado mi mensaje igual que tú, con la salvedad de que, para mí, sí eres queridísima. Si sientes todo eso que me cuentas, no puedo entender que hayas desaparecido de este modo, no puedo entender que no hayas confiado en mí. Yo creo que te he dejado bastante claro que te quiero, que no puedo ya imaginar mi vida sin ti.

Por supuesto, he confiado en ti. Te conté mi relación con Andrea y lo que voy a hacer con respecto a ella, no quería que hubiese ninguna sombra planeando sobre lo nuestro. Dices que no quieres que esto que ha surgido entre nosotros esté basado en una mentira, pues lo está desde el momento en que decidiste mantenerme al margen de «eso» que temes que nos aleje para siempre. Quiero que sepas que nada, excepto la mentira podría apartarme de ti.

Voy a dejarlo aquí, tengo un cabreo tan grande que podría decir algo irreparable y no es eso lo que quiero. Va a ser el fin de semana más largo de mi vida. Esto duele Sara, mucho, pero aun así te quiero y espero que cuando regreses vengas a mí con la verdad en el corazón.

Le dio a enviar y se quedó mirando la pantalla, absorto totalmente. Así lo encontró Xulia cuando entró en la habitación para preguntarle por Sara.

—Son más de las dos y media. ¿Dónde se ha metido Sara? Es hora de comer

—Comeremos sin ella, ha tenido que marcharse, no volverá hasta mañana por la noche.

—¿Ha pasado algo? — A Xulia no le pasó desapercibido el semblante preocupado de Javier.

—No, no te preocupes, ha tenido que ir a Cuenca por un asunto de su padre, la llamaron cuando estaba en su casa y ha ido directamente a la estación de autobuses, me ha mandado un correo que acabo de leer. — Él no quería contarle nada de lo ocurrido a su hermana hasta no saber en realidad de qué se trataba.

—Pero no será nada grave ¿No?

—Pues no, grave no, pero parecía urgente.

Durante la comida Javier apenas habló, menos mal que Xulia estuvo como siempre, charlatana, y no mencionó el tema de Sara para no agobiar a su hermano.

—¿Hacemos algo esta tarde? Podríamos ir al cine o algo así, si te apetece claro.

—Haremos lo que quieras, y sigue en pie lo de ir mañana al concierto de Los Secretos. Me has ayudado muchísimo estos días, no sé qué hubiera hecho sin ti. ¡Te quiero, hermanita!

—Y yo a ti, tonto.

A eso de las seis de la tarde, llamaron al timbre; «Qué raro», pensó Javier. Aún no conocía a nadie en la ciudad, salvo Sara y no sería ella ¿O sí?

—Ya abro yo —dijo Xulia.



Javier se quedó en el sofá tratando de escuchar lo que hablaba Xulia y con quien, pero enseguida reapareció en la sala con un paquete.

—¿De quién es? —preguntó él.

—No sé, el que lo trajo ha dicho que dentro hay una tarjeta.

Javier lo cogió y se dispuso a abrirlo, más por ver la nota y saber de quién era, que por el regalo en sí.

Cuando vio la lamparita se quedó sorprendido, ¿quién podía regalarle algo así? Buscó la nota y a la vez encontró otro envoltorio pequeño que ponía «Para Xulia, con cariño. Sara». Claro, no podía ser otra.

Abrió el sobre y leyó:

Porque has traído luz a mis días  
Quisiera ser también para ti, la luz de los tuyos.  
Pero me ayudaré con esta lamparita que he pedido a los Reyes para ti.  
Te quiero. Sara.

Se sentó en el sofá con la nota en la mano y los ojos nublados, Xulia cogió la lámpara y se la llevó dejándolo solo, sabía que lo necesitaba.

—La colocaré en la mesilla de tu habitación, es preciosa.

Se estaba volviendo loco, pero ¿En qué coño estaba pensando Sara para irse de esa manera y dejarlo colgado todo el puñetero fin de semana sin una triste explicación?

Menos mal que estaba Xulia y le ayudaba a distraerse. De todos modos, leería un poco, a ver si era capaz de concentrarse.

## Capítulo 11

*L*a comida transcurrió distendida. Héctor y ella estaban sentados al lado de los empresarios franceses y sus acompañantes, así que las conversaciones fueron en francés. Esto no le ocasionaba ningún problema a Sara, dominaba el idioma a la perfección, lo había estudiado en el bachillerato y más tarde, como le gustaba y se le daba bien, se había matriculado en la Alianza Francesa, donde finalizó con éxito sus estudios. Su dominio del francés fue uno de los motivos para contratarla en la agencia, se requería hablar algún idioma, además del español, y había pocas chicas que dominasen el francés; hacía años que se había impuesto el inglés en todos los colegios. El francés y el alemán eran optativos, pocos alumnos los estudiaban, pero a ella le gustó desde pequeña; y ahí estaba, rodeada de franceses y manteniendo conversaciones «sesudas» en las que no se le escapaba nada.

Durante la comida habló mucho con la chica sentada a su lado, parecía de su misma edad y era la acompañante de un tal Jacques Baquet, un empresario de Rouen muy conocido de Héctor. Sophie, así se llamaba, era estudiante de periodismo y también tenía interés en visitar el museo, así que quedaron en ir juntas aquella tarde, aunque ambas debían consultar a sus respectivas parejas, ya que aquello en realidad era trabajo.

—Héctor, mientras os reunís esta tarde, iré a visitar el museo con Sophie la acompañante del Sr. Baquet, ¿te parece bien?

—Puedes hacer lo que quieras, ya lo sabes. La reunión terminará sobre las ocho y media. Me gustaría cenar en San Juan de Luz, allí dormiremos y pasaremos el domingo, te gustará.

—Gracias Héctor, ha sido una suerte conocerte y trabajar para ti, nunca te agradeceré bastante tu comportamiento conmigo.

—Para mí, ha sido desde el principio un placer mayor.

La besó en la mejilla, aunque a él le hubiera gustado otro tipo de beso.

¡Qué suerte habían tenido!, justo al día siguiente, seis de enero, clausuraban la exposición de Egon Schiele, unas noventa obras de la Colección Albertina de Viena, y también estaba abierta *Claes Oldenburg. Los años sesenta*, que se clausuraba en febrero.

—Sophie, hemos tenido suerte, todavía podemos ver La Albertina. Es una de las colecciones más extensas e importantes de obra sobre papel del mundo. Solo en fondos son, aproximadamente, cincuenta mil dibujos y acuarelas y novecientas mil obras gráficas que abarcan desde finales del Gótico hasta nuestros días. La sección de arte moderno cuenta con obras de Klimt, Oscar Kokoschka, Rauschenberg, Picasso y Pollock. Y, sobre todo, tienen una muy buena colección de obras de Egon Schiele.

Sophie la escuchaba embobada.

—Te entusiasma de verdad, Sara.

—Sí, me encanta el arte. Pero, en concreto, esta muestra es muy especial para mí, porque estoy haciendo mi trabajo de fin de carrera sobre la figura del gran expresionista austriaco Schiele. Y esta muestra es una de las más interesantes que se pueden ver sobre él —Sara le contaba a Sophie todo esto con mucha emoción, estaba muy interesada porque era una aproximación muy completa al arte de este gran expresionista austríaco—. De paso, podemos ver la de Oldenburg.

—Veo que estás muy versada en todo lo concerniente al arte, gracias por invitarme a venir contigo. A mí me gusta mucho el arte, pero reconozco que no tengo tus conocimientos.

—La verdad es que me entusiasma.

—Háblame sobre Oldenburg

—Claes Oldenburg nació en Estocolmo, en 1928. No solo es uno de los principales defensores del *happening*, el arte pop y el arte de instalación, sino que sus monumentales proyectos de gran escala desafiaron las nociones preexistentes del arte en el espacio público.

El recorrido de la exposición comenzaba con instalaciones tempranas e importantes, como *La Calle* en 1960, y *La Tienda* en 1961, así como con los *happenings*, también incluidos en el itinerario. La visita continuaba con notables ejemplos de sus espectaculares esculturas de objetos cotidianos, para terminar con una presentación de sus gigantescos monumentos realizados en numerosas ciudades a partir de los años setenta.

Sophie disfrutaba escuchando a Sara, y esta continuó contándole cosas

sobre lo que estaban viendo.

—Muchas de estas obras han sido vistas en contadas ocasiones y, si me apuras, nunca. Lo mismo puede decirse de gran parte de las películas y fotografías realizadas por este artista, así como toda la serie de dibujos y notas: todo está expuesto por primera vez. ¡Es fantástico! La exposición, como está planteada, nos permite echar una mirada al estudio de Oldenburg y nos da una visión única de los humorísticos procesos de pensamiento de este genial artista.

Cuando salieron del Museo eran las ocho de la tarde, iban a cerrar. Se quedaron con ganas de más. Sara pensó que le gustaría volver con Javier, si es que iban a seguir juntos, de lo que no estaba segura.

Entraron en el hotel y se fueron hacia la cafetería; si la reunión de negocios había terminado, las estarían esperando allí.

Sara enseguida vio a Héctor, la esperaba sentado en un taburete en la barra. No estaba mal este hombre, un poco mayor quizá; bueno treinta y cinco años no era para tanto. Recordó cuando casi perdió la cabeza por él, no ocurrió nada porque ella se tragó aquel sentimiento y siguió adelante. Y ahora él se le declaraba con todas las de la ley y con fin de semana romántico incluido, si esto hubiese pasado en septiembre... quién sabe, pero ahora estaba total y profundamente enamorada de Javier.

Se levantó para recibirla con un beso que se acercó a la comisura de la boca. «Esto se está poniendo peligroso», pensó Sara. Tendría que ser más cortante con él.

—¿Qué tal lo habéis pasado en el Museo?

—Ha sido fantástico, he podido ver la muestra de Schiele, de la Albertina, ya te conté que mi trabajo de arte es sobre él.

—Me alegro que lo hayas pasado bien, ahora nos haremos unas fotos con todo el grupo para la prensa local y nos largamos, ¿te parece?

—¿Tengo que cambiarme para la foto o estoy bien así?

—Estás preciosa, Sara, vamos hacia el *hall*, está allí la prensa, quieren una foto de todo el grupo.

Estaban ya todos, empresarios, delegados del gobierno y demás acompañantes. Había un montón de prensa, fotógrafos e, incluso, la EITB.

Héctor la acercó hacia él pasándole una mano por la cintura y ella se agarró a la de él, eran muchos y debían juntarse para salir todos.

De nuevo en la limusina, camino de San Juan, él le cogió la mano y se la llevo a la boca, besándola en cada nudillo, ella la retiró en cuanto pudo.

—Héctor por favor, dijiste que lo pasaríamos bien y que no me presionarías. Ya sabes que no estoy interesada en nada que no sea una buena amistad, lo siento muchísimo, pero así es.

—*Oui, mais... c'est difficile pour moi!*

—Creo que esto ha sido un error, no tenía que haber venido.

—¡No, por favor, *ma petite!* No quiero que te quede un mal sabor de boca de este viaje, todo lo contrario, siéntete a gusto, disfruta, me gustaría que fuera un recuerdo feliz.

—Bien, pues no me intimides con muestras de cariño a las que sabes que no puedo corresponder.

Se alojaron en el Qualys—hotel Le Relais Saint Jacques, el mejor de la pequeña ciudad, y por supuesto en habitaciones separadas. Les subieron el equipaje mientras ellos se iban a cenar. Disfrutaron mucho de la cena en un pequeño restaurante con vistas al mar. Sonaba una canción de Manu Chao *Je ne t'aime plus*.

—Me encanta esta canción—dijo Sara.

—Sí, a mí también, me siento identificado en esa frase, «a veces quisiera morir para no verte nunca más».

—No digas esas cosas, me haces sentir muy culpable.

—Lo siento, *cherie*. No quiero que estés triste.

Volvieron dando un paseo hasta el hotel.

—De día disfrutaremos visitando esta ciudad, es pequeña pero preciosa. Te gustará.

Se despidieron en la puerta de la habitación.

—Hasta mañana, Héctor, que duermas bien

—Eso va a ser difícil, hace mucho tiempo que no duermo bien, desde que me enamoré de ti.

—¡Héctor...!

—*Oui ma petite... mais ce n'est pas facile!*

Sara estaba inquieta, dando vueltas por la habitación, no dejaba de pensar que aquel viaje era un error, Héctor se estaba equivocando y ella..., ella no sabía muy bien cómo lidiar con la situación.

Decidió bajarse al bar a tomar un café y mirar el correo en alguno de los ordenadores que tenían en la recepción a disposición de los clientes.

Se le saltaron las lágrimas cuando leyó el correo de Javier, no le iba a ser fácil explicarse.

Se levantaron temprano para poder visitar la ciudad. Tal como le había prometido Héctor, disfrutó muchísimo del paseo.

Recorrieron sus calles semipeatonales y adoquinadas, dejándose llevar por el olor a mantequilla y pan que las impregnaba. Visitaron la Iglesia de San Juan Bautista, situada en la calle principal, y Sara volvió a desplegar su sabiduría en el tema artístico, lo que sin pretenderlo hacía que Héctor la admirase aún más.

—No es un edificio muy llamativo por fuera, pero dentro esconde un retablo barroco del XVII. Fue la iglesia en la que se casaron el rey de Francia y María Teresa de Austria. Tiene un detalle muy curioso, cuelga del techo un barco que María Teresa de Austria regaló al pueblo de San Juan de Luz.

Héctor la miraba embobado mientras continuaban su paseo por la calle Gambetta, lugar ideal para ir de shopping. Héctor quiso que entraran en Lilou, una zapatería con calzado de firmas francesas de auténtico capricho. Sara no quería, pero él insistió en comprarle un regalo de Reyes. Terminó aceptando, no sin antes hacerle prometer que no le compraría nada más. Eligió unas botas altas de medio tacón preciosas de Repetto.

Entre compras y paseos era ya la hora de comer, y lo hicieron en un pequeño restaurante de la Rue de La Republique, en el que se podía degustar una interesante variedad de pescados frescos; resultó todo exquisito. Como colofón, se dieron el gusto de pasear descalzos por la playa disfrutando del sol, aunque hacía bastante frío. Conversaron mucho, ella le habló de Javier, le contó como lo había conocido y lo estupendo que era. Le habló también de los temores que albergaba con respecto a este «trabajo» que ella hacía de vez en cuando.

—Si es tan bueno y te quiere tanto, te escucharé y entenderé, no creo que tengas problemas —le dijo Héctor.

—Imagínate que fuera al revés y que tú fueras Javier, ponte en su piel.

Se quedó un momento pensando y, rápido, le espetó:

—Me volvería loco pensando en otros hombres manoseándote, pero, sobre todo, me sentiría engañado por no haber confiado en mí y no habérmelo contado. El hecho de ocultarlo implica todo lo oscuro que hay en ello y hace que parezca aún más sórdido.

—No me estás ayudando, aunque sé que es cierto lo que estás diciendo. No, no va a ser fácil...

—*Bon, rien n'est facile ma petite, mais...* ¿Merece la pena intentarlo?

—Por supuesto, siempre hay que intentarlo, tú también lo has hecho este fin de semana, ¿no?

—*Oui, mais... je n'est pas reussi. Ce sera pour une autre fois...?*

—Esa no es la pregunta, sino, ¿será con otra? Y ya te digo yo que sí.

Javier por fin había conseguido enfrascarse en la lectura, cuando oyó a su hermana gritar.

—¡No me lo puedo creer! ¿Estás viendo eso? Javier, por favor, mira la televisión.

Levantó la vista del libro y se fijó en la imagen que estaba saliendo. ¡No era posible! ¿Qué hacía Sara allí? Hablaban de una importante reunión de empresarios vasco-franceses en Bilbao. No sabían muy bien de qué iba aquella noticia, lo que llamó la atención de Xulia era que Sara estaba allí, junto a un tipo que la tenía cogida por la cintura y al que luego entrevistaron en francés.

—¿Tu sabías esto? Dijiste que Sara estaba en Cuenca en casa de su padre.

—Ya; no quería alarmarte y que me dijeras aquello de «ya te lo dije».

—Jamás te diría eso y, la verdad, después de haberla conocido, no sé..., pero a pesar de que no te haya contado nada de esto...

—No me ha contado nada, solo me dijo que tenía que irse, que volvería el domingo por la noche y me explicaría todo.

—Pues creo que debes escucharla, no te cabrees antes de tiempo.

—Es fácil decirlo, pero yo he dejado atrás todo, le he dado la vuelta a mi vida por ella y...

—Pero lo has hecho porque has querido, ella no te lo pidió.

—Lo sé, aun así, creo que cuando una persona se sincera y te abre las puertas de su vida para compartirla contigo, merece un poco de lo mismo.

¿No crees?

—Dale tiempo, os estáis conociendo. Seguro que todo tiene una explicación.

Javier se fue a la cama, no sabía qué pensar, quería dormir y que pasara el tiempo rápido, pero cuanto más lo necesitaba, más lentas eran las horas.

Héctor, tal como le había prometido, trajo a Sara el domingo. Salieron por la mañana, aunque no madrugaron, no hacía falta. Pararon en Vitoria-Gasteiz a cenar y, entre unas cosas y otras, para cuando llegaron a Logroño eran las dos de la madrugada. Se despidieron con un par de besos, Él la abrazó y le besó el pelo emitiendo un gemido que ella desoyó para quitarle importancia a los sentimientos que le profesaba. La acompañó hasta el portal y volvió a abrazarla. Ella se deshizo de aquel abrazo y se metió en el ascensor sin mirar atrás.

—Adiós ,Héctor, lo he pasado genial, gracias por todo.

—*Au revoir, ma petite! Je serai toujours là pour toi, ne l'oublie pas!*

Era muy tarde para llamar a Javier y estaba demasiado cansada para explicaciones. El problema es que al día siguiente Javier empezaba a trabajar y le sabía mal que, por su culpa, su primer día no fuera todo lo feliz que debería. Le mandaría un mensaje.

Javier había ido al concierto con Xulia, luego se fueron de vinos y tapeo. Lo pasaron bien. Pronto se integraron en un grupo que conocieron de forma casual, uno de ellos era gallego y en seguida se dio cuenta de que Javier y Xulia también lo eran. El acento era inconfundible.

—¡Hola! Me llamo Nacho y, si no me equivoco, creo que sois de mi tierra

—Yo soy Xulia y ese tan serio es mi hermano Javier y sí, somos de Ourense. ¿De dónde eres tú, Nacho?

—¡Lo sabía! Yo soy de Celanova, trabajo en el Policlínico Nuestra Señora de Valvanera. Estos son amigos y algún compañero de trabajo. Y vosotros, ¿qué hacéis aquí?

—Yo empiezo mañana a trabajar en la biblioteca y, aquí, mi hermanita vino a echarme una mano con la mudanza, se irá mañana —contestó Javier adelantándose a su hermana



—¡No puedo creer que vayas a dejarme así, Xulia! —bromeó dirigiéndose a ella.

Xulia lo miró y soltó una carcajada, le cayó bien el doctor y decidió seguirle la broma.

—Puedes venir a buscarme a Ourense, sabes el camino. ¿A qué sí?

—No lo dudes, como no vuelvas pronto iré a por ti.

Javier los miraba arqueando las cejas, preguntándose qué estaba ocurriendo allí, no obstante, siguió con la broma.

—No te preocupes, ya me ha amenazado con venirse a estudiar aquí, o sea que no creo que tarde.

—Oye, Javier, ¿Te importa si le pido el teléfono y sigo en contacto con ella? —le preguntó Nacho.

—No creo que me deje meterme en su vida, si quiere darte su número es cosa de ella, aunque te vigilaré de cerca —contestó Javier.

—No habléis de mi como si no estuviera. ¡Hola! Estoy aquí, me llamo Xulia —repuso ella.

—Guapa, no te me escaparás. Toma, aquí tienes mi email y mi móvil —dijo a Xulia, añadiendo después—: Javier espero que nos sigamos viendo, nosotros venimos casi todos los días a tomarnos un vinito y unos pinchos. Bueno yo a veces no puedo, ya sabéis... las guardias, pero ellos suelen estar.

—No sabes cuánto os agradezco vuestra hospitalidad, todavía no conozco a nadie,

—A alguien sí..., se ha echado una medio novia lo que pasa es que hoy está de viaje, se llama Sara —apostilló su hermana.

Se acercó a ellos otra chica de la pandilla y les preguntó:

—¿No estaréis hablando de nuestra Sara?

—Pues no sé, la Sara que yo conozco se apellida Ayón.

—Qué casualidad, Fernando escucha, dice que sale con Sara.

—En realidad estamos empezando a conocernos.

—Pues has tenido suerte, Sara es «oro de ley». Yo soy Silvia y este es Fernando, mi novio.

Javier les explicó como la había conocido

—Cuando conocí a Sara estábamos en aquel bar de allí. —Señaló con el dedo hacia el bar de enfrente—. Dijo que estaba esperando a una amiga, pero al final no apareció.

—Claro, era yo, me cansé de llamarla y de dejarle mensajes diciéndole que

me iba con Fernando a Asturias, pero como siempre anda perdiendo el móvil, es imposible comunicarse con ella —aclaró Silvia.

—Eso es lo que me ha pasado a mí, desde ayer no he podido contactar con ella. Se ha ido a no sé dónde y ni coge el móvil, ni nada. Solo me ha dejado un mensaje diciendo que llegaría esta noche.

—Sí, de vez en cuando desaparece un fin de semana y está «fuera de servicio». La que sabe más de su vida es Ana, que vive con ella, pero, claro, estará en León.

—Sí, eso me ha dicho Sara.

—Bueno pues nada, eres uno más entre nosotros. No te cortes y cuando nos veas acércate y únete, lo pasaremos bien.

Javier agradeció a todos la hospitalidad que le ofrecían. Le cayó bien aquel grupo y con lo que le gustaba a él la juerga, la cosa prometía. Observó a su hermana embobada con el tal Nacho, parecía bastante mayor que ella y, por supuesto, lo era. Su hermana iba a cumplir veinte años en primavera y ese tío ya había terminado la carrera, andaría por los treinta, por lo menos. Bueno, no tendría que preocuparse por eso, ella se iba mañana.

Se acercó hacia ellos

—Xulia, yo tendría que irme, por si viene Sara...—dijo Javier a su hermana.

—¡Jo! Aún es pronto. —Y mirando para Nacho preguntó—: ¿Vosotros os vais?

—No, aún son las once. ¡Quédate un ratito! No te preocupes Javier, vete tranquilo, yo la acompañaré, puedes fiarte, no permitiré que le pase nada. Toma. —Le dio una tarjeta con sus datos. Era pediatra, parecía de fiar. No le gustaba dejar a su hermana con desconocidos.

Ella se acercó a su hermano, le dio un beso y le dijo al oído:

— ¡Graciaaas!

A él le dio la risa y asintió con la cabeza

—Vale, vale, pórtate bien, y tú, ¡cuídamela! — Y con una amplia sonrisa y enseñándole la tarjeta que él mismo le había dado dijo—: Sé quién eres.

Se despidió del grupo y se fue pensando en que quizás Sara ya habría llegado.

A las dos de la mañana todavía no había noticias de ella y, por cierto, de su hermana tampoco. Estaba empezando a preocuparse, solo faltaba que le pasara algo, no se lo perdonaría nunca, ni su madre. Se levantó del sofá y se preparó un café con leche, estaba aún en la cocina cuando oyó abrir la puerta, era Xulia y no venía sola.

—¿Pero estás levantado? Vete a la cama, mañana tienes que madrugar.

—Estaba esperándote.

—Te dije que te la cuidaría y te la traería enterita —comentó Nacho.

—Ya, bueno, yo os dejo. Haré caso a Xulia e intentaré dormir, tomaos un café o lo que queráis. Por cierto, nena, mañana tendrás que llamar a un taxi, no podré acompañarte a la estación, salgo de trabajar a las dos.

—No te preocupes, yo la llevo, mañana tengo libre.

—Te lo agradezco Nacho, ya nos veremos por ahí, y ya sabes dónde vivo para lo que quieras —dijo a su nuevo amigo —, y tú, Xuliña, pórtate bien y vuelve pronto— se despidió de su hermana— ya no te veré.

Ella lo besó en las mejillas con besos sonoros

—Te quiero hermanito, ¡cuídate mucho! —Y mirando a Nacho—: Si no lo ves, acércate por aquí, no vaya a ser que haya sucumbido a la morriña.

Javier, antes de acostarse, miró en el ordenador por enésima vez y ahora sí, ¡Por fin, noticias de Sara!

*De:* Sara Ayón

*Para:* Javier Pazo

*Fecha:* 6 enero , 2:45

*Asunto:* ¿Qué tal se han portado los reyes?

Ya he llegado, pero es demasiado tarde para ir a verte, mañana es tu primer día de trabajo y debes madrugar. Iré como siempre a estudiar a la biblioteca de 9 a 12. Si tienes algún momento y te apetece, tomamos un café y charlamos.

Te quiero (no lo olvides) Sara.

Tenía que comprarse un coche, si ahora dispusiera de uno, se iría a casa de Sara inmediatamente.

## Capítulo 12

Sonó la alarma del móvil a las siete de la mañana, pero Javier llevaba ya despierto un buen rato. Se dio una ducha y se recortó un poco la barba. Le gustaba llevarla como de dos o tres días, un poco al descuido, igual que el pelo: largo, aunque no demasiado, vamos lo que su hermana había dado en llamar «un cuidado-descuidado peinado». Las marcadas ojeras con las que se levantó daban una extraña profundidad a aquellos ojos verdes que tantos estragos causaban entre las féminas. Se vistió de manera informal, iba a trabajar no a una fiesta: la americana con un jersey de cuello en pico y los vaqueros. Cogió el chaquetón de piel, la bufanda y los guantes, en esa ciudad hacía muchísimo frío.

Bebió un yogurt y tomó un café con leche con una madalena. Antes de marchar, entró en la habitación de Xulia sin hacer ruido para darle un beso de despedida.

No podía creer lo que estaba viendo: Nacho abrazado a su hermana, los dos desnudos y a medio tapar en una cama de noventa. Ahí no se podía dormir, claro que tenían pinta de haberse dedicado a otra cosa. Pero ¿en qué estaba pensando esta niña? Y «al Nacho» ya le valía, a su edad y asaltando cunas, tendría que hablar con él. Salió cerrando la puerta sin hacer ruido para no despertarlos.

Al llegar a la biblioteca lo estaba esperando el director. Se interesó por su estancia en la ciudad preguntándole si ya tenía alojamiento y ofreciéndose para echarle una mano en lo que necesitase. Le mostró el que sería su despacho y en qué consistía el trabajo. Le recordó que el horario era de ocho a dos y de cuatro a seis, pero por la tarde no tendría que atender al personal, sino que se dedicaría de lleno a las labores de archivo y conservación, de manera que esas dos horas eran más flexibles y podía hacerlas como mejor le conviniese, incluso hacer más horas lunes y martes y dejar libre el viernes por la tarde, en eso tenía plena libertad. Por supuesto, tenía veinte minutos a

media mañana para tomarse un café, fumarse un cigarrillo o, simplemente, descansar.

Su despacho tenía un gran ventanal que le proporcionaba luz natural todo el día, y la pared en la que estaba la puerta era una estructura acristalada que le permitía ver gran parte de la zona de estudio. Ese debía ser el objetivo: poder visualizar a los alumnos que venían a estudiar y controlar un poco el orden si fuera necesario.

Estuvo bastante ocupado y se le pasó el tiempo casi sin darse cuenta. Cuando miró el reloj, eran las once menos cinco. Recordó que Sara ya tendría que estar allí. Echó una ojeada desde su atalaya y no tardó en localizarla.

Solo verla era suficiente para excitarlo. Se preguntaba si ella lo habría visto a él. Tenían que hablar, necesitaba verla, tocarla...¡Qué guapa era! ¿Cómo lograrían solucionar sus problemas? Bueno, ya se vería.

Le envió un mensaje.

*De:* Brad Pitt

*Para:* Meg Ryan

*Fecha:* 7 enero , 11:04

*Asunto:* ¡Estás muy guapa!

He estado liado toda la mañana y no te vi llegar. Sin embargo, ahora que te he visto, no sé si podré quitarte los ojos de encima. Tengo veinte minutos para tomar un café, vente a la cafetería que hay enfrente, abrígate o te congelarás.

Javier.

Ella no tardó ni tres segundos en contestar, pero primero miró para el despacho de Javier con una sonrisa, que, por un momento, le hizo olvidar los problemas a los que tenían que enfrentarse.

*De:* Meg Ryan

*Para:* Brad Pitt

*Fecha:* 7 enero , 11:08

*Asunto:* ¡Y tú estás impresionante!

Esto no solo lo digo yo, llevo oyéndolo desde que llegué. Las chicas que están en mi mesa no han hecho más que levantarse y pasear por delante de tu pecera, pero, claro, ni te has dado cuenta. Una de ellas ha dicho que te pareces a Brad Pitt, ¿a que no lo sabías? Hay otra que dice que no piensa dejarte escapar. Ya ves qué mañanaita llevo.

Voy a hacerte caso y me abrigaré, me gustaría pasar por delante de tu despacho y que salieras conmigo al lado para hacerlas callar, pero como no sé en qué términos estamos tu y yo en este momento, me iré sola y te veré allí.

Voy a firmar sin un beso y sin un te quiero, solo mi nombre, como has hecho tú.

Sara.

Leyó el mensaje y cerró el ordenador con una mueca de desagrado, qué tonterías le estaba contando. No le permitiría ponerse celosa; vamos, sería el colmo.

Se encontraron en la barra de la cafetería, se miraron y Javier, a pesar de su enfado, no pudo resistirse a abrazarla y comerle la boca como un poseso. Sin dejar de besarla comenzó a decirle:

—¿Por qué me has hecho esto? Sabes lo que siento por ti, no te he ocultado nada ¿Por qué me has mentido?

Ella se deshizo de su abrazo y le miró con los ojos a punto de llorar.

—No quiero que llores, Sara, ahora no. Tenemos que hablar, pero quizá sería mejor esta tarde, yo trabajo de cuatro a seis. Podemos quedar después si tú quieres, claro. Y me cuentas esos secretos inconfesables que dices tener, pero que salen por la tele.

—No me gusta el tono que estás utilizando, sé que estás enfadado, pero no podré soportar tu sarcasmo. Aunque no lo creas, te quiero.

—Ya, yo también, ya lo sabes. Pero, por lo visto, eso debe ser agua mojada.

—Ves, sigues con el sarcasmo.

—Mira Sara, me está costando horrores, no montar aquí mismo «un numerito del quince», quizás el sarcasmo sea la única arma de la que dispongo en este momento.

—No sabía que necesitaras armas para tratar conmigo.

—No te equivoques, las armas que necesito no son para tratar contigo, sino para conmigo mismo, para mantener la calma necesaria y no perderme.

—Me estás dando miedo.

—Pues no lo tengas, porque mi ira, va dirigida hacia mí mismo.

—Javier, tendrás que tranquilizarte y escucharme con calma, es la única manera en la que nos entenderemos.

—No será fácil, pero me gustan los retos. Creo que nadie podrá decir que no estoy teniendo calma. Estamos manteniendo una conversación serena. Tensa, eso sí, pero serena.

—Cierto, y así me gustaría que me escucharas esta tarde, pero si además consigues evitar el sarcasmo, entonces ya sería lo más.

—Bien, trataré de hacer lo que me pides, iré a nuestra cita con la mejor disposición posible y quiero que sepas, además, que te quiero muchísimo, más de lo que me gustaría en estos momentos.

—A mí, sin embargo, me gusta quererte tanto, a pesar de que ahora mismo te siento muy lejos.

—No tanto como estuviste tu ayer..., pero vamos a dejarlo así, de momento.

—Si quieres podemos ir a comer a algún sitio y vamos hablando... No sé si tenías otros planes.

—De momento todos los planes que tenía en Logroño eran contigo. Claro, que después de este fin de semana quizás tenga que cambiarlos. Así que sí, podemos comer. Tengo una sopa muy buena que dejó preparada Xulia y compraré una pizza o lo que tú prefieras.

—¿Será buena idea comer en tu casa?

—Tienes miedo de que pierda los papeles y...

—No sigas por ahí, sé que jamás me harías daño, al menos ese daño — repuso Sara—. Vale, de acuerdo ¿Te espero a la salida?

—Puedes pasarte por «mi pecera» y salimos juntos, así ponemos fin a las expectativas de las féminas de las que me has hablado.

—Con otro tono me haría gracia tu comentario, pero así, no. Y a lo único que quiero poner fin, es a tu mal talante y a lo que nos está alejando.

Ella terminó el café, recogió su bolso e hizo ademán de irse.

—¡Qué bien hueles! ¡Cómo te he echado de menos! Espérame en la puerta y no desaparezcas! —La retuvo agarrándola por la muñeca, tiró de ella y la atrapó entre la barra y su cuerpo, acercó la boca a su oreja y olió su cabello inspirando muy profundamente...

Ese gesto de él, oliéndola y susurrando aquellas palabras en su oído, la excitó muchísimo. Consiguió soltarse y marcharse con la mirada puesta en el suelo. Él se terminó su café, pagó y salió rápido para alcanzarla, pero ya no estaba.

El resto de la mañana estuvo inquieto, no dejaba de mirar a hurtadillas hacia la mesa de Sara, pero siempre se encontraba con los ojos de las otras dos chicas que, era cierto, no hacían más que insinuarse. Sara, sin embargo, no le dirigió ni una sola mirada.

Eran ya las dos y empezó a recoger sus cosas, se puso el chaquetón y la bufanda mirando hacia dónde estaba ella, que ya se encaminaba hacia la salida mientras que las compañeras de mesa se hacían las remolonas observándolo a él, esperando quizás para hacerse las encontradizas. Salió y apuró el paso para alcanzar a Sara, la pilló ya casi en la calle, le cogió de la

mano y le plantó un morreo que hizo que ella tuviese que agarrarse a sus brazos para no caerse. Las otras dos salieron detrás de él, pero cuando lo encontraron estaba besando a Sara. Los miraron desilusionadas, aunque reaccionaron rápido y siguieron su camino, no sin antes volver la vista atrás para echarles una última visual.

—Bueno creo que esas dos no te molestarán más con sus comentarios.

—¡Oye!, a mí no me han molestado! Además, ahora es posible que sea peor: me mirarán con odio.

Iban caminando hacia la pizzería cuando sonó el móvil de Javier, era Xulia.

—Hombre contigo quería yo hablar ¿Pero tú en qué estabas pensando? ¿Conoces ayer a ese tipo y lo metes en tu cama esa misma noche? —espetó a su hermana.

—¿Algo así como lo que tú hiciste con Sara, quieres decir? —le respondió ella.

—Pues no, no es lo mismo —reconvino Javier.

—No termino de ver la diferencia, o es tal vez porque tú eres un tío...— repuso Xulia.

—No, porque sea un tío, no, sino porque soy mayor... tú eres demasiado joven —le riñó.

—Pronto haré veinte y, además, ¿eso qué importa? —protestó su hermana.

—Pero si no sabes nada de él y tú estarás a más de seiscientos kilómetros ¿Qué crees que hará él, guardarte ausencias? —replicó Javier.

—Pues mira, de él ya sé más de lo que tú sabes de Sara, y lo que vaya a ocurrir en el futuro, ya se verá. Por lo de pronto, vendrá a Ourense en Carnaval —contestó Xulia con sarcasmo.

—¡No me jo...! ¿Qué va a ir en Carnaval a verte? ¡Eso habrá que verlo! —. Javier se estaba cabreando.

—No te enfades, hermanito, y resuelve lo tuyo —le aconsejó.

—Vale, no me enfado, y tú, ¡cuídate! aunque vaya uno guapísimo en el tren, ¡por favor! —dijo Javier en tono conciliador.

—Y tú habla con Sara.

—Estoy con ella, vamos a comer a casa y a charlar.

—Salúdala de mi parte, dile que gracias por el regalo, dale el que yo le he dejado a ella.

—Sí, vale se lo digo. Chao y llámame cuando llegues.

Colgó y mirando a Sara, demasiado serio para el gusto de la chica, le



explicó:

—Dice mi hermana que muchas gracias por el regalo. Ella ha dejado uno para ti, siente no haberse despedido, pero tiene pensado volver pronto.

—Por lo que he oído, se ha enrollado con alguien.

—¡Está loca! Verás, al salir del concierto de Los Secretos, nos fuimos hacia El Laurel a picar algo y conocimos a una pandilla muy agradable, y ahora vas a flipar porque, casualidades de la vida, te conocían. Una era Silvia

—¡No me digas! ¿Y Fernando?

—También, ya me explicó que era con ella con quien habías quedado el día que te conocí. Había otras dos chicas más y un chico

—Sería Nacho, quizá no, a veces tiene guardia.

—Pues ese mismo, que no tenía guardia y que le gustan las enanas como Xulia. No te lo vas a creer, yo me fui para casa, pero ella quiso quedarse un poco más y él se ofreció para «cuidarla y llevarla a casa». Claro que la llevó. Se quedó allí a dormir con ella para velarle el sueño, supongo..

—Javier, para. Primero: Xulia por lo que yo sé, va a cumplir veinte, por lo tanto, es mayor de edad y puede hacer lo que quiera. Segundo: no hizo nada que no hicieras tú mismo, no hace más de quince días. Tercero: Nacho es un tipo genial, divertido, inteligente y muy sano, quizás un poco mayor para ella, pero seguro que él mismo valoró eso antes de involucrarse de esa manera. Si lo hizo, te aseguro, por lo que lo conozco, que fue porque surgió algo muy especial entre ellos. Desde que conozco a Nacho, hará un año en primavera más o menos, desde que se vino aquí a trabajar, le he visto tontear con alguna chica un par de veces, pero esto que ha pasado con Xulia, jamás.

—Vale, entiendo todo esto, pero es que Xulia es mi hermana, es demasiado joven y todavía no he aprendido a mirarla desde otra perspectiva.

Recogieron la pizza y se fueron a la buhardilla a comer. Cuando llegaron, Javier entró en la cocina y le dijo que en la habitación Xulia le había dejado algo.

Sara entró en la habitación y le sorprendió el orden, estaba todo recogido y limpio. Había una bolsa encima de la cama con una nota, la leyó:

Gracias por los pendientes, me encantaron. A Javier también le gustó tu regalo, aunque está tan enfadado que no te lo diré. Tienes que entender que lo pasó muy mal y más desde que te vimos en televisión junto a aquel tipo. Yo creo que tendrás una explicación para todo, me has caído muy bien y sentiría que vuestra historia no saliese adelante.

Si hubieses estado, me habrías visto liarme con Nacho. Cuando se entere mi hermano, querrá matarme, pero, por favor, háblale de él, tú lo conoces, me lo dijo, y yo jamás había hecho tal cosa. Jamás me había acostado con un tío nada más conocerlo. Bueno, en realidad nunca me había acostado con nadie. ¡Ay, Sara! Te necesito como «hermana mayor», necesito hablar con alguien que no sea Nacho de lo que me ha pasado y, por supuesto, Javier no me sirve.

¿Podría contactar contigo por teléfono o por email? Te apunto los míos, ¡dime algo, porfa!

Sé que te gustó el vestido lila con las medias a conjunto, quiero que te lo quedes, es mi regalo de Reyes, además, te queda mejor que a mí.

Un *biquiño*.

Sara cogió la bolsa con el vestido y las medias y guardó la nota. Fue al baño y encima de la lavadora había otra nota:

Javier: he dejado puesta la lavadora con las sábanas y alguna ropa más, tiéndela o se te pudrirá.

¡Te quiero, guaperas!

—Ya podemos comer —dijo Javier.

—Voy. Toma, lee esto, es una nota que te ha dejado tu hermana encima de la lavadora. —Le entregó el papel—. ¡Es genial!

—Genial, eh, ya...

—No te quejes, te ha dejado todo recogido, la ropa lavada y, mira, me ha regalado su vestido, el que me puse el otro día. —Extendió el vestido en el aire.

—Me alegro, porque estabas guapísima con él.

—Yo también tengo un regalo para ti —Javier se sacó del bolsillo una cajita y se la dio—. Espero que te guste, si no te sirve la puedes cambiar.

Sara abrió el paquete y se quedó sin palabras, le había comprado un anillo, parecía de plata, con un cristal tan brillante que impresionaba.

—Javier, es oro blanco con un brillante ¡Madre mía! ¡Es precioso! Y carísimo —añadió—, no puedes regalarme esto.

—Puedo regalarte lo que quiera, pero si no lo quieres, lo devolveré.

—No es eso, pero..., tenemos que hablar...

Se sentaron a la mesa y empezaron a comer. De pronto, el silencio se hizo muy denso y ninguno de los dos se atrevía a romperlo; al final, lo hizo Javier.

Sara dejó el anillo en la caja encima de la mesa y se sentó, había llegado la hora de hablar.

—Voy a empezar yo para romper el hielo —dijo Javier—. Quiero que quede claro que yo fui sincero contigo al cien por cien desde el principio. Has sabido de la existencia de mi novia desde la primera vez que nos acostamos y sabes también cuales son mis intenciones para con ella, porque te lo he

explicado antes de que desaparecieras. Así que, eres tú la que tienes cosas que explicar. Y te diré que lo peor de todo fue tu mentira. Creo recordar que, en alguno de los mensajes, me decías que no querías que lo nuestro estuviese enturbiado por una mentira. No sé cómo lo ves tú, pero esto es una gran mentira por tu parte.

—También te dije que no lo sabías todo de mí y que, quizás, cuando lo supieras no querrías nada más conmigo. Sabes que no tengo relación con mi familia, bueno, con mi padre y que, económicamente, nadie me ayuda. Ya te he contado que he subsistido con las becas, sirviendo copas en bares y pubs, esto sobre todo en verano, y con algún trabajo esporádico como el de esta Navidad en la juguetería. Pero el curso pasado la cosa empezó a complicarse porque recortaron el importe de las becas y yo no puedo trabajar muchas horas, necesito el tiempo para estudiar, también me gustaría matricularme en un máster que cuesta un pastón y...

—A ver si nos vamos acercando al tema que nos interesa. —Javier estaba impaciente.

—No te pongas en ese plan porque me largo.

—¡Oh, perdona! Sigue, sigue, quizá al final esté la explicación.

—Vale, ya veo, tu no quieres explicaciones. —repuso Sara enfadada.

—¿Te parece que no quiero explicaciones? Pues ¿qué quiero?, ¿puedes decírmelo tú? —dijo él gritando.

—Por favor, no me grites —Sara estaba al borde las lágrimas.

Javier hizo un gesto de fastidio, no quería verla llorar, se daba cuenta de que la estaba atacando, pero necesitaba desahogar el malestar y la frustración que acumulaba desde el sábado.

—No quiero gritarte, no es mi forma, pero estoy empezando a cansarme de tanto rodeo —dijo más calmado.

—No es ningún rodeo, es aclarar todo desde el principio, porque las cosas ocurren por algo, si no hubiera un motivo, ¿cómo se entenderían las acciones de las personas?

—Créeme Sara, casi nunca somos capaces de entender por qué hacemos o dejamos de hacer muchas cosas. Así que, ¡venga!, ve al grano que se nos hace tarde.

—Tienes razón, se nos hace tarde, quizás debiéramos dejarlo para después.

—¿Otro aplazamiento, quieres decir?

—No puedo soportar que me trates así y que me hables en ese tono.

—¿Que te trate cómo? ¿Que te hable en qué tono?

—Pues que me trates con esa indiferencia y sigas con ese tono tan cáustico.

Ahora ya no pudo aguantar las lágrimas y con ellas en los ojos siguió hablando:

—No sabes cuánto me duele ver odio en tus ojos y hasta en tus gestos. No puedo creer que, como me has dicho, lo hayas dejado todo por mí y ahora me trates con esa indiferencia.

—¿Cómo, según tú, tendría que tratarte? Después de largarte un fin de semana sin decirme nada, simplemente desaparecer para irte a pasarlo con otro tipo, porque fue eso ¿O no?

—Pues sí, y... no

—Vamos Sara, no soy tan sofisticado ni tan rico como el tipo ese con el que salías en las imágenes de televisión, pero, desde luego, no soy ningún imbécil, así que no insultes mi inteligencia. Y no trates de adornarlo, se clara.

—¿Sabes qué? No tengo nada que adornar y no voy a arrepentirme de nada, y, sobre todo, no tengo por qué aguantar tus sarcasmos ni mucho menos tus humillaciones, de eso ya tuve bastante y llené el bote. Tampoco quiero que me insultes y ya lo has hecho, así que me voy. No me busques ni me llares, no quiero saber nada de ti.

»Si nos encontramos por casualidad, ya que la ciudad es pequeña, “hola y adiós”. Ninguna palabra más, olvida lo que ha ocurrido entre nosotros, no te costará mucho, puesto que te resulta tan fácil tratarme con ese desprecio. — Sara cogió el bolso y el abrigo y, sin esperar ninguna respuesta, se largó de allí como si la persiguiera un lobo.

Javier no supo qué decir, se estaba largando y, de nuevo, sin darle ninguna explicación, Pero esta niñata de los c... ¿qué se creía? ¿Cómo quería que le hablase? Él no se estaba inventando nada, ella había salido en televisión abrazada a aquel tipo. ¿francés, era? Sí, creía haber oído que se trataba de empresarios vasco-franceses; bueno igual era vasco, y eso ¡qué coño importaba! El asunto es que ella se había ido a pasar el fin de semana con aquel tipo. Era una auténtica mentirosa. Y él, idiota, la había creído, incluso, cuando le dijo que solo se había acostado con aquel novio que conoció en la Facultad.

—¡Ja! —dijo en alto sin darse cuenta de que estaba hablando solo.

Lo peor es que tendría que seguir viéndola todos los días y, aunque no lo reconociera, le dolía y mucho.

Miró encima de la mesa, había dejado el anillo, sin embargo, el regalo de Xulia sí lo había aceptado. Pues muy bien, devolvería el anillo, pensó.

El resto de la semana Sara no fue a la biblioteca ni la encontró en ninguno de los lugares a los que solía ir. Por una parte, mejor, verla y no poder estar con ella sería una auténtica tortura, pero por otra, no verla le hacía sentir mejor. Menos mal que el trabajo le mantenía ocupado la mayor parte del día, incluso, por las tardes se quedaba hasta las ocho, así que el viernes por la tarde no tendría que trabajar y podría coger un autobús para ir a Madrid. Llamaría a Andrea, a ver qué horario tenía ella.

El jueves, al salir de trabajar, decidió tomar un vino. Seguro que encontraría a la pandilla de Nacho, y quizás estuviera Sara. No sabía si la inquietud que le invadió era por las ganas de verla o por el miedo a encontrársela y no poder controlarse, o por las dos cosas a la vez.

Cuando entró la calle del Laurel, enseguida los vio. Estaban Silvia y Luis, otra pareja más, que no estaba la otra noche, y Nacho que hablaba con una chica que también era nueva para él. Sara no, mejor.

—Hola Javier, iba a pasar hoy por tu casa —le saludó Nacho—. Me ha dicho Xulia que no has vuelto a llamar desde el lunes y, como tampoco venías por aquí, está preocupada por si, como dice ella, «sucumbes a la morriña». Le diré que estás genial, aunque es mejor que se lo digas tú mismo. —Le enseñó su teléfono que estaba empezando a sonar —: Es Sara.

—¡Hola, pequeñaja! Estoy con tu hermano —dijo nada más descolgar el teléfono.

—¿Está con Sara? —preguntó Xulia.

—No, está solo.

—Pásamelo, quiero hablar con él —pidió a Nacho.

—Espera, antes habla conmigo, cielo. Tengo muchas ganas de verte y charlar sobre lo que ocurrió entre nosotros, ya te he dicho que fue todo un poco precipitado. Culpa mía, pero no te preocupes, pienso arreglarlo.

—No me preocupo. Al fin, para ti, no habrá sido más que cosa de una noche.

—¿Qué dices? ¿Por qué piensas eso? —Nacho no salía de su asombro—. Ya sabía yo que lo había hecho todo mal. Xulia, escucha, me gustas muchísimo, tanto que el otro día no lo pude controlar y fui demasiado rápido

para ti. Si pudiera, iría este fin de semana, pero tengo guardia. He estado mirando el calendario, hablaré con los compañeros, trabajaré todos los fines de semana de enero y, con unos días que me deben, quizás pueda arreglarlo para ir el cuatro de febrero, que es lunes, y quedarme hasta el domingo diecisiete. Podríamos hablar, conocernos y...

—¿Hacerlo otra vez...? —añadió Xulia con picardía.

—¿No me digas? ¿También eso? No lo había pensado. — A Nacho se le iluminó la cara con una sonrisa —. Menos mal que no te oye tu hermano. Te llamaré, no me llames tú que se te acabará el saldo. ¡Un besazo, pequeña!

Le pasó el teléfono a Javier y este salió del bar, no quería que le escuchasen hablar de Sara. Cuando volvió a entrar ya había colgado y le devolvió el móvil a Nacho que se le acercó para hacer un aparte. Quería hablar, pues hablarían.

—Primero —comenzó Nacho—, quiero aclararte que no me he aprovechado de Xulia, si es eso lo que has pensado. Ya sé que no parece muy maduro lo de acostarse con una tía nada más conocerla, cosa que no he hecho jamás hasta el otro día, y te juro que todos los días me pregunto cómo pude hacer tal cosa. Claro, que también me paso los días y las noches pensando en ella, hasta he buscado la forma de poder cogermela para ir a Ourense. Es una locura, pero...

—Tengo que confesarte que, cuando os vi por la mañana en la cama, me dieron ganas de sacarte de allí a patadas —le dijo Javier.

—¿Nos viste? ¡Dios...! —contestó avergonzado.

—Sí, entré a despedirme de Xulia, y ahí estabais, en una cama de noventa en la que dormir dos es casi imposible. ¡Por favor, Nacho! Que tú debes andar ya por los treinta...

—Aún no los he cumplido, pero sí, estoy en ello; claro, que la edad no es garantía de nada y menos de no hacer grandísimas tonterías por «amor» —dijo esta última palabra con precaución—. He dicho la palabrita, lleva rondando en mi cabeza desde el lunes cuando la despedí en la estación, pero no la había dicho en alto hasta ahora. Creo que en esta palabra está la clave. Pero, dime, ¿qué tal estás tú?

—En el trabajo, muy bien. Me gusta, es justo lo que me imaginaba, mi director es una persona estupenda y el resto de los compañeros también. Hay muy buen ambiente de trabajo —respondió Javier.

—Me alegro, y con Sara ¿Cómo fue? Perdona que me meta, pero conozco a

Sara y tu hermana me contó lo vuestro, incluido el problema, ya sabes que callar no es lo suyo...

—Desde luego, parece que esto va a ser un secreto a voces —se molestó.

—No te enfades, solo lo sé yo y no tengo pensado contarlo. Me interesaba por ti porque Xulia está preocupadísima —le dijo Nacho.

—Ya me imagino, perdona, no suelo ser tan borde.

—Eso también me lo ha dicho tu hermana.

—Pues, siendo sincero, lo de Sara fatal: hemos roto; y si quieres que te diga la verdad, estoy destrozado. No la he vuelto a ver desde el lunes, que fue cuando hablamos. No ha vuelto por la biblioteca, antes estudiaba allí todas las mañanas. En fin, un desastre — se lamentó Javier—. Espero que tú lo hagas mejor con mi hermana, no me gustaría verla como estoy yo ahora, y a ti te aseguro que tampoco te gustaría sentirte así. ¡Esto es una auténtica mierda!

—Veo que es peor de lo que parece, y ¿sabes qué?, los médicos no tenemos ningún jarabe para estos casos.

—Ya, y lo peor es que mañana, al salir de trabajar, me voy a Madrid. Tengo que resolver un asunto allí y me gustaría saber que ella está bien.

—Si ya sé que vas a hablar con Andrea.

—¿También te ha contado eso? Desde luego esta niña tiene incontinencia verbal.

—Sí, habla por los codos, pero me encanta; en eso se parece mucho a Sara, también charla por los codos. ¿Sabes que cuando la conocí, estuve a punto de salir con ella?

—No me cuentes eso ahora que ya es lo que me faltaba por oír.

—Pero tiene mucho que ver, verás; ellas dos son muy parecidas. A mí me atraen ese tipo de personas, igual que a ti. Sin embargo, hay algo en cada uno de nosotros que solo explota con una determinada persona. A ti te pasó con Sara, a mí con Xulia. Creo que es algo fantástico que no pienso desperdiciar, haré lo que sea por seguir a su lado. Y si tu sientes lo mismo, haz lo que tengas que hacer y no la dejes escapar —le aconsejó Nacho.

—Ya la he dejado escapar y no creo que tenga solución. No la he dejado explicarse, me he comportado como un auténtico gilipollas, pero no puedo dejar de pensar en ella. Estoy muy preocupado porque no he vuelto a verla y ahora tú me dices que tampoco vosotros sabéis nada de ella. No sé qué hacer ni qué pensar —dijo Javier muy disgustado.

—¿Por qué no la llamas?

—No me coge el teléfono, igual si llamas tú... Pero no le digas que me has visto, ni que hemos hablado —le rogó a Nacho.

—La llamaré, son las diez y media, es buena hora, pero me parece que va a ser inútil. —Marcó el número de Sara, pero ella no respondió.

Siguieron charlando y cenaron picando aquí y allá. Nacho le dijo que ese fin de semana y los restantes de enero trabajaría, había hecho malabares para poder juntar unos días de vacaciones e irse a Ourense. Javier le confesó que iba a Madrid para romper con Andrea y eso le producía un gran dolor. Sentía el daño que iba a hacerle, pero no podía engañarla. Andrea no merecía eso. Se despidieron hasta el lunes o el martes.

Al llegar a casa, pensó en ponerle un mensaje a Sara, pero no lo hizo. Se sentía culpable por cómo había echado a Sara de su vida. No quiso escucharla, estaba centrado en sí mismo, en su rabia, y no solo no le negó la posibilidad de explicarse, sino que la trató de la peor manera, le faltó decirle que era una... ¡Dios! Cada vez que lo pensaba, le daban ganas de abofetearse a sí mismo. Al mismo tiempo, seguía dolido, porque se sentía engañado y eso le cabreaba. Estaba aturdido por esos sentimientos tan contradictorios. Comía poco, dormía mal, no tenía ganas de salir, había dejado de reír y había empezado a beber por las noches. Tendría que poner remedio a esto porque ya se le estaba empezando a notar en el físico.



## Capítulo 13

*J*avier cogió el autobús a Madrid. Andrea lo recogería en la estación. ¡Qué difícil iba a ser esto! Bajó del bus cargando la mochila en un hombro y levantando la cabeza para tratar de localizarla. ¡Si, allí estaba!

La saludó con un «Hola, Andrea» y un beso en cada mejilla, como si fueran viejos amigos, hasta que ella se acercó a su boca.

—Mira, Andrea, he venido porque dejamos conversaciones a medias y una historia sin acabar. —Él no quería engañarla más y se retiró sin que ella llegará a besarle.

—Por lo que a mí respecta, la única historia sin acabar es la nuestra y no soy yo la que quiere acabarla —le contestó ella.

Se encaminaron hacia el metro para ir a casa a dejar las cosas de Javier y, luego, salir por ahí a cenar. Andrea mostraba su impaciencia por querer saber lo que pasaba.

—Creo que podemos tener esta conversación sentados en tu casa o en un restaurante. La boca del metro no es el sitio ideal.

—Vamos, alucinarás con la casa de Pablo —dijo ella para cambiar de tema—. Quería haber venido conmigo a buscarte en su coche, pero ha tenido que viajar a Barcelona por un problema en su empresa.

Salieron al exterior, a la altura de Princesa, y se dirigieron a la Torre de Madrid. Les abrió el portero, que ya la conocía. Además, Pablo le había facilitado una acreditación para entrar y salir sin problema.

—¿Puedes explicarme qué venimos a hacer aquí? —le preguntó Javier.

—Aquí es en dónde vivo, ya te dije que ibas a flipar. El piso es de Pablo, vive a un nivel que a nosotros se nos va de las manos, ni te lo imaginas —le explicó Andrea.

—¿Qué pasa, le ha tocado la lotería?

—No. Aunque sabíamos que estudiaba ingeniería informática, no imaginábamos que era un crack. En cuanto terminó la carrera, le reclutaron en una de las más importantes empresas del sector. Gana muchísima pasta —añadió Andrea—, bueno ya lo vas a ver.

Salieron del ascensor en la planta veinticuatro, Andrea abrió la puerta con una tarjeta. Era un piso de unos ciento cincuenta metros, todo exterior. Tenía tres habitaciones que daban a Princesa y un enorme salón con una terraza que asomaba a Gran Vía. Por supuesto, una grandiosa cocina, dos baños y el vestíbulo de entrada. Podía decirse que vivía a lo grande.

—No sabía que en este edificio había viviendas, pensé que estaba ocupado todo por oficinas —dijo Javier.

—Hay oficinas, pero desde el piso quince al treinta y cuatro está dedicado a viviendas de lujo, claro —le aclaró Andrea—. Tenemos gimnasio dentro del edificio, internet, intranet etc. Bueno, no sabría explicarte todo esto porque aún me estoy haciendo a la idea. Pero estoy encantada, porque vivir en el centro es una auténtica pasada, lo tienes todo a mano, incluso la clínica en la que trabajo, a la que voy caminando.

—Ya veo, Has tenido suerte.

—Sí, pero esta clase de suerte sin ti, no me va a hacer feliz —se quejó ella—. Ven, te enseñaré el piso. —Empezó mostrándole las habitaciones—. Ésta, según Pablo, es para invitados.

Se trataba de un cuarto amplio, con una cama doble y un gran armario empotrado, había también una mesa y una silla y, por supuesto, un gran ventanal como en el resto de habitaciones. Luego le enseñó la suya, era la habitación principal de la casa, la más grande y con baño incluido, pintada en lila y rosa. Estaba pensada para una mujer. Tenía una amplia mesa en la que había un iMac de veintisiete pulgadas.

—¿Y este maquinón? —le preguntó.

—Pues lo ha traído Pablo el otro día, dice que es para que lo use yo, ya le he dicho que con mi portátil tenía suficiente, pero...

—Ya...

Siguieron su excursión por el piso y llegaron a la habitación de Pablo, era también grande, pero no como la de Andrea. Era evidente que Pablo se había esmerado en alojarla con todo lujo de detalles. Javier se dio cuenta de esto enseguida pero no lo dijo.

Pasaron luego al salón, que como las habitaciones era muy amplio y

luminoso, tenía un gran balcón por el que se salía a una terraza que daba a Gran Vía. Por supuesto tanto la cocina como los baños eran de diseño; y los mármoles, las maderas y demás materiales de construcción, de primerísima calidad. El mobiliario, de un gusto exquisito. Estaba claro que el nivel de vida de Pablo estaba fuera de su alcance, aunque parecía que estaba dispuesto a compartirlo con Andrea.

—Y no has visto el coche... —exclamó Andrea.

—Si lo he visto, a Ourense va siempre en coche. Un Mercedes ¿No?

—Ya, pero tiene otro, un Lexus LFA blanco, precioso.

—¡No jodas! Es un superdeportivo, pero creo que en España aún no se comercializa, ¿o sí?

—Pues no sé, me contó que lo vio en el salón internacional del automóvil de Tokio, se enamoró de él y se lo compró. También tiene una moto, no se decirte de qué marca porque aún no la he visto, supongo que la usará en verano.

—Creo que vas a vivir muy bien aquí —dijo Javier.

—No estoy tan segura. No necesito todo esto para vivir.

Se sentaron en el salón mirándose uno al otro, Javier le cogió las manos y empezó a hablar:

—No sé por dónde empezar, ojalá las cosas hubieran ido de otra manera, pero...

—Suéltalo ya Javier, ya he esperado bastante.

—Verás Andrea, ¡Dios...! Es difícil decir esto. Creo que es mejor que lo dejemos.

—¿Que dejemos qué?

—Andrea no me lo pongas más difícil, ya sabes el qué.

—Tengo todo el derecho del mundo a ponértelo todo lo difícil que quiera.

—Ya, pero no lo hagas, por favor.

—¿Estás saliendo con otra?

—No exactamente, pero sí que hay otra persona por la que he perdido el norte por completo. Y aunque te quiero muchísimo, no es el tipo de amor que debería haber entre nosotros.

—Pero puede ser algo pasajero, las relaciones largas sufren desgaste y, quizás, ahora, al vivir separados, recuperemos el deseo.

—Andrea yo no quiero engañarte, ni quiero ser deshonesto pidiéndote que esperes a ver si vuelvo o no vuelvo. Me he involucrado con otra persona a un

nivel que, si las cosas entre tú y yo estuviesen bien, jamás habría ocurrido — le explicó Javier.

Ella bajó la cabeza con las lágrimas a punto de emerger, pero se las tragó. Sonrió y lo miró sin decir nada.

—¿Qué? ¿Dime qué piensas?

—No quiero pensar nada, porque ya he pensado en todas las posibilidades y he llegado a la conclusión de que cualquiera que fuese el motivo, nuestra relación debe quedar limpia porque sé que no me has engañado nunca, ni yo a ti tampoco. Tal vez nos ha pasado lo de la canción «se nos rompió el amor de tanto usarlo...». Así que, una de dos: o lo recomponemos o buscamos otra solución, pero desde luego me gustaría que siguiéramos siendo amigos — respondió Andrea apenada.

—Sabía que eras estupenda y siento dejar de tenerte a mi lado porque sé que lo que pierdo contigo va a ser irremplazable.

—No hablemos más de esto, salgamos a divertirnos como los grandes amigos que somos — cortó ella.

—Por supuesto, los mejores... — Javier le sonrió

—Pues, venga, vamos a vivir Madrid.

A Javier no podía haberle salido mejor. Andrea se había portado como una señora y le había facilitado todo el asunto de una manera increíble, a pesar del sufrimiento que reflejaban sus ojos y que ella trataba de ocultar.

El domingo, después de comer, le acompañó de nuevo a la estación de autobuses y le despidió con un beso en la boca.

—El último— le dijo con lágrimas en los ojos.

Javier la abrazó, la besó con cariño en el pelo y, antes de separarse de ella, trató de disculparse por enésima vez.

—Lo siento Andrea, perdóname si puedes.

—Ya lo he hecho, pero estoy muy triste y necesito llorar. Lo entiendes, ¿verdad?

Él asintió.

—¡Lo siento, Andrea! — volvió a repetirle ya subiéndose al bus,

El viaje de vuelta lo hizo con el corazón destrozado. Por un lado, la tristeza de romper con Andrea a la que había estado unido casi cinco años y, por otro,

lo de Sara, esto sí que lo rompía de todo. Se había comportado con ella como un cretino y ahora no sabía si podría reparar el daño. Debería hablar con ella calmado. Escucharla, perdonarla si fuera el caso, y perdonarse a sí mismo. Lo haría.

El lunes estuvo pendiente toda la mañana de la gente que entraba y salía de la biblioteca, pero Sara no apareció. El trabajo de arte, lo debía de haber entregado el viernes pasado. Recordaba haberle oído, que el último día de plazo era el once de enero, por lo tanto, no tenía motivo para ir a la «biblio» como decía ella.

Llamaría a Nacho, a ver si se había logrado hablar con ella, pero antes iría a su casa. Al salir de trabajar fue hacia la parada del bus, iría a verla, se haría perdonar. No podía seguir así.

Llamó al timbre y enseguida sintió como descolgaban el telefonillo

—Sí ¿Quién eres?

—Hola, ¿Eres Ana? Soy Javier, un amigo de Sara.

Se oyó el clic de la puerta y empujó para abrirla, cuando llegó arriba la puerta estaba abierta y desde dentro oyó decir:

—¡Pasa!

—Hola, ¿No está Sara? —preguntó.

—No, se ha ido, no sé qué le has hecho, pero cuando llegué el lunes por la noche me la encontré en la cama destrozada y llorando como jamás la había visto. Me explicó a duras penas lo ocurrido entre vosotros.

—He venido por eso, yo también estoy hecho polvo y creo....

—Me da igual como estés tú, la que me preocupa es ella porque no la había visto nunca así. Ni siquiera cuando tuvo un lío con el impresentable de... ya ni me acuerdo del nombre, y te aseguro que es una tía dura, porque por desgracia su vida no ha sido fácil. Así que ya me dirás qué coño le has hecho para que se haya largado.

—¿Cuándo se fue?

—El viernes, después de presentar el trabajo que terminó a duras penas y con mi ayuda.

—¿Adónde ha ido?

—Adónde tú jamás podrás encontrarla.

—Por favor Ana, seguro que he metido la pata, pero tienes que decirme en dónde está —rogó Javier.

—Óyeme bien guaperas, no tengo que decirte una mierda, si ella quiere hablar contigo seguro que sabe dónde encontrarte, así que, si no te llama, olvídate de que existe —le contestó Ana enfadada.

—Yo también podría ponerme borde Ana, pero no lo voy a hacer porque no te conozco y me gusta respetar a la gente, aunque si sigues hablándome en ese tono, perderé la educación. —Tenía la paciencia al límite.

—Puedes perder lo que te dé la gana, pero no en mi casa. Ya te estás largando y, como te he dicho, «ol-vi-da-la» —deletreó la chica, recalcándoselo bien.

Javier se fue de allí cabreadísimo, cogió el teléfono y llamó a Nacho.

—Hola, Nacho...

—Hola, Javier, he hablado con Sara.

—Y ¿qué te ha dicho?

—Se ha ido, dijo que necesitaba unos días para desconectar.

—Sé que se ha ido, pero ¿adónde?

—No quiso decírmelo, ni tampoco cuando va a volver.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Qué se va unos días?, ¿qué se va para siempre? ¿En dónde coño se ha metido?

—Me da la impresión de que está en Francia.

—¿En Francia? ¿Estás seguro?

—Sí, por el prefijo de la llamada.

—Ya, el prefijo, y ¿qué hace en Francia?

—No lo sé Javier, no quiso decirme apenas nada. Dijo algo de quedarse a trabajar, aunque esto creo que no lo decía en serio.

—No me lo puedo creer, ¿cómo se va a ir a trabajar? Tiene que terminar la carrera, le queda nada

—Es todo lo que sé Javier, lo siento.

—Tienes que intentar conseguirme su dirección, ¡por favor, Nacho!

—Lo intentaré, pero no va a ser fácil. Nos vemos después.

—De acuerdo, sobre las ocho, en los vinos.

No podía hacer nada, no sabía dónde estaba ni con quien, no le cogía el teléfono. «¡Por Dios, Sara! Tenemos que perdonarnos, esto no puede acabar

así», pensó.

Pasó la semana más difícil de su vida, del trabajo a casa y viceversa. Solo salió el lunes porque había quedado con Nacho. Hablaron bastante rato y bebieron, bueno, en realidad, fue él el que bebió, se pasó mucho, muchísimo, tanto que Nacho tuvo que llevarlo a casa.

El resto de la semana lo llamaba todos los días, se le veía preocupado, parecía un buen tipo este Nacho.

Así empezó la nueva semana, destrozado por dentro, sin noticias de Sara y sin poder hacer nada para solucionarlo. Siguió llamándola cada día al móvil y siempre oía lo mismo «Este teléfono está apagado o fuera de cobertura». «Putos teléfonos», pensó, «al final nunca servían para nada».

Decidió escribirle al correo, pero no uno solo, sino uno cada día. Le escribiría todos los días; tal vez no le contestaría, pero no le quedaría más remedio que leerlos.

*De:* Javier Pazo

*Para:* Sara Ayón

*Fecha:* 21, enero , 21:30

*Asunto:* ¿Qué tengo que hacer para que me escuches...? 1

Hola Sara: te has largado de la ciudad y no coges el móvil, estoy muy preocupado por ti. ¿Puedes por lo menos hacerme saber que estás bien? No sé cómo hemos llegado a esta situación. Todo esto es un poco culpa de los dos, pero sobre todo es culpa mía. Tendría que haber sabido escucharte y mi orgullo me lo impidió. Por favor, háblame, llámame, déjame verte. No permitas que este mal entendido nos separe antes de disfrutar de verdad el uno del otro como tú y yo sabemos

Te quiero. Javier.

*De:* Javier Pazo

*Para:* Sara Ayón

*Fecha:* 22 enero , 21:45

*Asunto:* ¿Que tengo que hacer para que te importe...? 2

Hola Sara: has decidido mantenerme al margen de tu vida, pero es una decisión unilateral, yo no puedo mantenerte al margen de la mía, por eso he decidido escribirte todos los días, aunque no me contestes. Incluso, aunque no leas lo que te escribo, sabrás que lo hago. Tengo la esperanza de que un día te canses, decidas leerlo, y que te apiades de mí y me hagas saber de ti. Fíjate que ya no te pido que me perdones, pero, por favor, déjame saber de ti, déjame hablarte.

Te quiero. Javier.

Así fue enviando un correo detrás de otro, un día tras otro. Cuánto hubiera dado por verla, aunque solo fuera para que le dijese que no quería saber más de él. Pero Sara se mantuvo firme en su ausencia, sin una llamada, sin un mensaje.

Javier también se mantuvo firme tratando de hacerse perdonar o, quizá, tratando de ablandar el corazón de ella para que se dignase a dar señales de vida.

Nacho le visitaba de vez en cuando animándole a salir, pero él se negaba, no tenía ganas de ver a nadie, ni de reír, ni siquiera de hablar. Hasta el director de la biblioteca le invitó una mañana a tomar un café, con el fin de preguntarle si estaba enfermo o si tenía algún problema. Le costó escaquearse del interrogatorio, pero al fin pudo convencerlo de que había tenido una gripe muy fuerte que lo había dejado hecho polvo.

La verdad es que tenía un aspecto enfermizo. Hacía menos de un mes desde el problema con Sara y había adelgazado cinco kilos, se estaba quedando en el chasis. No podía seguir así.

Nacho empezó a preocuparse de verdad y decidió ir a buscarlo para llevarlo con él a cenar y al gimnasio dos días a la semana. Al principio tuvo que obligarlo, pero luego se lo tomó como otra rutina más. Nacho le reñía.

— Pero tío con lo cachas que estabas, que se te quedaban las tías mirando embobadas y mírate, ¿cuánto has adelgazado? Tienes que recuperarte. No quiero pensar en lo que diría tu hermana si le diera por venir y te encontrara así. A ti no sé, pero a mí no me perdonaría que te hubiera dejado llegar a este estado. Así que ponte las pilas porque lo de lamerse las heridas ya se terminó.

—No me digas, y eso ¿quién lo dice?

—Lo digo yo, que posiblemente llegue a ser tu cuñado y, ya se sabe, no hay cosa peor que un cuñado pelma.

—Pues va a ser que sí, muy pelma.

Quedar con Nacho dos veces por semana consiguió que Javier empezara a animarse. El ejercicio le ayudó a centrarse y a comer de forma adecuada. Aunque por dentro seguía roto.

Nacho se fue de vacaciones el sábado dos de febrero, pero le hizo prometer que seguiría con la rutina del gimnasio y que saldría algún día a tomarse algo. Todos preguntaban por él a pesar de ser nuevo en el grupo.

Seguía mandando correos a Sara a diario.

*De:* Javier Pazo

*Para:* Sara Ayón

*Fecha:* 5 febrero , 22:35

*Asunto:* ¿Qué tengo que hacer para ser escuchado...?16



Hola Sara: Parece que voy recuperándome un poco, ahora reconozco que he estado enfermo, pero esta enfermedad no es física, para su curación no hay ningún tratamiento en la farmacia.

No te dije nada porque no era consciente de ello. He adelgazado mucho, creo que tus compañeras de mesa han perdido ya su interés en mí. No me extraña, me he mirado en el espejo obligado por Nacho y estoy hecho una birria. No tengo palabras de agradecimiento para él, se ha portado conmigo como si fuera un hermano. Me ha obligado a ir al gimnasio y se ha asegurado de que coma algo cada día. Se ha ido el sábado de vacaciones a Ourense, parece que se ha enamorado de mi hermana de verdad. ¡Ay, Sara!, No sabes lo que daría por verte. Solo espero que tú no lo estés pasando tan mal como yo, Preciosa, esto es un infierno.

Hoy he estado escuchando música, al fin he podido, y como si me estuviera esperando, en cuanto puse el iPod, empezó a sonar una canción de Elton John, *Sorry seems to be the hardest word*.

Qué tengo que hacer para que me ames...

...es una triste, triste, triste situación

y se ha hecho más y más absurdo

es triste, tan triste

¿Por qué no podemos hablarlo?

¡Oh! me parece que «lo siento» es la palabra más difícil.

¿Qué tengo que hacer para que me quieras?

¿Qué tengo que hacer para que me escuches?

¿Qué digo cuando todo ha terminado,

cuándo «perdón» parece ser la palabra más difícil?

es triste, tan triste...

¿Qué tengo que hacer para que me ames...?

Es la letra de mi vida. Es el mantra que repito cada segundo en mi interior.

¿Qué tengo que hacer, Sara? ¿Qué tengo que hacer?

¡Háblame, Sara! ¡Por favor!

Te quiero. Javier.

## Capítulo 14

Andrea se pasó el resto de la tarde en casa, recogiendo la habitación en la que había dormido Javier y poniendo lavadoras, luego se puso a cocinar, solía hacerlo cuando pasaba algo que la angustiaba. Cocinar la mantenía ocupada y alejaba sus pensamientos de la realidad en la que tendría que vivir a partir de ahora. Se sentía sola, triste y abandonada. Le daban ganas de dejarlo todo y volver a casa con sus padres, pero tendría que hacerse fuerte, no podía dejar el trabajo ahora que tanta gente mataría por tenerlo.

Guisó un osobuco que había comprado Pablo el viernes por la mañana, hizo también una menestra para acompañarlo y, de postre, unas rosquillas. Ocupó el tiempo en la cocina, era un auténtico lujazo cocinar allí. De todo aquello no probó bocado, se le había cerrado el estómago,

«Bueno», pensó, «la comida de mañana está hecha, y si Pablo llega muy tarde y con hambre, podrá cenar».

A las once de la noche se puso el pijama, uno de pingüinos que le había comprado su abuela y se metió en la cama. La tristeza la invadió igual que la noche y la soledad, de repente las lágrimas se abrieron paso y ya no pudo dejar de llorar. Estaba, literalmente, sumergida en la cama y en el llanto, tanto que no oyó que entraban en casa, ni se dio cuenta cuando se abrió la puerta de la habitación, hasta que notó como se metía alguien en su cama. No le dio tiempo a darse la vuelta, ni siquiera a gritar, porque enseguida sintió el abrazo y un susurro en su oído:

—Shhhh.... No llores más, Andrea, no podré dormir oyéndote llorar toda la noche.

Ella se dio la vuelta y se abrazó a Pablo, llorando contra su pecho le dijo:

—He cocinado toda la tarde, hasta he hecho rosquillas, pero cuando me he metido en la cama no he podido más, necesitaba llorar, siento haberte molestado.

—No me has molestado, acabo de llegar y, al pasar por delante de tu habitación, te he sentido.

—No deberías estar en mi cama, no soy la chica ideal para pasar una noche de placer y desenfreno, lo siento.

—Si quisiera eso, ten por seguro que lo tendría. Lo único que quiero es que hables conmigo, me cuentes lo que te pasa y me dejes estar a tu lado para consolarte.

—Pablo, no sé cómo voy a pagarte todo lo que estás haciendo por mí. Me dejas vivir en tu increíble casa, me facilitas la vida en una ciudad que no conozco y, por si no fuera bastante, me consuelas.

—Tú me dijiste si me interesaba compartir piso contigo, yo acepté encantado

—Pero yo no sabía que vivías así, ¿cómo crees que con mi sueldo podré pagar el tipo de gastos que debe ocasionar el vivir aquí?

—Lo que está claro, es que una cama no es el sitio ideal para tener una conversación sobre economía doméstica.

—Pablo, mira qué eres.

—¿Qué pasa? Mira que a gustito estamos, tú con tu pijama de... —la destapó para mirarla—, ¿de pingüinos? me gusta, y yo con pantalón vaquero y camiseta, creo que debería desnudarme.

—En serio, Pablo, no quiero ser un estorbo y tampoco me gusta la idea de vivir en tu casa por la cara.

—Bueno, bueno... me parece que sí, que vamos a tener esa conversación. Pues como tú, no has cenado ni yo tampoco, pero sí has cocinado un osobuco riquísimo, nos vamos a levantar y cenaremos. Déjate ese pijama que yo me pondré el mío de hormigas, abriré una botella de vino y disfrutaremos de esos manjares que has preparado. ¿Te parece?

—No tengo hambre, pero te acompañaré

—Tendrás que cenar, no me gusta comer solo y, además, necesitarás fuerza para discutir los acuerdos que tomemos. Lo único que no es discutible es la cena. No voy a permitir que enfermes mientras vives conmigo.

—¿Tenemos que discutir todo eso hoy?

—Desde luego, cuanto antes mejor.

Pablo se levantó y fue a su habitación, cuando volvió Andrea estaba en la cocina poniendo la mesa para los dos. Él se había puesto un pijama de algodón de pantalón corto, azul oscuro, que dejaba a la vista sus musculosas

piernas, (seguro que se machacaba en el gimnasio) la camiseta era blanca, también de manga corta y, efectivamente, con hormigas.

—No vamos a cenar en la cocina, cenaremos en el salón. —Pablo hizo como que no se daba cuenta de la mirada impúdica de Andrea y recogió la mesa que ella había puesto en la cocina.

Buscó en el mueble un mantel de hilo blanco bordado a mano, o eso le pareció a Andrea, y lo extendió en la mesa del salón. A continuación, sacó de un aparador platos de una vajilla de Sargadelos, unas copas de cristal de bohemia preciosas y, por supuesto, cubertería que, cómo no y continuando en la misma línea, tenía un fino filo de oro y unas iniciales grabadas, P.A. «Pablo Andrade». Andrea no salía de su asombro. Estaba empezando a comprender que el Pablo que ella conoció en el instituto poco tenía que ver con este hombre guapísimo, seguro de sí mismo, de gusto exquisito, pero a la vez sencillo y cariñoso.

Se sintió un poco abrumada, tenía sensación de estar fuera de lugar. Pablo se dio cuenta, se acercó a ella, le cogió la cara entre sus manos y la miró a los ojos:

—Soy yo Andrea, el Pablo que tú conoces desde siempre, el que estuvo enamorado de ti desde el instituto. Todo esto no es nada, son solo cosas que se pueden adquirir con dinero, pero si no tienes con quien compartirlas, no valen nada. —Le dio un fugaz beso en la boca y la soltó.

Ella tardó unos segundos en reaccionar mientras él seguía colocando la mesa y mirándola de reojo para observar su reacción. No quería asustarla, pero no pudo resistirse a besar aquellos labios todavía un poco hinchados por el llanto. A Andrea le subió el rubor a las mejillas, pero enseguida reaccionó y se fue hacia la cocina.

—Voy a calentar el osobuco y la menestra, y ya que has puesto la mesa de lujo, tráeme dos fuentes de esa maravillosa vajilla.

Él sonrió e hizo lo que ella le había pedido. Cuando todo estuvo preparado se sentaron a la mesa en la que Pablo había encendido una vela.

—Siéntate, yo serviré.

Ella observaba sus movimientos, seguros y delicados mientras servía, con admiración y un placer que trataba de ocultar.

—No sé qué tal me habrá salido —dijo apocada.

—¡Humm...! Está exquisito, no podía imaginar una mejor manera de estrenar mi vajilla.

—¿Quieres decir que tienes todo esto y nunca lo has usado?

—Verás Andrea, me gusta vivir así y aquí, en el puñetero centro de Madrid, en dónde no necesitas coger el coche para nada, está todo aquí mismo. Y me gusta todo esto, —continuó, haciendo un gesto con la mano que abarcaba todo lo que había en la casa—, porque rodearme de cosas bellas da sentido a todo el dinero que gano. Pero reconozco que, aunque me satisface mucho vivir con lujo, nunca ha sido suficiente, ni ha llegado a llenarme del todo porque no tengo con quien compartirlo.

—Pero tienes a tu familia —dijo Andrea.

—Sí, pero ellos tienen sus vidas; mis padres viven en Ourense con una jubilación cómoda, tan contentos. Mi hermana Carolina da clase en un Instituto de Lugo, y allí está con su pareja. Y Jacobo, el pequeño, está trabajando con una ONG en Sudamérica, con la que no me libro de colaborar constantemente. Cada poco me sablea, aunque no me importa, me siento bien ayudando a los que tienen menos. Así que ya ves, tengo a mi familia, pero cada uno tiene su vida. Ellos están felices de ver «lo bien que me va» y no me quejo, no te equivoques, pero a veces me siento un poco solo.

—¿Y nunca has tenido una novia?

—He salido con muchas mujeres más de las que puedo recordar y no estoy presumiendo de «machoman», pero, lo cierto, es que nunca me he enamorado de ninguna de ellas, si es a eso a lo que te refieres; es más, nunca he traído a ninguna mujer a esta casa.

—Así que cuando te enrollas con alguna, nada de «en tu casa o en la mía», directamente es en casa de ellas.

—Y ¿para qué están los hoteles?

—Ya...

—Pero bueno, no es esto de lo que teníamos que hablar, y come, que no estás comiendo nada.

—¿Te gusta? La comida, digo —preguntó Andrea.

—Está buenísimo, no sabía que eras tan buena cocinera —le contestó entusiasmado Pablo.

—Sabes muy poco de mí, igual que yo de ti. Somos auténticos desconocidos.

—Mejor, así podemos empezar de cero, y lo vamos a hacer, pero antes

déjame decirte lo feliz que soy de poder disfrutar todo esto contigo. Una cena exquisita y, además, vestidos con traje de noche. Ahora mismo, Andrea, soy feliz. —dijo él con una sonrisa.

—Siento ser una aguafiestas, hoy no estoy en mi mejor momento.

—Lo sé y lo siento, pero háblame de ti, te toca.

—No hay nada maravilloso en mi vida.

—Porque lo maravilloso de tu vida eres tú misma.

—Gracias Pablo, sé que me aprecias. Pero es la verdad, no hay nada especial que contar. Me fui a estudiar a Salamanca porque me enamoré de Javier y queríamos estar juntos. Nos quisimos muchísimo y lo pasamos bien. Pero desde que volvimos a Ourense hace dos años más o menos, no sé..., era como si fuésemos un matrimonio de esos que llevan toda la vida o peor aún, como dos hermanos. Nos faltaba pasión. Javier estaba en lo cierto cuando me dijo que, si lo nuestro hubiese estado bien, jamás le habría pasado lo que le pasó, y creo que tiene razón.

»Cuando me ha entrado la llorera en la cama, no era por haber perdido a Javier, sino por lo que esa pérdida significa,

—¿Y qué significa?

—Pues no sé cómo decirte... De pronto tengo que empezar una nueva vida, en una ciudad nueva, rodeada de muchísima gente nueva y aun así sola, ya que no conozco a nadie. Incluso tú eres una persona nueva, porque ya no eres aquel amigo de la niñez. Es como volver a empezar todo de nuevo y me da tristeza lo que queda atrás.

—Eso le pasa a todo el mundo; cuando me vine a Madrid tuve esa misma sensación, pero agravada por el hecho de que estaba perdidamente enamorado de ti, y tú ni siquiera sabía que existía —le dijo él.

—Eso que estás diciendo me hace sentir fatal y hasta culpable.

—No te sientas culpable, fue bueno para mí. Aprendí a vivir con el desarraigo y sin amor. Me refugié en el trabajo y ya ves, no hay mal que por bien no venga. Pero quizá, y escucha bien, solo quizá, ha llegado nuestro momento, el tuyo y el mío ¿Qué te parece?

—No sé qué quieres de mí.

—Sí lo sabes...

—Vale, lo intuyo, pero este no es el momento ideal, acabo de salir de una ruptura sentimental y no tengo el ánimo para involucrarme en otra historia, tampoco sería justo para ti.

—No tengo prisa, no me voy a ir a ningún sitio y no dejaré que te vayas.

—Vale, no me iré, pero tendremos que arreglar lo de los gastos, no quiero vivir a tu costa.

—Vamos a ver Andrea, la casa es de mi propiedad, no voy a cobrarte nada por vivir en ella, tenerte cerca es el mejor pago.

—Pero no es así...pagaremos entonces la luz y la calefacción a medias ¿Qué te parece?

—No, tú te encargas de la manutención, compras la comida y cocinas si tienes tiempo, y cuando no pueda, cocinaré yo.

—Vale, la comida la compro yo y la cocino yo. Me gusta cocinar y me distrae y, por cierto, el tremendo ordenador que has puesto en la habitación en la que duermo, te lo llevarás ¿no?

—Perdona, no es «la habitación en la que duermes», es tu habitación —puntualizó Pablo—, y ¿dónde quieres que me lleve el iMac? Lo he traído para ti.

—Por Dios, Pablo, para mandar cuatro mensajes, o mirar el Facebook me llega con mi portátil.

—Tu misma, si no lo quieres usar no lo uses. Todo lo demás que vaya surgiendo con la convivencia lo iremos resolviendo en su momento, solo quiero que me prometas que cuando algo te disguste, cuando alguna cosa que yo haga te moleste, me lo digas. Es muy importante ser sinceros, si no nuestra relación se deteriorará y, créeme, Andrea, ahora no quiero perderte.

—No puedes perderme Pablo, porque no me tienes.

—Vale, gracias por recordármelo.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, lo sé. — Pablo se levantó y fue hacia la nevera de la que sacó una botella de cava, cogió dos copas, le dio una a ella y dejó la suya encima de la mesa mientras descorchaba la botella.

—Menos mal que esta semana trabajaré de tardes, si no mañana no sé cómo iba a poder mantenerme en pie y despejada ocho horas seguidas...

—No es para tanto, solo es la una de la madrugada y, después del rioja que nos metimos y ahora el cava, te aseguro que dormirás muy bien

—No lo dudo, me estoy pillando una buena castaña, podrás incluso engatusarme, no me enteraré.

—La idea me atrae, pero me gustaría más que cuando te acostaras conmigo, lo hicieras por tu propia voluntad, sin que nada ni nadie te indujese

a ello.

—Esta conversación y el alcohol nos va a llevar por derroteros insospechados...

—No son insospechados, pero te aseguro que no voy a dejar que pase nada que tú no quieras que pase.

—¿Sabes lo mejor de vivir contigo?

—Esto me va a gustar, ¡dímelo!

—Lo segura que me siento. Tengo la sensación de que a tu lado no me va a pasar nada malo, vas a conseguir que te necesite a mi lado.

—Bien. Es justo lo que quiero. Te voy a cuidar, solo tienes que dejarme hacerlo. El que estés aquí conmigo es lo mejor que me ha pasado y llega en el mejor momento.

—Creo que me iré a la cama, es muy tarde. — A estas alturas de la conversación Andrea se sentía abrumada.

—Bien, te acompaño, estaré un rato contigo mientras te duermes, no quiero que te dé por llorar otra vez.

—Vale me gustará acurrucarme en tus brazos, pero no tienes por qué hacerlo, te aseguro que estoy bien y no voy a llorar más.

—Ya sé que no tengo por qué hacerlo, lo hago porque me gusta y tenerte en mis brazos va a ser un placer.

—Tendríamos que recoger esto primero.

—Mañana vendrá Lola, no me acordé de decírtelo; viene a limpiar, lunes, miércoles y viernes. Si necesitas que te haga algo se lo pides.

—Madre mía, esto es demasiado, puedo hacerlo yo, no necesitamos a nadie.

—¿Y qué quieres, engrosar la lista del paro enviando allí a Lola? No te preocupes por eso; yo la necesito, no tengo tiempo ni ganas de ocuparme de la casa, y no lo vas a hacer tú. Deja de darle vueltas y vamos a dormir.

Andrea fue hacia la habitación, entró en su baño, se lavó los dientes y cuando se metió en la cama, la esperaban los brazos de Pablo, que la colocó con la espalda de ella pegada a su torso y la abrazó desde atrás. Ella sintió como él inspiraba en su nuca y murmuraba:

—Humm, ¡qué bien hueles, Andrea!



Ella se dejó querer. Notó que Pablo se apartaba un poco, enseguida comprendió que no podía disimular su erección, pero ella se apretó contra él incitándolo.

—No hagas eso, voy a pensar que quieres algo más que un abrazo de amigo.

—Quizás necesite algo más, hace tiempo que no tengo «algo más».

—¡Dios, no me digas eso! ¿Eres consciente de lo que me estás diciendo?

—Creo que sí...

—No, lo que me parece es que has bebido un poco más de la cuenta. No quiero que mañana te arrepientas de lo que hagamos hoy, y te juro que me cuesta un mundo no dejarme llevar por el deseo que siento por ti. Así que, duérmete y cuando estemos seguros de esto, te aseguro que será memorable.

—Gracias Pablo, eres lo mejor que me ha pasado. Voy a quererte, muchísimo.

Él la abrazó fuerte y le susurró:

—No sabes cuánto me gusta eso...

## Capítulo 15

*L*e había costado conseguir quince días de vacaciones; todos los fines de semana de enero haciendo guardias y trabajando toda la semana. Estaba agotado, pero iba a merecer la pena.

Viajaba en el Audi A5 Sportback que se acababa de comprar en Navidad. Un lujo que apenas se podía permitir, y eso porque vivía solo. Si tuviera una pareja e hijos no hubiera podido, aun así, fue un capricho del que se había arrepentido nada más salir del concesionario. Cada vez que pensaba en los más de cuarenta mil eurazos que le había costado le entraban remordimientos. Bueno, ya estaba hecho, lo mejor ahora sería disfrutarlo. Era el primer viaje largo que hacía con él; cuando lo viera su padre, con lo que le gustaban los coches, se volvería loco.

Llegaría a Celanova sobre las tres de la tarde, quería comer en casa de sus padres. No cambiaría el mejor manjar del mundo por una comida preparada por su madre, era lo que más echaba de menos, y desde Nochebuena no había vuelto a Galicia.

Sonaba en su iPod una canción de Placeres Solitarios, un grupo rock de Valdeorras que su hermano Julio se había empeñado en que tenía que escuchar, hasta lo hizo ir a Rivela una noche en la que actuaban como participantes en el Primer concurso de Rock Gallego. Incluso se lo había metido en el iPod.

—Son muy buenos, seguro que te gustan— le había dicho. La verdad, es que le gustaba la música que hacían, no tocaban nada mal.

Estaba deseando llegar. Es verdad que quería ver a sus padres y comer con ellos, pero de lo que más ganas tenía era de ver a Xulia. Ella no lo esperaba hasta la semana siguiente, iba a ser toda una sorpresa.

¿Cómo se le había metido esta chica tan adentro en tan poco tiempo? Necesitaba verla, pasar tiempo con ella. Tal vez, no fuera más que una

especie de espejismo la atracción que sentía hacia ella. Desde luego no había dejado de pensar en Xulia ni un solo día, es más, la había llamado todos los días, y ella ,cada mañana, le sorprendía con un mensaje de whatsapp. Era estupenda, inteligente, dinámica y siempre tenía una maravillosa sonrisa en la boca, y aquellos ojos verdes preciosos..., en eso se parecía a su hermano, ¿de quién los habrían heredado? Eran transparentes y a la vez profundos, sonreían solos, tenían vida propia. Era perfecta. Estaba claro que se había colgado de Xulia.

Aparcó delante de la casa de sus padres y entró sin llamar, su madre al verlo dio tal grito que su padre y su hermano acudieron al instante a ver que estaba pasando.

—Pero, ¡qué sorpresa! ¿Cómo es que has venido?

—¿Qué pasa, no me queréis ya por aquí?

—No te esperábamos, no nos dijiste que vendrías. — Su madre lo abrazó y le llenó la cara de besos

—Bueno, era una sorpresa.

—*E ise coche, de quién é?* (Y ese coche, ¿de quién es?) —preguntó su padre. Un gallego de pura cepa que no abandonaba su idioma así viniera el rey. Según él, si ibas a Inglaterra y querías que te entendiesen, había que hablar inglés, pues esta premisa valía para cualquier lugar, incluido Galicia.

Nacho soltó una carcajada y contestó en su propio idioma

—*É meu papá, a qué che gusta?* (Es mío, papá, ¿a que te gusta?)

—*Vaime gustar máis probalo.* (Me va a gustar más probarlo)

—*Xa o imaxinaba, pero primeiro gustaríame xantar, Ou xa coméstedes todo?* (Ya imaginaba, pero antes prefiero comer..., ¿o ya lo habéis acabado todo?)

Disfrutó de la comida de su madre y después de charlar un rato con su hermano sobre sus estudios y dormir media hora en el sofá, les dijo que había quedado con alguien y que quizá no vendría a cenar.

La casa de los padres de Xulia era un chalet unifamiliar construido en la urbanización O Picouto. Estaba ubicado en una parcela de unos ochocientos metros cuadrados. Era una casa de dos plantas con garaje subterráneo, construida en piedra. Tenía un cierre también de piedra, que rodeaba toda la parcela con una verja de forja a la entrada.

Llamó al timbre un poco nervioso. Abrió una mujer que Nacho enseguida identificó como la madre, estaba claro que los ojos de ambos hijos eran de ella, pero Xulia además tenía también su sonrisa.

—Buenas tardes, soy Nacho un amigo de Xulia, ¿Está ella?

—Hola, yo soy Laura, su madre. Y sí, Xulia está arriba, ahora la llamo, pero pasa por favor.

Estaban aún en la puerta cuando apareció Xulia, que como una loca gritó su nombre y se colgó de su cuello besándolo en la boca, él respondió al beso, aunque un poco reticente por la presencia de la madre.

—¡Pero, Xulia, por favor! —rogó la madre incrédula y sorprendida ante lo que estaba presenciando.

—Perdona mamá, este es Nacho un amigo que conocí en Logroño.

—Debo estar un poco anticuada ¿Ahora se saluda así a los amigos recién conocidos?

—Tu madre tiene razón preciosa, si no le has contado nada de mí, no puede entender que me saludes así.

La madre movía la cabeza negando sorprendida.

—Pero por favor, haz pasar a tu amigo.

—Sí, vamos, ¿dónde está papá?

—En el garaje adecentando la tartana de tu hermano, a ver si la puede vender.

—Mamá, eso ni regalado os lo quitan de encima. —Se carcajeó Xulia pensando en el trasto que su hermano llamaba coche.

—Mientras voy a buscar a tu padre, por qué no le ofreces algo a tu amigo, tal vez una cerveza...

Xulia miró a Nacho y le hizo un gesto con la cabeza, invitándolo a contestar.

—Sí, una cerveza estará bien...

Xulia fue a buscar la bebida mientras Nacho se acercó a la ventana y, pensativo, se pasaba la mano por la nuca. Cuando le trajo la cerveza, se colgó de nuevo de su cuello besándolo otra vez. Él la apartó un poco enfadado.

—Xulia no les has contado nada de mí y me plantas tremendo morreo nada más llegar delante de tu madre ¿Qué van a pensar de mí? Me van a odiar.

—Eso sería imposible, aquí no odiamos a nadie.

Le hizo sentarse en un sillón y se sentó en su regazo. Se abrazó a él y lo besó con ansiedad, él respondió, pero la apartó como si le quemara en cuanto

oyó los pasos de los padres acercándose.

Aparecieron en el salón y Xulia hizo las presentaciones

—Papá, mamá, este es Nacho, un amigo que conocimos en Logroño Javier y yo. —Miró a Nacho e hizo lo mismo, señalándolos—: estos son mis padres, Laura y Juan.

Los saludó estrechándoles la mano y disculpándose por haber venido sin avisar, pero explicó que quería dar una sorpresa a Xulia.

—Y me la has dado cari, pensaba que no vendrías hasta la semana que viene.

—Ese era el plan, pero me he tragado todas las guardias de enero, sin descansar casi ningún día, para poder cogerme estos quince días.

—¡Quince días! ¡Qué bien! ¿Qué día te irás?

—El domingo diecisiete. Te prometí que vendría a pasar el carnaval.

El padre miraba al uno y a la otra alternativamente, hasta que preguntó:

—Pero vamos a ver, ¿Tú no eras de Logroño? porque tienes un acento gallego como el mío, que ya es decir.

—No, soy de Celanova, pero saqué una plaza de Pediatría en la Rioja, y en primavera hará un año que estoy por allí.

—Y ¿os conocisteis allí o ya os conocíais? —volvió a preguntar Juan.

—Nos conocimos allí papá —intervino Xulia—, ya sabes que este acento nos delata en todas partes y así nos vamos descubriendo por el mundo.

—¿Qué nos dices de Javier? ¿Lo ves a menudo? —preguntó la madre en tono preocupado.

—Pues casi a diario, vamos juntos al gimnasio y salimos de vez en cuando

—No sabes cuánto me alegro, está tan solo allí —dijo, ahora, compungida—. Su novia se ha ido a Madrid y estaban tan unidos...

—Vale mamá, no nos cuentes la vida de tu niño. Está estupendo, ya lo sabes y, cambiando de tema, mamá quiero charlar un ratito con Nacho, vamos arriba, ¿vale?

La madre dirigiéndose al chico preguntó:

—¿Nacho te quedarás a cenar?

—La verdad, si no les importa, me gustaría llevar a Xulia a cenar a algún restaurante de la ciudad.

—Por supuesto y trátanos de tú.

—Bien. Gracias.

Subieron a la habitación de Xulia y nada más cerrar la puerta, él la envolvió

en sus brazos y la comió a besos, mientras le decía:

—No podía aguantar ni un segundo más, Qué ganas de verte... de tocarte... de besarte, de...

—No te reprimas, yo tampoco puedo más.

—Es que no quiero que vuelva a ser otra vez apresurado... Xulia, que lo puedo hacer mejor y parezco un adolescente.

—No tienes que demostrarme nada, solo quiero sentirte... necesito sentirte dentro.

—Si te me pones así y me hablas con ese mimo, sabes que te lo haré aquí mismo y no me importará que estén tus padres ahí abajo.

—Pues no sé a qué estás esperando.

La besó como un loco mientras tiraba de su jersey y ella se deshacía de él lanzándolo hasta una silla cerca de la ventana, cayó al suelo como el resto de su ropa. Se la quitaban uno al otro con urgencia, la necesidad los apremiaba.

—¡Dios! Qué ganas tenía. Solo siento que volverá a ser apresurado...

—¡Calla! Ahora tiene que ser así...

Estaban de pie, pegados a la puerta desnudos, ella colgada del cuello de Nacho y él levantándola por las nalgas hasta tenerla junto a su miembro brillante y duro, que empezaba a gotear. Ella también estaba mojada.

—¡Entra ya! ¡No puedo más!

—No quiero hacerte daño cariño...

—Por favor Nacho, no soy de cristal házmelo ya.

Él no lo dudó más, tampoco podía esperar y la fue bajando, haciéndola resbalar por su pene que se adentraba en ella sin dificultad, la humedad de ambos lo facilitaba. Ella le mordía el cuello y entre jadeos murmuraba:

—¡Que ganas tenía Nacho! ¡Cómo me gusta!... Creo que... ¡Ay, Dios, Nacho! Me voy a correr.

—¡Hazlo, cariño! Vamos.

Y empezó a moverse con más ritmo y más fuerte. Hasta que también él llegó a la cima. Se dejó resbalar hasta quedar sentado en el suelo con ella en su regazo y aún dentro. La abrazaba diciéndole palabras cariñosas, besándola y mimándola.

Fue ella la que se apartó para decirle, ven al baño, estamos empapados.

Él seguía besándola hipnotizado. ¿Qué le pasaba con esta mujer? ¿Cómo iba a poder vivir sin ella?

—Xulia, cariño, ¿sabes lo que me está pasando contigo?

—Lo sé, supongo que lo mismo que a mí, o al menos eso espero.

—¿Cómo voy a poder vivir sin ti? Va a ser horrible.

—Llevo pensando en eso desde que vine de Logroño, iré en semana santa y de nuevo en cuanto acaben las clases. Y ya estoy mirando lo del traslado de matrícula.

—Ni siquiera sé qué estás estudiando

—No es muy divertido, Filosofía y Letras.

—Es verdad, no es muy divertido—sonrió.

Terminaron de ducharse y vestirse mientras seguían contándose cosas de sus vidas, necesitaban conocerse.

—A tus padres ¿Qué les parecería si no vinieses a dormir?

—Raro, pero ¿Sabes? Voy a cumplir veinte años, así que puedo hacer lo que quiera ¿No crees?

—Bien, porque tengo pensado que cenemos en algún restaurante y luego podríamos dormir en un hotel.

—Me encanta, pero vas a estar quince días ¿Crees que cada día encontraremos alguna excusa para dormir fuera?

—Por supuesto, porque tú y yo nos vamos a hacer un viaje.

—¿En qué sitio estás pensando?

—Portugal, ¿Qué te parece?

—Fenomenal, esta noche durante la cena lo planeamos. También tendrás que decir algo en tu casa, ¿no?

—Sí, pero, pequeñaja, yo tengo treinta años, no creerás que le voy a pedir permiso a mamá

—Que tonto, claro que no, pero tendrás que decirles: «Lo siento, pero no he venido a estar con vosotros, así que me largo con una tipa por ahí».

—No seas malvada y tú, no eres ninguna tipa. ¿Cómo puedes decir eso? Además, mañana los conocerás, iremos allí a comer.

—Nacho, tengo miedo... ,tal vez nos estamos precipitando, a veces me parece que todo esto es irreal.

—Cariño, yo también tengo miedo, nunca me había pasado nada igual y ya no tengo veinte años. No sé si nos estamos precipitando, solo sé que lo que surgió entre los dos es especial, me sobrepasa y no pienso evitar que ocurra lo que sea que tenga que ocurrir.

—Otro tema, te habrás dado cuenta de que no tomamos precauciones, en Logroño llevabas condones, pero hoy aquí....

—Joder, joder, joder..., Xulia. ¿Qué mierda me está pasando? Soy un auténtico gilipollas. Iremos a urgencias a por la píldora del día después. Cuando vean que soy médico me echarán la broca, con toda la razón y, luego, se reirán de mí, con más razón todavía. ¡No me lo puedo creer!

Xulia estaba alucinada, nunca lo había visto tan cabreado y hablando sin parar consigo mismo.

—¿Podrías escucharme, por favor?

—Perdóname, Xulia, pero es que esto no tenía que pasar.

—¿Quieres escucharme? Mírame y escucha. Cuando me vino la regla la semana pasada, he empezado a tomar la píldora, sabía que vendrías y no me gusta nada el condón, y yo pues... bueno, estoy sana. Tú... has sido el primero, eso ya lo sabes.

—Xulia, cariño, eres una caja de sorpresas. Y tienes más sentido común que yo por lo visto. ¡Ah! También estoy sano! Te enseñaré los resultados de mi última analítica hace apenas un mes.

—Oye, no necesito que me enseñes nada, no creo que me engañaras en algo así, serías un auténtico gilipollas y yo no me habría fijado en ti.

—¿Sabes qué? Te comería a besos.

—Hazlo, me encanta.

—Para, que te conozco y tus padres estarán ya un poco mosqueados. Creo que debemos bajar y despedirnos, ya le dije antes a tu madre que saldríamos a cenar por ahí.

—Déjame ver si estás bien vestido y bien arregladito, tal como llegaste, es que mi madre es un hacha, lo descubre todo.

—Vámonos que terminarás poniéndome de los nervios. — Le dio un beso en los labios y tiró de ella saliendo de la habitación.

Regresó a Logroño satisfecho de los maravillosos días que había pasado en Galicia junto a Xulia. Nunca había disfrutado tanto de unas vacaciones. En Carnaval se disfrazaron, ella de Ginebra y él, por supuesto, del rey Arturo; recorrieron los puntos álgidos del *Entroido* gallego. Desde Verín, pasando por Viana y Laza, para terminar en Xinzo.

Conoció a los amigos de ella, y él se la presentó a los suyos y a sus padres. Su madre enseguida se dio cuenta de que Xulia no era una chica cualquiera y,



cuando se despidió de ellos, se lo dijo al oído: «Me gusta tu chica, será buena para ti». ¡Ay, su madre siempre tan aguda!

Pasaron unos días en Vidago, un pueblo pequeño en Portugal, muy cerca de la frontera con Verín, en el que había un balneario famoso por sus aguas y por el edificio en sí que era espectacular. Les había gustado tanto, que habían pensado en volver en las próximas vacaciones.

Hablaron con Javier casi todos los días, Xulia estaba muy preocupada preocupada por él e intentaba animarlo a diario. Le habló de Vidago y le propuso viajar allí con ellos y con Sara en las próximas vacaciones.

Fueron quince días inolvidables tanto para Sara como para Nacho, pero él tenía que volver a Logroño, su trabajo lo esperaba. Xulia le despidió un poco triste, aunque sabía que aquella separación duraría poco. Semana Santa estaba a la vuelta de la esquina.

## Capítulo 16

¡Qué lento pasaba el tiempo! Necesitaba que ocurriera algo... Solo lo aliviaba el hecho de ir a trabajar, aunque le costaba levantarse porque se pasaba la mayor parte de la noche despierto. Cuando volviera Nacho, le pediría que le recetase algún fármaco para dormir, y eso que lo del gimnasio ayudaba bastante, llegaba muerto de tanto machacarse, se duchaba y conseguía relajarse un poco, lo cual le facilitaba el sueño,

¿Cuánto duraría esto? ¿Tendría que vivir siempre con aquel peso en el pecho, con aquella ansiedad que lo estaba convirtiendo en una persona solitaria y triste?

Su hermana y Nacho lo habían llamado casi a diario para animarle. Qué bien se lo habían pasado aquellos dos. Se recorrieron los puntos álgidos del carnaval gallego, incluso pasaron unos días en Portugal. Se alegraba por ellos, ojalá les fuera todo bien.

Nacho lo llamó en cuanto estuvo de regreso. Quedaron para verse el lunes al salir de trabajar. Por lo visto, le traía un paquete de parte de su madre, seguro que era alguna cosa rica de esas que ella preparaba.

Necesitaba hablar con él cuanto antes. Quizá si fuese Nacho quien llamase a Sara, ésta cogería el teléfono, porque él continuaba enviándole correos cada día, pero ella no le había contestado ninguno; tal vez ni los había leído.

Sara seguía triste, estaba como ida y lloraba mucho, pero nunca lo hacía delante de Héctor. Sabía que él se daba cuenta, aunque no le decía nada. Pasaba la mayor parte del tiempo descansando, paseando, pintando y tratando de disfrutar de aquella nueva amiga que había conocido en la tienda de pinturas.

Las visitas de Gabrielle la animaban. Ella le enseñaba técnicas de dibujo y pintura, estaba terminando Bellas Artes y era una auténtica artista. Excepto

cuando pintaban en exteriores, Héctor las acompañaba. Al principio solo se tomaba un café por cortesía y porque Sara se lo pedía, pero después de unos días empezó a interesarse un poco más por aquellas visitas, incluso se ofrecía para ir a buscar a Gabrielle mientras Sara esperaba en casa preparando los lienzos.

Gabrielle se quedaba embobada mirándolo cuando pensaba que nadie se daba cuenta. Sara le contó que Héctor era como un hermano, que la había traído a Cassis a descansar y a sobreponerse de una triste historia. Poco a poco fueron conociéndose e intimando, contándose sus vidas.

El último viernes de febrero Héctor tuvo que ausentarse por un problema de trabajo. Cuando Gabrielle subió a la casona, se le hizo raro no verlo por allí. Sara le explicó que había tenido que irse y notó la decepción en su rostro, la invitó a cenar y a quedarse con ella a dormir. Gabrielle aceptó, era sábado y su madre no la necesitaba.

Lo pasaron genial, pasearon por la inmensa finca en la que estaba ubicada la casa mientras Sara le contaba su historia con Javier; lo mucho que deseaba verlo de nuevo y el miedo que le daba su rechazo. Lo culpable que se sentía por haber desaparecido sin darle explicaciones, ya que desde el siete de enero no había vuelto a comunicarse con él. Solo hablaba por teléfono a diario con Ana, excepto un día que llamó a Nacho porque éste le había dejado un mensaje amenazando con denunciar su desaparición si no se ponía en contacto con él.

—¿Por qué no le escribes un correo explicándole tus sentimientos? A veces es más fácil vaciarse por dentro escribiendo, sin que nadie te mire, ni te interrumpa.

—Sí, quizá debería hacerlo, además pronto tendré que volver, como mucho me quedaré otra semana más. No puedo faltar a clase, me quedan dos asignaturas. Y allí voy a encontrármelo, aunque no quiera, es una ciudad muy pequeña. Solo pensar en volver, me entra otra vez angustia, sin embargo, al mismo tiempo moriría por verlo.

—Sara estás de verdad enamorada, tienes que hablar con él, no dejes pasar más tiempo. ¡Escríbele!

—¿Y si no me contesta? ¿Y si ya no quiere saber nada de mí?

—Si te quiere tanto como tú a él, estará igual de desesperado y si no, cuanto antes lo sepas mejor.

—Tienes razón, mañana le escribiré a ver qué pasa, y ahora dime tú, ¿qué

te traes con Héctor?

Gabrielle agachó la cabeza, pero Sara pudo ver cómo se ruborizaba.

—¿Crees que él se ha dado cuenta?

—Lo que yo sé, es que a ti te gustó desde que entramos por la puerta de tu tienda.

—¿Tanto se me notó?

—Sí, te pusiste tan nerviosa que te tropezabas con todo, Héctor pensó que eras un poco torpe, pero yo sabía a qué se debía tu torpeza.

—¡Qué vergüenza! ¿Qué pensará de mí?

—Pues a estas alturas, creo que es él quien mira embobado como pintas, como comes, como te mueves, como te ríes....

—Sara, para. ¿Estás loca?

—No, solo observo, y no sabes cuánto me alegro, hice un poco de alcahueta invitándote a venir aquí, en cuanto me di cuenta de que te gustaba. Él no se había fijado en ti, pero yo sabía que no tardaría en hacerlo, espero que os enamoréis muchísimo. Héctor es un hombre estupendo, buen amigo y, estoy segura que, mejor amante y se merece lo mejor. Además está cañón ¿o no?

—Sí, me encanta, ¡es tan guapo! Aunque un poco mayor ¿cuántos años tiene?

—Creo que treinta y cinco pero eso ¿qué importa?

—En realidad nada, pero quizás piense que soy demasiado joven para él y... no sé...

—No creo que piense eso, si no lo pensó de mí, no lo hará de ti

—Ya, pero es que tengo veinticinco...

—Bueno, yo todavía no.

Siguieron hablando hasta muy tarde. Cuando se acostaron eran casi las dos de la madrugada. Sara se despertó a las once de la mañana y se levantó. Era el día que mejor había dormido desde que estaba en Cassis. Gabrielle ya se había despertado. Bajó a mirar, y se la encontró desayunando con Héctor y hablando muy cerca el uno del otro. Si no fuera porque él ya la había visto, no los hubiera interrumpido.

—*Bonjour*, Sara! ¿Qué pasó anoche? ¿Estuvisteis de fiesta?

—*Bonjour*, ¿cuándo has venido?

—He llegado temprano y, como todo el mundo estaba durmiendo, me he ido a comprar *croissants* para que mis chicas desayunen.

Sara se acercó a él y le saludó con un beso en la mejilla. Y mientras desayunaban les contó que había decidido escribir a Javier. Necesitaba hablar con él antes de regresar a Logroño.

—Yo también creo que deberías hacerlo, pero solo cuando tú lo consideres oportuno.

—Pues creo que mientras vosotros dos seguís con vuestra conversación, — se decidió Sara—, yo abriré mi correo después de... ¿más de un mes? ¡Madre mía! Nunca he estado desconectada del mundo tanto tiempo, pero me ha venido muy bien. Gracias Héctor.

Subió a la habitación y abrió el portátil. Se sintió rara al hacerlo, le dio la impresión de estar abriendo la caja de Pandora. Durante todo el tiempo que llevaba en Cassis no lo había abierto. Había mogollón de correo. No tendría nunca tiempo de leer todo aquello. Empezaría tirando a la basura toda la propaganda; aun así, era demasiado. Enseguida vio los correos de Javier, empezaban el veintiuno de enero. Le había escrito uno cada día, el último tenía fecha del veintidós de febrero. Los leyó por orden de llegada y cuando terminó las lágrimas no le dejaban ver las letras ¿Qué le había hecho a ese hombre? ¿Cómo había podido ser tan egoísta y tan inconsciente? Paseó nerviosa por la habitación, no sabía qué hacer, ¿Qué podía decirle? Jamás la perdonaría.

Bajó corriendo las escaleras y salió al jardín sin dejar de correr, desoyendo las llamadas de Héctor y Gabrielle.

—Déjame a mí, yo hablaré con ella —dijo Gabrielle.

—Yo voy arriba, habló de mandarle un mensaje a Javier, ha tenido que ver algo en el correo.

Gabrielle la encontró en el rincón del jardín en el que se ocultaban las dos muchas tardes para pintar y charlar. Sara llorando desconsolada, le contó que Javier le había estado mandando mensajes. Gabrielle la abrazó y la consoló como pudo.

Héctor al entrar en la habitación vio que el ordenador tenía el correo abierto en el último mensaje de Javier.

*De:* Javier Pazo

*Para:* Sara Ayón

*Fecha:* 22 febrero , 22:45

*Asunto:* ¿Qué hago cuándo un relámpago me golpea...? 33

Querida Sara: Ha pasado un mes desde que he decidido escribirte cada día, no has dado señales de vida. Sé que mi comportamiento no fue el adecuado, no fui capaz de mantener el tipo y escuchar con buen talante lo que tenías que decirme. No era fácil, pero eso, desde luego, no me disculpa. Sé que me repito un día tras otro, pero cada vez me resulta más difícil entender por qué eres tan dura conmigo, creo que no merezco el castigo que me estás imponiendo. Entenderé que no quieras seguir conmigo, que me odies, pero no puedo entender que hayas desaparecido de mi vida sin darme ninguna explicación o escuchar la mía.

Sé por Nacho que estás en alguna parte de Francia. Necesito que me contestes, un solo mensaje será suficiente, tengo que cerrar esta puerta y necesito tu respuesta para poder hacerlo.

Nunca serás capaz de imaginar lo que me he arrepentido de mi actitud aquella tarde, jamás sabrás lo que he llorado. Ahora ya solo lloro por dentro. He pensado en dejar el trabajo y marcharme, no lo hice aún porque no quiero preocupar a mi familia, no quiero que vean el estado en el que estoy, se disgustarían muchísimo. Voy a tratar de aguantar hasta el verano, pero, como muy tarde, en agosto me iré. No tendrás que verme ni por casualidad, y te juro que no te molestaré nunca más. Pero, por favor, háblame. Ayúdame a cerrar esto. Este es mi último correo, no quiero que pienses en mí como en «el pesado que no deja de acosarte». Te quiero, a tu pesar y al mío también.

Javier.

Héctor comprobó que había un mensaje cada día desde hacía un mes. Los leyó todos, sabía que era una indiscreción, pero a estas alturas de la película no dejaría a Sara a la buena de dios. Se dio cuenta de que Javier la quería de verdad, y que lo que les había ocurrido era culpa ambos: primero ella, por ocultar cosas que nunca debería haberle ocultado, y luego él, por ofuscarse y no haber sabido escucharla. Se habían hecho tanto daño que hasta habían enfermado. Decidió echarles una mano, igual que Sara se la había echado a él con Gabrielle; le estaba empezando a gustar esta chica, pero ese no era el asunto ahora.

*De:* Héctor Matieux

*Para:* Javier Pazo

*Fecha:* 23 febrero , 12:30

*Asunto:* Tenéis que hablar.

Estimado Javier: No nos conocemos, aunque yo de tu vida sé casi todo, porque Sara en todo este tiempo no ha dejado de hablar de ti. No voy a explicarte quien soy, porque eso es parte de la conversación que tenéis pendiente, solo me limitaré a facilitaros un encuentro adecuado.

No ha contestado a tus correos porque hasta hoy no había abierto el ordenador. Estamos en Cassis, Costa Azul, distrito de Marsella. Me la he traído aquí porque estaba destrozada y necesitaba tomar distancia y recuperarse. He pensado muchas veces, después de oírla llorar cada noche, en llamarte para insultarte o incluso pegarte una paliza por cómo la habías tratado. No supe o no quise darme cuenta de que, en realidad, lo que os había pasado era un desencuentro entre los dos.

Después de ver como se ha puesto al leer esta mañana por primera vez todos tus correos, los he mirado y entiendo su total desconsuelo. Ahora no solo es el miedo de lo que tiene que contarte y de lo que pensarás de ella, sino que, además, se siente culpable por que ha visto como su cobardía ha

destrozado tu vida. Por favor, Javier, ya sé que tienes que trabajar, pero coge unos días y vente aquí. Yo me iré para que podáis estar solos y habléis.

Ella te quiere, no dejes que se vaya de tu vida.

Le dio a enviar y se fue en busca de las chicas «¿Por qué complicaremos tanto las cosas? Con lo fácil que es hablar», pensó.

Javier había quedado con Nacho para ir a comer el domingo

—Tienes que conocer La Rioja —le había dicho—. Empezaremos en Nájera e iremos cada fin de semana a un sitio diferente, así de paso le daré uso al coche.

Mientras lo esperaba le echó un vistazo al correo, seguro de que su hermana ya le habría escrito, como cada día. Vio un nuevo correo. ¿Quién coño era Héctor Mathieux? No lo conocía, iba a borrarlo pensando que era spam, pero ya en la primera línea vio el nombre de Sara y siguió leyendo. Le pedía que fuera, estaban en la Costa Azul, no era tan lejos, ¿Por qué no se habría comprado un coche? Había estado tan aturdido que no había sido capaz de tomar ninguna decisión sobre su vida.

Héctor le daba su correo y su teléfono. Le contestaría ya.

*De:* Javier Pazo

*Para:* Héctor Mathieux

*Fecha:* 24 febrero , 12:45

*Asunto:* Sara

Estimado Sr. Mathieux: No lo conozco, pero le agradezco lo que ha hecho por Sara y lo que está haciendo en este momento por los dos. Si por mí fuera, iría ahora mismo, pero hoy es domingo y no puedo irme sin avisar en el trabajo. Lo haré mañana por la mañana, espero estar ahí al anochecer. Si ha cuidado de Sara hasta ahora, hágalo un poco más. Quizás, después de leer mis correos quiera venirse, no la deje. Yo llegaré mañana.

Le saluda atentamente. Javier.

Llamaron al timbre, era Nacho, le pidió que subiera y le mostró el correo que había recibido.

—Pero ¿de verdad le has estado mandando un correo cada día?

—Sí, pero ya ves que no los leía.

—No claro, pero ahora se ha metido tal atracón que volverá a ponerse fatal.

—Voy a ir, Nacho. Hablaré con el director, le diré que necesito una semana, aunque sea sin sueldo, para resolver un asunto personal ¿Qué crees que me dirá?

—Pues que van a decir, que lo resuelvas cuanto antes y punto.

—Me iré después de comer, alquilaré un coche.

—Llévate el mío, es muy seguro y muy cómodo, y además hay que darle uso. Si no me hubiese ido a Galicia estos días de atrás, estaría casi sin estrenar.

—Prefiero alquilar uno, no quiero pensar en si le pasa algo a tu coche.

—Y yo no quiero pensar en si te pasa algo a ti, al coche ya le pueden ir dando —le cortó Nacho—.Venga, y ahora vamos a Nájera a comer, conducirás tú, así lo vas conociendo, al coche, me refiero.

Este Nacho era increíble. ¡Qué suerte había tenido Xulia! Claro, que ella también era una joyita de niña.

—No le pidas explicaciones, solo míjala y disfruta de la semanita en la Costa Azul a cargo del tal Héctor. No le recrimines nada, las explicaciones van a ir saliendo poco a poco, ya lo verás. Guárdate el orgullo, no te llevará a ningún sitio más que al infierno en el que ya has estado. —Mientras iba conduciendo, Nacho le explicaba cosas de La Rioja, del paisaje y, al final, pasó a darle consejos de cómo debía tratar a Sara.

—«Si, papá, lo que tú digas».

—Parece que hemos recuperado el humor..., bien, no sabes cuánto me alegro

—Yo también me alegro de haberte conocido.



## Capítulo 17

*L*o primero que hizo el lunes cuando llegó a trabajar fue dirigirse al despacho del director. Le explicó, tal como le había dicho a Nacho, que necesitaba disponer de una semana para solucionar un asunto personal urgente, el director lo observó con el ceño fruncido y después de un breve silencio le dijo:

—Sabía que te pasaba algo, no eres el mismo que entrevisté en diciembre. Aceptaste el trabajo entusiasmado, y desde que estás aquí te he visto taciturno y triste, trabajando eso sí, en exceso incluso, pero cada día más apagado y más delgado.

—Espero que mi estado de ánimo no haya repercutido en mi trabajo, lo siento muchísimo si así fue.

—No, Javier, tu trabajo es impecable, mi preocupación es por ti, todos aquí hemos visto como tu aspecto se deterioraba día a día, yo no sabía qué pensar, supongo que esperaba que me pidieses algo así; aunque necesito saber si vas a quedarte o si tengo que ir pensando en buscar a otra persona para ocupar tu puesto.

—No será necesario, pero me hará falta esta semana para tratar de arreglar algo demasiado importante para mí, sería por supuesto sin sueldo. Siento causar problemas, no es mi estilo, pero ciertos acontecimientos me han sobrepasado.

—No queremos prescindir de ti, hemos visto tu forma de trabajar y estamos muy contentos, pero si es verdad que nos tenías preocupados. Coge los días que te hagan falta, te los descontaremos de tus vacaciones.

—No sabe cuánto se lo agradezco, no le estaría pidiendo algo así al poco tiempo de empezar a trabajar si realmente no lo necesitara.

—No lo he puesto en duda en ningún momento.

—Procuraré dejar todo de forma que mi asistente no tenga problemas, volveré el próximo lunes.

—Si te hiciera falta algún día más no dudes en llamarme, lo que quiero es que cuando vuelvas venga contigo el Javier Pazo que entrevisté en diciembre.

—Gracias, así será. Le contestó con una sonrisa aceptando la broma del director.

—¡Suerte, Javier! En lo que sea que tengas que solucionar.

Trabajó toda la mañana con mejor ánimo que el que había tenido días atrás, le dio instrucciones a la chica que le habían puesto de ayudante. Hacía una semana que había empezado y casi ni sabía cómo se llamaba, había sido realmente un maleducado.

—Perdón, me has dicho que te llamabas..., ¿María?

—María de los Ángeles, pero por favor, llámeme Marián, así me llama todo el mundo,

—Está bien, Marián, y tú no me trates de usted. No voy a estar esta semana, aquí te dejo apuntado todo lo que necesitas saber, y aquí mi móvil, cualquier cosa que quieras consultarme, no dudes en llamarme. No me va a molestar si tuvieras que hacerlo.

—Gracias Javier, no te preocupes, me ocuparé lo mejor que pueda.

—Lo sé, y perdona que haya estado tan ausente y tan borde, quiero que sepas que no tiene nada que ver contigo.

—No tengo nada que perdonar, me has tratado con educación, no esperaba otra cosa de un superior.

—Vale, me alegro de que no te hayas sentido mal, te aseguro que a partir de ahora voy a ser mejor persona. Bueno, me voy que me esperan para comer y luego salgo de viaje.

—¡*Ciao*, Javier, Suerte en tu viaje!

—¡Gracias, guapa! La necesitaré.

Había quedado con Nacho en que le traería el coche y de paso comería. Tenía el tiempo justo para ir a casa y preparar una bolsa con ropa, no mucha, solo estaría fuera una semana. Miró el reloj, aún le daba tiempo de echar una visual al correo por si había algo importante.

Se quedó como hipnotizado cuando vio en la bandeja un correo de Sara, por fin...

De: Sara Ayón

Para: Javier Pazo

Fecha: 25 febrero , 12:18

Asunto: ...es triste, tan triste, ¿por qué no podemos hablarlo...?

Querido Javier:

Como ves he escuchado tu canción, tienes razón define bastante nuestra «triste, triste situación», no había leído tus mensajes hasta ayer, y cuando lo hice me sentí todavía peor que cuando me fui de tu casa aquella tarde.

¡Me siento tan culpable...! No sé si podrás perdonarme, espero que al menos no me odies. Me gustaría poder explicarte todas las incógnitas que tienes sobre mí. Lo haré en cuanto regrese. No me dejaré nada.

De momento te diré que estoy en Cassis, en la costa azul, en casa de mi gran amigo Héctor Mathieux, cuando digo *amigo*, quiere decir solo amigo, ni amante ni ninguna otra cosa. Un muy querido amigo, es como el hermano que no tuve. Me ha cuidado todos estos días, y es el que me ha hecho ver que tendría que haber hablado contigo antes de desaparecer como lo hice. Nunca fue mi intención ocultarte nada. Pero tal vez cuando quise contártelo, era un poco tarde y tú no me lo pusiste fácil, aunque esto no me disculpa, pero ya ves, por lo visto a veces lo hago todo mal.

Quería haberme ido hoy, pero Héctor no me ha dejado, dice que espere otra semana hasta que esté mejor, que piense en lo que tengo que decirte y en cómo decírtelo, que me tranquilice, que conteste tus emails y que el próximo domingo, él mismo me llevará. Se me va a hacer eterna esta espera. No sé lo que pensarás ahora de mí, pero quiero que sepas que te quiero muchísimo, tanto que me duele. Sara.

Él también la quería con locura, y había decidido que no necesitaba ninguna explicación, solo quería tenerla de nuevo a su lado y hacerle el amor, como había soñado cada noche.

De: Javier Pazo

Para: Sara Ayón

Fecha: 25 febrero , 14:30

Asunto: ¿Querrás volver a ser mi Meg Ryan?

No sabes la alegría que me ha dado ver por fin un mensaje tuyo en la bandeja de entrada. Yo también te quiero, pero eso ya lo sabes si has leído todos mis emails.

He decidido, que no quiero que me expliques nada. Vamos a empezar de nuevo. Tú tienes tu historia, sea la que sea, y yo la mía, y sobre el pasado de cada uno no hay nada que decir. Si nos apetece contarlo, lo contamos, pero desde ya te digo que no voy a opinar nada, ni a recriminar nada. Y si meto la pata espero que puedas perdonarme, yo así lo haré.

Tengo muchísimas ganas de verte, no sé si seré capaz de esperar tanto.

Te quiero, con locura. Javier

Comió con Nacho, pero sin entretenerse mucho, quería salir cuanto antes, le esperaban muchos kilómetros hasta Cassis.

El coche de Nacho era una auténtica pasada, cómodo y muy potente, por las autopistas francesas podría pisarle duro. Subió hasta Bayona y cogió la

AG1, que le llevaría hasta Narbona, quería recorrer la frontera pirenaica de día, además los servicios meteorológicos habían anunciado nieve, no se detendría hasta llegar a la costa mediterránea. En Nimes cogió la A54 hasta Arlés, aquí hizo una parada. Necesitaba ir al baño, tomarse un café bien cargado y comer un bocata, en Francia los horarios de comidas y cenas eran diferentes.

Vio una floristería y se paró a mirar, no sabía cuál sería la flor preferida de Sara, aunque lo importante era la intención. Después de mucho mirar, se le acercó la dependienta, una mujer de mediana edad que se veía feliz entre aquella multitud de coloridas flores.

—¿Busca algo en especial? Tengo rosas de todos los colores, tengo...

—No sé, nada en especial, aunque si hubiese una flor que simbolizara el amor, esa sería...

La mujer sonrió y le hizo un gesto para que esperase. Cuando volvió traía una pequeña maceta transparente con una planta realmente preciosa. Se trataba de una orquídea de anchas y duras hojas verdes de las que sobresalía una vara en la que florecían siete delicadas flores que mezclaban el blanco y el malva, a Javier le pareció de una belleza espectacular.

—Llévese esta, es la orquídea del amor.

Javier no lo pensó más, sonrió y compró la orquídea para Sara.

Ya no quedaba mucho para llegar a Cassis. Vaya ruta tan bonita! Ojalá pudiera hacerla de vuelta con Sara! Disfrutando esos paisajes maravillosos.

Cuando llegó a Cassis eran más de las diez, le costó un poco encontrar la casa de Héctor, tuvo que poner el GPS. Se bajó del coche y tocó el timbre que había al lado de la enorme verja, estaba verdaderamente impresionado, la finca parecía enorme, aunque de noche no se podía apreciar bien. Llegó por fin a la explanada en la que se ubicaba la casona. Al bajar del coche una mujer de unos cincuenta años lo esperaba en la puerta, no la entendió ni ella tampoco a él, pero al oír el nombre de Sara le sonrió y le indicó que pasara.

—*Attendez un peux, s'il vous plaît!*

La mujer lo llevó hasta un salón impresionante y la oyó llamar a Sara. Ahora sí que estaba realmente nervioso, prestaba atención a todos los sonidos tratando de reconocer las voces, una era de la mujer que le había abierto la puerta y la otra... Sí, estaba seguro ¡Era ella, era Sara!

—*Marie, pourquoi as tu ouvert la porte à cette heure ci? Héctor n'est pas là. Qui es que tu dis qui c'est...?*

Cuando llegó al salón, Javier estaba de espaldas, ella de repente sintió un escalofrío —No puede ser él, no sabe dónde estoy— pensó,

—*Bonsoirs, monsieur, qu'est que vous voulez?*

Javier se dio la vuelta, la miró emocionado y sintiéndose un poco absurdo con la pequeña maceta que contenía la orquídea le dijo:

—¡Hola, Sara! no sabía que hablabas francés tan bien

Ella se quedó parada, no era capaz de articular una palabra, como no reaccionaba, Javier dejó la planta encima de una mesa y se acercó a ella. Le cogió la mano, la llevó hasta un sillón y la hizo sentar.

—Sara, cariño, ¡Háblame por favor, respira! No me puedo creer que la chica charlatana que conocí en diciembre haya enmudecido. Sara que empezaba a recuperar el color y el movimiento, lo miraba y acercándole una mano a la mejilla, lo acarició.

—Me gusta tu barba, siempre de tres días. También me gusta la planta que has traído, ¿es para mí?

—¡Hablas! menos mal, pensé que habías perdido la facultad de hacerlo. Y, por supuesto ¿para quién iba a ser si no una hermosa flor? Pues para una hermosa mujer.

—Me encantan las orquídeas

—Pues esta es la orquídea del amor, eso me ha dicho la mujer de la tienda.

—Gracias por la flor, pero sobre todo gracias por venir. Y... ¿Cómo me has encontrado? ¿En qué has venido? ¿Ya no trabajas? ¡Ay, has adelgazado mucho!

—¡Para, para, para! Contestaré a todo, pero ahora mismo necesito abrazarte, ¡Déjame hacerlo Sara!

Ella no contestó, se echó en sus brazos y lo abrazó bien fuerte, como si temiese que pudiera escaparse, él la apretó contra sí, inspirando el olor de su pelo y besándola, ella en cuanto lo sintió gemir en su cuello no pudo evitar las silenciosas lágrimas y abrazada a él lloró sin consuelo.

—Sara, cariño, no llores, por favor, ya ha habido demasiadas lágrimas entre nosotros, ahora solo quiero verte sonreír, quiero que me cuentes muchísimas cosas, y todas divertidas, todo lo que quieras, lo único que no necesito, ni quiero son explicaciones.

—Querrás comer algo, tomar un café, ¿Has cenado? Se levantó y llamó a Marie para que le preparara algo de cena a Javier. Marie le explicó que estaba todo preparado en el comedor, que lo había dejado ordenado Héctor.

Miró a Javier y le preguntó:

—¿Héctor sabía que vendrías?

—Si ¿Cómo crees que he sabido en dónde estabas?

—¡Bien por Héctor! Ven a cenar, Marie cocina exquisitamente,

—Comeré algo, pero estoy realmente cansado, llevo muchas noches durmiendo poco y mal y hoy me he metido de un tirón más de mil kilómetros. A la vez que le decía esto, le acariciaba la cara con el dorso de la mano y le colocaba cariñosamente un mechón de pelo detrás de la oreja, ¡Cuánto la quería! No podía creer que la tuviera delante. Se quedaba embobado mirándola. Luego le cogió la mano y con el pulgar le acariciaba la muñeca, ella se dejaba hacer encantada, tampoco podía creer que él estuviera allí, lo miraba extasiada.

Lo acompañó mientras cenaba y le iba preguntando un montón de cosas que a él no le daba tiempo a contestar. Cuando terminó de cenar, lo condujo hacia las habitaciones.

—Esta es mi habitación ¿Querrás dormir aquí? Claro que no, que tonta soy, con lo cansado que estás necesitarás descansar sin que nadie te moleste.

—Sara, cariño, no he hecho todo este camino para venir a descansar en una mansión de lujo. He venido a estar contigo, a pedirte que me perdones si puedes, necesito estar a tu lado, tocarte, tenerte pegada a mí, quiero descansar sí, pero junto a ti, a no ser que tu no quieras. Si es así lo respetaré, respetaré todo lo que tu impongas.

—Bien— dijo ella tirando por él y metiéndolo en su habitación.

Sin apartar la mirada de sus ojos empezó a desnudarse. No hubo palabras, pero estaba clara la invitación para meterse en la cama con ella, y para lo que tuviera que ocurrir. Él no dejaba de mirarla, sus ojos sonreían con la esperanza dibujada en ellos y aceptando su silenciosa invitación se acostó a su lado y la abrazó, ella se acurrucó en su regazo y empezó a hablar.

—Javi, no sabes cuánto he llorado y cuánto me he arrepentido del comportamiento que tuve contigo. —Empezó a llorar de nuevo.

—Sara, no necesitamos nada de eso, no digas nada, no llores. Quiero verte sonreír porque quiero hacerte el amor y solo podré hacerlo si sé que he sido capaz de borrar el llanto de tus ojos.

—Javier, tengo tantas ganas de... ¡dios, no esperes más!

—Dime de qué tienes ganas, preciosa, dime qué quieres que te haga

—Hazme lo que quieras... ¡Házmelo todo, Javi!

Empezó a besarla despacio, con mucha ternura, con cada beso iba recorriendo los caminos de su cuerpo que le eran tan conocidos pero que llevaba tiempo sin transitar.

Recorrió su cuerpo con las manos, acariciándola primero muy suave y con esa misma suavidad le decía cosas al oído que la excitaban. Ella respondía a esas caricias con las suyas y a las palabras de él con otras que lo volvían loco. Luego con la boca fue lamiéndola desde el cuello bajando por la garganta hasta llegar a los pezones, se los chupó hasta endurecerlos y siguió la ruta hacia el sur, bajando por su estómago hasta el ombligo, siempre lamiendo y mordisqueando por todo el recorrido, su mano se adelantaba y bajaba por el muslo hasta el tobillo para luego subir por la otra pierna. Le recorrió todo el cuerpo con sus besos, lamiendo cada trozo de su piel. Ella arqueaba la espalda ansiosa, la había recorrido toda, pero se había dejado el vértice.

—¿Que pasa, preciosa? ¿Qué necesitas, cariño? ¡Dímelo!

—Tú sabes lo que pasa, necesito... ¡Mmmm!

En cuanto la oyó gemir, se metió entre sus piernas, se colocó una en cada hombro y comenzó a lamerle aquel vértice tan deseado. Primero suave y después cada vez con más intensidad y a la vez preguntándole sin separar la boca de allí.

—¿Es esto lo que necesitabas cariño?

—¡Sí! ¡Cómo me gusta, Javi! ¡No pares!

—No tengo intención, quiero que te corras, Sara.

—Te esperaré, córrete conmigo,

—Yo todavía no, cielo, tú primero.

Aunque si continuaba así no tardaría.

Le introdujo la lengua en la vagina, mientras jugaba pellizcándole el clítoris con los dedos. La chupaba, la arañaba con los dientes y volvía a insistir con su lengua entrando y saliendo, haciéndole el amor con ella. Continuó acariciándole el clítoris rítmica e intensamente, hasta que ella llegó al pico máximo del placer y se corrió con gritos que él sofocó besándola y transmitiéndole su propio sabor. Antes de que descendiera del todo, la embistió con su pene moviéndose acompasadamente, y estimulándole de nuevo el clítoris, Sara sintió como su sexo volvía a contraerse en otro intenso

orgasmo en el que pudo sentir el caliente esperma de Javier esparciéndose dentro de ella.

Al terminar se tumbaron exhaustos uno al lado del otro. Mientras se recuperaban, él la miraba con adoración, le recorría la cara con una caricia, retirándole un mechón de pelo que cosquilleaba en su frente.

Ella abrió por fin los ojos y lo miró

—Javier, te quiero muchísimo, dime que no te irás sin mí.

—Sara, mi amor, he venido a buscarte. No me voy a ir sin ti, ya no podrás librarte de mí.

La abrazó y ella se acurrucó muy pegada a él.

—Javi, tienes que dormir, estás agotado. No quiero que enfermes.

—He estado enfermo, Sara, desde que tú te marchaste, ahora estoy mejor que nunca.

Pero tenía razón Sara, estaba verdaderamente agotado, y empezaba a quedarse dormido, aunque la noche prometía ser muy larga y placentera.

Dormían a ratos, sin embargo, en cuanto uno se movía empezaba de nuevo el baile de caricias que los excitaba y los llevaba de nuevo a la cima. No salieron de la habitación en dos días. Fueron dos días con sus noches en los que olvidaron al resto del mundo, solo estaban ellos. Hicieron el amor como locos, pero también hablaron y supieron uno del otro. Reflexionaron sobre lo que les había pasado. Desde luego, a ambos les había cambiado la vida de forma inesperada.



## Capítulo 18

*D*esde el lunes por la noche, cuando llegó Javier a Cassis, no habían salido de la habitación. Solo Sara hacía incursiones a la cocina en busca de comida. Marie les preparaba exquisiteces todos los días, Sara le había dicho que no era necesario que hiciese todo aquello, pero tenía órdenes expresas de Héctor. El miércoles decidieron vestirse y salir a tomar el aire. No habían salido todavía cuando sonó el móvil de Sara, era Héctor, quería asegurarse de que todo iba bien.

—Estamos genial. No falta ni un detalle y todo gracias a ti ¿Cuándo vas a volver? Me gustaría que conocieses a Javier.

—Hemos hablado por correo electrónico —le explicó Héctor.

—Ya sé que le has estado mandando mensajes a mis espaldas.

—¿Me he equivocado, tal vez?

—Claro que no, has acertado, como siempre. Te lo agradezco ¡Todo! Eres un cielo, Héctor, te quiero, lo sabes.

—¿Me quieres...?

—Tonto, sabes que eres mi «más mejor amigo».

—Ya, anda, déjate de tonterías. Lo que tienes que hacer es salir ya de la cama y enseñarle el pueblo a tu Javier.

Sara soltó una carcajada al comprender que Héctor daba por supuesto que estaban metidos en la cama desde la llegada de Javier.

—Sí, ahora íbamos a dar una vuelta por Cassis. Llamaré a Gabrielle, quiero presentarle a Javier.

—Me encanta escuchar esa risa de nuevo. Ah, no llames a Gabrielle. Está conmigo.

—¿Que está contigo? No me lo puedo creer. ¡Cómo me habéis engañado! Sabía que pasaría Héctor, no sabes cuánto me alegro, por los dos, pero más

por ti. Te mereces una mujer como Gabrielle, ella es lista y guapísima y, lo más importante, te adora.

—Todo eso es cierto, pero tú no dejas de ser una alcahueta. Por cierto, mañana regresamos, os espero sobre las dos del mediodía en el puerto, comeremos los cuatro, ¿Te parece bien?

—Me parece genial, allí estaremos. A las dos es buena hora. Un beso y otro para Gabrielle. —Dejó el teléfono encima de la mesa y empezó a contarle a Javier lo que Héctor le había dicho —: Pensé que se había ido a Lyon, tiene allí la base principal de su empresa, pero resulta que se ha cogido esta semana de vacaciones y se ha llevado a Gabrielle a París.

—¿Quién es Gabrielle? —preguntó él.

—Una chica que conocimos al día siguiente de llegar aquí, su madre tiene una tienda de pinturas, lienzos y todo eso, fuimos allí a comprar y ahí empezó todo.

—¿Héctor pinta?

—No, soy yo la que pinta. Ven te enseñaré lo que he hecho.

Desde que había llegado a Cassis, había pintado tres acuarelas: en una se podía apreciar el paisaje que se veía desde la ventana de la habitación de Sara, en otra había pintado su rincón favorito del jardín, con el pequeño estanque salpicado de nenúfares, y en la tercera se veía un viñedo en otoño cuando los colores de las cepas oscilan entre los ocres y los rojos en toda su variedad. Javier no salía de su asombro.

—Sara, esto es una maravilla. ¡Eres una artista!

—Bueno, soy una aprendiz, lo he hecho a modo de terapia y Gabrielle me ha enseñado mucho. —Ella lo miraba nerviosa, le daba un poco de vergüenza que viera todo aquello.

—Es fantástico, Sara. No sabía que pintarás.

—No lo hacía desde que era niña. Se me daba muy bien y mi madre me llevó a clase con una pintora de la localidad, pero, desde que ella falleció, no he podido volver a pintar.

—Me encargaré de que sigas pintando, no puedes dejarlo, tienes algo especial Sara. Todos podríamos pintar más o menos, si nos gustara y se nos diera bien, pero solo unos pocos tienen el «don» y preciosa, tú lo tienes. — Se acercó a ella le pasó el brazo por la cintura, la atrajo hacia él y la besó en el pelo.

—Eso dicen Héctor y Gabrielle, no sé, ya veremos...

—¿Qué hay que ver? Ellos lo vieron, yo lo veo, cualquiera puede verlo, solo tienes que verlo tú.

—No terminé de contarte. Héctor y Gabrielle llegarán mañana, pero no vendrán aquí, nos encontraremos en un pequeño restaurante cerca del puerto.

—Bien. ¿Y hasta mañana tenemos algún plan?

—Bueno, podemos ir hasta el pueblo, tienes que conocer Cassis, es muy bonito ¿Te apetece?

—Sara, me apetece todo contigo, lo que tú quieras, preciosa.

—Iremos, no estaría bien venir a la Costa Azul y que no salieras de casa.

—Bueno, tal como yo lo veo, venir a hacer el amor a la Costa Azul es increíble, romántico, maravilloso. No encuentro nada mejor. Tenemos que darle las gracias a Héctor por esta especial «luna de miel».

—Sí, no sé qué habría sido de mi vida sin él: ha sido un padre, un hermano, un amigo...

—Pues así lo apreciaré yo. ¿Desde cuándo lo conoces?

Sara guardó silencio durante unos segundos, pensando que quizás había llegado el momento de empezar a hablar. Mientras paseaban por Cassis cogidos de la mano, empezó a contarle sobre su trabajo en la agencia de contactos. Lo mal que lo había pasado, lo triste y asqueada que se había sentido al acostarse con hombres por dinero, porque eso era lo que había sido. Se podía utilizar cualquier eufemismo, pero ambos sabían de qué estaba hablando Sara. Javier le apretaba la mano como diciéndole «tranquila, estoy aquí y no voy a irme», pero ella ya no pensaba callar, no se iba a dejar nada. Cuanto más le contaba, mejor se sentía, era como deshacerse del lastre.

Javier la escuchaba en silencio, pero horrorizado por lo que ella había tenido que pasar y por no haber sabido estar a la altura cuándo quiso contárselo la primera vez. Le acariciaba con el pulgar la muñeca y acercaba su mano a los labios besando sus nudillos uno a uno. Cuando Sara acabó de contar todo lo que le había ocultado, las lágrimas corrían por su cara.

—Lo siento tanto, Sara. No llores más por eso, haría lo que fuera para borrar ese dolor de tus ojos y de tu alma. — Él la atrajo hacia sí en un abrazo infinito, acunándola y tratando de aliviar el dolor.

—No te preocupes, ya estoy bien, lo peor de todo fue la primera vez que quise contártelo, no sabía cómo y...

—Y yo no te dejé, fui un cretino, no sabes hasta qué punto me he arrepentido —se lamentó Javier—. No me importa lo que hayas hecho, el

pasado no me importaba. En realidad, sentí celos al verte con un hombre en aquellas imágenes de la televisión; por un tiempo ofuscaron por completo mi mente. No tengo disculpa, solo puedo esperar que me perdones y borrar tanto daño con todo el amor que tengo para ti. —La besó como a ella tanto le gustaba, comiéndole la boca a mordiscos y acariciándosela con la lengua hasta encontrarse con la de ella —. No quiero que hablemos más de esto, ya se ha llevado bastante de nuestro tiempo.

—Es verdad, pero para poder continuar hacia adelante había que dejar el pasado aclarado —le contesto ella liberada del peso que la oprimía —. Ahora me siento mucho mejor y creo que podré superarlo, espero que tú también.

—Sara, si tú estás bien, yo lo estoy —dijo Javier y, consultando el reloj, prosiguió—... ¿Sabes que son ya las diez y media? Vamos, lo que tengo ahora en mente, no podemos hacerlo aquí.

A Sara esas palabras le produjeron un latido en lo más profundo de su vientre ¿Qué le pasaba con Javier? Desde que lo había conocido no pensaba más que en acostarse con él. Entraron en el coche y se pusieron en marcha. Mientras conducía, él comenzó a acariciarle la rodilla, fue subiendo por el interior del muslo hasta tocar con la punta de los dedos su sexo. Sara abrió las piernas para facilitarle el acceso.

—No creo que lleguemos a casa Sara, ¿te importa? —le pregunto, ansioso.

—Que si me importa ¿qué? —Ella ya no podía pensar con claridad.

Javier seguía moviendo los dedos por encima del encaje del tanga. Enseguida su dedo índice se introdujo por debajo de la tela, abriéndose paso entre los labios para encontrar su clítoris ya abultado. Ella se arqueó y pronunció su nombre entre gemidos. Él sacó su mano de allí y Sara protestó agarrándosela.

—Voy a aparcar preciosa, ponte en el asiento de atrás y quítate la ropa, te dije que no llegaríamos a casa —le dijo Javier sonriendo.

Aparcó en el camino arbolado que llevaba a la casona, allí no entraba nadie más que ellos o Héctor, que no estaba. Se bajó del coche y se metió en la parte trasera. Nacho se había comprado un gran coche, pensó, espacioso y cómodo.

Cuando se sentó a su lado, Sara ya se había quitado el tanga y estaba abierta para él.

—No hay un lugar en el que me apetezca más estar que dentro de ti. —La miró y suspiró.

Le cogió los tobillos, se los besó e inició un reguero de besos por el interior de sus piernas hasta llegar al vértice. Allí se detuvo para devorarla con deleite. Primero, lamiéndola muy suave para luego hacer esa caricia más intensa, paseando la lengua por toda la vulva hasta llegar al clítoris y jugar con él. Sara enredaba los dedos en el pelo de Javier levantando y apretando su cadera con descaro contra su boca. Estaba a tope, y él hizo que fuera a más cuando la cerró abarcando todo su sexo y follándola la lengua hasta que se licuó al llegar al clímax.

—Javi cari... aajjj... me voy a... ¡Dios, sííí!

—Venga, Sara, disfrútalo, es para ti, todo para ti, cariño.

Todavía no habían terminado los espasmos de placer de Sara, cuando él la sentó a horcajadas encima, al tiempo que le introducía el pene de una sola embestida. Ella dio un grito que le hizo parar un segundo, pensando que la había lastimado, pero enseguida comprendió al verla moverse arriba y abajo que la oleada de placer volvía a remontar y alcanzaría de nuevo el pico más alto del placer.

—¡Vamos, cielo! Estoy llegando, vente conmigo. —Sus palabras eran un afrodisíaco, la volvían loca.

Ella se dejó ir en un orgasmo memorable. Se quedaron abrazados, Sara reposando la cabeza en su hombro y él besándola en el cuello.

—Te quiero Sara, no vuelvas a irte, no sabría vivir sin ti. Han sido dos meses de un auténtico infierno. No podía comer, no salía, solo iba a trabajar y al volver me encerraba en casa y bebía hasta caer semiinconsciente en la cama. No sé ni cómo podía ir a trabajar. Nunca le agradeceré lo suficiente a Nacho su apoyo. No sabes lo bien que se ha portado, me ha ayudado muchísimo, sin él, hubiera terminado fatal. Nunca pensé que podría perder el control de mi vida de esa manera —dijo todo esto pegado a su cuello y sin dejar de besarla, ella apretaba su abrazo y lo besaba en el pelo—. Sé que te conté mi infierno en los correos que te mandaba, pero decírtelo ahora es una manera de exorcizar los resquicios de aquella pesadilla.

Siguieron así abrazados mientras se recuperaban de su encuentro y ponían punto y final al pasado. Él seguía dentro y volvió a sentir cómo se endurecía, le quitó el sujetador, que aún llevaba puesto, y se lanzó a su pecho. En ese

momento, ella se apartó, levantándose de encima con un gemido y se acomodó la ropa.

—¿Crees que seguirá dura para cuando lleguemos a casa? —le dijo muy seria, sabiendo lo excitado que él estaba.

—¿Eso quieres? ¿Que aguantemos hasta llegar a casa?

—Sí, eso... Así que date prisa

Él se bajó del coche abrochándose el vaquero.

—Iría desnuda, pero pueden andar por allí Marie o Pierre y... bueno, no estaría bien. — Ella seguía en la parte de atrás vistiéndose.

—Me gustaría verte bajar del coche medio desnuda, te llevaría en brazos hasta la habitación sin dejar de meterte la lengua en esa dulce boca que tienes y, mientras, mi dedo se abriría paso entre esos labios de ahí abajo que ya deben estar hirviendo.

—No sigas diciendo esas cosas, ¡Dios! No vamos a llegar a casa nunca.

—Sí, sí que llegaremos. Tú me has hecho abrocharme el vaquero con esta tremenda erección y ahora aguantarás las consecuencias —le dijo esto muy serio, pero con la sonrisa por dentro que ella percibió.

—Vale, será como tú quieras.

Aparcaron el coche y entraron en casa cogidos de la mano. Sara apoyada en él chupándole el cuello y Javier metiendo su mano libre por debajo del vestido. Se puso aún más duro cuando descubrió que no se había puesto el tanga. La miró buscándole la boca al mismo tiempo que le metía el dedo y hurgaba en su interior, excitándola todavía más. Tuvieron que dejar el jueguito porque apareció Marie y, saludándolos, les informó que les había puesto la mesa en el salón.

—No tenemos hambre— dijo ella.

—Yo sí —dijo Javier—, mucha

Ella le miró asombrada

—¿Qué? — preguntó él con una media sonrisa en la boca.

—Nada. Comamos.

Se acercaron a la mesa, él le pidió que se sentara a su lado, a Sara le estaba gustando mucho el juego que habían iniciado; Marie aparecía de vez en cuando para traerles cualquier cosa que pedían y para servirles.

—¿Estás cansada, Sara?

—No, ¿Por qué? ¿Lo parezco?

—No, no lo pareces, estás guapísima con ese brillo especial que se te pone

en los ojos después de hacer el amor. Si no estás demasiado cansada, podemos alargar este juego que, por cierto, empezaste tú cuando no me dejaste volver a hacértelo en el coche.

—Me gusta jugar contigo —dijo ella mimosa y le dio un beso en la mejilla.

—Un beso muy casto para lo que nos proponemos. ¿No te parece?

—No sé qué nos proponemos...

—Sí, lo sabes. —Le puso una mano en el muslo, se lo acarició suavemente por el interior, pero evitó llegar al vértice; ella respiraba con dificultad. Él retiró la mano y empezó a comer ofreciéndole a ella—. ¿Te gusta el solomillo al roquefort, Sara?

—Sí, me encanta, casi tanto como tú.

—¡Pues come!

—Me gusta que me lo des tú —le dijo ella zalamera.

Javier la miró con los ojos entrecerrados y empezó a darle pequeños trocitos de solomillo, bañados en la mejor salsa roquefort que habían probado nunca. Después le lamía los labios recogiendo alguna gotita que se le escurría por las comisuras; era demasiado erótico todo aquello. Javier se levantó, le dijo a Marie que no la necesitarían más y cerró la puerta del salón. Volvió a sentarse a su lado y le pidió que se desnudara de cintura para arriba. Ella dejó caer el vestido por los hombros hasta que quedó rodeando sus caderas y se quitó el sujetador. Él observaba como se desnudaba mientras seguía comiendo.

—No has comido casi nada, ¿quieres que siga dándote de comer yo?

—Sí, por favor, me gusta...

Continuó dándole pequeños trozos de carne mojada en la succulenta salsa que ella dejaba que resbalara por su barbilla solo para que él la limpiara con la lengua.

—¡Hum!, está aún mejor de tu boca. —A veces entraba en su boca para saborear el bocado aderezado con la saliva de ella.

—Dame más y saborea conmigo,

—¿Quieres beber? Marie nos ha puesto un burdeos exquisito.

—Sí, dame un poco.

Javier bebió de su copa, luego la cogió por los hombros y, apoyándola en su brazo, la inclinó hacia atrás, y se lo pasó a ella de su boca, que lo paladeó y le pidió más.

—¿Te gusta el burdeos, Sara?

—Me gustas tú, Javier, todo tú... y, ahora, si me dejas degustaré el postre...

—No hay prisa, preciosa. Espera un poco...

Se terminó el solomillo, dándole a ella también y lamiéndole la boca. De vez en cuando le daba de beber, siempre de su boca. A veces se le resbalaba un poco de vino por el cuello y él lo dejaba llegar hasta el pezón desnudo, allí lo recogía y se recreaba chupándose hasta ponérselo duro, primero uno, después el otro, Sara se notaba empapada y se movía inquieta.

—¿Qué te pasa cariño? ¿Estás incómoda?

—Estoy bien, solo necesito...

—¿Qué?, ¿qué necesitas, Sara?

—Necesito que me lo hagas ya, no puedo más...

—Todo a su tiempo, cielo. Hablaste del postre, ahora me comeré el mío.

Ella pensó que había llegado el momento de degustarlo a él, le apetecía mucho, pero Javier tenía otros planes. Retiró hacia un lado los platos y el mantel y la sentó en la mesa. Le quitó el vestido y se recostó en la silla para admirar su cuerpo.

—Sara, abre las piernas, déjame verte. ¡Buf, nena! Te lo voy a comer, Sara, no pararé hasta que te derritas en mi boca. —Sin más, enterró la cabeza entre sus piernas.

Ella se echó hacia atrás apoyando los codos en la mesa y poniendo las piernas en los hombros de Javier. No podía estar más expuesta, quería dárselo todo. Él lamía su sexo disfrutando de ello, le recorría los labios con la lengua, apresaba su clítoris entre los dientes suavemente y lo mordisqueaba hasta casi hacerle daño, pero enseguida lo compensaba la caricia de su lengua. Ella jadeaba entre palabras irreconocibles y pronunciando su nombre

—Todavía no, Sara. ¿Podrás esperar? —Javier, sin dejar de chuparla, le impedía correrse.

—Lo intentaré —le contestaba entre jadeos.

—Avísame cuando no puedas más. Siguió devorándola cada vez con más intensidad. Le metía la lengua y le preguntaba —: ¿Te gusta que te lo haga con la lengua?, dime...

—Me gusta todo contigo, ya lo sabes

—Túmbate en la mesa. —Se acostó como le había pedido mientras él tiraba de su cadera hasta el borde de la mesa, le recolocó las piernas entorno a su cuello y le acarició el sexo con la mano extendiendo su líquido hasta el ano



jugueteando con su dedo en aquel orificio de pliegues apretados, ella le miraba asombrada —. No haremos nada que no quieras Sara, pero me gustaría jugar un poco aquí atrás ¿Te apetece?

—Vale, es raro, pero me gusta, debo ser una viciosa.

—No lo eres cariño, es algo más dentro del sexo que, si eres capaz de abrir tu mente y disfrutarlo, puede ser fantástico.

—¿Lo hacías con Andrea?

Él la miró sorprendido, le sonrió y la besó haciéndole degustar su propio sabor.

—No, nunca lo hice con ella porque ella nunca quiso, pero me gustaría mucho probarlo contigo, ¿quieres?

—Sí, ya te dije que lo quiero todo contigo.

Javier volvió a lamerla a la vez que le metía dos dedos en la vagina, quería que estuviese bien excitada para cuando le metiera el pene allí atrás.

—Javi, no sigas, o me correré ya...

Era el momento, se bajó el pantalón y el bóxer liberando su miembro, y lo acercó hasta rozar el sexo de ella. Su interior desprendía un calor que quemaba, jugueteó en la entrada y, por fin, lo dirigió hasta aquel apretado anillo de Sara. Introdujo la punta mientras observaba el gesto de sorpresa de ella, que aun así pedía más. Fue poco a poco, introduciéndose con cuidado, y a la vez estimulándole el clítoris hasta que estuvo todo dentro, entonces lo sacó y lo volvió a meter, ahora siguiendo un ritmo implacable, ella jadeaba y él ya no podía más. Aquello le había sorprendido tanto como a ella, jamás pensó que pudiera ser tan placentero.

—¡Vamos, Sara! Es para ti.

—Me estoy corriendo, Javier. —No podía más.

—Lo sé, lo noto. —Terminó diciendo su nombre con un gruñido y se dejó caer sobre el pecho de ella.

—Te quiero, Javi, esto ha sido sublime, jamás imaginé que fuera tan..., no sé cómo explicarlo...— susurró Sara mientras le acariciaba el pelo.

—No tienes que explicarlo cariño, yo estaba dentro de ti y lo he sentido contigo.

—Deberíamos subir a la habitación, no sé qué estará pensando Marie.

—Sí, será mejor, seguiremos allí. —Lo miró con asombro y él, sonriendo, la abrazó, la cogió en brazos y la subió —. Nos daremos una ducha. Vamos, preciosa.

Le siguió al baño y le dejó hacer, estaba agotada. Se ducharon dejándose golpear por el agua bien caliente, él le frotaba los hombros a modo de masaje, y ella se lo agradecía besándolo en el pecho.

—Para, cielo, o no saldremos de la ducha y estamos cansados ¿O no?

—Sí, estamos cansados...

Cerraron los grifos y salieron, Javier la envolvió en una toalla grande y continuó frotándola, luego se secó él.

—No te pongas nada, Sara, me gusta sentir tu piel pegada a mí.

Se metieron en la cama y él se acomodó pegando la espalda de ella a su torso y abrazándola desde atrás. La besaba en el cuello y ella se estremecía.

—¿Sabes, Javier? Después de haber hecho... bueno, de haberme acostado con aquellos hombres, pensé que jamás podría hacer el amor con nadie. Estuve tan asqueada que solo recordarlo me producía arcadas y cuando te conocí, todo aquello desapareció. Cuando me acosté contigo la primera vez, no me lo podía creer, algo en mi interior borró todo aquello. Fuiste mi tabla de salvación.

—Bien, me alegro, y así debe seguir siendo. Te quiero, Sara, te quiero muchísimo.

—¿Y lo de Andrea? No hemos hablado de eso.

—Te dije que iría a hablar con ella y eso hice, el fin de semana que te viniste con Héctor, yo me fui a Madrid.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Bueno, tiene que asumirlo, pero ha entendido que lo nuestro estaba muriéndose desde hacía ya tiempo. Creo que Pablo se va a encargar de que lo olvide pronto. De todas formas, me gustaría seguir siendo su amigo. Es una gran mujer, me ha ayudado mucho y me ha querido, yo a ella también, por supuesto; además se ha portado como una señora. Siempre la recordaré con cariño y admiración.

—Me alegro, me sentía mal cuando pensaba en ella, a pesar de no conocerla.

—Quizás algún día la conozcas, cuando las cosas vuelvan a la normalidad. También quiero que conozcas a mis padres

—¿Se lo has dicho?

—Todavía no, se lo diremos los dos, iremos un fin de semana, seguro que a Nacho no le importará dejarme el coche otra vez o incluso se apunte a la excursión si no tiene trabajo. Ya lo organizaremos.

Sara no pudo evitar un bostezo y Javier le besó el cuello por enésima vez, la abrazó fuerte y le dijo con la boca pegada a su oreja  
—Duérmete, preciosa. Mañana será otro día.

## Capítulo 19

*H*abían quedado con Héctor y Gabrielle al mediodía en el restaurante *La Presqu'île*. Estaba a las afueras de Cassis, había que ir en dirección a Les Calanques hasta Port Miou, aunque también se podía acceder en barco o incluso en helicóptero. Cuando llegaron, Héctor y Gabrielle los esperaban. Habían elegido una mesa en la que daba la impresión de estar en medio del mar, el lugar era ideal.

Sara los presentó y enseguida se sintieron cómodos. Gabrielle se atrevió a hablar un poco de español después de haber estado con Sara todos aquellos días. Héctor la miraba sonriendo.

—Me gusta ver el cambio que has dado, Sara, tienes el mismo brillo en la mirada que el día que fuimos a Bilbao y me hablaste por primera vez de Javier. ¿Sabes Javier? Ese día pensaba declararme a Sara, pero cuando me habló de ti comprendí que llegaba tarde. Ahora me alegro de cómo han sucedido las cosas, sobre todo de ver a Sara feliz.

—Y yo no sabes cuánto te agradezco todo lo que has hecho por ella, por los dos. Esta semana aquí ha sido como una luna de miel, no sé cómo pagarte todo esto.

—Quiero que sepas que Sara es, desde que me la traje aquí, como una hermana y quiero que siga siendo así. Lo que le pase me interesa: si es feliz me interesa, si está enferma me interesa, todo... Tú tienes una hermana, Javier. Lo que sientes por ella es lo mismo que yo siento por Sara.

—Entendido, cuñado —dijo Javier riendo.

—Bien, esa es la idea.

Todos se rieron. Gabrielle cuando hablaban demasiado deprisa se perdía, pero Héctor la ponía al día enseguida. La miraba con adoración y a cada momento le besaba la mano que solo le soltó para comer. Ella se dejaba

querer, lo adoraba con la mirada, se la veía enamorada. Sara estaba alucinada. ¿Qué les había pasado a esos dos en París?

—Nosotros por aquí bien, pero y a vosotros, ¿qué os ha pasado en París? No me puedo creer lo que veo.

—Pues tú has sido la culpable, ¡eres muy bruja!

—Sí, doy fe de ello —apostilló Javier.

—Veréis..., me he enamorado de Gabrielle, y ella...

—Ya lo estaba antes que tú —atajó Sara.

—Déjame terminar, brujilla. Hemos decidido que acabará sus estudios en Lyon y si seguimos pensando lo mismo, quizás nos casemos. Os lo haremos saber.

—No esperaba otra cosa, solo faltaría.

Después de comer pasearon y tomaron un café en una terraza. Hacía frío, pero el sol del Mediterráneo invitaba a disfrutar la tarde.

—Tenemos que ir pensando en marcharnos para Logroño, esto es fantástico pero nuestra vida está allí, de momento —dijo Sara.

—Hoy es jueves, ya pensaréis mañana en eso.

—Cuando vine, hice el viaje de un tirón, pero la vuelta preferiría hacerla en dos etapas para poder disfrutar un poco del espléndido paisaje. Saldremos el sábado por la mañana, sin madrugar demasiado, dormiremos en algún lugar a medio camino y calculo que llegaremos a Logroño el domingo al atardecer, sin prisas.

—Yo también lo he pensado y os lo he planificado un poco. — Javier y Sara iban a protestar, pero Héctor levantó la mano como pidiendo una tregua y continuó hablando—: es mi regalo para Sara por todo lo que ella me ha dado. Aceptadlo, es importante para mí. ¡Ah!, y otra cosa, quiero que sigas pintando, Sara.

—Me encargaré de ello, no te preocupes, he visto lo que ha pintado, llegará lejos, lo sé.

—Veo que lo has apreciado, me alegro, ahora sí que estoy seguro de que eres su media naranja. Os felicito a los dos, seréis felices si conseguís lidiar bien la vida.

—Eso espero y os deseo lo mismo a vosotros —repuso Javier.

Caminaron hacia los coches y al llegar Héctor le preguntó:

—Te habrá costado un pastón alquilar este coche. ¡Me encanta!

—La verdad es que no, no habría podido permitirme semejante coche, me

lo ha dejado Nacho, un amigo.

—Debe ser buen amigo para dejártelo, parece nuevo.

—Sí, no tiene ni tres meses, y sí, también es como un hermano: es el novio de mi hermana. —Le dio la risa—. No sabes la de cosas que han pasado en estos dos meses, ha sido increíble. Debe ser lo del efecto mariposa; se produjo un cambio de planes inesperado cuando me llamaron para cubrir un puesto de bibliotecario en Logroño y eso provocó todo lo demás: conocí a Sara, mi hermana conoció a Nacho; Héctor tú salvaste a Sara y ella te trajo a Gabrielle... ¿Os dais cuenta? Y todo esto lo produjo el cambio repentino de planes.

—Han pasado muchas cosas y casi todas buenas. Con lo mal que pintaba este año. Sin embargo, parece que todo se va recomponiendo. —Sara le miró abrazándose a él, le besó en el cuello y, sonriendo, asintió.

Javier y Sara se fueron hacia la casona, Héctor y Gabrielle tenían que ir a ver a la madre de ella.

Pasaron el viernes disfrutando de su último día en la Costa Azul. Habían sido unas auténticas vacaciones para Sara, nunca había tenido unas, y la semana con Javier fue una luna de miel en toda regla.

Javier y Héctor hablaron de sus trabajos y ellas de sus estudios. Marie les agasajó con sus mejores recetas.

—Es una joya esta mujer, Héctor, cocina de maravilla, no la dejes marchar.

—No lo haré. Cada vez me gusta más este pueblo y esta casa, quizás vivamos aquí más adelante. Ya veremos.

—Os visitaremos mucho, a nosotros también nos ha encantado.

—A ver si es verdad y no os hacéis de rogar demasiado.

Javier y Sara abandonaron Cassis el sábado sobre las diez de la mañana. Tenían pensado comer por el camino en algún lugar que les gustase, quizás Arles. Dormirían en Toulouse, era más o menos la mitad del camino entre Cassis y Logroño. Héctor se había encargado de buscarles hotel, así que sería el mejor, seguro.

Tal como habían sospechado, les había reservado el hotel Le Grand Balcon, un cinco estrellas impresionante, un antiguo hotel al que acudían los míticos aviadores franceses, remodelado hacía poco con un diseño muy moderno y cómodo. La situación era excepcional, junto a la plaza del Capitolio. Les

había contratado una suite maravillosa. Una vez que estuvieron instalados lo llamaron para agradecerle de nuevo todo aquello.

Disfrutaron muchísimo, tanto del lujoso hotel como del viaje en sí.

Después de otra noche más de placer, no madrugaron demasiado. Tenían todo el día para llegar a Logroño. No fueron conscientes de que su pequeña luna de miel se había terminado hasta que se adentraron en territorio español.

—Sara, ¿querrás vivir conmigo?

—¡Qué nervios! Creí que no me lo ibas a pedir. No hemos hablado de eso y como tú no decías nada, pensé que preferías vivir solo....

—¿Cómo puedes pensar eso? Yo lo daba por supuesto, aunque hace un momento también me entró la duda y pensé que quizás no quisieras vivir conmigo. No nos puede volver a pasar esto, tenemos que decirnos las cosas. No puede ser que estemos mal por no preguntar o por no decirnos algo que nos atormenta. No lo haré más, Sara, no lo hagas tú tampoco.

—Tienes razón, pero al acercarnos a nuestro destino, me parece como si los últimos días fueran un sueño y me da miedo despertarme.

—Que no te de miedo, cariño. Vamos a estar bien, ya lo verás. —Le cogió la mano y se la llevó a los labios besando cada nudillo y reteniéndola en su regazo. —Cuando lleguemos llamaré a Nacho para devolverle el coche, y tú deberías llamar a Ana, estará preocupada.

—Sí, va a sentir que me vaya de su casa, pero siempre podrá contar conmigo para lo que necesite. ¿Podré invitarla a dormir en casa alguna vez, Javier?

—¿Me lo estás preguntando de verdad? Sara, si vamos a vivir los juntos, será nuestra casa, por lo tanto puedes hacer lo que quieras e invitar a quien quieras. Cariño no tienes que preguntarme eso, pero sí que tendrás que preguntarle a ella, no creo que quiera estar cerca de mí. No sabes cómo me trató cuando fui a buscarte a vuestra casa, creo que le caigo mal.

—Bueno, es que te echaba la culpa de todos mis males, pero ya no. Le gustarás, lo sé.

—Tendré que llamar también a casa, mi madre me echará la bronca por haber estado tanto tiempo sin dar señales de vida. —Le volvió a besar la mano.

—Te quiero —susurró ella mientras recostaba la cabeza en su hombro. Javier la miró y le dio un fugaz beso en los labios

—No hagas eso, estás conduciendo —le reprendió.

—Pues no me provoques. Me han entrado ganas de comerte aquí mismo y, la verdad, me gustaría llegar a casa. ¿Crees que será posible?

—Eso espero, es bastante tarde —y volvió a susurrarle en el cuello—: Te quiero muchísimo, Javier.

Él la miró de reojo y se puso duro solo pensar en todo lo que le haría cuando llegaran a casa. Estaba claro que nunca tendría bastante de Sara.

Al día siguiente, Javier llegó a la biblioteca y fue a ver al director para comunicarle que ya estaba de vuelta.

—Veo por tu cara que has solucionado lo que te tenía tan preocupado.

—Sí, gracias por haberme permitido este paréntesis, ha sido vital para mí, pero ya está.

—Me alegro, Javier. Ahora a trabajar. Marián parece que se ha defendido bien, espero que te agrade esta chica, porque va a trabajar contigo.

—Por supuesto, es estupenda, tendré que hacerme perdonar por lo borde que estuve la semana que empezó.

—Bueno ya lo arreglaréis, me gustaría que os compenetraseis bien en el trabajo porque eso beneficia a todos.

—No habrá problema, estoy seguro y, gracias de nuevo. —Salió del despacho del director contento y agradecido.

Hoy iba ser, de verdad, el primer día que disfrutaría de su trabajo. Saludó a Marián con un beso en cada mejilla y presentándose como si llegara por primera vez. Ella estaba sorprendida por su actitud, no parecía el mismo con el que había trabajado la semana en la que empezó.

—Sé lo que estás pensando, Marián, y tienes razón: no soy el mismo que conociste cuando llegaste. Creo que soy una persona bastante mejor, espero que trabajes a gusto conmigo. Si algo no te gusta, dímelo, si necesitas algo, dímelo, si quieres hablar, dímelo; lo que quieras, tú dímelo. Como dice mi madre: «Hablando se entiende la gente».

—Gracias, te lo diré, todo. Por ejemplo, ¿quieres un café?, iba a buscarme uno para mí, o prefieres que vayamos allí a tomarlo.

—Mejor aquí, iremos al bar a eso de las doce del mediodía, cuando hagamos el descanso. Pero iré yo a buscarlos. —Se ofreció Javier—. Yo lo tomo con leche, ¿tú cómo lo quieres?

—Con leche también, por favor, y azúcar.



A media mañana salieron al bar de enfrente tal como habían pensado. Javier aprovechó para llamar a Sara, había ido a la facultad para saber la nota del trabajo de arte. Le dijo que estaba llegando al despacho del profesor, que en cuanto saliese lo llamaría.

Era la una y media cuando sonó el móvil de Javier.

—Dime, cariño, ¿todo bien?

—No te lo vas a creer, Javi, me han puesto sobresaliente.

—Bueno, yo no esperaba menos. Ves como este va a ser nuestro año. Ya solo te quedan dos asignaturas, te dedicarás a ellas y a pintar.

—Necesito trabajar Javier, ya lo sabes.

—Pero si tienes dinero, no necesitas trabajar.

—El dinero que tengo es para hacer el máster, no lo puedo gastar.

—¡Vale! pues no te lo gastes. Por cierto —añadió—, ¿qué clase de conversación es esta?, en horario laboral y delante de mi auxiliar.

—¿Está ahí? ¡Qué vergüenza!

—No, tonta, es una chica muy maja, ya la conocerás —le dijo Javier—. Oye ¿estás cerca de la biblioteca?

—Sí, estoy en la puerta—contestó.

—Pues entra, ¿qué haces ahí?

—No, sal tú —le pidió.

—Vale, espérame en la entrada, iremos a comer por ahí. Hay que celebrar ese sobresaliente. —Miró hacia Marián y le explicó que hablaba con su novia.

Los días pasaban mientras se iban adaptando el uno al otro, cada uno con sus horarios. Ella tenía clase a primera hora y no faltaba, luego se iba a la biblioteca a estudiar. A Javier le encantaba verla allí. Después iban los dos a comer, casi siempre a casa y alguna que otra vez a su tasca favorita. Por las tardes, Javier volvía a su trabajo y ella se quedaba en casa pintando.

Fernando, el novio de su amiga, trabajaba en un banco que organizaba exposiciones en su propia sala y le había propuesto a sus superiores una exposición de sus obras. Sara estaba encantada, en cuanto tuviera material suficiente, los avisaría. Lo más probable es que tuviera suficientes cuadros para octubre. Javier le había montado una especie de taller en lo que se suponía que era la habitación de Xulia. Ella de momento no estaba y, cuando viniera, quizás prefiriese la casa de Nacho, ya se vería.

Se acercaba Semana Santa y Xulia había anunciado que iba a venir, pero

Javier quería visitar a sus padres con Sara. No les había contado nada y necesitaba hacerlo. Pensó que podrían ir un fin de semana antes y, de paso a la vuelta, Xulia se vendría con ellos. Tendría que volver a pedirle el coche a Nacho. Estaba claro, tenía que comprarse uno. Hablaría con Sara de todo esto cuando llegara a casa. Además, si quería llevar el coche de Nacho, se lo tendría que pedir con tiempo.

—¿Estás seguro de que quieres que vaya contigo?

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—Pues porque tus padres aún no saben lo que pasó con Andrea y presentarse ya con otra... Creo que me odarán, me echarán la culpa de tu ruptura con ella.

—Tienes miedo, lo entiendo, pero no debes tenerlo, ellos ya sospechan algo de lo de Andrea, solo voy a dar por hecho lo que está como suspendido en el aire. Y quiero que conozcan a la mujer de mi vida.

—Vale, iré, pero luego no te enfurruñes si la cosa no sale bien.

—Lo único que podría pasar es que me enfadara con ellos, pero sería con ellos, no contigo, y te aseguro que no ocurrirá. Cuando los conozcas verás que ellos están de mi parte, sea cual sea esa parte. En este caso, tú. —La abrazó fuerte y la besó transmitiéndole esa seguridad que le faltaba a veces —. ¿Cómo va la pintura de mi artista preferida?

—Muy bien. Como te has empeñado en que hasta que no termine mis estudios no trabaje, pues pinto. Espero poder compensarte haciéndome famosa.

—Ya me compensa, cariño. Verte feliz a mi lado haciendo lo que te gusta es lo mejor que me puede pasar. No necesito más.

Sara se le colgó del cuello y lo besó con pasión y una necesidad que iba creciendo a medida que se prolongaba el beso.

—Hum..., te voy a llevar a la cama ahora mismo.

—¡No puede ser! Va a venir Nacho a cenar.

—Tendrá que ser rápido entonces.

—Eres imposible —le dijo a la vez que se iba desnudando.

## Capítulo 20

**M**enos mal que Nacho se retrasó un poco y para cuando llegó a casa de Javier, ya estaban duchados y vestidos. La cara de felicidad que se les había puesto en la Costa Azul seguía imborrable.

—Eres muy buena cocinera Sara. Estaba todo buenísimo —comentó Nacho.

—Si, a mí también me ha gustado, sobre todo los huevos rellenos —afirmó Javier.

—Es una receta de mi abuela, tengo que pedirle también la del arroz con leche, lo hace de vicio.

—¿Vive tu abuela? —le preguntó Javier.

—Es la única familia de verdad que tengo, es la madre de mi madre. Vive en una residencia de ancianos. La llamo de vez en cuando, pero la veo poco porque entre estudiar y trabajar, no me es posible desplazarme tanto como me gustaría.

—Pues a eso hay que ponerle solución. No sé por qué nunca me has hablado de ella.

—Bueno, no surgió. Ahora ya lo sabes, cuando quieras vamos a verla y te la presento. Seguro que le caes bien —dijo Sara.

—Vale, ¿Qué te parece este fin de semana? El próximo es cuando vamos a Ourense.

—Y eso ¿cuándo me lo ibais a contar? —intervino Nacho, que parecía invisible.

—Hoy mismo, necesitaríamos tu coche, Nacho...—dijo Javier avergonzado.

—«Por el interés te quiero, Andrés».

—Oye, eso no es verdad, Javier organizó la cena de hoy para hablar de esto.

—Pues va a ser que no, no os dejaré el coche, os llevaré yo ¿Cómo lo veis?  
—Sara se lanzó al cuello de Nacho abrazándolo y besándolo entre risas.

—Sara, tampoco hacen falta tantas muestras de cariño —dijo Javier.

—¡Venga, hombre! Si todo queda en familia. —Y a sus carcajadas se unieron las de Sara y Javier—. La verdad, no os había dicho nada porque estabais en una especie de luna de miel estupenda y no quise romper el hechizo, pero ya he quedado con Xulia en que iría a buscarla, ¿a que os gusta la idea?

—No es que nos guste, es que hemos tenido la misma idea. —comentó Javier

—Eso es porque somos de la familia. —dijo Sara bromeando

De nuevo los tres comenzaron a reír.

Fue una noche divertida, se lo pasaron bien y charlaron sobre un montón de cosas. Javier y Sara le contaron lo que habían hecho en Cassis, lo que se podía contar, claro, y Nacho les habló de los estupendos carnavales que habían pasado Xulia y él.

—Por cierto, Javier, Xulia me ha pedido que te diga que quiere quedarse en mi casa cuando venga en Semana Santa, y yo también quiero que se quede conmigo, no te importa, ¿verdad?

—¿Te he dicho ya que eres un asaltacunas?

—No me digas eso, que ya me martirizo yo bastante todos los días.

—Pues no lo hagas —dijo Sara—, los dos sois mayores de edad y os queréis, eso es lo único que importa, y a ti, Javier, ¡ya te vale!

—Pero si lo decía en broma, ¿crees que quiero enemistarme con el que me va a dejar el coche mañana para ir a Cuenca? ¿o también quieres venir? ¡Ah, no! Xulia no está en Cuenca —bromeó Javier.

—¡Uy! ¡Qué gracioso estás hoy, chico! A ver si sigues así de gracioso el lunes en el gimnasio.

—¿En qué estás pensando?

—¿Qué te parece un combate de *kick boxing*? —le retó Nacho.

—Nachó, te arrepentirás...

—Sara, no deberías perderte esto, serás nuestra madrina —dijo su amigo.

—¡Dios mío! ¡Se palpa la testosterona! Me voy a ver Anatomía de Grey, ahí os quedáis

Mientras Sara se tumbó en el sofá a ver la tele, ellos charlaron de sus cosas y planificaron el viaje a Ourense. Eran ya las doce de la noche y ella se había

quedado dormida en el sofá. Al darse cuenta, bajaron el tono, aunque enseguida dieron por finalizada la noche. Los tres madrugaban, Nacho no dejó que Javier despertara a Sara para despedirlo.

— Déjala que duerma, la tienes agotada —bromeó—. Mañana, después de comer, te traigo el coche.

—Gracias, Nacho, espero que sea la última vez, me voy a comprar uno.

—Sabes que no me importa dejártelo.

—Lo sé y te lo agradezco, pero creo que nos hará falta uno a Sara y a mí.

—Hasta mañana entonces, Javier.

Javier cerró la puerta y terminó de recoger lo que quedaba en la mesa, conectó el lavavajillas y cerró la puerta de la cocina para amortiguar el ruido. Luego volvió al salón, apagó la tele y se quedó mirando a Sara «¡Cuánto la quería!» Se había hecho imprescindible en su vida. La cogió en brazos para llevarla a la cama intentando no despertarla, ella le rodeó el cuello, reposó la cabeza en su hombro y, con la voz tomada por el sueño, le dijo:

—Javi..., puedo ir yo...

—Sigue durmiendo, te meteré en la cama.

—¿Vas a desnudarme?

—¿En qué estás pensando?

—En lo que me va a gustar que me desnudes...

—¿Sí? Más me va a gustar a mí, preciosa. —No la dejó hablar más, antes de llegar a la cama empezó a devorarle la boca.

Javier había decidido hacer más horas por las tardes, sobre todo lunes y martes, de forma que los viernes al mediodía comenzaba su fin de semana.

Nacho les llevó el coche y comieron los tres juntos.

—Espero que tu abuela esté bien de salud y que disfrutéis de Cuenca, es una ciudad preciosa.

—Yo nunca he estado, pero Sara será una estupenda cicerone. Gracias de nuevo por el coche.

—Te dejo las llaves del garaje. Cuando volváis, no me llaméis, estaré trabajando. Lo guardas tú y ya nos veremos el lunes.

Sara estaba inquieta, no dejaba de frotarse las manos, Javier la miraba de reojo mientras conducía, vio un CD sin guardar, en el salpicadero, y lo puso. Empezó a sonar *I say a little pray for you*.

—¡Qué bien!, Aretha Franklin, me encanta —dijo Javier—. Parece que Nacho y yo tenemos gustos musicales similares.

Volvió a mirar a Sara que seguía callada y nerviosa. Puso una mano sobre las de ella, que no dejaba de frotar.

—Para ya y dime qué te pasa.

—No me pasa nada.

—Sara, sé que te pasa algo, dime qué es.

Ella miraba sin ver por la ventanilla del coche. Javier divisó un área de servicio y se desvió hacia allí. Sara seguía callada hasta que paró el coche y, por fin, como si despertara de algún sueño, lo miró y preguntó:

—¿Por qué paras aquí?

—No vamos a ir a ningún sitio si no me dices qué te pasa.

Ella negó con la cabeza y cerró los ojos, pero no pudo evitar las lágrimas que empezaron a correr por sus mejillas.

—Por dios Sara, tienes que decirme qué pasa. ¿Quieres que demos la vuelta? No tenemos que ir si no quieres.

—No es eso, es que hace tanto tiempo que no voy. Me apetece ver a mi abuela, siempre la quise mucho, sigue mandándome ciento cincuenta euros cada mes, ¡la pobre! ¿Puedes creerlo? Pero volver aquí es... no sé, como retroceder en el tiempo y revivir de nuevo todo aquello.

—Sara, te lo vuelvo a decir, no tenemos que ir.

—Sí, Javier, tengo que ir. Tengo que afrontar esto. Además mi abuela se merece todo mi cariño y no se lo he dado, la llamo cada poco, pero llevo seis años sin venir.

—Cariño, te voy a preguntar algo, no te enfades y no me conteste si no quieres...

—Se lo que quieres preguntarme, te lo contaré, necesito hacerlo, ¿Podemos tomar un café?

—¡Vamos a por ese café! Podemos hacer lo que queramos, nadie nos espera. — Javier se bajó del coche, le abrió la puerta y la cogió de la mano para ayudarla a salir; la abrazó y la besó en los labios.

Se sentaron cerca de un gran ventanal desde el que se veían pasar los coches de la autovía, uno podría quedarse hipnotizado viendo su ir y venir. Sara miraba callada mientras Javier traía los cafés. Se sentó a su lado y le cogió la mano; quería hacerle sentir que no estaba sola.

—Éramos una familia normal, ¿sabes? Mis padres me querían muchísimo.

Mi padre trabajaba en una asesoría fiscal, allí seguirá, supongo; mi madre era funcionaria en un centro de salud. Después de casi diez años, volvió a quedarse embarazada, todo parecía ir bien hasta que, ya a punto de dar a luz, sufrió eclampsia y se sumió en un coma irreversible que duró dos días. El feto también murió. Mi padre se sumergió en una profunda depresión que degeneró en alcoholismo, no se volvió a ocupar de mí, ni me miraba. Fue mi abuela, con su profunda tristeza, pues había perdido a su hija, la que se hizo cargo de mí durante cuatro años.

Javier la escuchaba con atención, le acariciaba la mejilla y le colocaba algún mechón de pelo detrás de la oreja. Ella se dejaba hacer y arribaba su cara a la mano para sentir mejor su calor, entonces él la acercaba hacia sí y la besaba en la frente.

Sara reposó su cabeza en el cuello de Javier y retomó su relato.

—Esos cuatro años, a pesar de la tristeza del principio, fueron buenos. La abuela se ocupó de todo lo referente a mí, hasta que un buen día apareció mi padre y dijo que se había vuelto a casar y que quería llevarse a su hija. Mi abuela trató de convencerlo para que me dejara quedar con ella durante la semana y los fines de semana ir con ellos, pero él se negó. Yo ya tenía catorce años, no es una edad muy buena para ese tipo de cambios.

»Después de cuatro años en los que lo había visto apenas un par de veces de forma causal en alguna tienda o en la calle, era para mí un absoluto desconocido, igual que su mujer, Juana. Ella tenía dos niños de cinco y ocho años de un matrimonio anterior. La mujer insistía en que la llamase mamá, pero no me quería. Es más, creo que le molestó bastante que mi padre me llevara a vivir con ellos y me lo dejaba claro siempre que podía. Me gritaba; incluso llegó a abofetearme varias veces. Como podrás imaginar, nunca lo hacía delante de él, pero luego le decía lo mal que había hecho esto o aquello, le contaba mentiras sobre mí. Yo, al principio, negaba aquellas falsedades, pero ella se encargaba de hacerme parecer una mentirosa. Al final, también él terminaba dándome alguna bofetada.

Los viernes me escapaba a casa de mi abuela. Las primeras veces, mi padre iba a buscarme y me llevaba de nuevo a su casa, hasta que Juana lo convenció de que estar con mi abuela sería bueno para una adolescente tan díscola. Creo que era un descanso para ella prescindir de mí los fines de semana. —Sara respiró y prosiguió—: aún hoy me pregunto por qué quiso llevarme con ellos, aquella mujer jamás me dio un beso, ni me hizo sentir

querida de ninguna forma. Por eso, en cuanto terminé el bachiller, me largué de allí. No querían que me fuera, pretendían que les ayudara con los niños, que esos sí que les habrán dado problemas. Yo era muy buena estudiante, y les ahorraba una profesora particular porque ayudaba a sus niños con los deberes. Cuando les dije que me había matriculado en la Universidad de Logroño, se enfadaron muchísimo, hasta le echaron la culpa a mi abuela. Mi padre me juró que no me daría ni un duro. «A ver cómo te las arreglas, terminarás en el arroyo, ya lo verás» fue su despedida. Así que, me fui de allí y no volví más. Solo mantengo contacto con mi abuela, que desde hace tres años está en una residencia de ancianos.

—¿Tu madre no tenía hermanos?

—No, mi abuela se quedó viuda demasiado joven y no volvió a casarse, así que ya no tuvo más hijos.

—¿Por eso está en una residencia de ancianos?

—Sí, y porque hace tres años tuvo un ictus y durante algún tiempo no pudo cuidarse sola. Ella misma decidió que había llegado el momento de dejar su casa. Se buscó una residencia dentro de la ciudad, así puede salir a pasear por los sitios de siempre y con la gente que conoce.

—Y ahora, ¿cómo está?

—Por lo que me cuenta, bien. Pero hace tiempo que tendría que haberla visitado, me siento fatal.

—Creo que ella entenderá por qué no has venido. Ya verás qué alegría se lleva cuando te vea. Aunque si no quieres ir hoy, nos damos la vuelta y volvemos otro día.

—Quiero ir, Javier, necesito ir. Es mi abuela, pero ha sido como una madre para mí. La quiero muchísimo, hizo lo que estaba en su mano para que mi vida fuese mejor. Pero la tutela legalmente era de mi padre. —Se tomaron el café y charlaron un poco más, hasta que Sara se sintió mejor y decidieron continuar.

Cuando llegaron a Cuenca eran las seis de la tarde. Aparcaron y se dirigieron a la residencia en la que estaba la abuela. Preguntaron en recepción por Sara Méndez, así supo Javier que ella se llamaba como su abuela. Tuvieron que esperar un poco, acostumbraba a salir todas las tardes a pasear y merendaba con sus amigas en un centro social cercano. Solía regresar sobre las siete de la tarde.

—Esperaremos en la cafetería que hay enfrente, quizás la veas llegar.



Como había dicho Javier, vio llegar a su abuela junto con otras dos señoras, seguro que sus amigas. No pudo esperar y salió corriendo a su encuentro. Javier miraba la escena desde la acera de enfrente y sonreía al ver la felicidad de las dos mujeres.

La abuela tenía setenta y ocho años, pero estaba muy bien. Debió de ser una mujer alta, incluso ahora era algo más alta que Sara. Tenían un gran parecido. Llevaba el pelo teñido de rubio y peinado de peluquería, parecía una anciana muy coqueta. Javier se acercó a ellas y Sara enseguida le cogió la mano para acercarlo.

—Abuela, este es Javier... mi....

—Novio, señora, soy el novio de Sara.

—Es usted guapísimo, claro que mi niña no se queda atrás.

—¡Abuela...!

—¿Qué? ¡Solo digo la verdad!

—Pues claro que si, a mí también me parece guapísima, pero ya veo que tiene a quien parecerse —Javier sonrió y confirmó lo que decía la abuela.

—Este chico me gusta, Sara. ¡No lo dejes escapar!

—No se preocupe, señora, no le va a ser fácil deshacerse de mí.

—Será mejor que me llames abuela, lo de señora se me hace raro y como me llamo igual que la niña...

—Está bien, me gustará llamarla abuela. Vendrá a cenar con nosotros, ¿verdad?

—Vamos dentro, tengo que avisar.

Entraron los tres para para comentar al responsable del centro que iban a cenar con la abuela. Este les recordó que debía tomarse su medicación. La hora de cierre de puertas era la diez, dado que no que no era habitual que los ancianos salieran de noche, aunque harían una excepción.

La abuela recordó algo y les pidió que esperaran mientras subía a su habitación, cuando estuvo de vuelta se fueron.

Cenaron en un restaurante céntrico, Sara solo tenía ojos para su abuela. Javier vio un brillo nuevo en la mirada de Sara y estaba encantado.

La abuela les explicó por qué estaba en la residencia. Les contó que el padre de Sara y aquella «horrorosa» mujer con la que se había casado la visitaron en el hospital pretendiendo hacerse con la propiedad de su piso.

—Eso no me lo habías contado, ¡menudos gilipollas!

—En cuanto estuve bien, hablé con un abogado. El piso es tuyo, puedes venderlo y comprarte uno en donde vives, te lo pagarán bien; es grande y está en muy buen sitio. —Sacó del bolso unas llaves y una libreta bancaria—. Toma cariño, esto es un regalo para ti. Se lo mucho que te has esforzado para terminar tu carrera y lo que te mando cada mes no es mucho.

—Abuela, de eso quería hablar. No quiero que me mandes nada ni quiero este dinero, es tuyo, te hará falta para pagar la residencia.

—¡Calla, niña! ¡Déjame terminar! Esto lo he ido juntando a lo largo de mi vida. Ya sabes que vivo de la pensión de viudedad, pero tu abuelo tenía buen sueldo y la casa estaba pagada así que lo fui guardando para ti. Desde que estoy en la residencia no he podido guardar nada porque es bastante cara. No se lo digas a tu padre, querrá quitártelo. Menos mal que no tenían llaves de mi casa, hubieran entrado mientras estuve en el hospital y lo hubieran registrado todo, esa individua es un ave de rapiña.

—¡Ay, abuela!, cuánto siento no haber estado contigo.

—Fue mucho mejor así, te hubieras tenido que pelear con tu padre y ¿para qué? Podéis dormir en el piso, pero estará muy frío, si me hubierais avisado habría conectado la calefacción.

—No te preocupes, tenemos reservado un hotel, pero mañana iremos a ver el piso y vendrás con nosotros.

—Abuela, Sara, son las once y media de la noche, creo que será mejor volver a la residencia. — Javier miró el reloj y les recordó la hora.

—Sí, no me gusta saltarme las normas.

—Mañana te iremos a buscar y pasaremos el día juntos.

—¿Cuándo os vais?

—Javier trabaja el lunes y yo tengo clase, así que nos iremos el domingo después de comer.

—Ay, Sara, mi niña, qué alegría tan grande me has dado.

—Yo sí que estoy feliz, abu, tenía que haber venido antes...

—Creo que has venido en el momento ideal.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo estoy bien, tú también y, además, tienes a este hombre en tu vida que presiento que será muy bueno para ti, ya puedo morirme tranquila.

—No digas tonterías, ni se te ocurra morirte, todavía te necesito. Y me tienes que prometer que vendrás a Logroño a pasar unos días con nosotros.

—Ya veremos...

Fue un fin de semana inolvidable, tanto para Sara como para su abuela. Durante el camino de vuelta no paró de hablar: de ella, de los recuerdos estupendos que tenía de su niñez con aquella bondadosa mujer, del instituto de secundaria en el que había estudiado y del profesor de arte que le inculcó el gusto por esa materia. Javier estaba conociendo una parte de Sara totalmente desconocida, y ella estaba feliz de compartirla con él.

Hablaron de lo que harían con el piso, lo alquilarían, para venderlo ya habría tiempo. Se traían, por insistencia de la abuela, sábanas y toallas, la mayoría sin estrenar, y algunas cosas más que a Sara le hacía ilusión. Llevaban el coche a tope.

—Sara, he estado pensando que, si quieres, nos buscamos un piso más grande y traemos los muebles que tanto te gustan y todas las cosas de allí que te apetezca. Luego hablamos con alguna agencia y alquilamos la vivienda de tu abuela. Es grande y está muy bien situada, eso nos dará para pagar nuestro alquiler.

—También podríamos comprar en Logroño... ¿Sabes cuánto dinero me ha dado la abuela? ¿Quieres saberlo?

—Sara, el dinero es tuyo, puedes hacer lo que quieras con él, pero no creo que te llegue para comprar un piso...

—¡Vas a flipar! En esta cartilla hay ciento ocho mil euros.

—¿Qué dices? ¿Cómo ha podido juntar tanta pasta?

—Me dijo que había vendido unas acciones que tenía mi abuelo y que le habían pagado muchísimo por ellas, lo demás lo ha ahorrado ella. Tenía razón, si la arpía que se ha casado con mi padre lo llega a saber, buscaría la forma de hacerse con todo, el piso incluido.

—¿La cuenta a nombre de quién está?

—Es muy lista mi abuela, está a nombre de las dos de forma indistinta, puedo hacer lo que quiera sin necesidad de su firma. Tenemos que buscar un asesor fiscal, porque hasta ahora se encargó de arreglarle lo de hacienda un amigo suyo, pero ahora que me lo ha dado quiere que me encargue yo.

—Hablabamos con mi padre, él se ha dedicado a eso toda la vida, trabajó en un banco hasta hace un par de años que se jubiló.

—Yo creo que comprar un piso sería lo mejor. Con este dinero, y si vendo el de Cuenca...

—Bueno, ya lo pensaremos, no tienes que decidir eso ahora mismo. — Javier le cogió la mano, se la besó y la dejó en su regazo, ella apoyó su cabeza en el hombro de él y suspiró.

—Cariño, ¡somos ricos! Y se echó a reír

—Sara, ¡tú eres rica! Esto que te ha dado tu abuela, lo que has ahorrado tú para lo del máster y si vendes el piso... Sí, creo que eres rica.

—¿Qué pasa contigo, Javier? Me he ido a vivir a tu casa, corres tú con todos los gastos, porque no quieres que vaya a trabajar al pub para que pueda dedicarme a pintar. Y ahora te digo que somos ricos y me dices que yo soy rica. Las cosas no funcionan así. Estoy cabreada Javier, mucho. — Le miró muy seria, casi enfadada.

—No te enfades, cariño, es que quiero que te sientas segura, podría pasarnos cualquier cosa y quiero que sepas que no me llevaría nada de ese dinero.

—¿Quieres decir, si nos separásemos...?

—No sé cómo llegamos a este punto tan desagradable. Tienes razón cariño, somos ricos—zanjó. Nos compraremos un piso grande para poder instalar un estudio de pintura como dios manda. Solo quiero una cosa, el piso estará a tu nombre, es el dinero de tu abuela, es el piso de tu abuela, así que la compra será a tu nombre. Y otra cosa, también tenemos que comprar un coche, pero eso ya es cosa mía.

## Capítulo 21

Volvían de Ourense felices, cada uno por cosas diferentes. Nacho porque se traía a Xulia a pasar la Semana Santa con él, por lo visto tenían muchos planes para disfrutarla juntos. Xulia por lo mismo, pero, además y esto era una sorpresa, porque se quedaba a vivir en Logroño, ya le habían concedido el traslado de matrícula. Javier porque por fin sus padres supieron lo ocurrido con Andrea, conocieron a Sara y el proyecto de vida que tenían en común y los apoyaban; pero lo que lo emocionó especialmente fue lo cariñosa que estuvo su madre con Sara.

Sara era la más feliz de todos ellos. La habían llamado de Cuenca. Había un comprador para el piso que le daba los ciento veinte mil que habían pedido. Además, tenía una sorpresa para Javier. Con el asesoramiento de Nacho, le había comprado un coche, un Ford Kuga Titanium que le entregarían el martes. A ella le había gustado mucho, Nacho estudió las características del coche y negoció el precio con el concesionario. Pero, sobre todo, estaba contenta porque había encontrado en los padres de Javier el cariño y la familia de la que ella carecía. Les había prometido que en verano volverían con su abuela para que se conociesen.

Conducía Nacho y aunque Xulia le ofreció a Javier ir de copiloto, este había preferido ir detrás disfrutando del viaje con Sara. Le pasó el brazo por encima de los hombros y la apretó contra su costado mientras ella apoyaba la cabeza en su cuello. De vez en cuando le deslizaba la mano por dentro de la blusa y le alcanzaba el pezón con la punta de los dedos; cuando hacía esto, ella ponía su mano, disimulando, en el muslo de Javier y subía despacio hasta que tocaba su pene a través de la tela del pantalón. Él colocaba su mano encima de la de ella y la apretaba para intensificar la caricia.

—Vais muy callados ahí atrás. ¿No os estaréis metiendo mano? —preguntó Nacho socarrón.

—Pues claro. ¿Por qué crees que no quise ir de copiloto?

—Ya os vale...

—¿Quieres que conduzca yo y te vienes aquí con Xulia?, te aseguro que está muy bien lo de meterse mano, y no te imaginas además lo amplio y cómodo que es este coche, cuando estuvimos en Cassis...

—No quiero oír lo que estás a punto de contar ¡no tenéis vergüenza! —le interrumpió Nacho.

—Es verdad, de eso no tenemos, pero a qué no sabéis que Sara es rica ¿A que si cariño?

—No hace falta que nos lo restriegues.

—Pues aún no sabéis lo mejor... —dijo Sara.

Javier la miró sorprendido, no tenía ni idea de a qué se refería.

—Habla, no nos tengas con esta intriga, ¡vamos, Sara, cuenta! —la apremió.

—Me han llamado los de la agencia en la que tenemos a la venta el piso de Cuenca, parece que ha aparecido un comprador que nos da lo que pedimos. Tenemos que ir lo antes posible.

—¿Pero los ciento veinte mil...?

—Sí, y al parecer les urge la compra. Necesito que vengas conmigo Javier, no quiero hacer esto sola.

—Claro que iré, cariño, pero no puedo pedir más días. Podríamos ir el miércoles en cuanto salga de trabajar, trataríamos de hacer la venta en esos días.

—Nacho, ¿por qué no os venís con nosotros? Una vez que Sara firme, nos podríamos ir a Sevilla o a otra ciudad de viaje relámpago.

—Ya sé que nos invitas por compromiso, para que os lleve en mi... ¿Cómo has dicho antes?, espacioso y cómodo coche. Lo sé, pero ya invitaréis a una buena cena en Cuenca.

—De eso y de la estancia me encargo yo que soy la adinerada ¿Algún problema?

—Ninguno —dijeron todos a la vez y se rieron divertidos.

Cuando llegaron a Logroño, Javier y Sara se fueron a su buhardilla, despidiéndose de Nacho y Xulia.

—Mañana venid a cenar a casa, os prepararé una cena succulenta y os daré yo también una sorpresa —les dijo Xulia.

—¿Es buena? —preguntó Sara.

—Buena no, Sara, lo siguiente...

—A mí no me vas a tener en ascuas hasta mañana, encima de invitar a estos a mi casa —le dijo Nacho mientras la miraba sorprendido.

—Perdona, si quieres me quedo en casa de mi hermano y preparo la cena aquí.

—¡Xulia, perdona tú! Estaba de broma. Ya sabes lo que te dije, mi casa es la tuya. — Nacho frunció el ceño, no quería que su chica se enfadara.

—Bueno, tengamos la fiesta en paz y ¡Suéltalo ya! —dijo Javier.

—No pienso decir nada hasta mañana y tú, Nacho, cuidado con las bromas.

—Pero ¿se puede saber qué pasa? ¿Os ha sentado mal el café que tomamos en la gasolinera? —dijo Sara dando por terminada la discusión

Sin decir una palabra, Nacho cogió a Xulia de la mano y tiró de ella hasta tenerla pegada a él y con la boca junto a la de ella le repitió.

—Ha sido una broma para tu hermano, jamás se me ocurriría insinuar que eras una invitada pasajera, ni tratarte como tal. Lo sabes, lo hemos hablado, no pienses otra cosa, es como si desconfiaras de mí. —Y la besó hasta dejarla sin fuerzas.

—Vale, lo he captado, siento haber malinterpretado tus palabras, no volverá a ocurrir. Lo siento Nacho, perdona.

—No hay nada que perdonar, y será mejor que nos vayamos, mañana trabaja todo el mundo excepto «las estudiantes» que están de vacaciones —replicó Nacho burlón.

Sara y Xulia se miraron divertidas y quedaron para salir de compras al día siguiente.

Sara se compró ropa, hacía tiempo que no se compraba nada, y la ropa que le había regalado Héctor para los eventos a los que acudían era de fiesta. Desde luego, tenía ropa para ir a bodas y festejos durante una buena temporada. Le compró también a Javier unos vaqueros de ultimísima moda, carísimos, una *blazer* y una camiseta muy chula. A Xulia le compró un vestido que se había probado y le gustaba mucho.

—Ni se te ocurra regalarme el vestido, Sara.

—Quiero hacerlo, Xulia, tú me has regalado el tuyo de punto, qué me encanta, por cierto, y quiero corresponderte. Por favor, déjame hacerlo.

—Vale, pero nada más.

—¿No has escuchado lo que dijo tu hermano ayer? ¡Soy rica! —bromeó.

—Me encanta que seas rica, pero como te pongas a despilfarrar, verás lo rápido que se acaba.

—Lo sé, pero llevo tanto tiempo viviendo con lo justo y aprovechando la ropa de mi amiga Ana que me hacía ilusión gastar a lo loco. También tengo una sorpresa para Javier, espero que mañana esté listo, Nacho ya lo sabe, él me ha ayudado.

—Me lo ha dicho, Javier se va a volver loco. Sara, eres muy especial, lo supe desde el día en que le pillé a mi hermano unos mensajes muy subiditos de tono en su ordenador y...

—¡Qué vergüenza! ¿No leerías aquello?

—No, solo un poco, pero me quedé con las ganas. Ahí supe que lo de mi hermano con Andrea había hecho aguas.

Tras ir de tiendas, fueron al supermercado, Xulia quería hacer compra para la cena que iba a preparar.

—Te ayudaré y haré algún postre. ¿Te parece?

—Me gusta la idea, así podemos charlar toda la tarde, Nacho no viene hasta las diez.

La cena fue un éxito, Xulia resultó ser una muy buena cocinera. Nacho irradiaba felicidad. Cuando pusieron el postre, Sara se levantó a por una botella de cava.

—¿Y esto? ¿Qué celebramos además de estar juntos y querernos muchísimo? —preguntó Javier.

—No sé, es Xulia la que tiene algo que celebrar —le contestó Sara.

—Sí, lo siento cariño —dijo mirando a Nacho con una sonrisa pícaro—. Vas a tener que hacerme sitio en tu armario, en tu cama, en tu casa y en tu vida en general, porque me han concedido el traslado de matrícula y me voy a quedar por tiempo indefinido.

Nacho había soñado cada día con la idea de que ella se viniese a vivir con él y, ahora que por fin era una realidad, se había quedado sin palabras.

—¡Dios!, Xulia, ¿desde cuándo sabes esto? ¿Tus padres ya lo saben?

—Hace una semana y sí, ellos ya lo saben, he dejado todo empaquetado, me lo habrán enviado ya, seguro que mañana estará todo aquí.



—Bueno, está saliendo todo muy bien, así que mañana cenaremos en nuestra casa y celebraremos alguna otra cosa... —repuso Sara.

—¿Todavía hay más?

—Siempre habrá más, Javi... —Ella se acercó a él y lo besó con el sabor del cava aún en su boca.

—Me gusta como sabe el cava en tu boca. Quizás podríamos esta noche tu y yo bebernos mutuamente...

—Javi, ¿siempre piensas en lo mismo? —dijo Nacho.

—Sí, ¿Tú no? —le respondió riendo.

—¡Calla! —le cortó.

—Oye, vosotros dos tenéis mucho peligro, no se os puede de dejar solos... —les increpó Xulia

—Pues va a ser que sí, porque nos tenemos que ir, que yo madrugo.

Nacho los miró guiñándoles un ojo y recordándoles los planes que habían hecho para Semana Santa.

—Por cierto, he arreglado lo de las vacaciones. Libraré desde el miércoles a partir de las tres hasta el lunes que empezaré de noches y así estaré toda la semana. No volveré a librar un fin de semana hasta después del quince de abril.

—Bueno de todas formas después de Semana Santa no podremos ir a ningún sitio «las estudiantes» tendremos que preparar exámenes finales —adujo Sara

Después de tomarse el último café, ella y Javier se marcharon. Nacho se ofreció a llevarlos, pero ellos prefirieron ir dando un paseo. Estaba a punto de empezar la primavera y, aunque hacía fresco, no era el frío del invierno.

Al día siguiente, Sara esperó a Javier al salir de la biblioteca, él se sorprendió cuando lo llevó hacia la parada de taxi.

—¿A dónde vamos, Sara?

—Es una sorpresa. Te dije que siempre tendríamos más cosas que celebrar... y hoy, en concreto, es una sorpresa para ti «mi amor», algo que necesitas, Javi.

—Creo que ya te dejé claro que lo único que necesito, es a ti.

—Y esto también, ya verás.

Cuando se bajaron del taxi Sara, se encaminó hacia el concesionario de Ford tirando de la mano de Javier. Al entrar se les acercó el empleado con el que Nacho y ella habían negociado la compra y los llevó hasta donde estaba el coche.

Sara sacó del bolso los papeles del seguro que había hecho a nombre de Javier y se los dio.

—¿Te gusta? Me ha ayudado Nacho a elegirlo, creo que es un gran coche, pero si no te gusta lo cambiamos.

—¡Sara, Sara, Sara! No puedes hacer esto.

—No puedo hacer ¿qué?

—No quiero que me compres cosas, es tu dinero, Sara, quiero que lo que compres sea para ti.

—Bien, es que el coche es para que me lleves a mí, yo no tengo carné y necesito chófer.

Él la miró inclinando la cabeza hacia un lado, un gesto que hacía cuando la miraba interrogante, luego negó con la cabeza, la abrazó y la besó con uno de aquellos besos húmedos que calentaban a Sara desde adentro. El vendedor tosió para recordarles que él aún estaba allí. Ellos dejaron el beso y se separaron, sin dejar de mirarse; el hombre carraspeó y les entregó las llaves del Ford Kuga Titanium.

—¡Que lo disfruten...! El coche es espacioso y muy cómodo. —Les sonrió con un guiño.

Recordaron la conversación con Nacho sobre su coche y les dio un ataque de risa, se montaron en el Ford diciéndole adiós al empleado sin dejar de reír. Fueron a dar un paseo para probarlo, luego llamaron a Xulia para enseñárselo y llevarla con ellos a estrenarlo.

—Has acertado, Sara, me gusta muchísimo.

—Bueno, yo no entiendo nada de coches, lo ha escogido Nacho, así que las reclamaciones a él.

—Me gusta mucho, Sara, es un coche muy seguro, y tenía razón el vendedor, es amplio y muy cómodo. —Volvieron a reír a carcajadas mientras Xulia los miraba sin saber de qué reían.

—Tendréis que contarme de qué os reís cada vez que habláis de la comodidad y amplitud del coche...

Ellos volvieron a reír a carcajadas y Sara le dijo sin dejar de hacerlo:  
—Tendrás que pedirle a Nacho que te lo explique.

Celebraron lo del coche cenando en un restaurante y planificaron el viaje a Cuenca. Irían también a Sevilla tal como habían pensado. Querían ver el espectáculo de las procesiones, y Nacho estaba interesado en conocer la ciudad porque tenía la posibilidad de solicitar plaza en un centro de salud de allí.

—No me habías dicho nada. ¿Y yo qué? Si lo sé, no hago el traslado de matrícula.

Nacho le cogió la mano y con la otra le giró la cara sujetándola por la barbilla para que lo mirara a los ojos y así, fijando su mirada en la de ella, le dijo:

—Dónde yo vaya, tú vienes, ¿crees que me iría solo? No te había dicho nada porque es algo que está en el aire, tendríamos que pensarlo, los dos. Tienes que saber Xulia que, aunque fuera el mejor trabajo del mundo, si tú no quisieras ir, yo no iría.

Ella sonrió y lo besó

—Creo que me gustará vivir en Sevilla. ¡Y lo qué me gusta a mí un traje de faralaes!

—Esta es mi Xulia, siempre optimista y bromeando.

Acordaron el horario del día siguiente. Saldrían a las cuatro de la tarde, Nacho necesitaba ducharse y comer, y no terminaba en el hospital hasta las tres. Irían en el coche de Javier, querían estrenarlo.

—Conduciré y Sara será mi copiloto, así que podréis disfrutar de «la amplitud y comodidad» del coche —les dijo esto con la carcajada en la boca.

Xulia con la mosca detrás de la oreja, arrugó la nariz y preguntó:

—Vais a contarme de una vez, ¿qué tiene de gracioso eso de la comodidad y la amplitud del coche?

—Veras, como tenéis que ir detrás, podríais disfrutarlo.

—Cállate Javier, sois unos perversos. Tu ni caso Xulia, dónde esté una buena y enorme cama.... —le cortó Nacho.

—Ya os vale, ¿lo habéis hecho en el coche de Nacho?

—Tenéis que probarlo... —dijo Xulia con una enorme carcajada.

—Lo que tenéis es que comprar una cama como la de Nacho. Me encanta, es increíble.

—Díselo, nena, que no saben lo que es bueno.

Y así, entre bromas, terminaron la velada.

## Capítulo 22

Llegaron a Cuenca a eso de las siete de la tarde, fueron a la agencia para acordar la hora en la que se reunirían con los compradores y dejar todo arreglado. Sara ya había mandado los datos a su abogado. Solo quedaba firmar.

Luego se fueron a ver a la abuela, tenía que estar presente en la firma. Querían, además, que comiese con ellos para que conociese a Xulia y a Nacho.

Sara estaba muy contenta, había salido todo muy bien. Cuando salieron del Notario se fueron a un restaurante para celebrarlo.

—¿Qué te pasa abuela? ¿Te encuentras mal? No me asustes ¡Dime algo!

—Mira allí, en la acera de enfrente, es tu padre con Juana, su mujer.

—¡Oh, no! ¿Qué hacemos, abuela, lo saludamos? ¡Oh, Dios! Iba todo tan bien.

Javier la cogió de la mano, le levantó la cara y la besó dándole ánimo.

—No pasa nada, cariño, los saludamos y seguimos a lo nuestro.

El padre se dirigió hacia ellos y, cuando estuvieron frente a frente, se saludaron con tirantez.

—Hola, Sara —dijo mirando a la abuela. Luego se dirigió a ella —: hola, hija.

—Hola —contestaron las dos a la vez.

—No sabía que aún te dignabas a venir por aquí —dijo su padre.

—Bueno, no hay nada que me lo impida.

—No, por supuesto, ¿Y cómo te ha ido por...? ¿Logroño?

—Pues muy bien, terminaré en junio historia del arte y estoy preparando mi primera exposición de pintura.

—¿También pintas? —le preguntó su padre.

—Ya lo hacía antes de que muriera mamá, pero tú que vas a saber, si nunca te interesaste por mí.

—Solo ocurrió al principio, caí en una depresión, pero después te traje a vivir con nosotros y te portaste como una desagradecida. Con lo que se esforzó mi mujer para integrarte en la familia.

—Ya, golpeándome de vez en cuando, por supuesto se aseguraba de hacerlo cuando tú no la veías. —La mujer iba a hablar, pero Sara ya no podía callarse más y no permitió que la interrumpiera. —¡Tú, cállate! Solo os interesé cuando visteis que podíais utilizarme para atender a tus maleducados hijos. No quiero saber nada de vosotros. Tú, Juana, fuiste mala persona, por alejar a un padre de su hija. Y tú —dirigiéndose al padre—, tú fuiste un padre horrible, hasta me apartaste de mi abuela que me cuidó mientras te sumergías en el alcohol. Me alegro de veros, para saludaros y deciros adiós al mismo tiempo.

»Como ves, no te necesité, así que tampoco te necesitaré en el futuro. Solo vendré aquí a ver a mi abuela.

La abuela decidió tomar la palabra en apoyo de su nieta:

—Hemos vendido el piso, y lo han pagado muy bien. Cierra la boca, te entrarán moscas. —dijo mirando a Juana—. Tal vez ahora os arrepintáis de no haberos ocupado en su momento de nosotras, pero ya veis, así es la vida, lo que damos nos viene de vuelta. Y ahora tal vez tu hija quiera presentarte a su novio y su familia —añadió mirando al padre de su nieta.

Sara miró a Javier que le apretó la mano infundiéndole seguridad, ella volvió a enfrentar a su padre e hizo las presentaciones.

—Este es Javier, mi novio, esta Xulia, su hermana, y Nacho, su novio. —Después, sin dejar de mirar hacia su nueva familia, y con una sonrisa agradecida, hizo lo mismo.— Este es mi padre y su mujer. No hace falta que digáis eso de «encantados de tal y tal...», porque yo no estoy encantada para nada, esto fue una desagradable y nada deseada coincidencia. —Sara cogió a su abuela del brazo, les dijo adiós y siguió caminando por la acera ocultando las lágrimas detrás de sus gafas de sol. Los demás hicieron lo mismo al tiempo que el padre y la mujer de éste se daban la vuelta y continuaban su camino en sentido contrario.

Javier volvió a coger la mano a Sara y caminó a su lado respetando sus lágrimas y su silencio.

—No sé por qué lloro, supongo que es por el definitivo adiós al pasado, no

estoy triste. Me siento más bien... liberada creo.

—Siento que haya ocurrido esto

—Yo no, es mejor así. Muchas veces me he preguntado qué sería de mi padre, si se acordaría de mi alguna vez... Me he dado cuenta de que no le importó nada que me fuera, es más, se libró de «un estorbo». De lo contrario, hubiera ido a verme y se habría ocupado de nosotras. —Miró a su abuela al decir esto.

—No llores mi niña, él no merece tus lágrimas, nunca me gustó. Nos disgustamos mucho tu abuelo y yo cuando tu madre decidió casarse con él, siempre fue mezquino. Jamás hubiera pronunciado estas palabras si no nos lo hubiésemos encontrado, pero no quiero que tengas ningún sentimiento de culpabilidad con respecto a la relación con tu padre. Fue él, el culpable de todo. Tú eras una niña a la que había que cuidar y proteger, y nunca lo hizo. Creo que este tema ya ha ocupado demasiado de nuestro tiempo, así que vamos a darlo por zanjado ahora mismo.

—¡Te quiero, abuela! Siempre serás mi referente. —Sara abrazó a su abuela en el medio de la calle.

Festearon la venta y Sara brindó en especial por su abuela, a la que aseguró que visitaría más a menudo. También le hizo prometer que iría a pasar algunos días con ellos, querían llevarla a Ourense. Se despidieron dejándola en su residencia y emprendieron viaje hacia Sevilla. Allí les esperaban unas ansiadas vacaciones que iban a marcar un antes y un después en la vida de cada uno de ellos.

—Ha sido el mejor invierno de mi vida —dijo Sara.

—Desde luego, nos ha cambiado la vida a todos. —Añadió Nacho que los miró sonriendo y abrazó a Xulia.

Se montaron en el coche y emprendieron su viaje de vacaciones conscientes de que iniciaban también otro viaje, uno que los llevaría hacia la primavera de sus vidas.

© 2019, Mencía Yano

Primera edición en este formato: septiembre de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.  
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.  
08003 Barcelona  
[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)

ISBN: 978-84-17705-37-4

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.